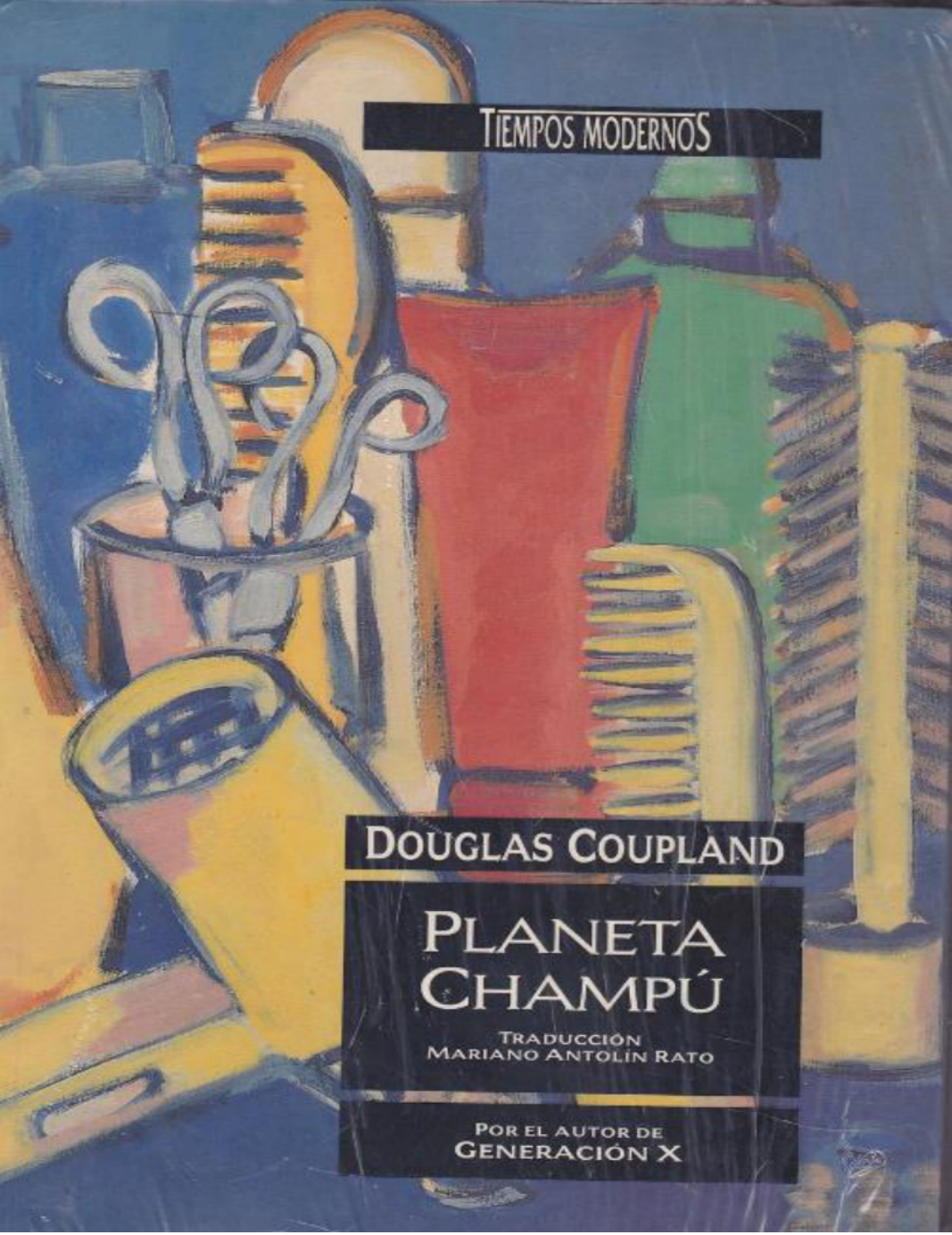

TIEMPOS MODERNOS

DOUGLAS COUPLAND

PLANETA CHAMPÚ

TRADUCCIÓN
MARIANO ANTOLÍN RATO

POR EL AUTOR DE
GENERACIÓN X

Annotation

En una ciudad que es un vertedero nuclear y donde hasta el centro comercial ha tenido que cerrar sus puertas, Tyler planea la vida que quiere llegar a tener: quiere ser rico, asquerosamente rico. Y eso es muy difícil. Rodeado por su madre, una hippy que se quedó en los sesenta; su hermana, que no acaba de encontrar su norte; y su novia, que carece de objetivos tanto como el, Tyler vive una realidad tan distorsionada que solo le preocupa saber qué tipo de champú debe utilizar diariamente. O cual va a ser el siguiente aparato que podrá comprar para su ultramoderna habitación, gracias a la venta de productos de marca falsificados. O no caer en ninguno de los vicios de los pobres, como fumar. Y es que Tyler huye de la trascendencia como de la muerte.

DOUGLAS COUPLAND

Planeta champú

Traducción de Mariano Antolín Rato

Ediciones B, S.A.

Sinopsis

En una ciudad que es un vertedero nuclear y donde hasta el centro comercial ha tenido que cerrar sus puertas, Tyler planea la vida que quiere llegar a tener: quiere ser rico, asquerosamente rico. Y eso es muy difícil. Rodeado por su madre, una hippy que se quedó en los sesenta; su hermana, que no acaba de encontrar su norte; y su novia, que carece de objetivos tanto como el, Tyler vive una realidad tan distorsionada que solo le preocupa saber qué tipo de champú debe utilizar diariamente. O cual va a ser el siguiente aparato que podrá comprar para su ultramoderna habitación, gracias a la venta de productos de marca falsificados. O no caer en ninguno de los vicios de los pobres, como fumar. Y es que Tyler huye de la trascendencia como de la muerte.

Título Original: *Shampoo Planet*
Traductor: Antolín Rato, Mariano
©1992, Coupland, Douglas
©1994, Ediciones B, S.A.
ISBN: 9788440650047
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Silicon, 20/06/2024

Douglas Coupland

Planeta champú

TÍTULO original: *Shampoo Planet*
Traducción: Mariano Antolín Rato
1.ª edición: septiembre 1994
1992 by Douglas Campbell Coupland
Ediciones B, S.A., 1994
ISBN: 84-406-5004-3

PRIMERA PARTE

1

CUANDO mi madre Jasmine despertó esa mañana llevaba la palabra D-I-V-O-R-C-I-O escrita en la frente con un gran rotulador negro y trazada en sentido inverso, como para ser leída en A un espejo. Ella no sabía, claro está, que la palabra estaba allí cuando despertó. Al entrar en el cuarto de baño para lavarse los dientes y mirarse en el espejo (un espejo rodeado por una sufrida clemátide, el espejo ante el que aprendí a afeitarme hace varios años) vio la palabra reflejada correctamente frente a ella y se puso a gritar como si quisiera despertar a un muerto, lo que en mi casa significa mi hermana, Daisy.

Yo no estaba en casa cuando se produjo el despertar de mi madre. En aquel momento iba zumbando por encima del Atlántico en un 767, de vuelta a casa. Pero Daisy me ha contado por teléfono toda aquella penosa experiencia. Y en este momento, mientras pienso en lo que me ha dicho Daisy (al parecer Jasmine no se encuentra en situación de hablar), estoy sentado en el piso dieciséis de un delicioso hotel de mediana categoría pegado al aeropuerto de Los Angeles, California, en mi cuarto que da a la piste de aterrizaje, viendo descender a los reactores mientras bandadas de pájaros, inmunes al estruendo de los reactores, se mantienen tranquilamente al lado de la pista, picoteando.

—Por lo visto el asunto tiene que ver con el juego del Scrabble, Tyler. Yo no lo tengo nada claro —dijo Daisy—. Fue terrible hacer una cosa tan espantosa. Ruin de verdad. Me siento mal.

—¿Adónde se ha largado Dan? —pregunté yo. Supongo que Dan es ya el ex marido de Jasmine, además de el ex padrastro de Daisy, mío, y de mi hermano pequeño, Mark.

—Ni idea. Mamá ni siquiera quiere aparecer en público. La tinta no se le irá de la piel durante días. He tenido que arrancarla materialmente del fregadero. De tanto querer borrar la palabra, se le estaba poniendo la frente como una hamburguesa. Ahora se mantiene a base de tranquilizantes.

Bueno, pienso, otra vez huérfano de padre. Claro que a veces Jasmine se liga a ganadores, pero su predilección por los entusiastas de la esencia de las cosas le pasa factura una vez más. Y una vez más (como la vez en que mi padre biológico, Neil, dejó plantada a Jasmine para echarse a perder definitivamente en el condado de Humboldt) siento como si hubieran abierto la puerta de mi casa y los padres nos anunciaran a nosotros, los hijos de dentro: «Una auténtica pena. Lo sentimos, pero os hemos perdido en una partida de póquer. Nos tememos que tendréis que largaros.»

Daisy siente lo mismo que yo. Y ahora, cuando ha terminado nuestra conversación telefónica (una conversación en la que por lo general Daisy gritó, y en la que por lo general yo escuché), estoy sentado en el borde de la cama de mi habitación del aeropuerto de Los Ángeles, una habitación tan silenciosa que puedo oír los bonitos y pulcros muebles, y pensar.

Sé que debería deprimirme, pero es duro deprimirse, sinceramente. Ahora estoy en un periodo emocionante de mi vida y me niego a dejar que el destino me robe esa emoción. Ahora estoy de vuelta en el Nuevo Mundo, de vuelta en el mundo de las piñas tropicales de Florida, esas piñas gigantes de color rubí, y de los teléfonos que se entienden, de las tazas de café sin fondo, los centros comerciales decentes y las grandes ambiciones, de vuelta después de pasar un verano lleno de sensaciones en el Viejo Mundo de Europa. Y cuando estoy aquí sentado, la verdad es que me alegra haber perdido el vuelo que me hubiera devuelto a Seattle, me alegra también estar tan enchufado a mi walkman como para no oír anuncios de los vuelos (una conexión extremadamente caliente desde la perspectiva de Londres; canciones sobre dinero compuestas por máquinas).

Me alegra también haberme quedado colgado en Los Ángeles la noche entera, porque de no haber sido así no podría salir a la terraza como he salido en este momento y mirar las vistas de abajo, la puesta de sol en el Pacífico, con sus tonos tan frescos, naranjas y limpios, como productos vegetales exóticos empaquetados. Y no me estaría llevando un billete de dólar a la nariz para ver a qué huele, un olor limpio y agradablemente anónimo como el de mi perfecta habitación de hotel de ahí dentro, una habitación iluminada por una espiral de sol color miel. Y no tendría la sensación, mientras estoy aquí en la terraza contemplando desde arriba la cuadrícula extraterrestre color mandarina de Los Ángeles, de que si saltara desde esta terraza flotaría en el aire caliente, por encima de las palmeras y las autopistas ámbar, flotaría más allá de los legislados recuerdos de Disneylandia, flotaría por encima de montañas, desiertos y bosques de mi Nuevo Mundo natal, flotaría hacia casa.

Pero basta de eso.

Me doy la vuelta y entro de nuevo en la habitación de mi hotel, cerrando tras de mí las puertas correderas de cristales ahumados. Luego me dejo caer de espaldas en mi fresca cama de sábanas Fortrel, y de repente me domina una nueva sensación, una sensación a la vez destructiva, romántica y grandiosa, como caer a una piscina vestido con esmoquin. Tengo la sensación de que ninguna habitación está nunca silenciosa de verdad; la sensación de que incluso en las habitaciones más silenciosas, más vacías y donde pasan menos cosas, siempre acontece algo realmente importante. Este acontecer es el

propio Tiempo, que espumea, furioso y en ebullición como un río, rugiendo al atravesar esta habitación y todas las habitaciones, el Tiempo que fluye por las camas, sale a borbotones de los minibares, brota de los espejos y, en su avance grandioso, invencible, me lleva con él.

2

EL PELO es importante.

¿Qué champú usaré hoy? Puede que Psico- Paso®, el champú deportivo con microproteínas envasado en una varonil lata negra de aceite de motor hecha de plástico. ¿Y después? Un atrevido toque energizante de Monje-en-Llamas®, que contiene placenta, extracto de hueso de nectarina y vitamina B. ¿Y para que todo quede fijo? Espuma esculpidora Primer-Toque®, fabricada por el instituto para el cuidado capilar *pluTONio*® de Sherman Oaks, California. Es reafirmadora, con áloe, camomila y resinas extraídas de los huevos de codorniz. Brillo, mantenimiento y confianza. ¿Se puede pedir más?

Decidir cada día sobre el propio pelo es como decidir si utilizar papel tamaño folio u holandesa en una fotocopiadora. Tu pelo eres tú, tu tribu, es tu distintivo de limpieza. El pelo es tu documentación. Lo que hay sobre tu cabeza es lo que hay dentro de tu cabeza. ¿Lavarlo todos los días? Usese entonces ComPulsión®, con caléndula y cerveza. ¿Que las hormonas del pelo cambian de textura cada cinco minutos? Entonces usa LunaColgante®, el polvo revitalizador procedente de Suecia que da más tono y que contiene hoja de nogal para el pelo que tiene tendencia a estropearse. Es lo último, nuclear, dispara la aguja que me mide la velocidad.

3

SI TODAVÍA te queda un momento libre, deberías echar una ojeada a los folletos turísticos de la ciudad en la que vives. Quedarías asombrado. Se k te quitarían las ganas de vivir en ella para Et siempre.

Lancaster, sin ir más lejos, es una ciudad insustancial. Los mapaches se pasean por nuestros jardines traseros fumando pitillos. Los ruidosos arrendajos azules llevan pendientes y dominan los últimos pasos de baile. Los ciervos ven la tele.

Ya hace mes y medio que he vuelto aquí, a Lancaster, desde aquella habitación del hotel del aeropuerto de Los Ángeles, y aunque muchos de sus aspectos, los de mi ciudad natal, son radicalmente distintos de cómo eran cuando me fui a Europa a principios de verano, muchos otros siguen sin cambiar.

Lancaster continúa teniendo unos cincuenta mil habitantes, la población de París en la Edad de las Tinieblas. La ciudad todavía se asienta, claro está, donde siempre lo ha hecho y siempre lo hará, en las resecas llanuras del sudeste del estado de Washington, científica y estratégicamente situada lo más lejos posible de cualquier cosa que signifique diversión, en el centro del árido cinturón de esa especie de desierto que se extiende desde Sonora, en México, hasta el mismísimo océano Ártico.

Algunos apuntes más sobre Lancaster: en Lancaster casi nunca llueve; es una ciudad fría y seca en invierno, y caliente y seca en verano. El pulsante curso achocolatado del río Columbia circunda la ciudad como una tira de metal prensado. Los árboles, aquí en Lancaster, son un lujo muy codiciado, y los pocos que hay han sido importados y puntúan el paisaje como empleados domésticos impacientes por largarse a un trabajo mejor: chopos secos, escuálidos, y desaliñados y casposos álamos de Virginia. Todo menos frondosos.

Una de las cosas buenas de Lancaster (y hay muchas cosas buenas) es que todos los edificios son grandes y que hay mucho espacio entre todos ellos. Aquí el espacio es barato, como barata es la electricidad para calentar esos edificios. Entonces, ¿por qué no construirlos grandes? Y todo el mundo tiene coche para circular por ahí. Hay montones de coches.

Al igual que en la mayoría de las ciudades pequeñas, en Lancaster nada cambia mucho. A mi parecer, esta falta de cambios la personifican los viejos y las viejas —gnomos, popeyes y gente arruinada— que se arrastran por el centro de la ciudad y su exigua periferia, entre perros ladradores y cercas de tela metálica, rebuscando

en los cubos de la basura, chismorreando, adornándose con capuchas y mirando fijamente las numerosas antenas parabólicas que ahora brotan como orejas de recién nacidos del suelo de Lancaster; orejas que apuntan al cielo a la espera de oír secretos perversos de allá arriba. Estos viejos vagabundos, me parece a mí, son el último contacto de Lancaster con su breve pasado urbano, y mantienen contacto con ese pasado por la sencilla razón de que son demasiado pobres para participar de la amnesia voluntaria que impulsa a los demás habitantes de la ciudad hacia el centelleante y electrizante futuro del que yo quiero desesperadamente participar.

Para mí, que me he criado en Lancaster, nunca ha sido un secreto cómo se las arreglan los habitantes de la ciudad para llenar el día. Uno trabaja en el centro comercial Las Cumbres, o en Las Instalaciones. Los días de fiesta, o bien vas de compras, andas por ahí en coche a toda velocidad, te cargas animales a tiros, o bien armas un ruido de mil demonios con las lanchas rápidas pintadas de colores *chillones*.

Ah... Las Instalaciones. Será mejor que explique cómo son, porque una adecuada comprensión *de* Las Instalaciones es fundamental para entender por qué y para qué existe Lancaster. Verás, Lancaster en otro tiempo fue el mayor productor mundial de, ¿cómo lo diría yo?, «sustancias prohibidas» —caldos superconcentrados, polvos, lingotes, barras, botones y cilindros impronunciables—, *sustancias* mil millones de veces más dañinas que tus secretos más oscuros, sustancias que el gobierno se quitó de encima momentos después de haberlas parido, como ovnis recién nacidos, llevándolas a sus nuevos hogares, ocultos en lo más profundo de los barcos, cohetes, armas y centrales eléctricas.

La alquimia de la fabricación de estas sustancias tenía lugar en los propios edificios de Las Instalaciones, situados a un cuarto de hora en coche hacia el norte, un complejo de enormes cajas sin ventanas a lo art déco que mi hermano Mark ha preservado para siempre en un dibujo sujeto a la nevera de casa. Cuando le pedí que describiera los edificios, Mark dijo que eran una hilera de plataformas para desfiles dejadas atrás por una raza de gigantes de cerebro menguante, ahora desaparecida, y cuyo objetivo original se ha olvidado para siempre. Un chico raro.

Pero un momento: la descripción que he hecho de Las Instalaciones hace que suenen deprimentes y macabras, cosa que no son en absoluto. Al crecer, Las Instalaciones incluso hicieron que nuestras vidas fueran divertidas de modo que a un tiempo sabíamos y no sabíamos. El club 4-H celebraba un siempre muy popular concurso de La Patata Más Rara. El equipo de baloncesto de mi instituto se llamaba los Neutrones (el de los primeros cursos se llamaba los

Neutrinos), y el equipo tenía como logotipo la seta de una explosión nuclear. Y los lancasterianos, al igual que las familias que deben soportar a un pariente aquejado de un problema crónico de salud, utilizan con desenvoltura los términos de alta tecnología como «isótopo», «percolación», «iodina», y «vida media». Algo así como la letra para la música con sintetizadores hecha en Alemania. Intensa.

El coco de nuestros sueños infantiles eran los míticos trabajadores de Las Instalaciones, unos muertos vivientes de piel como el queso, cuyo escaso pelo les salía disparado del cráneo en mechones y ralos matojos mientras mascaban chicle con sabor a menta turnándose para mirar el exterior de Las Instalaciones por una mirilla y contándonos a Daisy y a mí historias de ciudades arrasadas, de soles demasiado calientes, y de todos los peces del mundo flotando tripa arriba en los mares.

Al hacernos mayores también nos proyectaban continuamente películas en blanco y negro de las Fuerzas Armadas durante las clases de higiene, películas que trataban de justificar ante unas mentes jóvenes la necesidad de la existencia de Las Instalaciones. Seguro que ahora estas películas se estarán oxidando dentro de latas olvidadas en lo más profundo de las criptas de Beverly Hills, previendo tranquilamente su descarada reaparición dentro del mundo de los vivos en forma de proyecciones en los telones del fondo de los clubs nocturnos más a la última de Los Ángeles.

Pero ahora cualquier referencia a Las Instalaciones debe hacerse en tiempo pasado. Las Instalaciones cerraron al comienzo del verano, así, sin más, un día después de que yo me fuera a Europa, y con Las Instalaciones desapareció la mayor parte del centro comercial Las Cumbres y el grueso de las demás tiendas de la ciudad, dejando a los habitantes de Lancaster casi en trance. La gente pasa dando traspiés junto a los restos del centro comercial, tapados con contrachapado, con el paso envarado y falto de equilibrio de los viejos que llevan un Walkman por primera vez, con los ojos sin expresión y desinstitucionalizados. Son almas que padecen un intenso mono por no poder comprar y carecer de objetivo, por tener sus vidas de pronto dedicadas a administrar el tiempo libre. Me pregunto cómo llenarán ahora sus días los habitantes de la ciudad, cómo encontrarán una vía de salida.

¿Y yo? Me escaparé. Lo sé. Tengo un plan. Tengo un hermano y una hermana. Tengo un buen coche y un amplio surtido de excelentes productos para el cuidado del cabello. Sé lo que quiero de la vida; tengo ambiciones.

4

HOY EL cielo es de un nutritivo e intenso azul eléctrico. Estoy parado en mitad de un campo de calabazas cerca de Lancaster sacándole polaroids a Jasmine, que está sentada en una silla que he traído y cuyas largiruchas patas de madera se hunden profundamente en el suelo mohoso. El sol acaba de salir, y en el borde del campo, el señor Ho Van y su mujer, Gwei-Li, los dueños del sembrado, se rascan la cabeza y se preguntan por qué han dejado que dos chiflados como nosotros entraran en el campo. Intento convencer a Jasmine de que haga algo más interesante con la cara.

—Cámbiate el nombre por el de Fifi LaRoo. Vete a Las Vegas. Arroja la llave de tu motel en el escenario del Wayne Newton. Conviértete en un juguete del amor.

—Oh, Tyler. Deja eso, ¿quieres?

—Tienes que ser promiscua. Perder la cabeza. Tener un ligue.

—¡Cállate de una vez, Tyler! —Jasmine dice que me calle, pero la verdad es que no quiere decir eso. Sonríe por primera vez en semanas y se arregla su precioso y largo pelo gris, así que puedo pincharla un poco más. Mi relación con mi madre, al igual que la mayoría de las relaciones familiares, parece una relación con una vieja puerta; imposible de abrir a no ser que tengas la llave adecuada, y también a no ser que sepas cómo hacer entrar esa llave y girar correctamente el picaporte.

—Eres una mujer atractiva, Jasmine. Un auténtico bombón. Deberías salir con audaces y misteriosos desconocidos.

Una ingenua credulidad que nunca deja de asombrarme.

—¿De verdad crees eso?

Jasmine era/es una hippie total, aunque a veces puede ser de lo más moderno que uno se puede imaginar. Tiene un perenne tono velado en la voz, algo infantil, propio de los ex hippies, una cualidad infantil que nosotros, sus hijos, aprendimos a entender pronto en la vida. Debido a esta cualidad, Daisy, Mark y yo siempre nos sentimos paternales con Jasmine, porque siempre hemos estado en «alerta de padres hippies»: registrando el microondas por si había chinas de hachís antes de que los amigos vinieran a ver vídeos (Jasmine irrumpía haciendo ruido con las sandalias: «Ja, ja, qué descuidada soy. He dejado... he dejado el azafrán en el horno.»), o quitando cuchillos, ennegrecidos por haberlos calentado para cortar el hachís, de la vista de los amigos que venían a comer y miraban preocupados la luz del sol que incidía en los pelos sin afeitar de los sobacos de Jasmine cuando ella se inclinaba hacia delante para servir comidas a base de

cápsulas de jalea real de Arizona y platos orientales con fondo de arroz. Jasmine ponía nombre a cada uno de los tomates que maduraban en el jardín. («Te estás comiendo a Diane.») Los amigos raramente venían dos veces a comer.

Hoy la sesión fotográfica tiene lugar a petición de Jasmine. Quiere contar con un retrato suyo «para la posteridad, para mis nietos». Desde que Dan la ha dejado, Jasmine ha estado deprimida, encerrada en una increíble rutina de trabajo, sueño y chapoteo de fregona a puertas cerradas, aparentemente convencida de que está maldita, permitiéndose únicamente una mínima desviación de la rutina para comprar gafas de sol y frecuentar la sección—«Recuperación» de la librería Sol & Aire New Age. La escapada de hoy hacia lo desconocido, esta sesión fotográfica, es una buena señal de que se está recuperando y además me permite dedicarme a mi hobby, que es la fotografía, mi lado creativo, podríamos decir.

Jasmine sostiene en el regazo una calabaza con la que ha hecho una cara feroz aunque sonriente, iluminada por dentro con una pequeña vela amarilla que resplandece como una barra de uranio en estado crítico. El largo pelo gris de Jasmine está enredado en la lana de su chal, y unos mechones revolotean sobre su cara pecosa sin maquillar. Jasmine nunca lleva maquillaje; Daisy lo lleva a tope.

—Date prisa, caramelito mío —me dice—. Me estoy quedando helada.

—No te enfades, Jasmine, pero ¿no podrías demostrar un poco más de sentimiento a la cámara?

—Cariño, los sentimientos normalmente crecen en mí como el pelo, pero por el momento tendrás que contentarte con estos pocos mechones. Espera, deja que ponga más alta la calabaza... —Se sube la calabaza al hombro.

—Así está bien. Mantén la calabaza ahí.

Jasmine hace una mueca.

—Oye, Tyler, probablemente yo debería ser más hábil con estas cosas... Me refiero a tu vida. Las últimas semanas he estado perdida, pero todavía me ocupo de la vida de mis hijos. ¿Qué planes tienes para cuando termines la carrera, en abril?

—Los mismos de siempre. Quiero trabajar en Bechtol, en Seattle.

—¿En Bechtol? Tyler, sigo sin podérmelo creer. Nosotros queríamos hacer saltar por los aires Bechtol.

—No seas carroza, Jasmine. Bechtol es una empresa agradable y en desarrollo. Ofrece un ascenso potencialmente rápido y un retiro escandalosamente bueno.

—Tienes veinte años, Tyler.

—Hay que pensar en el futuro, Jasmine. El mundo es un sitio mucho más duro que cuando tú eras joven.

—Supongo que tienes razón. —Jasmine realiza un fundido hippie y sus pensamientos se retiran a su propia vida, a sus problemas.

Jasmine era una madre tierra en los años sesenta. A veces la llamamos eso... «¡Oh, madre tierra, querida!» Pero las más de las veces sólo decimos «Madre a tierra... madre a tierra...»

—Madre a tierra. Madre a tierra...

—¿Sí, mi pichoncito?

—Haz el amor con la cámara, por favor.

—Oh, lo siento. —Prueba con una débil sonrisa—. ¿Crees que la cara de la calabaza da miedo de verdad? —pregunta—. Traté de que representara el mal.

—Estupendo —digo yo.

—Yo creo que las calabazas son inherentemente divinas —(ay, conversaciones de hippie)—, como bombillas naranjas de la felicidad. Resulta difícil imaginar a una calabaza que provoque miedo de verdad. ¿Va a ser una foto artística, Tyler? Quiero que mis nietos piensen que yo era una persona culta, que era diferente.

—Apestará a arte. Por favor, Jasmine, un poco de emoción.

Una ruidosa mancha carbón de cuervos migratorios emborrona el cielo por encima de nosotros mientras siguen el río hacia el sur porque llega el invierno. Jasmine no quiere dejar de estar triste. Le pregunto si no prefiere que le saque la foto en otro momento.

—No, no. Ahora está muy bien. Lo único que sucede es que los cuervos me deprimen, por algo que pasó cuando yo era joven y vivía en Mount Shasta.

—Por favor, cuéntaselo a los invitados del estudio.

—Fue una tarde. Papá, tu abuelo, estaba podando el pino que había junto a la casa y discutía con mamá, que le daba instrucciones. Ya habían caído al suelo un montón de ramas cuando de pronto nos dimos cuenta de que un par de palomas muy tristes se movían frenéticas alrededor de ellas. Mamá gritó no sigas, pero advirtieron demasiado tarde que habían cortado la rama que tenía el nido de palomas.

—Qué historia tan deprimente, Jasmine.

—Mamá corrió adentro llorando. Papá trataba de explicarle que las palomas son idiotas perdidas y que la próxima semana volverían a aparearse, pero mamá aún sigue diciendo que daría cualquier cosa para que aquello no hubiera sucedido.

—¿Todavía no lo has superado?

—No te vayas a Seattle, Tyler.

—No me digas esas cosas, Jasmine, ¿vale? El tiempo corre. Tengo una vida por delante. Las cosas cambian.

—Aborrezco a los cuervos. Comen los huevos de los nidos de otros pájaros.

—¿Otra vez con la misma historia, Jasmine? Ya vale, ¿no? Anímate o me largo. ¿Cómo te voy a sacar una buena foto si no dejas de decir ese tipo de cosas? Piensa en algo alegre, como que estás jugando con unos gatitos o algo así.

Pero puedo entender perfectamente por qué Jasmine quiere llenar en este momento su mundo interior con cosas tan tristes.

Imagino que su situación no se diferencia mucho de cuando te pegas un golpe en la cabeza con el borde de un aparador y sientes un dolor tan agudo e intenso, tan extremadamente concentrado en una zona tan pequeña, que te golpeas en la herida para amortiguar el dolor, para que se disperse fuera del centro de dolor.

—Prueba con una pose distinta —sugiero, acercando el trípode y enfocando el objetivo sólo en la cara de Jasmine y en la linterna hecha con la calabaza—. Gira la cabeza y mira al señor Calabaza directamente a la cara, ¿vale?

—Vale.

—Ahora haz como si estuvieras celebrando un concurso con ella para ver quién es capaz de mirar más tiempo sin pestañear, ¿vale?

—De acuerdo.

Unas fotos aburridas. Nada que hacer.

—Vamos a probar con otra cosa. Haz como si el señor Calabaza fuera Kittykat (es la gata de nuestra familia), y como si estuvieras mirando a Kittykat a los ojos para intentar distinguir un resquicio de inteligencia.

—Vale.

Unas fotos ligeramente mejores, pero no mucho mejores. Necesito algo más intenso.

—Vamos a probar otra cosa. Haz como si el señor Calabaza fuera la persona del mundo que más miedo te da, alguien que te quiere destruir, que te quiere comer. —Debería darme de bofetadas por decir esto, pero ya es demasiado tarde. Los rasgos acusados de Jasmine se retuercen de miedo. Aprieto el botón con el dedo y se crea un retrato de Jasmine: un retrato que verán sus nietos y por el que la recordarán. Un retrato de Jasmine encarando el mundo como lo encara en este momento de su vida: completamente aterrada por un monstruo fruto de su propia cosecha.

5

MIS RECUERDOS empiezan con Ronald Reagan: pensamientos, ideas y recuerdos como una explosión de aves blancas liberadas durante la coronación del rey. De la época anterior a Reagan me acuerdo de poco: fugaces y espectrales redes de imágenes, los fantasmas irrefutables del sueño de una época gris: piedras que servían de juguetes... ropa interior comestible... anillos que te decían cómo te sentías. Entonces debo de haber estado dormido.

Tengo más recuerdos. Déjame que te hable de una comuna hippie, de mi vida de niño en los árboles de una isla de la Columbia Británica. Déjame que te hable de sacos de dormir que olían a salmón, de perros grises gruñones con ojos azul hielo, de adultos perdidos en los bosques durante semanas seguidas que volvían a la comuna dando tumbos con la piel sucia y herida, el pelo enredado como un helecho y un hablar entrecortado de alusiones a las Respuestas.

Déjame que te hable de la ropa acartonada por el barro y luego abandonada, de una Daisy y de mí mismo más pequeños y desnudos, pegándonos el uno al otro con algas adentras Jasmine y Neil permanecían sentados mirando con ojos empañados una hoguera en la playa, con nuestra chapucera casa comunal de cedro escondida allá lejos, entre los árboles.

Me acuerdo de libros esparcidos por el suelo de tablas abarquilladas de la casa. Me acuerdo de ropa hecha con banderas, de cazuelas con guisados, y de velas confeccionadas con cera de abeja. Me acuerdo de adultos que se pasaban horas mirando fijamente los mínimos reflejos irisados que producía un prisma en la ventana. Me acuerdo de paz, luz y flores.

Pero déjame que te hable también de cuando el mundo empezó a ir mal, de caras peludas, rojas de rabia y acusaciones, de desapariciones repentinas, de comidas que nunca se preparaban, de guisantes que se secaban en la mata, de mujeres antes pacíficas y después con los labios fruncidos y las venas de la frente abultadas, de huertos llenos de malas hierbas, de abogados que venían de Vancouver —el ambiente de colapso, de desintegración—, de un viaje en coche durante todo el día, sin ver el paisaje, en la parte de atrás de una furgoneta Econoline oxidada, de las puertas traseras abriéndose a la noche de Lancaster, una ciudad tan seca como exuberante era la isla, tan árida como frondosa era la comuna.

Déjame que te hable de la casa que se convirtió en nuestro nuevo hogar y de las nuevas maravillas de su interior: interruptores de la luz,

bombillas, parrillas; inmediatez, sorpresas y vivacidad. Recuerdo haber dado saltos en el nuevo suelo tan liso mientras gritaba:

—¡Dureza! ¡Dureza!

Me acuerdo de la tele, el estéreo y la confianza, unas luces que nunca fallarían.

Estaba en casa.

6

ME ACUERDO de la noche en que asesinaron a John Lennon, allá por los albores de mi conciencia. Jasmine, Daisy y yo dábamos un paseo por la Feria de la Alimentación del centro comercial Las Cumbres, recientemente abierto; comíamos galletas de chocolate compradas en una boutique de galletas de chocolate, una novedad en aquel entonces. Un murmullo informativo circulaba de un modo visible entre la multitud sentada en la Feria de la Alimentación. Las mujeres lloraban, los soldadores curtidos como campesinos de Las Instalaciones enmudecieron y temblaron dentro de sus chaquetas. La oleada de noticias llegó a nuestra mesa. El asesinato para nosotros, niños, no significaba nada, pero la entonces embarazada Jasmine se echó a llorar, dejándonos muy confusos. Daisy derramó su batido de cereza cuando adoptamos la actitud paternal, convirtiéndonos en muletas que escoltaron a Jasmine hasta el aparcamiento. Daisy me cogía de la mano y cantaba la letra de *Hair*, una letra oída muy a menudo en el sistema cuadrafónico del recientemente desparecido Neil.

Más de una década después, Daisy, Mark y yo sabemos perfectamente quién es Lennon. A Daisy le interesa en especial: Lennon, el guru del pop, baladista de la juventud de su madre. Daisy y su noviete, Murray, someten al tercer grado a Jasmine sobre esa época.

—¿Hiciste el amor alguna vez en un río, mamá?

—¿Por qué decidió no depilarse los sobacos, señora Johnson?

—¿Cuántos ácidos tomaste?

—¿Cómo era eso de la protesta?

—Tu madre es una pasota de verdad, Daisy.

—Ya lo sé. Es muy moderna.

—Háblenos otra vez de San Francisco, señora Johnson.

Ahora el trío está abajo, en el cuarto de estar, tomando manzanilla entre el macramé de la habitación, velas, humo de incienso, cachivaches de la abuela. Todas esas cosas que le gustan a Jasmine. Están sentados en el sofá demasiado blando, el sofá al que le falta un cojín, un estado que data del famoso Caso del Cojín Desaparecido del año pasado (caso resuelto: Daisy había pirateado la gomaespuma recubierta de tela escocesa para hacerle un sitio donde dormir en el sótano a Kittykat).

Oigo chocar tazas de barro cocido. Oigo a Murray pasando con un susurro las páginas de acetato del álbum fotográfico de la familia.

Jasmine está tratando de hablarles con la mayor seriedad de su juventud.

—Claro que éramos pasotas, pero creíamos sinceramente que los pasotas tenían las claves.

Miradas inexpresivas de incomprensión.

—Creíamos que los pasotas tenían acceso a los secretos de la magia. Tu padre era un pasota, Daisy.

—¿Qué tipo de secretos? —pregunta Daisy.

Jasmine guarda silencio un momento.

—Secretos de lo que había en la otra parte. De las posibilidades de la percepción.

Más miradas inexpresivas.

—Bien, de acuerdo, miradlo desde otra perspectiva: cuando yo tenía vuestra edad, la gente sólo usaba champú para lavarse el pelo, y el suavizante aún no se había inventado.

Expresiones audibles de incredulidad. Oigo que Jasmine se levanta.

—Chicos, me estáis volviendo loca.

—Tu madre es una hippie total, Daisy.

—Es maravilloso. Mamá, ¿tuviste viajes recurrentes alguna vez?

Pobre Jasmine. Sale disparada hacia arriba y entra en mi habitación para eludir el tercer grado de Daisy y Murray.

—Esos dichosos chicos. Hacen que me sienta vieja, Tyler. En estos momentos es lo último que necesito.

—Siéntate —le digo—. ¿Quieres tomar algo?

—Gracias. Me tomaré una cerveza.

Me estiro por encima del sofá de elementos en forma de L donde he estado sentado con mi mando a distancia para seguir los programas de última hora de la tele y rebusco dentro de mi lustrosa mininevera italiana una cerveza para Jasmine.

Jasmine se sienta perpendicular a mí en la clásica postura ladeada del invitado a un programa de debate. Abro la cerveza mientras se la tiendo.

—¿Cuál es tu veredicto sobre el nuevo peinado? —le pregunto, y el peinado en cuestión son los tirabuzones de rasta recién hechos de Daisy y Murray, desvelados durante la cena de esta noche justo después de que Jasmine y yo volviéramos de la sesión fotográfica en el campo de calabazas. Son tirabuzones hechos untando con fijador semidisuelto las pelambreras revueltas. Las proteínas de la gelatina disuelven las proteínas del pelo; la pérdida completa del pelo se evita a medias echando zumo de piña tropical para que se interrumpa el proceso.

—¿Quién soy yo para opinar? Tu padre llevaba el pelo hasta la cintura. Pero creo que Daiz está yendo demasiado lejos con la mama

de los años sesenta. ¿Es que no quiere tener un ahora? Y me asombra cómo se las arregla para ser novia de todos los chicos solteros de Lancaster que van peinados a lo Cristo. Quiero decir que vivimos en una ciudad pequeña, Tyler. ¿Qué está pasando?

—Ellos son los MacDead, Jasmine. Para ellos los años sesenta son como un parque temático. Llevan la ropa, sacan la entrada, y disfrutan de la experiencia. Puede que lleven el pelo largo, pero huele estupendamente. Si lo sabré yo. Daisy usa mi champú.

Jasmine bebe un poco de cerveza y coge mi ejemplar de la revista *El joven emprendedor*.

—Se te debe de estar terminando la suscripción, ¿no? ¿Quieres que te la renueve por Navidad?

—Por mí, estupendo.

—¿Qué es esto de... *Empresarial* ¿También quieres una suscripción a esta revista?

—Con salsa de nacho encima.

Jasmine hojea un número atrasado de *Cadillacs y dinosaurios*, un cómic, y manosea distraídamente un dado de cien lados que mi colega Harmony me regaló por Navidad.

—Tyler —dice—. Quiero que me hagas un favor.

Llamo a mi habitación el Modernario, la única habitación de la casa donde no he permitido que se filtre la sensibilidad decorativa hippie de Jasmine, inclinada a los cristales de colores. Nada de sórdidas plantas araña. Nada de velas deprimentes. Nada de espantosos objetos arco iris. Sólo sofás negros por elementos de gusto extremado, un televisor y un equipo de sonido para compactos empotrado en el «tótem de diversión» tan alto como un hombre (negro), la alfombra irreprochable de un buen gusto increíble (gris), el futón (a rayas grises y blancas), el ya mencionado minifrigorífico italiano y brillante (gris), el ordenador (de color hueso; el catálogo dice «harina de avena»), libros y cintas, un reloj (negro), mi colección de esferas terrestres sobre la mesa que hay junto a la ventana (apodo: la Granja de las Esferas), y un espejo que tiene en el medio un brillante Porsche rojo absolutamente deseable. La paredes son grises. Todos los objetos de adorno han sido eliminados. Resulta moderno, desde luego.

Tengo también mi pequeño cuarto de baño con ducha y una extensa colección de productos especiales para el cuidado del pelo, que Jasmine llama «museo de champús» y Anna-Louise, mi novia, «equipo del terraplenador novel». Pese a esos mezquinos comentarios, observo sin embargo que a ellas, al igual que a Daisy, no les remuerde la conciencia pedirme prestados geles, cremas, espumas, lociones, bálsamos, acondicionadores o mascarillas cuando escasean sus

provisiones.

Sí, aún vivo en casa de mis padres, pero ¿quién no lo hace? Y además necesito ahorrar dinero —comprar mi equidad—, aguzar mi talento, aumentar mi dominio del mercado, y todas estas actividades requieren tiempo y estar libre de la pobreza. La pobreza. Qué horror. Como un lobo aullando y arañando mi puerta, acercándose cada vez más a mí.

Kittykat, naranja y blanca como un polo de dos gustos, se cuela por mi puerta entreabierta, avanza furtivamente por la alfombra y salta al regazo de Jasmine para recibir un rápido masaje.

—Kittykat me pone los nervios de punta, Jasmine. Se pasa la noche subida en el tejado, corriendo sin parar, pum, pum, pum. ¿Hay ratones, o es que la luna vuelve locos a los gatos?

Jasmine acaricia las patitas de Kittykat y no contesta. Las dos mantienen un secreto. Y nada va a cambiar, a pesar de lo que diga Jasmine. Kittykat seguirá correteando por el tejado, y yo nunca me enteraré del secreto.

—¿Quieres hacerme un favor?

—Espera un momento.

Estamos sentados viendo la televisión, mientras Jasmine continúa acariciando a Kittykat. En la pantalla aparece una vaga imagen del Tercer Mundo y me apresuro a hacer zaping.

—No deberías tener tanto miedo a ser pobre, Tyler —dice Jasmine—. Uno sólo atrae la pobreza hacia sí cuando trata de huir de ella.

Por ese motivo veo la televisión solo: nada de intrusiones irritantes. Ver la televisión con otra persona es un tanto embarazoso. Uno se siente como si de alguna manera estuviera en un escaparate o como si subiera dentro de un ascensor de cristal en unos grandes almacenes.

—Mamá, vete a adorar tus cuentas de cristal. La pobreza amenaza. No consiento que la pobreza me domine.

—¿Qué te lleva a pensar que el dinero es tan importante, Tyler?

—Si el dinero no fuese importante, ¿por qué se lo iban a quedar los ricos?

—A lo mejor te sentaría bien ser pobre durante una temporada.

Quito el sonido al televisor con el fin de prestarle toda la atención.

—Madre a tierra. Madre a tierra. Los pobres comen cosas asquerosas. Fuman. Nunca tienen árboles en sus casas. Tienen demasiados niños y siempre están rodeados de críos llorones. Desconfían de los que han estudiado. En resumen, les gusta todo lo que los hace ser pobres. Piensa como un pobre y serás pobre. Eso no

va conmigo.

—No puedo creer que un hijo mío sea tan desalmado, tan insensible, tan duro de corazón.

—Llámame duro de corazón si quieres. —Vuelvo a poner el sonido del televisor pero tengo el pleno convencimiento de que mi madre piensa que soy un mierda. No consigo concentrarme ni creo que tampoco ella pueda hacerlo.

Trato de limar asperezas.

—Lo que me saca de quicio no es la pobreza, mamá. Lo que me saca de quicio es que el mundo va cada vez peor. No hay red protectora. Falta sabiduría. Sólo hay miedo. Miedo y estigmas.

—¿Quieres ir a ver a Dan de parte mía?

—¿Cómo dices?

—Sólo por esta vez. Vete a ver dónde está y luego me cuentas lo que has visto. Así lo eliminarás más deprisa de mi sangre. Sírveme de apoyo. Ahora tú eres mis ojos y mis oídos, Tyler. Eres mis brazos. Mis piernas.

Sé que Jasmine se preocupaba constantemente por mí. Una adolescencia problemática. Pero de pronto accionaron un interruptor cubierto de terciopelo, y ahora el que se preocupa constantemente por Jasmine soy yo. ¿Cuándo empezó esto?

7

—ERES muy guapo, Tyler.

—No, tú sí que eres guapa, Anna-Louise.

—Tyler, eres fabuloso. Fabuloso de verdad. A ver si dejas de ser tan fabuloso. Deja de serlo ya.

—Te quiero, Anna-Louise. Con todo gil mi corazón. Quiero que sepas lo mucho que te quiero, Anna-Louise.

Nos besamos.

Anna-Louise y yo estamos hablando en el lenguaje de las «telecaridades». Fue así como nos conocimos el año pasado en el Lancaster Community College. Ella estaba junto a una fotocopiadora, haciendo cientos de copias, y yo sólo necesitaba hacer tres, de modo que me dejó pasar—Le dije que era fabulosa. Ella me dijo que yo era más fabuloso todavía y, bueno, la cosa se desmadró. El «telecaridades» es una aceleración total.

—Anna-Louise, lo que haces por esos niños es... extraordinario.

—Venga, oigamos cómo esos teléfonos empiezan a sonar.

Conocer a Anna-Louise fue como encontrar la lista de la compra de un desconocido en el suelo del supermercado y darse cuenta de que hay regímenes alimenticios más interesantes que el tuyo. Fue la primera vez que me sentí incompleto.

A casi todos les gusta Anna-Louise porque parece muy normal: una media de notable, pantalones de pana, un cuerpo flexible de piel trigueña y talento para relacionarse con los chiflados por los ordenadores. Pero todo eso es fachada. Creo que Anna-Louise es más bien una alienígena atrapada dentro de un maniquí de carne y hueso e impaciente por salir. Anna-Louise puede sacarme monedas de las orejas. De noche salimos juntos y salvamos plantas de interior metidas en macetas que la gente ha dejado a la puerta de sus casas o en las terrazas. Si los dos comemos huevos, y Anna-Louise encuentra en la boca un trocito de cáscara, vomita, como pasó una vez en la Casa Internacional de las Tortitas, en la frontera con Idaho. Un día de la primavera pasada seguí secretamente a Anna-Louise cuando iba por el centro tratando de verla como a una desconocida, con sus jóvenes piernas tan delicadas asomando por debajo de su falda de cuadros. Bueno, pues bajo el claro cielo azul de aquel día primaveral, ella levantó la mano como si pensara que acababa de caer una gota de lluvia. Figúrate.

Yo me imagino que siembro mechones cortados del pelo de Anna-Louise, como tallos delgados de flores secas, y que de esos cabellos

crecen girasoles. Imagino que entierro una calculadora de bolsillo con su nombre escrito en la pantalla de cristal líquido, y que de la tierra salen relámpagos.

—Deberíamos abrir un restaurante de pescado —dice Anna-Louise cuando me quiere torturar. Eso es amor.

Salimos de clase y Anna-Louise se funde en lo negro del asiento de mi Nissan —alias el Confortmóvil—, y juguetea nerviosa con una reina de espadas que cuelga de su collar, una chuchería que hice para ella el sábado pasado. Me baña con los vapores cálidos de un chicle sin azúcar mientras nos alejamos de la puerta del college.

—Dios, qué construcción más horrible —dice, cuando se pierde a lo lejos el edificio principal del Lancaster Community College—. Seguro que lo proyectó un hombre.

Tiene razón. El Lancaster Community College se compone de brutales cubos de cemento de los años setenta y se parece a unos aparatos estropeados de aire acondicionado unidos unos a otros por unas pequeñas pasarelas por las que sólo puede circular un hámster. La fachada del edificio está adornada por algo semejante a una molécula de Lexan aumentada diez trillones de veces y construida con dodecaedros de acero, como las estatuas que había en el exterior de la sede central de la Stasi, en la Alemania del Este.

—Un pelín triste —le concedo.

—Mucho más que eso. Si alguna vez quieres rodar una película en un futuro desolado, aquí tienes el decorado perfecto.

Los estudios.

Anna-Louise estudia segundo curso de comercio. Yo estoy en segundo de dirección de hoteles/moteles. Los dos estamos matriculados en el Lancaster Community College, una fábrica de cachorros intelectuales, la Harvard del condado de Benton.

Creo que eso de los hoteles/moteles es una carrera con futuro. Me gustan los hoteles porque en la habitación de un hotel uno no tiene historia, sólo esencia. Uno se siente como si sólo fuera algo en potencia que espera a que lo vuelvan a escribir, como una hoja de papel crujiente en blanco. No hay pasado.

Una vez, hace diez años, cuando yo tenía diez y Daisy ocho —poco después de que asesinaran a John Lennon y mientras Jasmine estaba en el hospital general del condado pariendo a Mark—, la abuela y el abuelo nos llevaron con ellos a un hotel de Hawai. Aterrizamos en Honolulu, de noche cerrada, y yo me sumí en un sueño intensamente perfumado a jazmín mientras íbamos en coche por la avenida Kalakaua hacia Waikiki. A la mañana siguiente recuerdo que bajé hasta el vestíbulo con una sensación de libertad y liberación que

desde entonces me ha sido difícil de igualar. La brisa del Pacífico soplaba sobre mi piel de malvavisco propia del habitante del continente, y me di cuenta de que el hotel no tenía puertas, algo en lo que no había reparado la noche anterior. Imagínate, un hotel sin puertas. Existen. Y desde entonces siempre he pensado que de hecho los hoteles son la residencia ideal.

Anna-Louise y yo navegamos por la llanura color avena abrigados en mi cochecito, inhalando canciones electrónicas de moda cantadas por niños británicos deprimidos. Atravesamos a toda velocidad el aire soleado pasando junto a bosque— cilios de frondas escarlata y campos con caballos que resoplan dentro de cercados, y por encima de nosotros un cielo en 70 mm, azul y enorme como un rompecabezas recién terminado.

—Oh, Tyler, ¿todavía no has reservado hotel? —pregunta Anna-Louise. Los dos planeamos ir a la Columbia Británica a pasar el próximo fin de semana.

—Sí, mi pequeño copiloto.

—¿Es un hotel Marge? Tiene que ser Marge. Quiero ambiente. —Marge es la palabra que usa Anna-Louise para describir los locales tristes tipo años cincuenta donde las camareras se llaman Marge.

—Sí, es Marge.

—¿Cómo se llama? ¿El Perrito de la Suerte? ¿El Patito Valiente?

—El Aloha.

—Es Marge... Oye, Tyler.

—¿Sí?

—Eres mi descanso.

—Y tú, Anna-Louise, mi tornado.

La naturaleza se termina enseguida y seguimos en coche una vez pasado el anémico centro comercial Las Cumbres, medio cerrado por tablas de contrachapado, con el aparcamiento casi desierto y las luces interiores de la galería de techo piramidal brillando valientemente. La marquesina de los multicines Ochoplex, donde trabaja Anna-Louise, indica la temperatura y la hora: 12 grados, las 4:04 de la hora de la guerra del Pacífico. (Bueno, de acuerdo, de la hora diurna del Pacífico.)

—Me pregunto —dice Anna-Louise— si el futuro va a ser como el centro comercial Las Cumbres.

—¿Y cómo sería?

—Ya sabes. Improvisado, o algo por el estilo. Estructuras sólidas de cemento y acero de nuestra propia época, pero con cartón y paja en las ventanas. Estaciones de servicio Exxon con el techo de paja.

—Y cabras pastando en las fuentes secas del Centro de la Moda.

—Exactamente. El año 3001. Mierda por todas partes. Murantes recorriendo los escombros en busca de antibióticos. Ya no se vuelven a hacer productos nuevos. Creo que hay un fallo en nuestro ADN que hace que invariablemente los humanos necesiten retroceder a la Edad de la 'Tinieblas.

Considero su idea.

—¿Sabes una cosa, Anna-Louise? No me importaría que la cultura del consumo hiciera ¡puf! de la noche a la mañana, porque entonces todos estaríamos en el mismo barco, la vida ya no sería tan desagradable, y pasaríamos el tiempo con las gallinas, el feudalismo y todo eso. Pero ¿sabes lo que sería insoportablemente horrible? ¿Sabes lo que sería peor de todo?

—¿Qué?

—Pues que cuando todos anduviéramos por la tierra vestidos con harapos y criando cerdos en las heladerías Baskin-Robbins abandonadas, yo levantara la vista al cielo y viese un reactor, aunque sólo llevara una persona dentro. Me volvería completamente loco. O todos vuelven a la Edad de las Tinieblas o no vuelve nadie.

—Bueno, Tyler, a no ser que tus hábitos de estudio mejoren, yo seré la del reactor, y tú el que estarás en tierra criando cerdos.

—No me agobies, Anna-Louise. Ya tengo demasiados problemas en la cabeza.

—Como cuáles.

—Como que esta noche tengo que ver a Dan.

—Nada de eso.

—¿Cómo qué no? Me lo ha pedido Jasmine.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—El día del rotulador. Ahora todo está en manos de los abogados. Y no es que a ninguno de los dos le sobre dinero para andar malgastándolo.

—¿Cómo se encuentra Jasmine?

—Algo mejor. Ya no cena delante de la tele y ha vuelto a las lentejas. No nos deja ni pronunciar el nombre de Dan. Está deprimida. Está sola. Pero ella dice que está contenta porque no ha ganado peso durante toda esta historia. Se siente descasada.

—¿Cuánto hace desde que se marchó Dan?

—Cinco semanas. Menudo alivio.

—¿Todavía no le has visto?

—No le he vuelto a ver desde que me fui a Europa, y eso fue en junio.

—¿Estás asustado?

—Sí.

La carretera por la que ahora circulamos discurre entre el centro

comercial Las Cumbres y Las Instalaciones. El único paisaje natural del camino es un vallé diminuto entre dos pequeñas colinas nada más pasar el centro comercial Las Cumbres, un microvalle conocido en la zona con el nombre de cañón de la Onions debido a lo que se cosechaba allí antes de que un desguace de coches destrozara y modificara definitivamente el paisaje. La carretera es ancha y con amplias curvas; en la zona la llamamos Route 666. Pasado el cañón de la Cebolla no hay nada que ver hasta Las Instalaciones, lo que nos lleva sus buenas cinco o seis canciones en el casete del coche.

Esta tarde Anna-Louise y yo nos dirigimos a nuestra guarida habitual, el restaurante Top's, más razonablemente conocido como el Vertedero de Desechos Tóxicos. En teoría el Vertedero sirve cocina texicana.

—Pero seamos sinceros —dice Anna-Louise—, es una comida normal con guarnición de jalapeños, aunque está bien. Es Marge.

Lo que pido normalmente en el Vertedero es una hamburguesa Fungus Humungus: el señor Velásquez adquiere la carne picada a la mafia (mezclada, sin duda, con serrín de álamo y chicha triturada de sus víctimas), y la sirve con guarnición, sobrecargada de jugosas y tiernas setas picadas, como trocitos de grasa de ballena. Anna-Louise siempre pide colas light.

—Tyler —dice Anna-Louise cuando nos acercamos al Vertedero—. Te eché de menos mientras estabas en Europa, ¿sabes?

—También yo te eché de menos.

—Tyler. —Una pausa—. ¿Te pasó algo allí? No debería preguntártelo. ¿Te estoy molestando? No me resulta agradable preguntarlo. A partir de ahora mantendré la boca cerrada.

—¿De qué estás hablando?

—Sólo es... —A ella le encanta esto—. Pareces mucho más distante ahora que antes de irte. Creo que cuando alguien se mantiene distante, eso significa generalmente que tiene un secreto que no puede contar porque cree que el otro no lo podrá soportar.

—¿Cómo dices?

—No es nada. Todo es producto de mi mente. Mira. Ahí está la Carretamóvil de Skye. —Se vuelve hacia mí—. Pero si tienes un secreto, cuéntamelo. Puedo soportar lo que sea. Ya lo sabes.

—Lo sé.

—Bien. Vamos adentro.

Mientras Anna-Louise se dirige al Vertedero, compruebo un par de veces que las puertas del coche estén bien cerradas.

Imagina que estás sentado en una butaca y que en una pantalla que tienes delante proyectan una película en la que te hacen una operación quirúrgica sangrienta y desgarradora. El cirujano te salva la

vida. Era esencial para hacer que tú seas tú. Pero no lo recuerdas. ¿O sí? ¿Entendemos los acontecimientos que nos hacen ser lo que somos? ¿Entendemos los f actores que nos hacen hacer las cosas que Hacemos?

Cuando dormimos por la noche, cuando atravesamos un campo y vemos un árbol lleno de pájaros dormidos, cuando les decimos mentiras sin importancia a los amigos, cuando Hacemos el amor, ¿qué actos quirúrgicos se producen en nuestras almas? ¿Qué daños, curas y sobresaltos tenemos que superar y nunca seremos capaces de comprender? ¿Qué películas se filman que nunca se proyectarán?

Pero lo que es justo es justo: en Europa pasó algo. Y lo que pasó es que allí conocí a otra persona —StépKanie, ya ne dicho su nombre y durante un tiempo dejé de acordarme

de Anna-Louise.

Pero, claro, ahora he vuelto a recordarla.

Y naturalmente, mi relación con Anna-Louise ha cambiado. La mayoría de las prisas anteriores se han desvanecido, aunque eso es un alivio. El nuestro nunca ha sido un amor como de anuncio de cerveza, eso para empezar. Me deprimía que nuestra relación no se pareciera más a un anuncio de cerveza. Ya sabes: coches a más velocidad que la luz despidiendo canciones nucleares mientras veinte rubias de Planet Eeach asan a unos bebés y amenazan con ponerse a follar en cualquier momento. Uno se contenta con lo que tiene.

Si Anna-Louise y yo hacemos demasiado hincapié en que nos gustamos el uno al otro, eso sólo nos recuerda que no somos tan apasionados como nos dicen que deberíamos ser. Nos sentimos cursis. Mejor no pensar demasiado en estas cuestiones.

Me gusta Anna-Louise. Nos sentimos cómodos el uno con el otro, y espero que esto sea suficiente. Quedo exhausto pensando en que debería haber algo más.

8

—¡TYLER! ¡Anna-Louise! ¡Lo mejor de la cadena alimenticia! Fijaos en esto. —Skye, una amiga de Anna-Louise, me lanza unas gafas de sol de diseño falsas, fabricadas en alguna nación del archipiélago del Sudeste de Asia; unas |gafas brillantes que apestan perversamente a carne de cordero sin asar.

Skye y un grupo de amigos —Pony, Harmony, Davidson, Leslie, Mei-Lin y Gaia— ocupan el apartado Siberia del Vertedero, al fondo, junto al gueto del vídeo. Davidson saca fotos con mi máquina instantánea y mi carrete y los siete están acicalándose con frenesí, como magnates alemanes de los pesticidas a los que Andy Warhol sacaba polaroids. Hay varias instantáneas a medio revelar esparcidas sobre la mesa. Es extraño ver a mis amigos comportarse mal, como ver la luna en el cielo en mitad del día.

—Vaya, vaya. Una mala falsificación —digo, devolviendo las gafas.

—Bueno, pero hemos estado en Europa, ¿verdad?

—Entérate, Skye. Que estas gafas sean falsas o no, no tiene nada que ver conmigo ni con Europa. Ya lo sabes.

Nadie discute mi autoridad por lo que se refiere a productos de diseño falsificados. Así es como pagué mi viaje a Europa, además del Confortmóvil y el Modemario: con objetos falsos, relojes y camisetas. Era el representante para el campus de una empresa de Provo, Utah, auténtica ruina de los productos Chanel. Y de Ralph Lauren, Rolex, Piaget y Hugo Boss. Un negocíete lucrativo que tuve en marcha hasta que, claro está, apareció la pasma y terminó con la diversión.

—Sonreíd. —Gafa saca polaroids de Anna-Louise y mías sonriendo al estilo de Hollywood mientras invade el Vertedero una bandada de ratas de centro comercial, punks de ambos sexos en monopatines que sueltan carcajadas ante el logotipo antidroga que destella al final del videojuego. Canciones de moda atruenan desde la máquina de compactos. Mucha charla inútil. Mink, mi camarera favorita, anota el Fungus Humungus que pido, y luego suelta un suspiro mientras Anna-Louise pide su millonésina cola light. Harmony —a quien le enloquece Dragones y Mazmorras y le entusiasma el inglés antiguo— pide un «cáliz de aguamiel, encantadora damisela», y Mink suspira y luego pregunta a Harmony si quiere una coca normal o light.

—Este verano, en Amsterdam —digo yo—, conocí a unos estudiantes de Boston en un albergue. Pasaron la semana poniéndose enfermos a base de canutos de hachís, comiendo fresas y rascándose

picaduras de los mosquitos de los canales. Se esforzaban mucho para que todos los del pub del albergue se dieran cuenta de lo ricos que eran. Uno de esos estudiantes, un chaval que se llamaba Chris, no dejaba de hablar del reloj Rolex que le había regalado su padre para su cumpleaños, y luego se pasó de listo refiriéndose a Lancaster y Las Instalaciones, preguntando por qué yo no resplandecía como la esfera del reloj, de modo que le dije: «Oye, Chris, enséñame el reloj», y él me lo dejó ver. El reloj era falso. Y se lo dije.

—¿Cómo pudiste estar seguro? —preguntó todo el grupo de la mesa.

—Muy fácil. En los Rolex de verdad, el movimiento de la manecilla de los segundos es uniforme. En los falsos va tic tic tic. La diferencia resulta evidente en cuanto uno lo sabe. No me gustó decírselo porque su padre le había regalado el reloj, pero se estaba comportando como un idiota... y además, si tu padre te regala algo falso y trata de que pase por auténtico, ¿no te gustaría saberlo?

El silencio acoge mi pregunta. Me doy cuenta de que ninguno de mis amigos de la mesa tiene un padre biológico presente y estable en su vida, incluido yo. La respuesta, supongo, es que nosotros aceptamos cualquier porquería que nos puedan regalar nuestros padres y nunca preguntamos nada. Anoto aquí que el último regalo que me hizo Neil, mi padre biológico, fue un Stetson lleno de maría de sus plantaciones de Humboldt. La caja llegó por un servicio urgente de puerta a puerta cuando yo tenía dieciséis años, y Jasmine se mantuvo encima mío mientras la desataba, anticipando lo que sería el regalo.

—Quédate con el sombrero —dijo, sacando lo que contenía en un abrir y cerrar de ojos, y eso fue todo. *C'est la vie.*

Skye rompe el silencio al notar una intimidad comunitaria y me pregunta:

—Entonces, eso que hemos oído sobre tu madre..., que Dan le escribió D-I-V-O-R-C-I-O en la frente, ¿es verdad?

—¿Lo escribió para que se leyera en el espejo? —añade Harmony —. Lo pregunto puesto que sale a relucir el asunto.

—Sí. Escribió D-I-V-O-R-C-I-O al revés... Lo que pasa es que se confundió con la R, por si te interesa saberlo. Y ahora ocúpate de tus cosas, Skye, y deja de hacerte la dura. No es nada atractivo.

—¿Va a sacarle pasta Jasmine?

—Ya vale, Skye, cállate de una vez.

Unos pocos minutos después, cuando Skye va al servicio, Anna-Louise me dice que Skye no se puede detener cuando se pone en plan duro. Dice que Skye es como un objeto pequeño pero valioso que se compra en una tienda, un objeto que está más envuelto de lo necesario sólo para evitar que lo roben.

—Es una divorciada nata —dice Anna-Louise.

—Es demasiado dura —digo yo.

—Ha tenido una vida difícil. Su padre cumple de doce a quince años de condena.

—Skye parece un premio gordo —añade Davidson—.

Parece la tele. Es como una versión en porno blando de sí misma, toda brillante y recién salida del cascarón.

—Me parece que se muere por tener experiencia —digo yo, viendo que Anna-Louise me mira fijamente.

—Y eso es bastante duro cuando uno vive en una ciudad pequeña —dice Anna-Louise—, de modo que deja en paz a la chica.

Cuando empecé a salir con Anna-Louise, sus amigas me hicieron un escáner a base de miradas inquisitivas y me encontraron un pelín soso, perfecto para el matrimonio. Creo que imaginaron que con tipos como yo podrían volver más tarde, después de haber salido a dar una vuelta a la manzana. Gracias a Dios, Anna-Louise es más blanda, más indulgente que sus amigas. La semana pasada Anna-Louise y yo tuvimos una discusión al respecto. Me pasé un poco sacándola de sus casillas.

—¿Es que tus amigas no saben que los chicos pueden notar en una billonésima de segundo cuándo una mujer les da certificado de aptitud para el matrimonio? Skye y sus amiguitas creen que pueden salir y divertirse como locas y luego volver a casa de un carapijo como yo y de repente convertirse en Carol Brady.

—¿Prefieres atarlas corto? ¿Y de qué estás hablando? Los chicos pueden salir y pasárselo bien por ahí, ¿y las mujeres no pueden? ¿En qué año estamos, en 1971? Eres un cerdo.

—Me estás interpretando mal. Me gustaría que Skye, Mei-Lin y Gafa se refrenaran un poco. Son terribles.

—¿Y yo también soy terrible?

—Tú no eres tus amigas.

—A lo mejor lo debería ser. Y si tanto te preocupa que te consideren un tipo aburrido sólo apto para el matrimonio, entonces conviértete en el señor Gracioso, pero no hables de mis amigas como si estuvieran llenas de defectos. No les impongas tus estúpidas ideas preconcebidas sobre la feminidad.

—Vale. Tiempo muerto.

—Necesitas trabajar, Tyler. ¡Y pensar que tu madre es una hippie...! Voy a tener que hablar con ella. Que el cielo ayude a la tierra.

Este intercambio de la semana pasada tuvo lugar en el apartamento de Anna-Louise, un estudio en un piso bajo, uno de los cuatro estudios de una vieja casa de ladrillo destrozada y subdividida situada en el pequeño centro histórico de Lancaster, en la calle

Franklin.

Anna-Louise es la única persona de mi edad que conozco que vive sola. La independencia le sienta bien. Su madre y su hermano están en Spokane, demasiado lejos del *college* para ir y venir en el transporte público todos los días. Su nueva familia consiste en un par de hermanas solteras, casi vagabundas, que viven en los apartamentos imagen especular del suyo del otro lado del vestíbulo, y en un Popeye que vive justo encima, al que hemos apodado «El hombre con 100 animales de compañía y sin tele». Sólo le vemos raramente, acarreando sacos llenos de gránulos desde el almacén de comida para animales domésticos de la avenida Lincoln.

Otro suceso de la semana pasada: Anna-Louise me telefoneó bastante después de que hubiera terminado de cenar. Yo estaba sentado ante mi ordenador personal reclasificando mi colección de compactos con mi nuevo programa RapFicha® que había solicitado por correo a la empresa de Memphis, Tennessee, LocoSintonía®. («Apretando el botón reclasificará toda su colección de compactos, cintas o vinilos por artistas, título del álbum o fecha, índice con el nombre de 25.000 artistas incluido. Pruebe también con el RockFicha®, JazzFicha®, BachFicha®, ElvisFicha® y más de 50 opciones musicales de clasificación.») Anna-Louise me dijo que había tenido una experiencia rara. Estaba nadando en la piscina del *college*. Era casi la hora de cerrar y se encontraba sola en la piscina, pedaleando en medio del agua, cuando de pronto se apagó la luz.

—Di un respingo —dijo—. Al principio estaba asustada, pero luego me relajé y nadé por debajo del agua con los ojos abiertos. Sin luz no había indicios de gravedad. Era como estar en el espacio exterior pero con cloro.

La experiencia había puesto cachonda a Anna-Louise y fui convocado a su apartamento. Hacia las doce de la noche, horas después, los dos estábamos tumbados muy contentos en su futón, debajo de la colcha, su cara y su cuerpo como un recinto de feria que se acaba de vaciar y que, aunque resulte extraño, no ha cambiado, a pesar del estallido de vida que ha tenido lugar hace tan poco encima de él.

Tomábamos palomitas de maíz demasiado calientes del microondas y discutíamos sobre cómo cambiarían nuestras vidas si ganáramos mil millones de dólares en la lotería. Nuestra decisión final fue que compraríamos diez mil hectáreas de tierra en los alrededores de Lancaster, crearíamos un sistema de riego —ríos y corrientes— y construiríamos un bosque para nosotros, que rodearíamos de un muro de cuarzo tan alto como la pantalla de un autocine.

En el interior de esta pradera amurallada plantaríamos millones

de semillas y plantones, arboledas y matorrales futuros, donde anteriormente sólo habría existido el vacío. Durante los primeros años el bosque sólo nos llegaría hasta el hombro, pero la vegetación pronto nos superaría en altura y se espesaría, sirviendo de hogar a pájaros, insectos y animalillos que enseguida construirían escondrijos y lugares seguros. Y cuando Anna-Louise y yo nos hiciéramos mayores, le pasaría lo mismo al bosque, hasta que por fin, cien años después, los dos descansaríamos juntos bajo un sauce al lado del lago Saint Anna mientras sonarían alegres cuacuás de patos entre los cercanos macizos de iris y fuertes ráfagas de viento atravesarían una barrera de álamos. El sol brillaría sobre nuestras pieles arrugadas y nuestros huesos de viejos. Nuestras pieles nos abandonarían con un simple soplo de viento y emergeríamos como dos pequeñas mariposas que dan vueltas una en torno a otra en órbitas poco seguras y se dejan ir en el aire, cada vez más arriba, por encima de nuestro jardín, de nuestra fortaleza de árboles, por encima de los muros de cuarzo que habíamos construido y de aquello en lo que por entonces se hubiera convertido el mundo exterior.

Y por eso es por lo que Anna-Louise y yo estamos de excursión en la Columbia Británica dos fines de semana después. Al final de nuestra fantasía del bosque, ella mencionó que había visto un bosque que se llamaba Glen Anna en un mapa del sur de la Columbia Británica. Mil millones de dólares es algo que quedaba lejísimo, y consideramos que antes necesitábamos ver un bosque.

Anna-Louise se queda en el Vertedero de Residuos Tóxicos mientras yo voy a ver a Dan. Cruzo las puertas de cristal (BIENVENIDOS LOS QUE NECESITAN COMIDA) y salgo a un ambiente donde te ves el aliento. De lleno en el frío octubre, ante las farolas de la calle que adquieren vida y los rótulos de plexiglás iluminados desde atrás y que parecen parpadear debido a las ondulaciones como de espejismo que origina la tierra al enfriarse. Un coche solitario traquetea por la Route 666 y la hora punta a la salida de Las Instalaciones es sólo un recuerdo.

La temporada de caza ha empezado aquí, en Lancaster. Mientras conduzco por la Route 666 camino de casa de Dan, observo que todos los subnormales llenos de hormonas y sin vida, y con un vehículo 4 X 4 de esta zona temporal, han venido en tropel a la biorregión expresamente por el privilegio de no afeitarse, hacérselo con putas tiradas, beber whisky en habitaciones apestosas de motel y andar por ahí haciendo el gilipollas con estúpidos sombreros color neón para disparar al azar a los escasos restos de naturaleza que han tenido la suerte parcial de sobrevivir tanto a Las Instalaciones como a la batida

de los cretinos del año pasado. Brujos que echan animales en sus invisibles ollas. Creo que vamos a agotar la naturaleza antes de que tengamos la oportunidad de destruirla.

9

UNA TARDE de hace años, en el restaurante Pimm's Offramp, mi padrastro Dan no consiguió encontrar un kleenex y se sonó la nariz con un billete de dólar. Al cabo de un mes estaba en bancarrota. Hasta el día de hoy culpa de su ruina a aquella ocasión en que se sonó con J un billete de dólar, sin querer cuestionar su habilidad para los negocios.

Dan es, o más bien era, promotor inmobiliario, y «rico como una puta» (la comparación es suya, y de muy mal gusto, por cierto) cuando se casó con Jasmine, en la época en que yo estudiaba primero en el instituto.

—Un promotor inmobiliario te dirá cualquier cosa con tal de llevarte a la cama —bromeó una vez mi madre con una amiga en una fiesta que Dan y ella celebraron, en los tiempos del consumo de salmón de Nueva Escocia, las alarmas y las cartas certificadas de Suiza; una época en la que Jasmine, por primera y esperemos última vez, hizo experimentos con vestidos de gasa propios de un serial, con maquillaje y entremeses. Asistía a cócteles con las mujeres (vestidas según la moda androide) de los colegas promotores de Dan, todos los cuales se arruinaron cuando llegó el Miedo—. Engaña, adula, suplica, miente, promete, roba... y cuando el tipo te tiene allí, ¿qué pasa?

—Eso, ¿qué pasa?

—Pues que estás jodida. —Humor producto de las copas.

Dan fue una novedad peligrosa e intoxicante en la órbita de Jasmine de hace una década, cuando estaba aburrida, supongo, después de eones de ver rostros peludos. Y durante un tiempo fueron felices a su modo; tenían la confianza animal que proporciona el dinero. Yo incluso tengo unos cuantos recuerdos buenos de Dan, todos referidos a coches, el único sitio donde Dan parecía relajado; preferiblemente si era un coche veloz.

Recuerdo haber ido por la Route 666 en el Jaguar V-12, Dan gritando «¡interferencias!» cuando nos detuvimos junto a Las Instalaciones y fuimos marcha atrás a gran velocidad para ver si el odómetro indicaba a cuánto íbamos. (No.) Dios, qué coche aquél. La perfección total. Mimado. Recuerdo haberle preguntado a Dan qué era una ranura determinada del salpicadero.

—Es por donde se meten los billetes de cien dólares.

Recuerdo una vez que Dan pegó un par de borlas púrpura tapa-pezones en los faros delanteros del coche de Jasmine, unas borlas que ganó en un bar de striptease de Yakima, unas borlas que Jasmine adoraba y que dejó allí pegadas hasta que se deshicieron de modo

natural.

Recuerdo haber ido en coche por debajo de cables de alta tensión de la carretera, y a Dan gritando que nos tapáramos las joyas y obligándonos a cubrimos con las manos la entrepierna.

Recuerdo a Dan como un monstruo de los aparcamientos, un auténtico muerto viviente, ocupando los puntos señalados en azul para los disminuidos físicos, aparcando diagonalmente en dos espacios, sin miedo a que le multasen porque tenía un permiso de disminuido físico conseguido de extranjís gracias un compinche del ayuntamiento.

Recuerdo una ocasión en que Dan, que entonces cuidaba mucho su cuerpo, iba en coche a casa con Daisy y conmigo desde el gimnasio. De repente metió bruscamente el coche en los servicios de carga de un supermercado, entró precipitadamente, desgarró una caja de cartón de productos lácteos frescos, y luego se zampó la nata del interior. Daisy y yo le seguíamos, totalmente desmadrados, mirando la viscosa sustancia blanca que le caía barbilla abajo, por los pelos del pecho, manchándole la camiseta y luego formando minicharcos en el suelo.

—Esteroides —nos informó—. Si no como algo inmediatamente, el estómago se comerá a sí mismo. Pásame ese racimo de plátanos.

Aquellos fueron grandes años, grandes tiempos.

Estoy parado en el descansillo donde se encuentra la puerta de Dan, y noto el aire que sale por el ojo de la cerradura.

El edificio del apartamento de Dan tiembla virtualmente de desesperanza. El edificio es un nido para gente cuyo hilo de unión en la vida es que en alguna parte, en algún momento, perdieron un tren. No quiero tocar los botones del ascensor, no quiero oler las tristes comidas cuya fragancia invade el portal. Noto como si hubiera cocineros con tuberculosis. En el hueco de abajo hay estalagmitas de correo sin enviar. Hay unas caléndulas secas que nunca se plantaron junto a una ventana que da al tocón de un árbol que nunca arrancarán. Hay desperdicios enredados a los espesos matorrales que hacen de cerca al lado de la carretera.

Llamo a la puerta. No hay respuesta pero el silencio no me sorprende. La filosofía de Dan es que uno no debe abrir la puerta hasta que llamen tres veces, ni descolgar el teléfono hasta el sexto timbrazo.

Después de llamar tres veces se abre la puerta.

—Oh, eres tú.

—Hola, Dan. No te alegres demasiado por mi visita.

—Hola. Ya lo supongo.

Dan me mira, con el cerebro enfocándome igual que el operador cuando enfoca la película en una pantalla del Ochoplex.

—Bueno, ya que estás aquí, entra.

Sigo a Dan al interior de su gélido apartamento donde

desperdicios propios de un soltero adornan todas las superficies planas como la basura del suelo de un Ochoplex después de múltiples proyecciones matinales de *Bambi*: ropa interior; cajas de cartón de comida china, mandos a distancia para el tótem del entretenimiento, anuncios de empleo, frascos vacíos de Rantidine, ceniceros, vasos con restos de bebida y revistas se mezclan con algunos de los pájaros disecados que se llevó con él la mañana en que abandonó a Jasmine —gansos, patos y halcones—, que sirven de prueba, si es que fuera necesaria la prueba, de que la Naturaleza tiende a premiar el horror.

—¿Una copa?

—No, gracias.

El vaso de Dan, blasonado con excavadoras, hace un pequeño clic cuando lo levanta de la improvisada mesa baja, un conjunto de aluminio muy pulido propio de un «señor de la droga» que queda de los años ochenta,

—El llamativo y pulcro joven de hoy —dice.

—Posiblemente.

Dan se sienta en su butaca de terciopelo marrón y se lleva el vaso a la boca empinándolo verticalmente.

—Creo que tomaré otro. ¿Qué tal en Europa?

—Bien.

—No hablas mucho.

Dan atraviesa la habitación, se sirve otro vaso, enciende un pitillo, luego vuelve y se sienta justo frente a mí y pregunta con burlona intimidad, como de vendedor:

—Bueno, ¿qué es eso que me han contado de que andas diciendo por ahí que soy el demonio?

—Oye, Dan, ¿puedes demostrar que no lo eres?

—¿De qué coño estás hablando?

—¿No sientes nostalgia de casa?

—Dios santo, qué raro eres.

—Afirmaciones como ésa te han llevado a donde estás. Dan sonríe.

—¿No has cambiado nada, ni un pelín?

—¿Por qué abandonaste a Jasmine? ¿Y por qué la dejaste del modo en que lo hiciste? Fue una cosa bastante asquerosa.

—No quiero discutir eso. Mi abogado dice que no lo haga. —Dan apaga el pitillo—. Y a propósito, ¿a qué debo el placer de tu visita?

—Sólo es amistosa.

—¿Una misión de espionaje? ¿Qué le vas a decir a Jasmine? ¿Vas a hacerle un buen informe de mí?

Me mantengo en silencio.

—Vale. Lo dejaré. No me eches la culpa. Crees que me conoces, pero no es verdad. ¿Qué has hecho con tu pelo?

—Es una cosa moderna —digo distraídamente, pasando la mano por los pelos en punta.

—Un poco extravagante, ¿no? Pero la moda es la moda. Yo lo he llevado largo.

Dan tiene problemas con su pelo, que es agresivamente húmedo. Pero me niego a picar en el anzuelo. Mantén siempre la boca cerrada con un borracho. Uno nunca puede ganar con alguien lleno de meados. Lo más que se puede esperar es que reviente. ¿La táctica a elegir? Aburrimiento con derecho preferente. Ser unidimensional es el método más satisfactorio para entendérselas con personas descontroladas, con cualquier situación que esté fuera de control. Mantener la cara como un programa de software para que no se borre la pantalla. No dejar que la gente se entere de las ideas que te gustan, de los juegos que has jugado, de los lugares que ha visitado tu mente. Mantén oculto tu tesoro.

Dan está molesto.

—Eres joven. Telefonéame dentro de diez años. Para entonces ya sabrás los límites de tu talento; sólo tendrás que fijarte en las puertas que se cierren violentamente a tu alrededor. Entonces no serás tan gallito.

Dan echa otro trago. En la mesita baja está la colección de saleros y pimenteros de Dan, jarritas de leche para el café, botes de mostaza y agitadores robados en restaurantes de comida rápida. Dios santo, espero que mi vida nunca llegue a ser tan comprometida como la suya; esforzándome por conseguir patéticos fragmentos de poder, tratando de llenar el vacío que quede después de que mis esperanzas hagan implosión. Pero como te digo, telefonéame dentro de diez años y entonces hablaremos. Pavoroso.

Dan habla un poco más de la familia, de mis estudios y de sus perspectivas de trabajo.

—Dile a Jasmine, si quieres, que me mudo de este vertedero. A un apartamento lujoso.

—Ejem.

—Ronnie me deja vivir en los altos de Onions, en un piso del que no se puede librar. Cree que nunca lo venderá. No te puedo decir cuál es el alquiler que voy a pagar. —Ronnie es el ex socio de Dan.

—No, claro.

—Televisor empotrado de pantalla grande, cortinas aislantes, alarmas láser, jacuzzi en un podio delante de un ventanal que da al cañón de Onions.

—Fantástico.

—Voy a instalarme bien otra vez. Volveré a estar cómodo, como en los viejos tiempos. Yo solo. La vida es estupenda. —Pienso que el rasgo más admirable de la gente que casi carece de rasgos admirables

es su falta de autocompasión.

—Dan, me tengo que ir. —Su actitud me produce náuseas. Da la impresión de que para él abandonar a mi madre es una cosa tan natural como hacer compras locas en Kmart después de ganar en las carreras de caballos.

Dan mira su reloj y dice que espera una llamada en el teléfono público de la esquina. El teléfono de la Edad Espacial que le dieron gratis con una lata de gasolina el año pasado (sorpresa, sorpresa) ha dejado de funcionar. Baja la escalera conmigo.

—Uno consigue lo que paga —grita, adelantándome a toda velocidad camino de la cabina de la esquina cuyo aparato está sonando—. Las cosas que voy a comprar a partir de ahora van a ser de calidad superior —Coge el auricular y me grita antes de hablar—: Europea.

Pues bien.

A lo mejor Anna-Louise tiene razón, a lo mejor nunca se puede saber lo que sucede entre dos personas con respecto al amor y nunca podré entender lo de Dan y Jasmine. Mejor no malgastar energía en suposiciones.

Al otro lado de la calle está El hombre con cien animales de compañía y sin tele, llevando periódicos al depósito de reciclaje. Conciencia social. Me domina el pánico y me pregunto si el divorcio afectará el límite de crédito de las seis tarjetas a las que me apunté el año pasado cuando andaban buscando clientes en el campus. («Fíjese en estos hologramas, señor *Johnson*. Imagine estos hologramas en su cartera.») Nada de eso.

Entro en el Confortmóvil, pongo una cinta modernísima con la esperanza de que unas canciones al azar mejoren mi humor, pero no. Saco la cinta, respiro, cierro de un portazo, pongo en ignición mi bestia y me alejo volando, como un pájaro plateado por encima de un caimán que flota río Amazonas abajo.

10

—LA MITAD de la edad del hombre más siete.

—¿Cómo dices?

Jasmine replica que es la fórmula china para que el matrimonio salga bien.

Jasmine, completamente desnuda, está limpiando la casa cuando entro por la puerta. Plegándose al recato, se sujete un trapo medio roto alrededor de la cintura, luego se pone con desgana un jersey rojo de cuello alto que saca del cubo de la ropa sucia, además de un par de botines de Daisy. No es consciente de lo absurda que parece cuando se siente en el Modemario conmigo. Una vez más estamos sentados en la clásica configuración de los participantes en un programa de debate.

—Piensa en todas las parejas que conoces, Tyler. Yo tenía treinta y uno y Dan treinta y cinco, y fíjate en lo que pasó. Dan debería de haberse casado con alguien de veinticinco años. El abuelo se casó con la abuela cuando él tenía veinticuatro años y ella veinte, y pronto celebrarán las bodas de diamante.

Jasmine parece muy joven. Debe de haber sido una buena hippie. A los veinte años sería una maravilla.

—No te pongas triste —añade, al darse cuenta de que Anna-Louise y yo tenemos la misma edad, veinte años, y por lo tanto estamos destinados al fracaso—. Sólo es una superstición.

Como una auténtica invitada a un programa de debate, Jasmine da sorbos a su té Red Zinger y cambia de tema.

—De todos modos, me alegra saber que Dan se ha convertido en uno de esos que reciben llamadas telefónicas en teléfonos públicos. Gracias por llevar a cabo la misión. No te pediré que lo vuelvas a hacer.

—Es un alivio.

—Creo que Dan ya va saliendo poco a poco de mi sistema. Me estoy distanciando. ¿Te acuerdas de cómo vivimos en esta casa durante años y nunca nos dimos cuenta de que teníamos arañas en los rincones de los techos hasta que vimos las telarañas en las fotos de Navidad? Pues lo mismo. Distancia. Progreso con la vida. El grupo de mujeres supone una gran ayuda. Puede que me corte el pelo. El último mes y medio he sido como un espectro rondando por la casa.

—¿Cortarte el pelo? —Se despierta mi interés.

—Por lo menos ahora no tengo que preocuparme por estar sola puesto que los chicos sois mayores. Puedo mantener conversaciones de verdad con vosotros. Los chicos sois encantadores, pero cuando Neil se

fue... Lego y muñecas... creía que iba a volverme loca. Oye... ¿te acuerdas de cuando tenías once años y para tu cumpleaños pediste un aparato para triturar documentos?

—Continúa, Jasmine.

—La soledad. Creía que iba a estar permanentemente atacada por la soledad, como un disco arañado por un destornillador. Es el aspecto más espantoso de la soledad, Tyler. Uno piensa que le están haciendo daño mientras se encuentra solo, y la preocupación incrementa el dolor. Y encima las mujeres divorciadas son un tremendo fracaso en taquilla. Los amigos te abandonan. Las mujeres casadas no quieren que las solteras anden rondando por su casa. La casa es el mundo de la pareja. Por eso me gusta el grupo de mujeres. Podemos hablar. Ah, y mi eccema del codo empieza a mejorar.

—Tu cuerpo siempre elige el punto más débil para manifestarse —digo, repitiendo como un loro los galimatías hippies. La verdad es que Jasmine nos marcó cuando éramos pequeños. Esas cosas están todas en mi interior y salen a la superficie en casi todas las ocasiones difíciles.

—Eres hijo de tu madre, Tyler. Y a propósito, esta tarde te han llamado por teléfono.

—¿Quién me ha llamado?

—Era de París. Una tal mademoiselle Stéphanie. ¡Oh la la!

—¿Dejó un número?

—Dijo que volvería a llamar.

Daisy asoma la cabeza por la puerta del Modemario, con sus tirabuzones de rasta amarillos, cómicos, medio deshechos y con aspecto poco higiénico.

—Hola, señor y señora. ¿Has hablado con miss Francia?

—Hola, Daisy.

Daisy entra torpemente, con Kittykat arrebujada en sus brazos, arreglándoselas para parecer tranquila frente al relámpago de fucsia eléctrico de su vestido de go-gó de los años sesenta comprado de segunda mano.

—Bueno, ¿quién es esa miss Francia? Venga, escupe.

Tanto Jasmine como Daisy echan la cabeza hacia delante a la espera de rica porquería.

—Una amiga —es lo único que digo. Las dos intercambian una mirada, y luego clavan sus ojos en mí.

—¿Eso es todo lo que nos vas a decir, Ty? —me castiga Daisy.

—Lo siento, chicas, pero estoy desconcertado. —Aparto la vista y adopto el modo unidimensional. Cualquier nuevo intento por su parte será inútil.

—Podemos esperar. Lo averiguaremos, Ty. Siempre lo hacemos —insiste Daisy—. A propósito, Jasmine, ¿sabes una cosa? Te has

convertido en el disfraz de Halloween más solicitado de este año.

—De eso nada de nada.

—Pues sí. En el colegio todos piensan ir vestidos de Jasmine Johnson y con cosas escritas en la frente.

—¡Fuera! —De repente quiero estar solo. Jasmine y Daisy se han puesto frívolas. Es molesto. Y no quiero molestias, al menos en mi habitación. La gente pasada hace preguntas estúpidas y espera que se las respondas. Los secretos divulgados en estas circunstancias no tienen valor. La gente no valora los secretos de los demás, simplemente. Por eso me guardo mis secretos para mí.

Daisy, Jasmine, todavía parloteando —su conversación es como una tarjeta de crédito agotada, inservible—, salen por la puerta con Kittykat. En mi nuevo silencio me dirijo a mi Granja de Globos Terráqueos y hago girar los planetas. Pienso en Jasmine y Dan. Pienso en que pienso que conozco a una persona, y luego ¡puf! Me doy cuenta de que sólo conozco una versión en dibujos animados. De pronto hay esa criatura de carne y hueso que me impone su presencia, y es imposible de conocer y anda tan perdida como yo, igualmente incapaz de recordar que todas las almas de este mundo sienten dolor, no sólo ellas.

Pienso en el punto de la tierra más alejado de Lancaster —las antípodas de Lancaster— en medio del océano Indico. Las antípodas de París están en Christchurch, Nueva Zelanda. Y las antípodas de Honolulu en Harare, Zimbawe.

Pienso en que la gente me puede traicionar simplemente por no tener el suficiente cuidado para ocultar lo poco que me importan.

Pienso que una persona que necesita menos a otra persona es el miembro más fuerte en la relación.

Hago girar los planetas. ¿Por qué llamaría Stéphanie? Pensaba que había desaparecido de mi vida.

Abajo oigo a Jasmine cocinando, y a Daisy cantando y enseñando a Mark a bailar, poniendo sus pies encima de los de ella.

Me acuerdo de cuando era recién nacido. Me acuerdo de pájaros cantando junto a mi cuna. ¿Un picnic hippie? Me acuerdo de la primera vez que vi el cielo.

11

ATRAVIESO caminando un campo de nabos; una gorra de béisbol me protege los ojos del sol. Bajo los tubérculos —fríos, nutritivos y silenciosos— a la espera del Día de Acción de Gracias, o de que los recojan unos voraces mutantes radiactivos.

Voy pensando en el futuro.

Soy optimista con respecto al futuro.

Para mí el futuro es como la sede de Bechtol, en Seattle, una brillante aguja negra, un aparato delgado muy alto —un edificio capaz de cumplir una promesa—, una vacuna.

Jasmine, dicho sea de paso, nunca lanzó cócteles molotov a la sede de Betchol como asegura. Lo hicieron otros hippies; Jasmine sólo se identificó con ellos. En la época de Jasmine, Bechtol sólo fabricaba aburridos sistemas para los radares militares. Hoy en día, aunque sin duda produce rayos de la muerte y otros artículos de alta tecnología, también hace felices a millones de personas con su cadena de estupendos hoteles de lujo que se extienden por todo el globo, unos hoteles en los que quiero encontrar trabajo y que son parte de la brillante estrategia de diversificación empresarial de Bechtol.

Así pues, en nuestros días Bechtol no sólo se ocupa de hoteles sino de la investigación genética, la cría masiva de aves de corral, la piscicultura, la minería de cromo, la ropa deportiva y una miríada de empresas apasionantes y provechosas. Esta diversificación la encabezaba Frank E. Miller, director general de Bechtol, un hombre cuya biografía, *Vida en la cumbre*, he releído varias veces y recomendado encarecidamente a todos mis amigos.

Planeo hacerme tan deseable que los de Bechtol no tendrán más elección que contratarme. Me veo jugando al fútbol con Frank en una fiesta campestre empresarial de Bechtol o, mejor todavía, aconsejando a Frank que se oponga a una fusión empresarial durante una comida en Londres, o explicando elegantemente a Frank mis sugestivas estrategias de mercadotecnia con respecto al metal mientras tomamos unas copas en su reactor Twinair 9000 que nos lleva hacia Alabama, donde tenemos que inspeccionar unas instalaciones de bombas inteligentes cargadas de neutrinos. Frank escuchará. Me ascenderá a un buen puesto. Será un colega.

Me gusta pensar en el futuro cuando paseo por campos de cebollas, girasoles y lúpulo, completamente solo como hoy, mirando más allá de las colinas e imaginando que las ondas de radio emitidas desde ciudades de verdad como Portland, Seattle o Vancouver me

recorren el cuerpo, haciéndome vibrar.

Uno podría pensar que estos paseos por el campo son silenciosos, pero no lo son; el viento casi siempre pasa silbando con mensajes urgentes e indescodificables. Mientras camino envuelto por estos vientos, me gusta imaginar que por todo el mundo hay jóvenes como yo que pasean por campos como éste —en Japón, Australia, Nigeria y la Antártida—, y que todos nos mandamos mensajes de esperanza, interesándonos unos por otros. Un ser global.

Pienso de mí mismo que soy global. Me veo participando en actividades globales; sentado en reactores, hablando a aparatos, comiendo pequeños alimentos geométricos y votando por teléfono.

Me gustan esas ideas. Sé que hay millones de personas como yo en sótanos, centros de moda, colegios, esquinas de las calles y cafés de todas partes, todos pensando igual, y todos mandándonos a través del viento mensajes de solidaridad y amor en nuestros momentos de silencio.

Mis amigos y yo hablamos mucho del futuro. Mi mejor amigo, Harmony, dice que en el futuro la tortura volverá a convertirse en el deporte predilecto de los ricos. Piensa que el futuro será como música de rap o códigos de ordenador, llenos de X, Q y Z: «Letras liberadas mediante el teclado del ordenador.»

Skye cree que en el futuro habrá un impuesto sobre el aburrimiento, y que cada vez que uno alquile un vídeo o necesite un biquini tendrá que pagar un recargo por el lujo de aburrirse.

Anna-Louise prefiere pensar de un día para otro y «no tentar al futuro tan frívolamente como vosotros, chicos». Ella piensa en el futuro más en términos de adónde llevará la vida a sus amigos o cómo serán los hijos que pueda tener.

Por mi parte yo veo el futuro como si fuera la sede de Bechtol, pero también tengo otra visión cuando avanzo en diagonal por un campo de patatas recién plantado, de vuelta al Confortmóvil, con cuidado de no aplastar los surcos. Veo en mi cabeza esta viñeta: un ex alcohólico, un tipo que lleva años alejado del alcohol pero que durante todos los momentos de vigilia de su vida es perseguido por una viñeta de tebeo con un bocadillo dentro del cual hay una botella de vodka. Veo a ese tipo sentado en el restaurante Jardín del Río tomando comida china, completamente solo, y después le entregan la cuenta y una galleta de la fortuna, que abre. Cuando lee el papel de dentro, la viñeta de tebeo con la botella de vodka que le ha estado obsesionando se aleja flotando en el aire y queda libre. El papel dice: LO QUE PIENSAS QUE NO SUCEDERÁ, NO SUCEDE.

Jasmine y Dan se conocieron el Día de la Independencia, hace siete años.

Arco iris, una amiga de mamá, salía en aquel entonces con Dan, y los dos aparecieron con ocasión de una barbacoa en nuestra antigua casa. Arco iris le pegó tanto al hachís en el cobertizo de las herramientas del jardín, que cuando volvió al cuarto de estar se pasó la noche entera sentada con Mark en las rodillas, leyendo las cartas del tarot. Entretanto, la química entre Jasmine y Dan fue inmediata. Los niños, claro está, éramos demasiado pequeños para identificar la química, y simplemente notamos lo difícil que era atraer la atención de Jasmine. («Jasmine, ¿dónde está el ketchup?» «Está en la cocina, cariño. ¿No puedes ir a buscarlo tú mismo? Y ahora cuéntame lo de esa zona del centro que están reformando, Dan...» «Te aseguro, Jasmine, que los vecinos andan suplicando pertenecer a la clase media.» «¿De verdad crees eso?»)

Me acuerdo de que aquella noche hubo fuegos artificiales en el parque Uranio de la ciudad. Nos sentamos en la terraza que daba al jardín, intentando sin conseguirlo ver los fuegos artificiales de detrás de una muralla de árboles, oyendo sólo el ruido que hacían, quejas sordas y ruidos enmudecidos que en ocasiones hicieron vibrar ligeramente las paredes.

Y mientras miraba a Jasmine y a Dan, aquellos ruidos de los fuegos artificiales de las afueras de la ciudad me recordaron los ruidos que había oído en un documental por la tele sobre la Segunda guerra mundial. Yo había visto un documental en el que determinadas ciudades de Europa, ante la tremenda confusión de sus habitantes, estaban siendo invadidas por los nazis con tanques, obuses de artillería y bombas. Los habitantes de esas ciudades nunca se habían molestado en despertar a los cambios tecnológicos y técnicos de su mundo, nunca se habían molestado en defenderse, nunca se habían molestado en construir defensas ni en planear contraataques o fabricar armamento. Dormían en el interior de su sueño colectivo pensando —allí y en todo el mundo— que lo impensable nunca iba a pasar. Pensando que estaban a salvo.

12

MOMENTOS de acción: los padres de Jasmine han llamado esta mañana diciendo que tienen «noticias emocionantes que cambiarán nuestras vidas», Jasmine recorre rápidamente el pasillo gritando:

—Repetiré la frase, para todos los in— vitados en el estudio: «cambiarán nuestras

vidas». Se producirán unos cuantos cambios en la vida de cada uno de nosotros. ¡Vamos, arriba todo el mundo!

Daisy permanece completamente encogida en su futón mientras Jasmine repite el mensaje.

—No me puedo creer que nos obligues a algo así— protesta Daisy —. ¿Qué es eso tan importante para que tengamos que perder uno de los ciclos REM?

—Mamá y papá no lo han dicho, cariño, pero la noticia sonaba a importante y quieren reunirse con nosotros para el *brunch*. Y ahora pégate esos tirabuzones de rasta con cinta adhesiva, o como quieras. ¡Mark! ¡Tyler! ¡Venga, arriba!

—¿Adónde vamos a ir? —refunfuño yo, dando traspiés en dirección al cuarto de baño del pasillo, parpadeando y medio grogui, pues sólo madrugo a la fuerza, como todos los Johnson.

—Al Jardín del Río.

—¿Ese sitio chino?

—Exacto.

—¿Para comer?

—Para tomar el *brunch*. Por un precio fijo. Ya sabes, pasan con esos carritos y eliges y te sirves lo que quieres. Y me han dicho que el ambiente es muy sofisticado, así que ponte algo acorde y ayuda a Mark a coordinar los colores. Has heredado el gen del buen gusto de la familia. Probablemente yo cometa otro atentado contra la moda.

Después de varios turnos de baño nos reunimos malhumorados en el Chrysler de Jasmine, un vehículo blanco tamaño mamut de los servicios secretos con un parabrisas que no deja ver lo de dentro. Algo adecuado para unos blancos de mierda. Jasmine le grita a Mark que deje de arrancar las señales de goma que han dejado en los faros delanteros las borlas para pezones que Dan había pegado allí años atrás.

—¡Sube, Mark! —grita, mientras Daisy y yo nos ponemos el cinturón de seguridad en previsión de un viaje con Jasmine conduciendo sin levantar el pie del acelerador.

Dejamos violentamente el camino de entrada y tomamos a todo meter las secas y lisas calles de Lancaster, con los músculos del cuello

rígidos por culpa de la tensión.

—Tierra madre —dice Daisy desde el asiento de atrás—. Yo creía que los ex hippies eran unos conductores cuidadosos y amables.

—Conduzco del modo en que me enseñó Dan, mi vida.

Yo saco a relucir el asunto del secreto de los abuelos:

—A lo mejor nos piden que participemos de sus saneados ingresos —aventuro, pero Jasmine desecha mi idea.

—Es poco probable, Tyler, como deberías saber por el asunto de tu educación.

El asunto de mi educación tuvo lugar hace un año, antes de que empezara el primer curso en la universidad y antes de que me pusiera a ganar dinero colocando relojes falsos. Jasmine tuvo que soltar unas lágrimas y ofrecer una triste imagen mía manejando un ordenador de hacer patatas fritas en el Happy Burger hasta el año 2030 para convencer al abuelo de que aflojase un poco de pasta para mis estudios, una parte de sus bienes y de la abuela, que comprenden su casa, un apartamento de multipropiedad en Maui, las consabidas acciones y, naturalmente, un monstruo de casa móvil que se llamaba Betty.

Diez minutos después nos detenemos bruscamente delante del Jardín del Río, una caja de estuco blanco al lado del río Columbia con un techo de hojalata ondulada y unas enormes letras en chino fijadas a la fachada. Junto a la puerta principal está aparcado el Lincoln Continental del abuelo, apodado El edificio, probablemente el vehículo de pasajeros más grande del mundo.

El padre de Jasmine es ingeniero, como la mayor parte de los habitantes de Lancaster, y se instaló en la ciudad después de la Segunda guerra mundial, trayendo con él de su ciudad natal de Mount Shasta, en el norte de California, a la abuela, a Jasmine y a los dos hermanos de Jasmine.

Me gustaría que el abuelo me cayera mejor de lo que realmente me cae. Me refiero a que me podría echar una mano si quisiera, pero el abuelo... Cerraré la boca en este punto. Sólo diré que después de jubilarse hace unos años se fue haciendo cada vez más evidente que lo único que le interesaba era ocuparse de sus inversiones, presumir de lo bien que le iban las cosas y hacer patente que no iba a compartir sus ganancias con su familia, como si el que nos mantuviéramos en una economía de la Edad de las Tinieblas fuera algo de lo que nos pudiéramos sentir orgullosos. Y considero que existe un aura vaga pero consistente sobre el modo en que el abuelo y la abuela malgastan sus vidas, como las farolas de la calle que dejan encendidas durante el día. Todo lo tienen por triplicado. Pero supongo que el abuelo simplemente envejece, un envejecer sin nada que ofrecer excepto un

montón de productos de consumo no perecederos. Como diría mi amigo Harmony, «se ha convertido en una persona sólo por fuera: funciona pero no tiene alma».

Puede que esta teoría explique el aura de afectada e indiscutible pseudoalegría que envuelve a mis abuelos, como si celebraran una fiesta en una casa en la que recientemente hubiera muerto la madre.

La última —y única— vez que la abuela y el abuelo pasaron un poco de tiempo con nosotros fue cuando se quedaron en nuestra casa hace cinco años. Eso ocurrió después de que volvieran de Brasil y se encontraran con que habían dejado abierta durante todas las vacaciones la puerta de su congelador tamaño habitación. Se habían podrido tres meses de comidas preparadas además de varios animales enteros, originando un vapor casi visible con olor a vómito y descomposición que se alzó de su casa de los altos de Onions cuando abrieron los tragaluces de plexiglás para airear el edificio.

A las cuatro semanas de reconstitución, de fumigación y de tratar de disimular el pestazo con ambientadores que olían a canela, la casa seguía siendo inhabitable. Daisy sugirió que la abuela y el abuelo deberían utilizar uno de esos ambientadores caseros que funcionan anestesiándote la nariz, de modo que no se percibe el olor.

—Algo así como la personalidad de Dan —añadí yo, y en ese momento Jasmine decidió llevarme a un seminario para niños que duraba un fin de semana: *El Hijo Interior*.

Menciono esta historia para demostrar que mi relación con el abuelo nunca ha disfrutado de una intimidad geográfica, como les ocurre a la gente que vive en cabañas o cavernas. Llevamos tanto tiempo manteniendo distancia entre nosotros que ya no intento el menor tipo de acercamiento emocional ni de ninguna otra clase con él. Si lo hiciera, el abuelo probablemente diría: «Tyler, qué muermo estás», pero el abuelo no sabe esas palabras; su generación no piensa de ese modo, aunque él siente eso.

En cuanto a la abuela, escucha al abuelo. Si alguna vez lees las esquelas del periódico y ves a todas esas mujeres que se llaman Edna, Mavis y Ethel, piensa que la abuela es de esa generación. Más o menos, como si tuviera doscientos años. No les enseñaron, como le pasa a Anna-Louise, a pensar por ellas mismas. Una vez, en un estallido de intuición casi inaudible, la abuela (Doris) me contó que estaba asustada por lo mucho que le influían las cosas más recientes con las que se tropezaba: los programas de la televisión, las revistas, las conversaciones....

—Las cosas nuevas me parece que borran a las antiguas del mismo modo que un nuevo paisaje borra al anterior cuando vas conduciendo por la carretera. Y enciéndeme un pitillo, ¿te importa,

cariño? Al menos cuando esté en el cielo ya no tendré adicción a estas cosas.

El abuelo toma aspirinas para el corazón, dos al día, y siempre tiene a mano cubos llenos de ellas. Siempre que le visito, la tensión me produce dolores de cabeza, de modo que tomo aspirinas de ésas. Mark hace la observación de que las pastillas que utiliza el abuelo para el corazón yo las utilizo para la cabeza, «así que a lo mejor por eso no os lleváis bien».

Da igual, sigo pensando que el abuelo es sólo un miserable que no se ocupa de nosotros, de sus nietos. A veces me pregunto: ¿Es que los organismos vivos no tienen un mecanismo para proteger a sus crías de las tonterías que puedan hacer? ¿Es que nosotros, los humanos, no secretamos enzimas para que los humanos más viejos quieran ayudar a los humanos más jóvenes?

—¡Eh, chicos! ¡Estamos aquí! —entona la abuela, agitando un anillo que incluso desde la puerta del restaurante parece comprado a través del canal de la teletienda llamando al número 900. Desde más cerca vemos el efecto de conjunto: la abuela con su peluca color jengibre y un pitillo mentolado bajo en alquitrán; el abuelo con su bisoñé, tamborileando con los palillos para comer en una taza de café descafeinado; tiene el cuerpo tan rechoncho que puede cruzar la pierna izquierda sobre la derecha con sólo dar un tirón a sus pantalones de cuadros con vuelta. Canciones suaves y sin identidad llegan desde los altavoces estéreo de coche sujetos a los paneles del techo.

—Hola, pequeños. Dadme un beso —dice la abuela, y nos alineamos debidamente para el beso ritual al aire, besando el cielo por encima de cada una de las orejas de la abuela, haciendo un ¡muá! mientras la besamos.

—Daisy, ¿qué has hecho con el pelo? —dice la abuela, apartando los tirabuzones rubios de rasta de Daisy.

—¿No se habrá hecho de ninguna secta, ¿verdad, Jaz? —pregunta el abuelo, que se vuelve inmediatamente hacia Daisy y repite—. No te habrás hecho de ninguna secta, ¿verdad, señorita? —No hay tiempo asignado para la respuesta—. Que todos los miembros de la familia se sienten. Sentaos. Vamos a comer bien, bien de verdad.

Nos sentamos en torno a una mesa circular y yo dejo un lugar libre para Anna-Louise, que llegará enseguida con Murray.

—Antes de nada comeremos, ¿no os parece? —dice el abuelo—. Me muero de hambre. A vuestra abuela y a mí nos gusta mucho la cocina china. Hasta es posible que este año nos dejemos caer por

China.

—Me han contado que hay unas gangas estupendas —añade la abuela.

—El viaje nos saldría gratis con los puntos que hemos acumulado por viajar en avión con frecuencia —dice el abuelo.

—Y últimamente en los aviones tienen unas comidas casi sin sal y bajas en colesterol.

Mentalmente veo en el interior de la cabeza aquella viñeta de Año Nuevo, la viñeta donde un viejo con barba lleva una antorcha representando el año anterior, salvo que en la viñeta que veo, el año viejo se niega a entregarle la antorcha al año recién nacido.

Daisy menciona la tortura y los prisioneros políticos de China, ante lo que la abuela dice «sí, sí», y luego se pone a hablar de las gangas que se pueden encontrar en Hong Kong.

La comida por un precio fijo la traen en carritos de ruedas, y colocan porciones en la mesa de formica.

—Venga, muchachos, al ataque —dice el abuelo.

Pañales sucios hervidos con salpicaduras de óxido de pilas; globos meteorológicos pastosos marinados en un caldo templado de agua de fregar el suelo; patas de gallina quemadas con guarnición de restos de un armarito de las medicinas.

Una ceñuda camarera pasea en carrito unos trozos cúbicos dorados que parecen esponjas y que tiemblan y se contraen como cachorros recién separados de la madre.

—No puedo comer eso —dice Daisy.

Nadie puede. Es una comida demasiado rara. Por suerte, sin embargo, Daisy encuentra una infusión de brotes de crisantemo y prepara varios vasos. Mark y yo tomamos un cuenco enorme de galletitas de la fortuna, y Mark une los papelitos de dentro para hacer un collar. Jasmine coge con mucha desgana un pañal, mientras el abuelo y la abuela devoran toda la comida que hay a la vista.

—Vosotros os lo perdéis por no querer esta comida deliciosa —subraya el abuelo—. Esto me recuerda en parte los viejos y buenos días del pasado, cuando más era más.

13

LLAGAN ANNA-LOUISE y Murray, interrumpiendo la triste dieta, y se quitan inmediatamente la chaqueta, acalorados al entrar en el tórrido restaurante después de venir en el gélido y oxidado — Volkswagen de Anna-Louise (El conejo Bondo). Hay holas por todas partes. Anna—Louise saluda a la abuela:

—Hola, señora Johnson. Quelle emoción.

—Perdón, querida. —Mi abuela adora a Anna-Louise.

—En francés es «qué emocionante». Me lo enseñó Tyler. Desde que estuvo en Europa es bilingüe.

—Ya veo. —No capta la ironía. Anna-Louise se sienta a mi lado y pregunta cuáles son las grandes noticias.

—Ahora que estás aquí os las podemos contar a todos, querida.

Entretanto, Murray ha sido acogido de mala gana por mis abuelos durante toda esta agitación y le han saludado únicamente con gruñidos. Hoy va vestido de modo más ofensivo que de costumbre, con el pelo en trenzas de rasta y aspecto de estar lleno de barro, los ojos escondidos tras unas pequeñas gafas rectangulares infantiles, y debajo de su chaqueta de ante con tiras una camiseta desgarrada con el dibujo fluorescente psicodélico de una curva de Mandelbrot. Incluso antes de hacerse las trenzas, el abuelo encontraba insoportable a Murray y consideraba que su nieta no podía haber hecho una elección de peor gusto.

Creo que el problema entre Murray y el abuelo es que Murray supone, muy equivocadamente pero con gran entusiasmo, que puesto que el abuelo participó en la construcción de Las Instalaciones, al abuelo también le interesa discutir sobre el cierre de Las Instalaciones y la limpieza consiguiente, que al parecer se prolongará durante centenares de años y se llevará todos los impuestos de las seis generaciones siguientes. Murray no deja de sacar a relucir el doloroso asunto.

—¿Se ha enterado de lo último sobre Las Instalaciones, señor Johnson?

—No, Murray. ¿De qué se trata?

—Resulta que el suelo de allí es tan tóxico (oh, pásame uno de esos deliciosos budines...) y tan grande el peligro que suponen las toxinas que se filtran al río Columbia, que están pensando en utilizar unos productos químicos especiales para convertir en cristal el terreno que rodea Las Instalaciones.

—¿Cristal? —pregunta Mark.

—Sí. Un sólido bloque de cristal de cientos de kilómetros cúbicos.

El proceso se llama vitrificación.

—¡Estupendo!

Murray se pone luego a hacer una relación de los diferentes objetos enterrados bajo Las Instalaciones a lo largo de los años: perros muertos utilizados en los experimentos sobre la radiación, camiones de carga, monos de trabajo, ventanas....

—Bueno, supongo que todos os estaréis preguntando de qué buenas noticias os vamos a hablar —dice el abuelo, cambiando intencionadamente de tema. El abuelo, como la mayor parte de los del equipo que construyeron Las Instalaciones, aficionados a la buena vida, prefiere morir o que el cerebro se le haga papilla antes de que resulte demasiado visible la pesadilla que él y sus colegas les han dejado como herencia a sus descendientes—. La buena noticia... la noticia que va a cambiar la vida de todos nosotros... es lo que tengo en esta caja —dice, poniendo en la mesa una caja de cartón que yo no había visto en el suelo—. Dentro de esta caja —anuncia— está el futuro.

¿El futuro? La mente se me dispara con las posibilidades de lo que pueda contener la caja; no volveré a tener problemas preguntándome cómo va a ser el futuro. ¿Qué habría en la caja? ¿Un ganso gris? ¿Un aparato? ¿Nubes? ¿Monedas de oro? ¿Una enorme tarta resplandeciente? Todos nos quedamos sin respiración.

—Lo que tengo en esta caja nos hará ricos —continúa el abuelo—. Pero antes de revelar su contenido, quiero que todos penséis en la importancia de aprovechar las oportunidades y en la fuerza del trabajo. —El abuelo inicia una perorata, que me parece tan impresionante como la de Frank E. Miller de la empresa Bechtol. Al cabo de unos minutos de semejante introducción, el abuelo quita la tapa de la caja con el brío de un arrogante camarero, revelando una pequeña plataforma de terciopelo en la que aparecen una docena de variedades de comida enlatada para gatos.

Jasmine parece destrozada; la abuela resplandece. El anticlimax es palpable.

Anna-Louise se echa hacia delante y me susurra al oído:

—Es todo tan surrealista... Creo que me voy a convertir en un reloj blando.

14

—NO TE entiendo, abuelo. No haces más que repetir que tenemos que salir a buscar representantes que trabajen a nuestras órdenes. ¿Cuándo venderemos de verdad la comida para gatos?

—Frank E. Miller estaría orgulloso de mí.

—Esto no es comida para gatos, Tyler. Cuántas veces te lo tengo que decir. Es el Sistema KittyWhip de comida para gatos. El sistema. No sólo se vende comida para gatos, se vende el sistema.

—Comprendo, pero, de hecho, ¿quién vende las latas de comida, de puerta en puerta? ¿Cómo se producen los beneficios

El abuelo suspira.

—Tyler, tú mejor que nadie, con tu experiencia en la venta de relojes, deberías saber cómo se organiza una red de ventas. Cinco representantes trabajarán a tus órdenes, cinco representantes que a su vez tendrán otros cinco a sus órdenes, y; sucesivamente. Y tú recibirás un porcentaje de todas las ventas.

—¿Una pirámide?

—Una cadena.

—Pero ¿cuándo venden de verdad esos representante latas de...?

Me interrumpe.

—¡Daisy! ¿Qué piensas tú del producto? Impresión ¿verdad?

Daisy emite unos sonidos de elogio.

—Creo que los cuscurritos en forma de ratón son preciosos.

—Me gusta la KittyPump, abuelo —dice Mark—. ¿Puedo volver a hacer una prueba?

—Claro, hijo. Adelante.

Mark derrama una taza de té chino templado al apretar una delgada palanca de un pequeño aparato que parece una maquinita de preparar café exprés, haciendo salir disparado un chorro marrón de bamboleantes subproductos de la carne desde una boca sonriente de gato de plástico de la parte de delante del aparato. Este chorro sepia se retuerce, como un helado, en un plato de cristal que tiene el logotipo multicolor de Kitty Whip® en el fondo.

La abuela coge la espantosa masa, echa cuscurros por encima, y luego la agita debajo de las narices de todos.

—¿No es adorable? —pregunta—. Decidle hola a vuestro primer millón. Resulta tan apetitoso que a uno casi le apetece comerlo. Y... ¡creo que yo lo voy a hacer!

Los dueños del restaurante miran horrorizados, como hacemos todos.

—¡Abuela! —gritamos—. ¡No hagas eso!

—Adelante, Doris —dice el abuelo, riendo con disimulo.

Doris se muere de risa. Los dos tienen perfectamente controlados sus trucos para vender, como dos charlatanes de feria. Anna-Louise, Murray, Jasmine y yo, entretanto, soltamos un grito, porque la comida para gatos posiblemente sea la sustancia más repugnante del universo.

Trabajo y dinero, dinero y trabajo; extraño pero cierto. Me quedan cincuenta años de esas cosas por delante; es asombroso que no me tire ahora mismo desde el puente del centro de la ciudad. ¿Cómo hemos dejado llegar el mundo a este estado? ¿Qué es esto? ¿Y dónde se supone que puede encontrarse un alivio para este espantoso ciclo? ¿Dónde exactamente? ¿Es que nadie ha pensado en ello? ¿Estoy loco?

Puede que debiera parecerme más a esos chicos mayores de la clínica gratuita, la clínica cercana al apartamento de Anna-Louise en la calle Franklin. A veces miro a esos chicos, casi todos cercanos a los treinta años, porque no soy completamente capaz de negar que en cierto modo lo que están haciendo con su vida no está completamente equivocado. Me estoy refiriendo a los drogatas sin remedio que se alimentan de metadona y zumo de naranja, de Diazepan y placebos, Dialudid y Tuinal; sorprendentemente bien educados, con los ojos en éxtasis, se arrastran por las calles y hablan con los árboles, examinan los teléfonos públicos para conseguir monedas de veinticinco centavos, se cortan el pelo a lo indio mohawk y no tienen ningún interés por lo que está pasando.

Miro a esos chicos.

No parecen totalmente desgraciados. A veces incluso paso junto a la clínica gratuita a pie, tratando de observar más de cerca a esos chicos y sus vidas cuando entran y salen despedidos de la clínica de la era del Sputnik, del edificio donde les dan drogas; son los futuros enanos y popeyes de Lancaster que rebuscan en la basura y mantienen conversaciones paranoicas en voz baja. Y una vez hasta fui a echarle un ojo a donde pasan el tiempo, más allá del muelle de carga del ahora cerrado Donut Hut, el muelle de carga que ofrece un refugio con su suelo lleno de cagadas de paloma, chicle, colillas y gargajos, húmedo y sin sol. Fui a ver ese sitio una vez cuando todos los drogatas se habían ido al centro a hacer su vida de drogatas, gritando a los coches aparcados y manteniendo conversaciones con los semáforos en ámbar. Fui a ese sitio y quedé muy confuso, confuso y atraído a la vez. ¿Quiénes se creen que son esa gente? ¿Cómo puede ser que no les preocupe el futuro, el agua caliente, las sábanas limpias o la televisión por cable? ¿Y lo que han escrito en el muelle de descarga con letras de varios palmos de altura hechas con agujas de jeringuillas sujetas al cemento con vendas sucias y chicle? Han escrito: NOS GUSTA ESTO.

15

COMO una ayuda para pagar su apartamento, Anna— Louise trabaja media jornada en el cine Ochoplex del centro comercial Las Cumbres. Ya lleva años trabajando y dice que la mejor hora son las once y media aproximadamente, cuando termina la última sesión y barre la sala para recoger las cosas que se les ha caído del bolsillo a la gente: monedas, píldoras anticonceptivas, fotos, tranquilizantes, llaves, caramelos, agendas.

—Una versión condensada de la vida. Los de mono caqui son los peores. La gente que golpea la puerta a medianoche en busca de sus llaves son chicos vestidos con monos caqui. Los bolsillos están mal diseñados; no son lo suficientemente hondos.

Jasmine introduce en el ordenador documentos sobre Las Instalaciones, una ocupación que la hace salir de su permanente hippiosidad.

—Me dejan tener un helecho en el cubículo —dice—, así que no me importa.

A Jasmine le gusta la libertad y las posibilidades que le proporciona un trabajo (y a regañadientes, el dinero que necesitamos más que nunca). De modo que después de todo el trabajo en Las Instalaciones está bien. Jasmine pasa documentos —que nadie va a leer— a un sistema que a nadie le importa, como en Rusia durante los años cuarenta.

Una vez Anna-Louise y yo mandamos por fax a Jasmine un beso hecho con pintura de labios en una hoja de papel timbrado, y su jefe la regañó por la frivolidad.

—¿Es que quiere que le bese las botas, o qué? —dijo Anna-Louise, enfadada.

De hecho, yo tengo informalmente prohibida la entrada en la oficina de Jasmine debido a un incidente que tuvo lugar hace un par de años. Estaba allí un sábado por la tarde en compañía de Jasmine, que iba haciendo un inventario para el Departamento de Energía. Pasé la primera media hora recogiendo documentos hechos tiras para rellenar un almohadón para Mark. Después perdí una hora saltando de escritorio en escritorio, jugando con los dosímetros de radiación y comentando de pasada que los que trabajaban allí estaban a punto de saltar, algo que dejaban en claro los escasos fragmentos de ego que la dirección de Las Instalaciones permitía que tuvieran sus trabajadores en las mesas de sus cubículos.

—Uy... un trozo de gneis. Qué divertido. ¿Y qué es esto? ¿Un rompecabezas para motivarse? Aquí huele a ambiciones de llegar a ser

directivo. Verifícalo en el libro de Daniel P. Feingold *La idea de ganar*... No estaba tan bien. Lo leí. ¿Y qué es esto que hay detrás de la foto enmarcada de estos encantadores perrillos...? ¡Ajá! Valium. Da parte a los idiotas de seguridad.

Los otros dos empleados de Las Instalaciones estaban naturalmente en la cafetería tomando el líquido mortal de la cafetera y oyeron toda mi perorata. Demasiado para un psicoanálisis sobre la marcha.

Pero a fin de cuentas Jasmine es una empleada, y su actual trabajo a media jornada es uno del puñado de trabajos para clasificar que todavía no han suprimido de Las Instalaciones. De modo que el dinero corre. Pero Mark estaba molesto porque quería ser asistente social, como todos los de su clase.

Todo el mundo hace algún tipo de trabajo.

Skye trabajaba de vendedora en la boutique San Yuppie del centro comercial Las Cumbres antes de que la tienda hiciera una regulación de empleo y sufriera después un incendio misterioso, como otros muchos negocios del centro comercial Las Cumbres. Actualmente Skye trabaja de alcahueta teledirigida para una empresa de mercadotecnia teledirigida. Llama a la gente a la hora de cenar y les pregunta si han hecho cosas como comprar pintura plástica o cruzar recientemente a sus animales de compañía. Tiene que trabajar porque debe unos nueve mil dólares de todos los créditos que firmó para matricularse en el instituto.

Harmony trabaja en unas instalaciones con sistemas cibernéticos y gana más dinero que todos los demás que conozco juntos. Es rico— Le dije que debería salir con Skye, pero quedó petrificado.

Mark quiere trabajar en un puesto dando besos.

Yo, después de que se me echara a perder el negocio de los falsos Rolex y los Chanel, no he solicitado ningún trabajo, aunque puede que necesite hacerlo pronto. ¿Fantasías sobre el trabajo? Me gustaría trabajar en una tienda de revelado de fotos donde pudiera ver las fotografías de la gente saliendo de la reveladora. Ya se sabe, pobres dedicados a hacer pornografía de lo más triste y gatos persas con ojos rojo sangre bufando, subidos a Trinitrons calientes. O puede que trabaje en la edición de un periódico de a bordo en un barco que hace cruceros turísticos. LA SEÑORA SIMPSON CUMPLE 70 AÑOS HOY, o ¡ALQUILE CUANTO ANTES LOS DISFRACES PARA EL BAILE! Pero todavía espero. La ambición acecha. Betchol me contratará. Escaparé.

Dan, como la mitad de los habitantes de Lancaster, vive del subsidio de paro. En Lancaster son bien recibidas todas las ideas nuevas sobre cómo hacer dinero. Incluso Kitty Whip® ofrece nuevas esperanzas a los muertos.

El otoño pasado, como parte de mi curso de introducción a la dirección de hoteles/moteles, Edificio Principal procedimiento 105, traté de que mis amigos participaran en un simulacro de ejercicio de recepción auspiciado por el Lancaster Community College Hospitality Industry Education Department para estudiantes que planeaban llegar a los puestos directivos. Se trataba de un ejercicio simulado sin créditos añadido a un curso cargado que ya incluía sistemas de reservas por ordenador, teoría de la recepción y de los cambios de moneda, y seguridad hotelera. Toda teoría sin prácticas crea trabajadores no motivados y sin preparación. ¿Los resultados de mi experimento de simulacro?

Skye: ¿Qué es Biloxi? ¿Una droga?

Mei-Lin: Bueno... ¿qué es una maleta?

Harmony: Amable señor, ¿podría explicarme por favor esa cosa de los kilómetros?

Bon Voyage.

Skye, Mei-Lin y Harmony son el futuro servicio de recepción. Los viajeros están perdidos. Mis amigos no son capaces de encontrar su propia ciudad en un mapa. Apenas saben en qué año viven.

—Esos estados del Este son todos muy pequeños —dijo Gaia, desalentada, después de demostrar sin la menor duda que no podía localizar Boston, Massachusetts, en un mapa—. ¿No se podían unir unos con otros? Seguro que esto les iría bien para los negocios

—Lo que está bien, está bien —añadió Anna-Louise— Quiero decir que si tenemos que aprender toda la nueva información que está inventando la gente, tendremos que libramos de las informaciones viejas para hacer sitio a las nuevas.

Supongo que de lo que hay que librarse es de la historia y la geografía. Pero, ¿qué es la geografía para Harmony, o Pony o Davidson, que hablan todos los días con gente del planeta entero con sus redes de computadoras y sus módem? ¿Y qué es la historia para Mei-Lin o Gala, que reciben setenta y cinco canales en las antenas parabólicas de televisión de su familia? Anna-Louise tiene razón: lo que está bien, está bien. Y mis amigos están mentalmente mejor preparados que cualquier otra persona para el futuro que de hecho va a llegar. La naturaleza siempre prepara a sus recién nacidos para lo que necesitan. Mis amigos y yo somos especialistas en rechazar cosas. Deséanos suerte: te mandamos resúmenes y besos.

—¡Madre! —chilla Daisy—. No te lo puede» tomar en serio. Eso de KittyWhip es una broma. —Volvemos a casa *en* coche con Murray; Anna* Louise se fue a trabajar en la primera sesión.

—Mira, cielo, no seas tan dura con la idea. ¿Quiénes somos nosotros para opinar? A lo mejor hay una pepita de oro en la idea de

tu abuelo y nosotros, sencillamente, no *h* vemos. Y piensa en esto: Kitty Kat debe de estar aburrida de comer los mismos alimentos para animales un día sí y otro también.

—Jasmine, Kittykat es una gata. Los gatos no saben lo que es la variedad. Tienen el cerebro del tamaño de una pulga. La mitad de las veces han olvidado a sus amos cuando éstos vuelven de vacaciones. ¿Y crees que quieren tabletas saladas?

—Bueno, eso no lo sabes. Por lo menos podríamos darle una oportunidad a la idea.

Pero puedo asegurar por el brillo de sus ojos que a Jasmine le afecta la fiebre del KittyWhip®; como una plaga que se extiende por una ciudad medieval amurallada, nunca sabes quién será el siguiente. Daisy también puede ver el brillo, y los dos ponemos gesto de *oh, no*. Además me siento mal porque a lo *mejor* nuestra situación financiera es mucho peor de lo que había sospechado. Juventud inmadura.

Sin ningún entusiasmo le propongo a Jasmine que sería mejor que su padre se limitara a compartir con ella una parte de su fortuna en lugar de hacer que se degrade como representante del esquema piramidal del KittyWhip®, pero mi *entutumo se agota*. Todos sabemos que el abuelo cree en el individualismo feroz, y además, hoy es el cumpleaños de Mark y *todos queremos* mantener el buen humor.

—Párate aquí —dice Daisy—. Quiero bajar un momento y comprar leche de soja.

16

¡MADRE mía!

Aquí en Lancaster ha sido una semana muy ajetreada, Jasmine se ha cortado el pelo y b abuela y el abuelo se han arruinado.

Encamino el Confortmóvíl al norte, hacia la frontera canadiense, mientras achico las pullas de mí confiada compañera en la lucha contra el crimen, Anna-Louise, inclinada a mí lado, que busca enloquecida en el dial de FM con d botón de SEEK a la caza de emisoras de hiphop de b costa, que se reciben intermitentemente.

—Teñido de rojo y cortísimo —digo yo—, como brazos de estrella de mar sujetos a la coronilla. Tan llamativa que parece como si estuviera haciendo una declaración política.

—Un corte a lo paje. Retro.

—Ella dice que el pelo corto y rojo la hace sentirse glam-rock. Bisexual. Además, queda bien. Parece más joven... como una starlet en Cannes.

—Entonces debe de funcionar lo de comer lentejas.

—Supongo que sí. Oh, y además ahora se maquilla. Daisy está molesta porque de repente Jasmine está cogiendo muchos productos prestados del museo de la cosmética. Daisy se queja porque Jasmine no tiene el mismo tono de piel.

Volcanes dormidos ofrecen la amenaza de la pegajosa lava caliente al Oeste, mientras la humedad del aire permite que nuestras pieles pierdan tensión. Los bosques a los dos lados de la carretera nos resultan una novedad a nosotros, habitantes de la praderas, y parecen llenos de secretos olvidados, como un sitio donde hemos vivido mucho antes de que empezáramos a tener memoria de verdad.

—Hablando de cortes de pelo —pregunto—, ¿te has acordado de traer las tijeras?

—Aquí las tengo. —Anna-Louise da un golpecito con la mano en su mochila de nailon, luego rebusca en la caja de compactos abandonando el dial de la FM. Va a intentar hacerme un corte de pelo especial cuando lleguemos al motel Aloha, en Canadá.

En cuanto a la ruina de la abuela y el abuelo, el martes por la noche llamaron al timbre de la puerta. La abuela llorando, el abuelo con el rostro ceniciento.

—Papá... Mamá. Sentaos —dijo Jasmine—. Tomad puré de lentejas. La legumbres tranquilizan.

—¿Judías? No sé, guapa —dijo el abuelo.

—¿Cómo puedes pensar en comer en un momento como éste? —chilla la abuela.

El abuelo, oliendo ya el espantoso cilantro que apesta a pis de gato, rechaza la comida gratuita.

—Puede que después, Jaz. ¿Qué tal un whisky?

Resultó que perdieron todos sus ahorros y (estúpidos estúpidos) el valor de su propiedad en el ahora en bancarrota Roger W. Friedman Cashex 2000 Mutual Fund, de Arlington, Virginia.

—Oh, abuelo. El valor de tu propiedad no —me quejé.

—Una tercera hipoteca —informó sin sentido la abuela al suelo.

—Roger —sisea el abuelo— vive en Brunei con un harén de chicas de trece años. Ni siquiera le afectó al muy hijoputa.

—Es algo bastante espantoso, ¿no crees? —comenta Anna-Louise cuando vemos señales que nos indican que la frontera canadiense está a sólo media canción de distancia.

—¡Qué va! A los dos les viene bien por ser tan rácanos con su pasta antes de quedarse sin ella. Imagínate, obligar a tu hija a vender máquinas automáticas de comida para gatos mientras tú te vas de vacaciones a Pekín en clase ejecutivo. Puede que se vuelvan mejores. Y no me importará verles vender Kitty Whip, de veras. Juventud inmadura. Pero piensa en ello: la abuela y el abuelo son los dueños y se ocupan de todo... demasiado dinero y demasiado tiempo libre. Los jóvenes están condenados al fracaso.

En este punto, sin embargo, me referiré a un incidente que tuvo lugar mientras cenábamos la noche en que aparecieron la abuela y el abuelo. Justo antes de irse, el abuelo se puso a toser —una auténtica tos de tuberculoso, con los pulmones hechos polvo— y lo único que pudimos hacer fue esperar allí sentados a que terminara el ataque de tos. Cuando consideramos que había acabado, nos pusimos de pie, alejándonos de la mesa en dirección a la puerta. De pronto el abuelo soltó una tos final de mil kilotones justo al lado del candelabro de sándalo que Jasmine había comprado en la feria de artesanía de Snohomish, apagando las tres velas. Cuando llegamos a la puerta, les dijimos adiós a él y a la abuela. Después, mientras Jasmine, la abuela y el abuelo se dirigían al Lincoln Continental que pronto tendrán que devolver porque no podrán pagar los plazos, Daisy, Mark y yo volvimos a la mesa del comedor y miramos en silencio el candelabro. Mientras Daisy y Mark seguían junto a las velas, yo cogí una caja de cerillas decorativas de la chimenea, regresé a la mesa y volví a encender las velas. Cuando todas las velas estuvieron encendidas, los tres nos acercamos a ellas y, sin decir palabra, soplamos a un tiempo y las apagamos justo cuando Jasmine volvía a aparecer en la puerta.

—¿Qué estáis haciendo? —nos preguntó, pero no respondimos, y Jasmine entró en la cocina. Era un momento del que ninguno hablaríamos. El momento era nuestro del todo. Comprendimos

instintivamente, como hermanos que éramos, que si íbamos a seguir en la oscuridad, lo mejor sería seguir en una oscuridad fabricada por nosotros mismos.

17

UN PAÍS nuevo y extraño. Precisamente lo que yo necesitaba. Canadá: carreteras como barras de regaliz, radios extrañas, comidas nuevas y bio- presión más baja.

Necesitamos estirar las piernas; llevamos horas en coche. Anna-Louise y yo nos apeamos del Confortmóvil en mitad de un espeso bosque a media hora de Glen Anna. Bostezamos y nos atiborramos de oxígeno, como astronautas que regresan a la Tierra, desperezándonos, dando saltos y estirando la cabeza mientras bebemos del cielo gris de trucha.

—¿Jugamos un poco? —pregunto.

—Fabuloso. —Le tiro a Anne-Louise su guante de béisbol y en la grava del arcén nos lanzamos la pelota, una actividad rítmica que, una vez establecida, casi nos permite cerrar los ojos, como si una fuerza de ciencia ficción nos guiase los músculos.

Jugar así es como bailar, con uno de los que bailan tomando la iniciativa, en este caso Anna-Louise con su chaqueta roja, botas de montañero y pantalones de pana haciendo que el vector de nuestro juego salga de la carretera y se hunda en el bosque. A cada lanzamiento que coge Anna-Louise se mete más y más profundamente entre los árboles y yo la sigo, en silencio, sintiéndome como seducido por un secreto genético, como un adolescente que aprende a masturbarse, sin saber lo que estoy haciendo, pero continúo sin que me importe nada hundiéndome más y más en el bosque, con la pelota arreglándoselas milagrosamente para evitar los abetos serios como mayordomos entre nosotros, la maleza y los marojos que apagan todos los ruidos excepto el latir de la sangre en mis oídos y el chasquido de la pelota en nuestros guantes.

Este chasquido se acerca más a cada nuevo lanzamiento, Anna-Louise y yo nos aproximamos uno al otro sobre el silencioso, muy silencioso musgo seco y fresco. Cada vez más cerca. Hasta que nos juntamos.

Después, cuando abandonamos el bosque y oímos crujir la grava de la carretera bajo nuestras botas, notamos gotas de lluvia en las mejillas, un acontecimiento que significa mucho para las personas como nosotros que viven en otra zona mucho más árida del mundo.

—¿Te das cuenta, Tyler? —dice Anna-Louise—. Todo el tiempo que hemos estado en el bosque ha llovido intensamente y ni una vez lo hemos notado. Ha habido una tormenta y ni siquiera nos hemos dado cuenta.

Al saltar dentro del Confortmóvíl, Anna-Louise y yo nos quitamos

las agujas de los abetos del cuerpo, unas agujas que nos cubren por todas partes.

18

CAEN cortinas de lluvia. Anna-Louise está descodificando un mapa que nos dice que el bosque de Glen Anna se halla a escasos minutos, en un cruce de carreteras nada más coronar la cuesta.

Nuestra reciente aventura en el bosque nos ha tranquilizado considerablemente. También circulamos más despacio porque ha aparecido ante nosotros un camión cargado de troncos, un camión que rebosa troncos de abeto tamaño jumbo, en cuyos extremos hay números rojos pintados con spray, y que casi nos perforan el parabrisas.

—Caligrafía masculina —apunta Anna-Louise—. Como la de la frente de Jasmine.

Me pregunto qué significan esos números y letras. Sin duda, códigos alfanuméricos para contribuir al valor añadido de un ordenador en Yokohama que convierte los troncos en palillos para comer y servilletas de papel.

—Mi madre me contó —añade Anna-Louise— que los turistas que veían desde helicópteros las ruinas de la erupción del monte Saint Helen al volar sobre los claros que habían quedado en el bosque, decían: «Oh, Dios mío, esto es más horrible que cualquier cosa que hubiera podido imaginar.»

Le menciono a Anna-Louise que en la isla de Vancouver hay un sitio donde han talado los árboles. He leído que es un lugar tan espantoso, tan horripilante, que lo llaman el Agujero Negro, y que incluso los madereros se sienten mal por lo que han hecho. La zona está cerrada a todos los visitantes.

—¡Uau! Es mi canción favorita —anuncia Anna-Louise, cuando una música de baile recuperada de la psicodelia atruena por los altavoces del Confortmóvil—. Muévete. Esta chica va a bailar.

El camión de los troncos queda fuera de nuestra vista y de nuestra mente al desviarse por una carretera secundaria de grava. El Confortmóvil late como en una juerga enloquecida cuando avanzamos por la humedad canadiense, subiendo la empinada cuesta, liberando nuestros movimientos. Anna— Louise es libre de bailar todo lo que quiera dentro de los límites afelpados negro mate del coche.

—¿Tienes la máquina de fotos? Ya casi estamos llegando —dice Anna-Louise.

—Nunca salgo sin ella —respondo, estirando el pescuezo cuando coronamos la cuesta, lleno de expectación ante lo que vamos a ver.

No hay nada. No es Glen Anna.

O mejor dicho: hubo un Glen Anna. Simplemente no lo encontramos. El bosque ha desaparecido y no encuentro palabras para expresar lo que siento, ni existen fórmulas mágicas que pueda pronunciar para que vuelvan los árboles.

Anna-Louise y yo estamos sentados en el tocón de un árbol, un tocón tan grande como la mesa del comedor de un gigante, en una pradera de barro gris y tocones. No se ve nada en el horizonte. No hay pájaros ni animales porque no queda nada para los pájaros ni los animales. La destrucción es total, y Anna-Louise y yo estamos empapados y demasiado entumecidos todavía para cubrirnos la cabeza.

Nos hallamos sentados en el tocón, y Anna-Louise saca un pequeño peine de plástico rosa y se pone a peinar mi pelo débil y mojado, el pelo que me iba a cortar esta noche. Ha sacado también las tijeras de su mochila de nailon y las ha dejado a un lado. Están abiertas encima de generaciones de sangrantes anillos naranjas del tocón donde estamos sentados, y Anna-Louise y yo lloramos porque todos los árboles han desaparecido.

No me digas nada.

19

ÉSTE es mi mundo: mi mundo lleno con mi familia, mi música, mis amigos, mis estudios, mis esperanzas y mis preocupaciones. Unas veces mi mundo va demasiado deprisa y otras es una imagen congelada. Pero mi mundo es mío; es mi círculo de tiza.

Estoy tumbado en mi cama, mirando mi techo. La única luz que veo procede de mi granja de globos terráqueos del otro lado de la habitación; mi enjambre de planetas naranjas y azules genera luz y calor.

Esta mañana, antes de ir a clase he dado de comer a una compañía de danza de arrendajos chillones y molestos en la ventana de mi segundo piso. Cheezie Nuggies: un festín de sabrosos bocados hechos de productos derivados del petróleo y alegremente empaquetados para aumentar el placer de ver los programas de última hora de la tele. Los arrendajos se echaron sobre los Chezzie Nuggies, saboreando decididamente su intenso sabor como a queso cheddar, y volviendo rápidamente a sus nidos para regurgitar los cargamentos de semillitas de sus buches y volver expectantes a mi alféizar a por un nuevo cargamento de Nuggies. Fue entonces cuando Jasmine se acercó por detrás y me dio una palmada en la oreja.

—Eh, mamá, ¿y esto a qué viene?

—¿Qué te crees que estás haciendo, jovencito? Dando de comer a esos pobres arrendajos, esos... esos... Cheezie Nuggies. Son tan nutritivos como el líquido para encender barbacoas. Debería darte vergüenza.

Me volvió a dar una palmada en la oreja, sonriendo.

—¿Qué es esto, Jasmine? ¿Kent State? A lo pájaros les queda un largo invierno por delante. Necesitan calorías. Les estoy ahorrando horas sin cuento de andar por ahí en busca de gusanos o de lo que coman.

—Los pájaros no tienen noción de lo que es tiempo libre, Tyler. Escucha, eres generoso, claro, al dar de comer Cheezie Nuggies a los arrendajos, pero los pájaros tienen que volar al sur, y si les sigues dando de comer nunca se sentirán lo suficientemente motivados para irse. Los encontraremos en el suelo del jardín, muertos por malnutrición técnica aunque tengan la barriga llena. Así que deja en paz a los pájaros.

—Vale, Jasmine. Fusssh..., —El arrendajo sale disparado y yo cierro la ventana.

—¿Habéis tenido buen viaje al Canadá?

—No.

¡Qué pena! Bueno, esta noche, durante la cena, ya me explicaréis cómo os ha ido. Voy a llegar tarde al trabajo. ¿A qué hora volviste anoche a casa?

—A la una y media.

Jasmine me besó en la frente.

—Te has saltado la primera clase. Oh, tengo una sorpresa para ti. Adivina quién viene a verte a Lancaster.

—¿Quién?

—Miss Francia. Tu amiga Stéphanie, vaya, vaya.

—Oh —dije yo, con voz ahogada.

—Pues viene. He escrito los horarios y las fechas en la pizarra. Viene con ella su amiga Monique, en un coche que van a alquilar en Seattle. Me pareció encantadora.

—Sí, claro.

—Estoy segura de que a Anna-Louise le gustará conocerla, ¿no crees? —Momentos de tortura—. Me tengo que ir pitando. Te veré para la cena. Apaga la cafetera cuando te vayas. —Me guiñó el ojo y salió de la habitación.

Ya es de noche.

Así que Stéphanie viene a Lancaster... Dios santo. Traté de mantenerla enterrada dentro de mí como al uranio. Quise que siguiera siendo un misterio sin resolver, como un DC-10 que encontraron una vez estrellado en el desierto de México sin alas. Lancaster y Europa eran dos planetas independientes, y ahora esos planetas van a chocar. *Quel* follón.

Encima de mí, Kittykat golpea el tejado con las patas, con insistencia, suavemente. ¿Qué es lo que quiere?

SEGUNDA PARTE

20

DE ACUERDO. Hablaré de Europa.

Europa: al aterrizar en el aeropuerto de Schiphol, en Amsterdam, ya comprendí que se trataba de un mundo distinto. Todas las holandesas parecían azafatas y todos los holandeses parecían invitados a un con— curso de la tele. Aunque parecía mentira, los agradables y modernos pasillos de acero por los que llevé rodando mi equipaje hacia los trenes olían como los montones de abono de las granjas de juguete requetepulidas que bordeaban la pista. Mientras esperaba el tren que me iba a llevar al centro manoseé una etiqueta con alas que le había pedido a la azafata de las líneas aéreas como recuerdo para Anna— Louise (HOLA, ME LLAMO: ...) Incluso estaba empezando a entender que cuando uno llega a la entrada de Europa le dan un par de alas, y no para usarlas para volar por el cielo sino más bien para volver hacia atrás en el tiempo.

Mis seis primeras eurosemanas antes de conocer a Stéphanie son un borrón de impresiones, experiencias más que relaciones. Bicicletas negras; fresas muy pequeñas y perfectas; la cadena de los vídeos musicales omnipresente; tarjetas de crédito inteligentes; prendas vaqueras horripilantes; chicos italianos muy modernos, *paninari*, en motos Vespa y vestidos de un modo tan llamativo y moderno que los deberían detener.

El único amigo de verdad que hice durante ese tiempo fue Kiwi, un neozelandés al que conocí durante mi primera noche en Amsterdam en el albergue juvenil Bob's de la Nieuwezijds Voorburgwal. Kiwi era un tipo entusiasta e insolente, lleno de teorías, mal afeitado y aficionado a los cócteles, procedente de Dunedin en la Isla del Sur. Fue la excepción a la regla de los euroamigos jóvenes del verano, de las amistades basadas en una «mutua disponibilidad de usar y tirar» (la expresión es de Kiwi), de la miríada de relaciones que anudé con Susans, Petras, Volkers, Clives, Mitsuos, Julios y Daves que conocí en los atestados compartimientos de tren de Europa y en los mugrientos albergues juveniles, que siempre olían vagamente a semen y a café con leche.

Como la mayoría de los euro viajeros en tren, Kiwi y yo viajamos juntos un tiempo, nos cabreamos, nos separamos, cambiamos monedas. A la semana o así nos volvíamos a encontrar en otra ciudad, con nuevas historias de nuevas sensaciones. Recuerdo a Kiwi gritándome, con la cara resplandeciente, desde la ventanilla de segunda clase al llegar a la estación de Ginebra:

—¡He tenido por primera vez un *ménage a, trois* en Barcelona!

Más eurodescubrimientos, más experiencias: la excitante bocanada nebulosa de una posible muerte por explosión mientras releía el mismo *International Herald Tribune* por centésima vez en la estación de Milán; riqueza (¡demasiada riqueza!); la extraña melancolía de esas ciudades como cajas de bombones que no fueron bombardeadas durante la Segunda guerra mundial, Zurich y Nancy; centrales eléctricas nucleares destacándose en el horizonte; obreros morenos con bigotes de morsa, embutidos de cuatro en cuatro como sardinas en lata en coches que parecían máquinas de coser, cada uno fumando once pitillos a la vez, cada uno gritándole al otro y silbando sin sentido, en los suburbios asfixiados por el carbón y superdeprimentes de Checoslovaquia mientras sus ignoradas mujeres se mantenían a los lados de la carretera como indias de los estancos. Todo alienígena; todo encantador, pero como escribí a Anna-Louise en una postal:

Europa carece de la posibilidad de una metamorfosis (¡qué sabihondo!). Europa es como un recién nacido guapo con rasgos superdistintivos que, además de guapo, es también deprimente o algo así porque uno sabe con exactitud la pinta que tendrá el niño a los veinte, a los cuarenta, a los noventa y nueve años. Ningún misterio.

Posteriormente añadí, muy sentimental, en la misma postal:

Creo que estoy padeciendo una sobredosis de historia. Nunca estoy seguro de si llevar ropa moderna dentro de una iglesia es «pecado». Demasiados fuegos artificiales con música de los Rolling Stones en Mónaco. Demasiados espectáculos son et lumiére. *Demasiadas cúpulas, refinerías y personas rezándole a los dioses. La sensación de estar agarrotado es divertida durante los primeros días pero luego uno se pone enfermo por culpa de esa sensación, aunque aquí nunca se desagarrotan. Lo que quiero es estar de vuelta a casa y en la costa, metido dentro de una gran casa de cristal en el borde del planeta, en la península Olympic, digamos, y limitarme a mirar el agua y nada nada más.*

Le enseñé esta tarjeta a Kiwi antes de echarla al correo. Se mostró de acuerdo conmigo, porque también a él le apetecía estar dentro de una casa de cristal en el extremo de la isla Sur de Nueva Zelanda, con nada entre él y la Antártida.

—¿La Antártida? —pregunté yo—. ¿Sabes que en realidad la Antártida son dos continentes, no uno solo, unidos por un puente de hielo?

—¿De verdad? ¿Cómo unos padres divorciados?

—Exactamente.

Una pregunta: ¿por qué fui a Europa? Bueno, pues es un milagro que llegara a ir, teniendo en cuenta el muro de indiferencia que encontré cuando propuse la idea a mi familia y amigos. («¿Europa? No lo entiendo —dijo Harmony—. Tenemos una Europa perfecta aquí en EPCOT, Florida. ¿Es que no te parece suficiente?»)

Pero yo tenía mis razones. Recuerdo andar por ahí vendiendo mis relojes falsos y preguntándome en qué países se harían los relojes de verdad. Y quería ver qué mundo tan intolerable encontraron mis ancestros como para tener que dejarlo. Y por ahí decían que Europa era el sitio total para las fiestas.

En general recuerdo que pensaba lo moderna y animada que parecía Europa en las fotos: edificios geométricos tintineando alegremente al salir disparados como cristales de la tediosa piedra parda del firme. Europa parecía un sitio donde el futuro avanzaba con más rapidez que en Lancaster, y yo adoro el futuro, así que en eso estaba. Rumbo a la diversión.

Pero al cabo de tres semanas de eurotrenes, la pátina de modernidad de Europa había perdido considerablemente el brillo. Europa intenta ser muy moderna, pero el esfuerzo siempre parece que... bueno, fracasa. Alemania, y lo digo a su favor, tiene más tecnología que el interior de un lector de discos compactos, pero sus retretes son como un aparato de tortura inquisitorial. Francia ignora lo que es ir de compras los domingos. Y en Bélgica he visto el refrigerador de una central nuclear cubierto de musgo en su ladera norte. ¿Moderna?

Al examinar las fotos de mi viaje a Europa, he apreciado una cosa que no noté mientras estaba allí. Esa cosa es que hay unos logotipos empresariales que se me han introducido tranquilamente en la cabeza. Franquicias de pizzerias norteamericanas brillando detrás de dúos de profesoras australianas con grandes huesos que se llamaban Liz. Vaqueros fumando y furgonetas de correo sirven de fondo a tríos de novatos de. Ontario agotados de tanto viajar. Empresas de fotografía y logotipos de fabricantes de ordenadores sirven de apoyo a euroviajeros con camisetas de la universidad de Cornell. Lo más surrealista de todo son los «tótem de cola», picotas cilíndricas empapeladas de posters para que parezcan latas de cola, empotradas en el soñoliento paisaje de canales de Amsterdam donde millones de agujas hipodérmicas están metidas en el pastel del barro verde oliva de debajo de la superficie del agua, y donde de noche unas casas altas y finas como cajas de galletas separadas por callejones parecen disolverse en el cielo negro. Es extraño que nunca me hubiera fijado

en estos logotipos mientras estaba allí, pero ahora, en casa, no hay modo de borrármelos de la memoria.

21

POR FIN, seis semanas antes de la fecha prevista para mi regreso, iba traqueteando hacia el sur en un tren que se dirigía de Dinamarca a París un sello más en mi Pasa porte; Bélgica: un triángulo rojo y puse los ojos en blanco ante otro sándwich enano de jamón muy de tren y una espumosa naranjada en lata que llevaba en catorce idiomas las instrucciones para abrirla. Kiwi y yo manteníamos una «conversación de albergue» con una pareja de Texas, y los cuatro teníamos una necesidad absoluta de cortes de pelo, baños, loción antiparásitos y multi vitaminas.

Entonces leo una carta de Daisy, enviada por correo a la American Express de Copenhague. Los sellos del sobre estaban boca abajo y dentro había un anillo para la nariz de Murray (¡ponte estos anillos ya!) y un dibujo de Mark del refrigerador de Las Instalaciones, lo que me encogió el corazón e hizo que me sintiera tremendamente cansado, solo y lleno de añoranza. En una carta, Daisy me imploraba que me hiciera con una flor de la tumba de Jim Morrison en París, y en la parte de abajo de la carta, después de una buena cantidad de chismes, había escrito la postdata:

Mark tiene un resfriado de verano y ha pegado los sellos de este sobre con la nariz. Espero que eso no te contagie. D.

En el exterior del tren lloviznaba, el cielo resplandecía incoloro sobre el picado Nord Zee, y a los cuatro del compartimiento se nos quitaron las ganas de hablar e íbamos sentados, totalmente exhaustos y en silencio, mientras atravesábamos el mundo sin el menor sentido.

Un poco más adelante me fijé en una visión que todavía permanece en mi mente como representación del punto más bajo del viaje. Vi un campo de endibias amarillo claro, frío y cubierto de niebla, que se alzaba más allá de las vías del tren, al este, en cuya parte más alta había una casa de ladrillo rojo del siglo XVII o XVIII, aislada y a la que no rodeaba ni siquiera un arbusto, por no hablar de un árbol.

Bueno, pues aunque una casa en un campo no sea gran cosa, lo que encontré de especial fueron las alteraciones a que habían sometido esta casa en concreto. Por motivos que no consigo imaginar, habían sustituido todas las puertas y ventanas de la casa por respiraderos, y la casa, por medio de esos orificios, soltaba un leve vapor que se extendía por los campos. Pero ¿de dónde salía aquel vapor? Con el ojo de la mente vi una central eléctrica nuclear de las

afueras de Amberes. Conectada a las tripas de esta central, por debajo de tierra, había una tubería negra muy larga que se extendía durante kilómetros y kilómetros por debajo de casas, carreteras, colegios, cafés y bosques, y al final tosía sus secos y cálidos aires por los orificios con rejas de esta casa sobre el campo de Bélgica, sobre vegetales, sobre vacas lecheras y sobre las tumbas de los europeos muertos. Nunca había visto un paisaje en el que los seres humanos parecieran tan irrelevantes.

Kiwi preguntó si notaba que iba a coger la gripe, y yo dije que no. Los bacilos de Mark todavía no habían llegado a Europa. Y justo entonces quise volver a casa, pero antes de que fuera capaz de hacer nuevos planes, el destino decidió que llegara a París.

22

ERA A mediados de julio, y los bulevares de París rebosaban de turistas y de parisinos con evidentes muecas de dolor ante la perspectiva de sus vacaciones de agosto, como un hombre que I tiene dificultades para mear. El sol ponía moreno como en un salón de belleza y brillaba sobre los edificios amarillos de la ciudad, y sobre los gitanos, los euroyuppies tan pagados de sí mismos, los humos de los tubos de escape y los sonidos apagados de las ambulancias. Había argelinos y árabes por todas partes, y también una inagotable provisión de turistas norteamericanos y canadienses con ropa de viaje que invariablemente incluía algo práctico: camisas polo del color de los bombones de menta de después de cenar, con compartimientos especiales para el pasaporte; zapatos que daban la hora; mujeres con permanentes lustrosas en forma de casco, sin duda para esconder pulverizadores ornamentales; hombres con el pelo cortado a lo Ken con casetes para la mejora personal, que escucharían en sus walkmans mientras recorrían el Louvre.

Kiwi y yo estábamos sentados dando sorbos a unas tazas de café muy fuerte en un soleado bar de la acera al que rodeaba una valla de la «avenue Aimez-Moi» en lo más profundo de la Orilla Izquierda. Kiwi estaba inquieto mientras contemplaba el desfile de la vida que pasaba a nuestro lado porque le habían mangado el pasaporte poco antes en la avenida Foch y tenía que ir a la embajada de Nueva Zelanda a «humillarse para que le sirvieran otra copa».

El camión de una cristalería se detuvo enfrente a nosotros en un semáforo en rojo de la calle, y sus costados de espejo multiplicaron casualmente la ciudad. Ninguno de los dos pudo evitar un enfrentamiento espontáneo y riguroso con la visión a tamaño natural de nosotros mismos: morenos y andrajosos, el cuerpo musculoso y sin grasa después de seis semanas de euroviajes urbanos. Nuestros cuerpos parecían dispuestos a reventar por las costuras desgastadas de nuestras arrugadísimas prendas de vestir, lavadas esporádicamente en los muchos bidés que se extendían por el continente.

Quedamos sorprendidos de nuestro aspecto, y esto hizo que Kiwi se pusiera en acción.

—Oye, colega. Que te diviertas mucho en el cementerio —dijo, saltando la valla—. Me tengo que ir. Nos veremos esta noche en la entrada de la Delegación de Quebec. A las nueve en punto.

Observé a Kiwi, que se alejaba andando por la acera; su cuerpo se veía más grande, más macizo y más inocente que el de los europeos, como les pasa a menudo a los del Nuevo Mundo.

Después de terminar mi café exprés tremendamente dulce, noté que se me disolvían los dientes, me pasé la lengua por los labios, lancé una ojeada al reloj, me eché la mochila a la espalda, pagué la cuenta, comprobé dónde estaba el sol, y luego me hundí en la tierra por la boca de un metro, envuelto en un ligero olor a pescado y a heces, y en los cantos de los mendigos y los ruidos de la tecnología. Luego viajé, con un leve dolor de cabeza, hacia el cementerio Pére-Lachaise en busca de la flor para Daisy.

Cuando yo era mucho más joven, un amigo mío llamado Colby murió de un fallo de las proteínas, de cáncer. Lo enterraron en un cementerio junto a un sembrado de avena de las afueras de Lancaster. Durante el verano todavía voy a la tumba de Colby, porque es la única persona que he conocido que murió de verdad, y trato de imaginar la sensación de estar muerto —sin respirar, desconectando la mente—, de no existir. Pero la cosa nunca funciona. La vida siempre se impone. Salgo de esos momentos rebosante de energía, atragantándome de viento, buscando pájaros, notándome tan vivo que casi no puedo ni respirar.

No estaba seguro de sí un cementerio europeo podría provocarme la misma reacción cuando entré en el enorme camposanto de Pére-Lachaise, al noreste de París, cruzando sus puertas de piedra que indicaban el comienzo de una galaxia completamente distinta, una galaxia de errantes viudas de negro, bruscas arpías, nonagenarios sin piernas, árboles podados como perros acicalados para una exposición, con nubarrones de verano que amenazaban tormenta. Flores secas yacían dispersas sobre elegantes tumbas talladas. El ruido de la circulación había desaparecido pero me sentía agobiado por multitud de parterres cuadrados donde crecían flores que nunca había visto hasta entonces. Me sentía apático. Las piedras que golpeaba con las punteras de las botas del desierto saltaban a cámara lenta y no emitían el menor sonido según me iba internando más y más en el cementerio, con todos los sonidos desaparecidos o apagados, como si estuviera paseando por un bosque de la Columbia Británica con Anna— Louise. París ya se me estaba saliendo de la cabeza y quedaba reemplazado por el argón, ese gas que desde hace tan poco forma parte del aire.

Me encontré delante de la tumba de Oscar Wilde y sin nadie cerca. Me quité la camisa y me apoyé en la lápida, tomando el sol, atrapando los escasos rayos procedentes del nublado astro. Me sorbí los mocos que me producía la fiebre del heno; giré la cabeza y pasé la lengua por la polvorienta piedra. De vez en cuando incluso me sorprendo a mí mismo.

Una gota de lluvia me cayó en el cuello. Me sentí perdido en un espacio donde no se permite fluir al río del tiempo, pero me despertó

una arpía que pasaba cojeando, gritándoles a los setos, todavía de luto, sin duda por familiares perdidos en una lejana guerra europea que carecía de cualquier sentido.

Merodeando por el cementerio me dirigí en busca de la flor de la tumba de Jim Morrison, sin necesidad de plano, limitándome a seguir a los chicos que veía: manchados de barro o muy elegantes, tanto tipos impecables como chusma, la mayoría del Nuevo Mundo, con frecuencia colocados y en silencio, y desentonando extrañamente con el ambiente de aquel cementerio del Viejo Mundo, terriblemente fuera de lugar entre sus tallas antiguas y parecidos a avestruces de dibujos animados vestidos con tutús que corretearan graznando por un entierro en un día lluvioso.

—No vamos a dejar que se aburra, ¿verdad? —dijo Mike, un chico de mi edad de Urbana, Illinois, que estaba enterrando un canuto en el suelo junto a la lápida de Morrison. Cerca, tres de Colorado se pintaban banderas canadienses en las mochilas tanto para que les sirvieran como talismanes antiterroristas como para entrar gratis en las celebraciones de Saint-Jean-Baptiste que tendrían lugar aquella noche en el edificio de la Delegación de Quebec.

—Aquello estará lleno de chicas, ya verás —dijo Daniel, un amigo de Mike, ayudando a una chica que se llamaba Chyna (de Denver) a ponerse una hoja de arce que parecía un pique de un mazo de cartas más que una hoja de arce. Estaba totalmente rodeado por muchachos que fumaban canutos, escribían con rotuladores o pintaban con sprays sus nombres, sus lugares de origen y «mensajes para Jimmy» en todas las piedras de las proximidades.

Cuando Chyna me ofreció amablemente una cerveza, le pregunté por qué había venido a visitar la tumba.

—Porque saber que mis ídolos están muertos —me respondió— hace que la muerte resulte menos espantosa.

Brindamos con las cervezas y yo dije:

—*Skaal* —y le hablé de Dinamarca, donde acababa de estar, y donde entrechocar los vasos y decir *skaal* significa que te está permitido dejar de utilizar el trato de «usted» y emplear un trato más informal. La transición significa que uno puede considerar oficialmente que es amigo del otro—. Debido a esta regla, gran parte del humor danés se basa en lo de entrechocar o no los vasos contra otra persona por primera vez.

—¿Cómo?

—No importa. ¿Adónde os pensáis dirigir después? —pregunté, refiriéndome a Stacy y Allison, las amigas de Chyna.

—A Grecia...

—¡Está siguiendo una cura sexual! —gritó Allison, y Chyna se

ruborizó.

—Al parecer Grecia es una fiesta continua —dijo Chyna—. Tomaremos el ferry en Italia. Ya sabes. Lo típico del Adriático.

Unos cuantos dejamos poco después el cementerio, con las cervezas en la mano y yo con una margarita para Daisy en la mochila. Éramos Chyna, Stacy, Allison, Mike, Daniel, yo y dos aprendices de ebanistería de Bergen, Nueva Jersey. Los ocho nos sentíamos visiblemente jóvenes y agresivamente vivos, como me siento yo cuando me alejo de la tumba de Colby.

Teníamos la absolución de la juventud, que burbujeaba sobre nuestra rápida pero ultraintensa amistad de viajeros, amistades breves que nos permitían reinventarnos a nosotros mismos y a nuestras historias personales sin represalias ni exponernos a peligros, flexionar nuestras alas sexuales y consumir sustancias prohibidas en los cementerios.

Los brazos y piernas morenos que asomaban por nuestras camisetas y nuestros pantalones cortos y nuestra ingenuidad de cachorros eran nuestro auténtico pasaporte del Nuevo Mundo aquella tarde cuando entramos en el mundo real, nuestro pasaporte y nuestra armadura cuando entramos en la agotada y elegante histeria de París.

23

AQUELLA misma noche conocí a Stéphanie.

El ruido, la *camaraderie* y la cerveza gratis sin fin de la fiesta de Quebec pronto me hicieron sentir claustrofobia, y necesité apartarme de la gente y el bullicio. Me libré de Kiwi y de los semidesechables eurocolegas de la tarde y me dirigí sin rumbo por un barrio conocido por Port Dauphine, el punto al que se dirigen los parisinos viciosos del vecindario cuando andan en busca de *les jeux clandestins.*

En fin, sentía que me encontraba al final de una etapa más importante que la que representaban mis vacaciones en Europa. Al día siguiente pensaba cambiar el pasaje y volver en reactor a casa, una decisión que había tomado en el tren que me traía de Dinamarca. Puede que el aire de París me hiciera sentir eso. Puede que simplemente estuviera intoxicado por demasiada pilsner y por demasiado aire del metro; por galletas de almendras dulces y por una repugnancia refleja debido a la basura ambulante de la calle. Puede que sencillamente echara de menos a Anna-Louise, o que me sintiera solo y provinciano y se me fueran los ojos tras las parejas de enamorados de todos los rincones. Puede que también me sintiera así por haber tenido demasiadas experiencias pero ninguna relación, como revelan mis notas de viaje.

La vida parecía bailar un desesperanzado vals mientras me atiborraba de chupitos del licor de naranja dulce 51, con los vasitos vacíos alineados encima de la mesa de mármol con vetas grises de otro café al aire libre en el que decidí descansar. Y debo decir que me sentía un pelín mareado mientras nadaba a través del sofocante aire de la noche hacia un coche descapotable negro, que atrajo mi mirada con sus faros de luz amarilla y plateada mientras aparcaba en un sitio cercano. Y debo admitir también que me sentía un pelín soñoliento cuando salté la valla baja de cristal del café y me dirigí hacia el coche, hacia los encantadores labios pintados de carmín rojo de su interior, que atraían especialmente mis ojos, unos labios visibles a través del parabrisas, cuyos limpiaparabrisas, por un motivo desconocido, se movían a uno y otro lado.

Vi sonreír esos labios y asomar por la ventanilla diciéndome «Hola», pero entonces también estaba momentáneamente deslumbrado por las luces del café que se reflejaban en la superficie de ónice del coche de Stéphanie. Sí, según entrecerraba los ojos y miraba las resplandecientes luces reflejadas, éstas parecían... parecían estrellas.

Creo que hay un París dentro de todos nosotros.

Al parecer perdí el sentido casi al instante, aunque no antes de decir «hola» y besar galantemente los labios de Stéphanie. Luego se me doblaron las rodillas y caí sobré los adoquines. La dueña del café, una vieja ogresa acalorada, supuso que Stéphanie era mi mejor amiga y la obligó a pagar todos mis chupitos, lo que hizo Stéphanie, aunque era la primera vez que me veía en la vida y no era algo que fuera con su manera de ser, como me enteré más tarde.

Stéphanie y su amiga Monique, que estaba en el asiento del acompañante, me tendieron luego en el asiento trasero del coche —la cabeza me colgaba por el borde oscilando como el rabo de un perro—, y condujeron toda la noche por París como si yo fuera un objeto en venta. En determinado momento, me dijeron más tarde, estuvieron a punto de cambiarme por un paquete de Marlboro a una pandilla de travestís del Bois de Boulogne, y una matrona de la avenue Sebastopol que paseaba a su basset casi adquiere un ayuda de cámara por una canción.

Total, que a la mañana siguiente desperté con ratones anidando en el cerebro, pero por otro lado sin graves daños, fresco y cómodo debajo de un edredón en el apartamento del sexto piso con techo abuhardillado de Stéphanie.

Stéphanie y Monique estaban exprimiendo naranjas en una cocina que parecía el laboratorio de química de un instituto, con adornos de recortes de *Elle*, una colección de botellas de vinagre y tazas de café bastante rotas cuyos bordes tenían un amplio espectro de tonos de pintalabios.

—¡Buenos días, mister América! —me gritó desde el otro extremo del soleado apartamento sembrado de ropa— Acércate y toma el *petit dejeuner*. Debes de tener mucha, pero que mucha hambre.

24

STÉPHANIE.

Mientras Anna-Louise se quedaría en casa \haciendo forros de ganchillo para las Biblias de los pobres, Stéphanie es tan egoísta que casi parece autista. Me obliga a permanecer levantado hasta el amanecer, impone

su voluntad y tengo que acompañarla a cócteles infernales en sitios remotos, nunca se ofrece a pagar sus propias copas, y todo para abandonarme y coger en el último minuto el primer tren de cercanías de la mañana que la lleva a Neuilly, con sus padres, en un súbito impulso de añoranza.

¿Hasta qué punto es egoísta Stéphanie? En la cama le pido que me rasque en mi sitio favorito, justo detrás de las orejas, pero ella no me quiere rascar ni siquiera una vez porque entonces el rascarme se convertiría en una tarea más que tendría que realizar de modo rutinario.

—Qué aburrido —(pronunciado «abuguido»: Stéphanie nunca pronuncia las palabras bien). Qué atractiva.

Después de aquella primera mañana ya no me mudé del apartamento de Stéphanie. Kiwi me trajo la mochila del albergue, y él mismo se convirtió en parte de nuestro *ménage* picapiedra del verano, ligando con Monique, participando en nuestros rituales veraniegos y presumiendo de que él y yo ya éramos nativos, no turistas y, lo mismo que me pasa a mí, por la mañana se despertaba con dolor de garganta por haber practicado el francés en sueños. Tomábamos el sol en la azotea del bloque de apartamentos de la rué Mallet-Stevens de Stéphanie (propiedad de sus padres), embadurnados de crema para el sol, y las caras con gafas de sol de Stéphanie y Monique eran como esas fotos de zinnias tomadas a intervalos para demostrar que se vuelven hacia el sol. Por la tarde tomábamos refrescos que nos costaban un dineral mientras veíamos ponerse el sol sobre París desde la terraza del Pompidou. Después bajábamos a la piazza atestada de euro— basura para burlarnos de los mimos y mirar el reloj digital que cuenta los segundos hasta el año 2000.

Stéphanie es una chica rica, hija de una importante familia burguesa. Estudia en la Sorbona, sin asistir a las clases de química (de todas las posibles), gastando casi todo su incalculable tiempo libre en comida y ropa, urdiendo pequeñas ofertas sin gusto en el laboratorio, y declarando una guerra de moda contra sus iguales, justificando sus esfuerzos como defensa propia.

—La apaguiencia lo es todo en París, Tyler. *Tout.*

En el alféizar de la ventana de la cocina de Stéphanie está su colección de botellas de vinagre —complicados líquidos embotellados llenos de ramas de estragón, romero enroscado y descargas de granos de pimienta—, pequeños, deliciosos, autocontenidos pero muertos ecosistemas. En Lancaster, Anna-Louise tiene un terrario.

¿Son adecuadas las comparaciones?

Stéphanie tiene el pelo negro y corto, frente a Anna— Louise, que lo tiene largo y trigueño. Los caníbales ignorarían la estructura corpórea voluntariamente desnutrida de Stéphanie, pero meterían a Anna-Louise en la olla sin perder tiempo. Anna-Louise de vez en cuando me hace tartas; Stéphanie me hace esperar en nuestro café L'Express durante más de una hora, y se ríe de mi malhumor cuando entra contoneándose y dice:

—Las chicas son como un restaurante, Tyler, con un servicio espantoso. Las chicas te hacen esperar, esperar, esperar, esperar, esperar, esperar y esperar, y cuando crees que te vas a poner a gritar y largarte del restaurante, de repente llega una comida *merveilleuse*, más fantástica de lo que esperabas.

Una mañana temprano después de volver de un cóctel infernal en el primer metro del día, Stéphanie y yo salimos de la parada más cercana a su apartamento, una parada que curiosamente se llamaba Jasmin. Desde allí fuimos andando a casa subiendo una pronunciada cuesta mientras la mantecosa luz del amanecer coloreaba de inocencia todas las transacciones. Entonces vimos a otra pareja de jóvenes, parecidos a nosotros: él con una cazadora de piloto y pantalones caqui, ella con un sencillo vestido azul y joyas de oro.

—Si les saludas con la mano —dijo Stéphanie—, y te devuelven el saludo, entonces es que están enamorados... porque pueden ser generosos con su amor.

—¿Y si no devuelven el saludo? —pregunté.

—Entonces no tienen nada de generosidad, y su vida está llena de dolor.

Los saludé con la mano y luego me reí mientras la pareja sonreía y saludaba con la cabeza. Pero ahora que rememoro aquel momento, no me parece recordar que Stéphanie saludara con la mano. Bueno, estas chicas francesas son muy listas en la calle, muy sofisticadas. Una vez le pregunté a Stéphanie si se sintió insultada cuando yo, un perfecto desconocido, me acerqué a ella y la besé aquella primera noche en la Port Dauphine.

—Claro que no —contestó—. ¿Por qué me iba a sentir insultada? Somos animales. Nuestro primer instinto cuando vemos un objeto bello es comérnoslo.

Dios santo.

Dar la impresión de que todo era un camino de rosas sería equivocado. Reñíamos frecuentemente, y por cosas distintas y sin importancia, como la posesión de los auriculares del walk-man durante los largos viajes en metro (un auricular para cada uno se convirtió en ley cuando íbamos sentados hombro contra hombro, con los Dead atronando a todo volumen).

Como tantos europeos a los que conocí, a Stéphanie le gustaba discutir por discutir. Continuamente me pinchaba, provocándome para que contestara, acusándome, como Dan, de que era aburrido cuando no reaccionaba a sus lugares comunes sobre política, economía y religión. El aburrimiento era nuevamente la regla. Sospecho que mi falta de respuesta a sus provocaciones era el principal motivo por el que se dignaba pasar tanto tiempo en mi compañía; imagino que yo suponía un cambio radical con respecto a sus amigos franceses.

No es que yo supiera cómo se relacionaba Stéphanie con sus iguales franceses. A Kiwi y a mí nos mantenían cuidadosamente alejados de sus amigos y de los de Monique. Pero ni a Kiwi ni a mí nos importaba. Estábamos hartos de las pocas ambiciones de los euroadolescentes, de aquellos adolescentes. Todos los que conocí querían ser funcionarios. Qué aburrimiento.

—¿Qué es lo que les quita las ambiciones a los chicos de aquí, Stéphanie? —le pregunté una vez en la terraza del Pompidou. Ella cambió de tema.

El tiempo que pasé con Stéphanie no supuso una historia. Nunca fue de la A a la B, ni a ninguna otra parte. Stéphanie más bien me hacía promesas sobre futuros placeres. Ella era un objetivo encantador completamente extranjero, inalcanzable, como estar en el metro y ver las luces de la estación siguiente al final de un túnel oscuro.

Estoy divagando.

En agosto tuvo lugar un incidente que recuerdo por su rareza. París entero estaba cerrado debido a las vacaciones, de modo que Kiwi y yo fuimos a conocer un centro comercial de las afueras del que nos habían hablado. ¿Versalles? Resultó que el centro comercial estaba cerrado (¡qué primitivo!) y volvíamos en metro a París cuando se apoderó de mí una sensación de no tener raíces, una abrumadora sensación de no tener freno, como la que había experimentado en el tren que me llevaba a París desde Dinamarca. Le dije a Kiwi que me sentía sin hogar, como un caracol sin concha. A los cinco minutos escasos estábamos reunidos con Stéphanie y Monique en un restaurante, las dos ante una fuente de caracoles llenos de ajo.

Después fuimos a *lee her la vitrine* —lamer escaparates— pasando por delante de productos TinTin y pegatinas de calaveras Mylar en la

Orilla Izquierda, examinando las tarifas del AirBus delante de unas copas asquerosas en otro café, con ganas de tener una Vespa y la libertad que proporcionan las Vespas. Mientras estábamos sentados en el café paso junto a nosotros un perro muy viejo con tres patas al que llevaba un Popeye con canas. En la cuarta pata del perro, el muñón derecho trasero, llevaba sujeta una prótesis, una especie de casco de caballo. Fue un auténtico momento de interespecies. En lugar de deprimirnos, nos reímos.

Monique raramente asoma a mi conciencia. Era como una peluquera que te corta el pelo en una ciudad donde estás de paso, con la que se habla de un modo amistoso pero efímero vía su reflejo en el espejo, en este caso Stéphanie.

Mi falta de atención hacia Monique me sorprende, porque Monique es una de esas mujeres que rezuman sexo por naturaleza. Resultaba divertido andar con ella por ahí porque invariablemente se producía a su alrededor un constante zumbido de hormonas y misterio criminal, como cuando se juntan unas adolescentes en un patio o unos chicos en una cabaña encima de un árbol. Monique emergía de unos grandes almacenes llevando un vestido mínimo y sin embargo de entre los pliegues sacaba carros enteros de mercancías robadas. Monique jugueteaba con camareros y policías y hacía que los empleados de los bancos se llevaran la mano a la corbata. Una vez Kiwi casi se desmaya de deseo cuando le preguntó a Monique por cierto polvo que estaba quitando con un cepillo de su pañuelo con el logotipo de Nueva York, y ella contestó:

Polvo de las píldoras de mi caja de anticonceptivos.

El verano pasó rápidamente. Sin embargo, y a pesar de esa velocidad, Lancaster y mi familia se las arreglaron para convertirse en espectros abstractos; me resultaba difícil imaginarlos, una piel que se muda. Hacía dos meses que habían cesado las cartas y las llamadas telefónicas. Jasmine, Daisy o Anna-Louise no habrían podido dar conmigo ni aunque se lo hubieran propuesto. Y como un mamarracho, sólo les hice saber la fecha y la hora de mi vuelta telefoneando a una hora en que era muy posible que tuvieran conectado el contestador automático (apodo: Cindy), como así fue.

Aunque Kiwi y yo ya habíamos pasado de sobra la etapa de amistad de usar y tirar, la última semana en París resultó incómoda para los cuatro cuando intentábamos quitar importancia al dolor de nuestra separación inmediata. Nuestra vida social tenía lugar en público, más que en privado: un territorio neutral. Una noche, yo estaba borracho y durante la cena sugerí a Stéphanie y a Monique que me visitaran en Estados Unidos. Las dos pusieron tal cara de espanto que parecía como si las hubiese invitado a un calabozo. Más tarde,

cuando Stéphanie y Monique bailaban juntas en la pista (Europa), Kiwi, que también estaba borracho, me dijo:

—Deberías ser más cuidadoso al invitar a los euros a que te visiten. Porque irán. Y se quedarán para siempre, y querrán que los trates como a reyes y no soltarán ni un centavo para comida. Y si no, espera y verás.

—Kiwi, no digas chorradas. Te estás poniendo paranoico.

—Mándame una postal cuando aparezcan en la puerta de tu casa. La estaré esperando.

—Kiwi, ¿quién va a tener interés en visitar Lancaster?

Al día siguiente Kiwi y yo nos dirigimos por separado al aeropuerto de Orly, él seis horas antes que yo. Cuando Stéphanie y yo íbamos zumbando en un taxi camino del aeropuerto, Kiwi ya debía de estar por encima del océano índico.

Stéphanie, junto a mí en el asiento de atrás, llevaba en los brazos a la malvada perrita faldera de su madre, Clarice, y más que vestida parecía tapizada, con una gruesa minifalda de terciopelo negro con brocado y tela adornada con abalorios, laca en el pelo, la cara pulimentada, los ojos con unas gafas de apagón, las manos enfundadas en encaje negro y las delgadas piernas embutidas en medias negras con un complejo motivo floral generado por un ordenador textil de Corea del Sur.

—Creo que debieras tener ruedas en los zapatos en lugar de pies —bromeé.

—*Quoi*? —Cuando Stéphanie no estaba realmente conmigo, hablaba en francés.

—Unas ruedecitas.

—No lo entiendo. Eres un gilipollas. Haz el favor de callarte.

—Bueno, como quieras.

Stéphanie (nunca «Steph») se encontraba en su modo egoísta/autista, ansiosa por conseguir que le regalase un coche nuevo su abuela de Fontainebleau, adónde iba a dirigirse después del aeropuerto. Mi marcha había caído muchos puntos en lo que se refiere a la importancia que tenía dentro de su mundo. Lo más apremiante era un Austin Mini Cooper con lector de discos compactos.

Me incliné hacia el cestito con caramelos de violeta a los que Stéphanie era adicta y ella me dio una palmada en la mano, recobrando su expresión ausente, con los labios apretados, mientras examinaba el edificio de cemento monótono junto al que pasábamos. Se me ocurrió que si Stéphanie fuera una habitación, sería una suite del hotel George V, dorada, con adornos, acolchada de seda y con candelabros; como tantas de las cosas bellas europeas, un producto que respondía a reglas inflexibles y a una disciplina brutal. Se me

ocurrió que si Anna-Louise fuera una habitación, sería aquella casa de cristal de la península Olympic, mirando al Pacífico, con el techo tan alto que resultaría invisible.

Sí. Anna-Louise. Yo quería volver a casa, y no quería.

No se produjo ningún estallido de emoción cuando llegamos al aeropuerto de Orly y me dispuse a apearme porque Stéphanie quería dejarme allí lo más rápidamente posible para continuar en el taxi hacia la casa de su abuela. Entre los escapes de gasóleo, los cláxones y los nervios de la gente, me sentí insultado cuando el brutal taxista arrojó ignominiosamente mi mochila al cemento mientras le ladraba en turco a Clarice, que había entrado en erupción como la alarma de un coche en el asiento de atrás. Stéphanie tamborileaba con las uñas, esperando a que me alejara por el terminal. La agarré por los antebrazos y le quité las gafas de sol. Necesitaba establecer un contacto humano con urgencia.

—Oh, Tyler. Supongo que quieres algo auténtico.

—Me gustaría, sí.

Me besó levemente en las mejillas, como un mariscal de campo.

—Eres tan de la era espacial...

—Querrás decir New Age. Mi madre es una hippie.

—Sí. Me gustas, Tyler. Eres un chico muy agradable. ¿Agradable?

—¿Agradable? —Me puse la mochila—. ¿Es la única razón por la que te gusto? ¿Porque soy agradable?

—Hay otras razones. Sí.

—¿Como cuáles?

—Este no es el sitio adecuado para hablar de esas cosas. Estamos en un aeropuerto.

Necesitaba algo personal en aquel momento, algo que llevarme conmigo aparte de un póster francés de James Dean que tenía plegado dentro de la mochila.

—Sólo tienes que decirme una cosa más por la que te gusto, Stéphanie. Sólo una cosa más, y te prometo que me iré.

Parecía enfadada y cambiaba el peso de un pie al otro. El taxista insultaba a Clarice.

—Vale. Me gustas porque te lavas los dientes y tomas zumo de uva antes de que salgamos a tomar vino. Me gustas porque cuando pienso en ti de pequeño te veo caminando por grandes campos, sin esqueletos en la tierra por la que andas.

—¡Poesía!

Ella me sonrió, se dio la vuelta, y se subió al taxi de un salto.

Una vez dentro, agarró a Clarice y abrió la ventanilla.

Después asomó la cabeza, exactamente como aquella vez que la conocí.

—Me gustas porque nunca has estado enamorado, hasta ahora. Y cuando haces el amor, sé que sobrevivirás al dolor de cuando se termine. Siempre te recuperarás. Eres el Nuevo Mundo.

Entonces le gritó «¡andando!» al taxista, una costumbre *de* Dan, de la que yo le había hablado y que ella había hecho suya. Me abandonó allí, en el bordillo de la acera, mientras a mi alrededor los reactores salían disparados en todas direcciones, hacia lo desconocido.

Tuve la sensación alucinante de que estaba haciendo un acto por última vez, en este caso largarme de Europa.

Stéphanie se había ido y, sinceramente, creí que eso era todo.

25

ES INNECESARIO decir que Stéphanie y Anna-Louise se llevaron como un par de gatos dentro de un saco.

Se conocieron anoche después de que Stéen un Buick azul-gángster alquilado en el aeropuerto Sea-Tac, en Seattle, un coche que habría puesto orgulloso al abuelo y que avanzaba un tiro de piedra por cada cinco litros de gasolina, con un salpicadero que parecía el panel de control de un casino digital lleno de opciones tipo Nasa.

Jasmine, Anna-Louise, Daisy, Mark y yo habíamos cenado mientras discutíamos la estrategia de ventas del Kitty Whip® de Jasmine («¡Tienes que ser mundial, mamá!») cuando Mark derramó un cuenco de RastaPasta® de Daisy, espirales de pasta roja, amarilla y verde con una salsa secreta.

—Dios mío, Mark —dijo Daisy—. Vamos a tener que llevar puesta una armadura cuando nos crucemos en tu vida. ¿Cómo te las arreglas para montar siempre estos desastres?

En ese momento Mark señaló la ventana del otro lado del comedor. «La Car» había atracado junto al bordillo varias horas antes de lo que esperábamos, y Stéphanie y Monique emergían del aterciopelado interior vestidas con brillante ropa country & western recién estrenada. Las dos llevaban sombrero vaquero, pantalones vaqueros planchados de pitillo y botas vaqueras de cuero marrón. Monique iba con una cazadora de aviador, y Stéphanie llevaba un chaleco de vinilo negro brillante con flecos de Jeremiah Johnson y una pistola de juguete dentro de una cartuchera sujeta alrededor de una cintura que parecía partirla en dos.

Los cinco, además de Kittykat, nos dirigimos a la ventana y contemplamos cómo se desperezaban Stéphanie y Monique después de su viaje en coche.

—Es la invasión de las modelos de la agencia Ford —dijo Daisy, en el momento en que Monique lanzaba un lazo invisible alrededor de Stéphanie, que saltó y se agachó, disparando imaginariamente sus revólveres y haciendo bang bang con la boca hacia nosotros, que observábamos desde la ventana. Luego se quitó el sombrero vaquero, sopló a un hilillo de humo fantasmal y guiñó el ojo.

—¡Fantástico! —gritó Mark.

—No entiendo —dijo Anna-Louise— por qué los europeos siempre tienen que planchar los pantalones vaqueros. ¿Por qué lo hacen? Es tan cursi...

Devolvimos el saludo con la mano como unos cretinos, como si nos estuviéramos medicando, como si ellas fueran alienígenas.

—He encontrado el mejor modo de mosquear a Miss Francia— dice Anna-Louise esta noche cuando estamos sentados en su desvencijada cocina de madera, repasando los acontecimientos de la noche anterior—. Habla como Elmer Fudd y me he dado cuenta por casualidad. Sustituye las erres por ges..., «Estoy encantada de conocegla, señoguita.» Se da cuenta de que te burlas de ella, pero no sabe cómo. Se retuerce toda. Es fantástico.

—Realmente estás haciendo un alarde de amabilidad con un visitante de un país extranjero, Anna-Louise. Lo tuyo es la promoción de intercambios culturales.

—No *me* seas mojigato, Tyler Johnson. Anoche me puse el vestido más bonito que tengo para la cena, con esas eurovagahundas, ¿y sabes lo que me preguntó ella? Me preguntó que qué me pongo cuando quiero ir bien vestida. Es una burra. Tú estabas en la cocina preparando los nachos, que por cierto las Misses Francia no se dignaron probar en toda la noche.

A Anna-Louise debo darle la impresión de que estoy inequívocamente de su parte en estas cuestiones.

—Y no sólo eso, además parece como si supiera que es delgada.

Por lo que sé, Stéphanie y Monique andan por la ciudad «descubriendo el Salvaje Oeste» mientras exprimen la tarjeta de crédito del Crédit Lyonnais de papá. Cuando intenté telefonear a Stéphanie a Francia antes de su llegada, enloquecida— mente, lo único con lo que conseguí contactar fue con su contestador automático. Anna-Louise sólo sabe que Stéphanie y Monique son simplemente amigas de Kiwi, a las que yo conocí por casualidad.

Mientras Anna-Louise emite su veredicto sobre «las señoguitas», va amasando la pasta para preparar una tarta de arándanos y da golpecitos a la masa desde el centro hacia la parte de fuera. Entretanto yo me tuesto las manos en la llama azul del fogón. Tengo las manos congeladas porque antes, accidentalmente, me había quedado encerrado en el pequeño y gélido vestíbulo que separa la puerta de entrada del edificio de apartamentos de Anna-Louise de la estructura principal. Había perdido la llave de la puerta interior y me pasé una media hora sintiendo pena de mí mismo mientras me castañeteaban los dientes y fantaseaba que era un astronauta separado de la nave nodriza, encerrado en una cámara de descompresión, como en la película *2001*. Anna-Louise estaba en la piscina comunitaria del *college* y no había más inquilinos —ni El hombre de los cien animales de compañía y sin tele, ni la imagen especular de las hermanas vagabundas— que respondieran a los timbrazos.

Al final fui rescatado por el viejo. Atravesó el vestíbulo con su

chirriante carrito cargado de cervezas. Le ayudé a subir la escalera, agradecido, y cuando abrió la puerta de su apartamento, asomaron la cabeza media docena de animalillos temblorosos como zarcillos, que se retiraron rápidamente. Yo intenté meter la cabeza para ver el zoológico del anciano, en especial el estanque para carpas que según Anna— Louise había construido en el suelo, pero me dio bruscamente las gracias («A tomar por el culo»), y me cerró la puerta en las narices. Entonces oí que Anna-Louise había vuelto al piso de abajo. («¿Estás segura de que ese tipo tiene un estanque de carpas en casa?» «Estoy segura. Lo vi un momento una vez cuando le entregué un paquete.»)

Anna-Louise sigue amasando.

—Mark está enamorado —digo yo—. No se apartó de Monique en toda la noche.

—Mark es sólo un niño —suelta Anna-Louise—. ¿Qué piensa Daisy de ellas?

—Daisy piensa que son políticamente incorrectas. Tienen pieles y piensan que es inútil protestar. Daisy ve todos esos acalorados disturbios estudiantiles de París en la CNN y no le entra en la cabeza que esos jóvenes sean incapaces de tomar por asalto los Campos Elíseos armados con bombas, lanzallamas, panfletos y escudos de Lexan. —Agarro un trozo de masa—. Pero también las ve como una rica fuente dietética de pistas para la moda.

Creo que Anna-Louise se siente molesta por el incidente de la moda; el guardarropa de Stéphanie y Monique ha hecho que el suyo le parezca el de una campesina.

—Lo compendo. ¿Y qué pasa con Jasmine? ¿Le gustan a Jasmine?

—¿Que si le gustan? A Jasmine le gusta todo el mundo. Está realmente impresionada... todos estamos impresionados... por lo mucho que saben de Lancaster. Cuando te fuiste a casa, nos contaron cosas que ni siquiera nosotros sabíamos: dónde hacerse un aborto, la producción agrícola de la región, el nombre de nuestro congresista, el sitio más barato para tomar comida mexicana, qué isótopos fabricaban Las Instalaciones... En Europa publican esas guías de viaje.

—¿Por qué? ¿Es que piensan instalarse aquí? —Da un fuerte golpe a la masa.

—No. Sólo estarán unos cuantos días. Ya te lo dije. Descubriendo el Salvaje Oeste.

—¿No tienen su vida? ¿No tienen que estudiar? No lo entiendo.

—Stéphanie y Monique no necesitan vidas. Son ricas. O lo son sus padres. Y no estoy seguro de lo de sus estudios. Creo que en Europa los ricos tienen universidades aparte. O a lo mejor han dejado de estudiar. Me supera.

—¿De modo que no se quedan en tu casa? ¿Qué sucede? ¿No es lo

suficientemente palaciega? —Deja de amasar—. Lo siento. Me estoy pasando de la raya.

Procuraré no considerarlo una ofensa. No puedo arriesgarme a las consecuencias.

—Se han instalado en el hostal El Viejo Señuelo, en el boulevar Van Fleet, cerca del centro comercial.

—¿Y dónde están esta noche?

—En el Cowboy Bar.

—¿El Cowboy Bar? Espero que lleven la artillería encima. Es el peor bar de la peor zona de la Route 666. Es un auténtico imán para la hez de la sociedad.

La «artillería» es la colección de Stéphanie y Monique de material antiasalto que compraron en Seattle el día antes de venir en coche a Lancaster: dos bolsos llenos a rebosar de mazas, guanteletes con pinchos de Tijuana, alarmas corporales y sprays de defensa personal. La guía dice que el Cowboy Bar tiene un toro mecánico. Lo querían ver.

—¿Por qué no has ido a protegerlas?

—Querían ir solas. «Es más auténtico.»

—Ejem.

Como se puede ver, estoy totalmente liado en una red de mentiras, semiverdades y engaños. No, no les he hablado a Jasmine ni a Daisy de mi relación con S. Así no tienen que mentirle a Anna-Louise.

Por otra parte, Stéphanie no había sido informada de lo de Anna-Louise, aunque supuso lo que pasaba a los tres nanosegundos. Y ahora Stéphanie es un misil camuflado que anda lanzado por Lancaster, dándome pataditas por debajo de la mesa a la hora de cenar, guiñándome el ojo, monopolizando la atención de Mark y apartándole de Anna-Louise, a quien protege sutilmente, haciendo que se sienta provinciana y pobre.

En definitiva, la escena de ayer fue demasiado para mí. Es que a uno le saca de sus casillas ver a Anna-Louise y a Stéphanie en la misma habitación; es como estar en un pliegue temporal o en la cuarta dimensión. Si a dos planetas del tamaño de la Tierra los colocaran uno al lado del otro separados, digamos, por un kilómetro, sus respectivas gravedades se compensarían en el espacio intermedio. Si uno se mantuviera en ese espacio, saldría volando libremente.

En cuanto a hoy, me siento como si estuviera sentado en una habitación tranquila y silenciosa y de repente un misil Tomahawk penetrara por una ventana y saliera por la otra en cuestión de una décima de segundo. Ahora mi habitación está tranquila, pero nunca puedo considerar que vuelva a estar completamente a salvo.

Cuando me desperté esta mañana tenía la almohada en el suelo, debajo de mi granja de globos terráqueos; supongo que la lancé en sueños. Pero no me acuerdo de en qué estaba soñando.

26

DE VUELTA a la cocina de Anna-Louise.

—La Tierra a Tyler —dice Anna-Louise, lanzándome un trozo de masa de la tarta, que se me pega al pelo.

—¿Qué?—Echo mano a la masa.

—¿Te encuentras bien? —pregunta—.

Estás ido.

Suelto bruscamente:

—Me va muy mal en la universidad. —Seguro que esto la sorprenderá.

—Oh, no es posible, Tyler.

—Sí. De verdad. Este curso no es como el anterior. No trabajo nada. Ahora lo único que hago es dormir, tomar café y pasear en coche. Los diagramas de Venn y la contabilidad me resultan como la cara oscura de la luna. —Se interrumpe el hechizo.

—Pues la verdad es que pareces bastante contento en la universidad. Te veo allí todos los días. Y estás en la cafetería muchas veces.

—Ése soy yo en plan recreativo. Eso no es real. Te lo aseguro, estoy echando a perder el potencial de mi carrera, Anna. ¿Y sabes por qué? Porque no me importa.

—Claro que te importa, Tyler. ¿Bechtol?

—Ciao, Bechtol. —Me disparo en la sien con el índice mientras Anna-Louise extiende la masa en un molde para tartas.

—Sólo es un semestre. Puedes recuperarte. Recurrir a un examen general.

—Tengo una media bajísima. Quizá debiera seguir los cursos nocturnos para manejar una freidora francesa por ordenador.

Anna-Louise recorta el exceso de masa amarillo pálido como un cirujano plástico de Beverly Hills que estira fríamente la piel de una estrella del pop.

—Te ayudaré, Tyler. Ahora tengo buenas notas. Puedo ocuparme intensivamente de las materias de tu curso... Tengo tiempo.

Anna-Louise elabora un plan de acción para mí que resulta agotador sólo de oirlo. Al cabo de unos minutos, cansado, acepto el ofrecimiento, aunque sólo sea para evitar más detalles específicos sobre infernales planes de estudios, listas de lecturas de pesadilla, y aterradoras clases prácticas; las sugerencias sensibles influyen sensiblemente sobre una sensible tarta de arándanos.

Pero por lo menos desvío sus sospechas. Anna-Louise pensará que mi extraño comportamiento de los últimos tiempos se debe a una

crisis de estudios y no a una crisis del corazón, si es que de hecho es ése mi problema.

Me siento como un perfecto sinvergüenza, una auténtica mierda. Sé perfectamente que preferiría llevar tan sólo los calcetines y tumbarme sobre las blancas y suaves piernas de Stéphanie mientras me da de comer uvas verdes, como la geisha da de comer con su mano a una carpa en un estanque, y todo mientras Stéphanie me acaricia el estómago y canta desafinadamente canciones de rock mal traducidas. Qué cerdo.

—Bueno, ¿y entonces por dónde has andado, si no te has aplicado en tus estudios de dirección de hoteles/moteles? —pregunta Anna-Louise.

—Por el campo —contesto—. El Vertedero de Desechos Tóxicos. Los páramos de más allá de Las Instalaciones. He corrido por los antiguos huertos abandonados. Necesitaba aclararme la ideas; acotar mi espacio.

—Empezaremos mañana las clases intensivas —dice Anna—Louise, mientras me acompaña a la cámara de descompresión, limpiándose sus grasientas manos en un paño de cocina.

—¿Un sábado? —pregunto. Culpabilidad—. Vale. Estupendo.

—La primera sesión en el Ochoplex termina un poco antes de las cuatro. Luego tengo que ir al centro comercial. ¿Te puedes reunir allí conmigo?

—Claro.

—En San Yuppie. A las cuatro en punto.

Nos besamos. Sus manos, todavía sucias con sustancias domésticas, impiden la intimidad.

Al regresar en coche a casa paso junto al apartamento que Dan pronto dejará libre. ¿Por qué me estoy transformando en el ser humano que soy? Yo no era así antes de ir a Europa. ¿Es que me voy a convertir en un Dan? Espantoso. ¿No tengo nada que decir al respecto?

Me doy cuenta de que estoy empezando a olvidar lo que sentía cuando era más joven. Tengo que recordarme que dejarse algo a las espaldas no es lo mismo ni mucho menos que librarse de ello.

La noche es fría y las estrellas parpadean. Me pregunto qué es lo que protege a nuestro mundo del espacio exterior. Me pregunto qué es lo que nos permite conservar nuestro aire, lo que hace que el oxígeno, nitrógeno y argón no se pierdan para siempre en los cielos. Nuestro mundo parece muy pequeño... muy frío frente a la inmensidad del todo. Miro los árboles sin hojas y noto que pierdo mi capacidad para imaginar sitios más cálidos, climas tropicales. A lo mejor debajo de esta fría corteza de rocas está oculto un mundo diferente, un mundo

donde se pudren flores rosas que apestan y sueltan su perfume de una vez por todas, un mundo donde el calor es tan generoso y penetrante que los ciclos de la vida y la muerte se confunden y superponen, depositando frutos, hojas y vainas en el suelo a tal velocidad que el suelo no se mantiene sólido sino siempre flexible y lánguido, como el músculo de un atleta dormido.

Mi mundo se mueve de nuevo con demasiada rapidez. Pienso que mis reservas de dinero se agotarán pronto y acelero el coche por las afueras de Lancaster, pero mi ruido no le hace la competencia al frío, a la indiferencia del cielo oscuro ni a las gélidas y lejanas estrellas.

Cuando llego a casa y cruzo la puerta, noto que la temperatura del interior es baja. Jasmine ha salido a reunirse con su grupo de mujeres; Daisy ha salido a confeccionar *Goo*, su fanzine de música surf-trash, en casa de Mei-Lin; Mark está metido en su saco de dormir viendo por la tele un documental en el que se afirma que los científicos han descubierto un nuevo planeta. La voz del locutor informa que el universo es implacable y frío, pero me niego a creerlo.

La puerta se cierra con fuerza a mis espaldas. Salgo al jardín y noto que estoy en un lío, que los ojos se me humedecen. Salto arriba y abajo, dando saltitos infantiles, y luego me abrigo más en mi chaqueta de baloncesto, tratando de librarme del miedo.

Veo el cajón donde Jasmine prepara el compost cerca de las matas de frambuesa —su sistema para generar buena tierra— con sus pegajosas capas de ramos de flores podridas, restos de comida y pájaros regalo de Kittykat. Me arrodillo delante del cajón, apartando la capa de césped recortado de arriba, la última de la temporada, y suspiro cuando hundo las manos en la caliente y viva pulpa que respira —las meto hasta los codos, manchándome la chaqueta— sólo para notar el calor generado por el planeta, por la Tierra.

27

HOY LOS pájaros llevan puestas las alas pequeñas.

Los cuervos dan tragos a sus copas, y esta mañana he visto golondrinas echando carreras en coche por la avenida Uranio cuando he salido a comprar el *Wall Street Journal* en el quiosco de Tubs. Ante tales pío píos y graznidos uno piensa que ya es primavera.

Algo pasa.

El nuevo corte de pelo de Jasmine destinado a proporcionarle nuevo brío a la vida está sufriendo un momentáneo deterioro.

—¡Venga! ¡Arriba, Jasmine! Vas a tener una cita emocionante. *¡Brunch* a la vista! ¡Acceso ilimitado a huevos revueltos! ¡Arriba! No me obligues a llevarte a patadas por toda la casa como a un perro perezoso.

Jasmine lanza un gimoteo de desaliento desde debajo de una mortaja de mantas de cachemira sujetas por los bordes con un revoltijo de libros a medio leer sobre cómo mejorar interiormente. Abro un pelín la ventana de su dormitorio dejando entrar una dentellada de aire frío y claro y el susurro amarillo de hojas de álamo que oscilan desde el árbol y caen a la calle, hacia lo desconocido.

—Cierra la ventana, Tyler, por el amor de Dios. ¡Hace mucho frío! Dame las gafas. —Una mano busca debajo de las sábanas y agarra las gafas de abuela, que le entrego. El sudario habla—: Espera y verás, jovencito. Hacia los treinta años empezarás a perder interés por conocer a gente nueva. Fíjate en lo que te digo. La idea de iniciar una nueva historia con una persona nueva te parecerá tan agotadora que te limitarás a no querer molestarte. Te harás demasiado perezoso para inventar recuerdos nuevos. Preferirás seguir con personas que no te gustan, sencillamente porque ya las conoces. Nada de sorpresas.

Jasmine asoma por encima del sudario de sábanas de cachemira, y le lanzo un vestido azul desde su armario.

—Toma. Ponte eso, te sentará bien. —Luego revuelvo en la parte de arriba de su tocador y le tiendo un frasco de perfume Infierno®.

—Me voy a poner mi vestido Inca.

—Jasmine, el vestido Inca está muy pasado.

—¿Pasado?

—Como en las fotos de antes y después. —Levanto el borde de abajo de las sábanas de su cama y cuelgo un par de zapatos azules de tacón de los dedos gordos de sus pies—. Póntelos. Te resaltarán las piernas.

Jasmine mueve los pies de un lado a otro, como si fueran

limpiaparabrisas.

—¿Sabe Anna-Louise lo de Stéphanie y tú?

Hace suposiciones.

—No lo permita Dios.

—Anna-Louise es una chica lista, Tyler, y no tardará en darse cuenta de lo que está pasando. Y no es que la intriga sea demasiado evidente. Tampoco es asunto mío. Mantendré la boca cerrada. Pero ándate con cuidado. Estás liando la cosa con una persona a la que le interesas.

Jasmine rocía sus gafas de abuela con líquido limpiador y luego las seca con un kleenex.

—Te voy a dar un consejo, Tyler, un consejo que me gustaría haberte dado cuando ibas al instituto, entre aquellos rollos de no tomes ácido y no bebas si conduces. Me gustaría que los que dan consejos nos lo hubieran dado. Cuando uno se hace mayor le domina una sensación espantosa, horrible, que se llama soledad. Uno piensa que ya sabe lo que es, pero no lo sabe. Aquí va una lista de síntomas, y no te preocupes... la soledad es la sensación más universal del planeta. Simplemente recuerda un hecho... la soledad pasará. Sobrevivirás y serás más humano gracias a ella.

—Yo nunca estaré solo, Jasmine.

—Ya veo que eso te ha entrado por un oído y te ha salido por el otro. Bueno, pues trata de no olvidar del todo lo que te acabo de decir.

El dormitorio de Jasmine es como el lado de la tierra opuesto a mi Modernario. Collares de cuentas cuelgan de la puerta; minifloreros soportan barritas de incienso quemadas; cojines étnicos y almohadones se hallan informalmente dispersos por todos los rincones. Hay un butacón de mimbre como un trono y fotos de nosotros, los chicos, sujetas a las paredes con alfileres de bisutería. Delante de las ventanas cuelgan cristales como arañas muy gordas, reflejando todas las vistas de las estatuas Disney del jardín de la señora Dufresne, nuestra vecina.

A la habitación de Jasmine la llamamos «El harén». Es un espacio sexy del que ni siquiera Dan se quejó nunca, aunque sus propias posesiones, su ordenador personal portátil y su maletín, por ejemplo, parecían una locura en aquel ambiente, como invasores supercomplicados, como bombarderos Stealh en el mundo de los Smurf.

—¿El afortunado soltero de hoy tiene barba? —pregunto.

—Por suerte sí —contesta Jasmine—. Se llama Marv. Trabaja en ordenadores y se pasa por nuestra oficina una vez por semana. Así que tiene trabajo.

—¿Dónde vais a ir a comer?

—Al asador de carne de Daley, cerca de donde venden coches. ¿Has acabado ya con el interrogatorio?

Jasmine se sienta en su taburete, cepillándose su corto pelo naranja, un pelo con el que tengo problemas a la hora del arreglo final. Miro por la ventana y veo unas hojas que se arremolinan en la antena parabólica.

—Puede que ya haya estado en la oficina un millar de veces —dice Jasmine—, y que nunca se fijara en mí hasta que decidí cambiar de peinado. Así que supongo que le gustan las chicas modernas. ¿Qué opinas? ¿Debería ponerme hombreras?

—No. Limítate a ser tú.

—Gracias. —Suspira, arruga la mejilla como hace Anna— Louise, dispuesta a cruzar la puerta de la mañana. Al mirar a Jasmine tengo la sensación de que a medida que uno se va haciendo mayor, le va resultando más difícil sentirse feliz al cien por cien, que uno aprende que todas las cosas pueden ir mal, y que uno se vuelve supersticioso sobre lo de tentar la suerte por miedo a atraer el desastre sobre su vida porque un día, de casualidad, te sientes demasiado bien.

28

—DING dong. Hora del champú. ¿Qué marcas de excitantes productos para el cuidado del pelo probaré hoy? Creo que empezaré con Inmortal!®, el prechampú zombigrado tonificante y revitalizador, parte de la sección medieval y de ciencia ficción de mi museo de champús.

¿Y después de eso? Veamos..., un toque de loción purificadera para la caspa MazmorraCaspa®, seguido de una enérgica friega con LimoGuerrero® (para señoras, LimoDamisela*), el champú de los conquistadores con una fórmula patentada de limo de plasma de algas fabricado por Camelot® del centro comercial Parque Páramo, Nueva Jersey, uno de los cuatro grandes centros comerciales-fortalezas de la Tierra, junto a la galería Sherman Oaks, el centro comercial West Edmonton y el centro comercial Ala Moana de Honolulu, Hawai.

Ahora el suavizante. Difícil elección; este tiempo seco y frío es terrible para el cabello. Quizá el tratamiento oleoso LavaArdiente®, aunque tal vez los daños sean tan importantes como para exigir Le-alimentan-de-noche®, el sistema de división-reconstrucción de ocho horas mientras uno duerme.

No. Al final lo suavizaré con Cabellohenge®, que contiene secretos para el mantenimiento de los folículos inventados por los antiguos druidas, descubiertos por unos científicos que excavaban en busca de runas en un lugar donde vivieron los druidas.

Y para mantenerlo todo en su sitio, Neblina de Naralon®, el aerosol mágico que contiene la revolucionaria fórmula fijadora EmbrujoCastor®, elaborada por Investigaciones Capilares®, de Big Sur, California.

Jasmine me dio un frasco de Neblina de Naralon® después del seminario de fin de semana que realizó en Big Sur hace años, pero lo he usado poco (no lo anuncian suficientemente y por tanto no es de fiar). Siempre es mejor comprar productos que se anuncian mucho, preferentemente aquellos productos avalados por alguien famoso como Bert Rockney, mi actor favorito, juguete esteroidal de la muerte y estrella de la película cazazoquetes *Guerrero Halcón*, que he visto cinco veces y que recomiendo encarecidamente. Con Bert uno siempre puede conseguir más por un dólar.

Pase lo que pase: pelo limpio; cuerpo limpio; mente limpia; vida limpia. Uno podría hacerse famoso en cualquier momento y podrían desenterrar toda su historia personal. Y entonces ¿qué encontrarían? Abrir la ducha.

29

SALGO por la puerta de mi dormitorio, avanzo pasillo adelante, desciendo la escalera, paso junto a Mark, que toma su dosis diaria de crack emocional inhalando dibujos animados en color, vestido con el pijama de Star Trek, colocado gracias a muchos tazones de cereal preazucarado. Entro tambaleándome en la cocina para tomar un tazón de Meuslix con Daisy, que lleva puesta una selección elegida al azar de ropa interior y de chándales. Daisy recorre el diario de la mañana en busca de su horóscopo, y comienza su rally diario de llamadas telefónicas.

Estoy teniendo problemas para adecuar los tirabuzones de rasta de Daisy con el pelo supercorto teñido tipo glam-rock de Jasmine. A lo mejor las personas con cortes de pelo raros son como estructuras que sólo se vuelven interesantes después de venirse abajo, como ranchos de Florida medio hundidos en los pozos negros, centros comerciales en bancarrota o civilizaciones después de una guerra nuclear. Noto un cálido resplandor trágico al darme cuenta de que sólo puedo ser de interés para el mundo una vez que me hayan destruido. Vanidad de la juventud. Consejo del día: que nunca te destruyan.

Entre llamada y llamada, Daisy y yo entablamos conversación. Daisy tiene su propio teléfono, aparte de su propio número de teléfono, para atender las llamadas que recibe. Murray dice que tiene su propio código territorial.

—¿Hiciste algo interesante ayer por la noche? —pregunto.

—Nada. Estuve viendo vídeos de Godzilla a cámara lenta. Una lucha contra el delito —la lucha contra el delito es la expresión de Daisy y Murray por pasar el rato—. ¿Y tú? Tienes el chándal hecho una pena. ¿Estuviste ayudando a parir a una vaca?

—Es una larga historia.

—¿Fuiste de juerga con esas francesas?

—No me invitaron.

—De todos modos, no cabe duda de que son capaces de defenderse por sí mismas, aunque yo creo que el Cowboy Bar debe de ser el sitio menos moderno de la ciudad. De la tierra. Oh, mira —Daisy resplandece ante su horóscopo—, hoy voy a mejorar personalmente. Fantástico.

Suena el timbre de la puerta *{Greensleeves*) y Mark se precipita a abrir. Stéphanie y Monique le asaltan con cosquillas, le agarran de brazos y piernas y le balancean como a una hamaca.

—Hola, hola, hola. —Nos saludan a mí y a Daisy cuando llegamos al vestíbulo; las dos van perfectamente maquilladas y vestidas de

punta en blanco—. ¿Listo para nuestra visita al centro comercial? —Descargan a Mark, luego Stéphanie busca en su bolso, que parece un depósito de municiones, y saca un fajo de tarjetas de crédito de su padre—. Ayer por la noche estuvimos en el Cowboy Bar y, ¿sabes una cosa?... Monique conoció a un millonario.

—¿En Lancaster? —pregunta Daisy.

Monique frota los dedos para indicar dinero.

—Tengo mucha suerte.

Cuando me estiro a por mí chaqueta azul, cruzada, Daisy descuelga el teléfono, que está sonando. Se le congela la cara.

—Es Dan —dice—. ¿Puedes avisar a mamá?

Allí, en el cuarto de estar, veo que Mark abre la ventana y sale por ella.

30

—♪YO creo que la actitud de uno hacia las flores revela la actitud de uno hacia el amor. Trágate lo requetesabido y escucha mis ejemplos.

Dan, gracias a Dios es él, cree que las flores son una buena idea.

—Puedes aumentar el precio de una casa en un veinte por ciento si cada ano gastas cien pavos en rodearla de flores. Aprendí eso en California. La gente cree que las flores tienen buenas vibraciones... es como un instinto... los clientes no pueden evitar el pagar más.

Jasmine piensa que las flores son una representación de su pasado, las delgadas margaritas de los años de Berkeley que guarda aplastadas en la R de Recuerdo de la enciclopedia. Cuando el mundo es demasiado para ella, adopta la postura fetal en su trono de mimbre y sigue los delicados bordes de las margaritas, sonriendo para sí, tarareando canciones perdidas. Animosamente, Jasmine deja por la casa un rastro de tarros de mermelada llenos de flores silvestres —malvarrosas, serótinas, digitales— que surgen del amarillo caldoso donde se conservan como pilas para una emergencia.

Daisy escandaliza con sus flores: vestidos de caléndulas eléctricas, nomeolvides en el pelo, y ensaladas de flores para su dios del pelo, Murray («Cómelas, Tyler. Haz como si estuviéramos en Nueva York»).

Mark es adicto a las flores tamaño jumbo —los tipos MÁS GRANDES DEL MUNDO— y pasa los días de invierno estudiando catálogos de semillas. Se queda sin dormir mientras espera la llegada por correo de semillas de girasol tamaño pizza y crisantemos araña japoneses ninja con pétalos más grandes que su cuerpo.

A Stéphanie le gustan las flores en forma de perfume, tela estampada y funestos caramelitos de violeta.

Es difícil imaginarla en un jardín, a menos que se trate de un laberinto de setos recortados con un atrapamoscas en el centro.

Anna-Louise planta árboles de flores y le gustan las flores silvestres.

En el jardín de su madre, en Pasco, intenta conseguir un decadente jardín inglés: arrogantes cardos protegen manzanas silvestres caídas; muebles de madera estropeados por la intemperie hasta el punto de no servir para sentarse, salpicados de exquisitas deyecciones de pájaro. Anna-Louise siega con guadaña su césped porque «cortarlo con máquina es una retención anal».

Sin embargo, el GTO desmontado perenne de su hermano Johann echa a perder en cierto modo el efecto de ruina premeditada de Anna-Louise.

¿Qué hago yo con las flores? Cosas sin importancia. La semana

pasada compré una caja de 250 bulbos de azafrán y los planté en tierra, junto a la ventana del dormitorio de Anna-Louise, dispuestos de tal modo que al florecer en abril formarán la palabra ÁMAME.

Me viene a la memoria otra anécdota. La semana pasada, en el Vertedero de Residuos Tóxicos, Harmony me preguntó cuál me parecía el mejor modo de morir. Antes de que reflexivamente yo le soltara una respuesta estándar, por ejemplo, «desnudo en un accidente de coche con la música a todo volumen», hice una pausa y pensé en una persona como yo, criada en una parte del mundo sin flores, que va conduciendo hacia el océano en un pequeño coche deportivo azul ganado en un concurso televisivo, camino del sur de California, mientras admira un campo de zinnias amarillo ácido. De repente, zas, llega una ráfaga de viento del Pacífico y las zinnias sueltan el polen, que me golpea con su amarillo y me provoca ahogos y convulsiones debido a una sustancia a la que no tenía ni idea de que fuera alérgico, y a los pocos momentos tengo un shock anafiláctico y muero.

—No lo sé, Harmony. Desnudo en un accidente de coche, supongo. Con la música a todo volumen.

31

—LOS WOOZLE Pups son los mejores. No se desperdicia nada.

—¿Perdona? —contesta Stéphanie, que al igual que Monique da mordiscos a perritos calientes Woozle Pups y engulle cubos llenos de chocolate de Mall Melts en la tienda de Woozle Pups todavía abierta del centro comercial Las Cumbres.

—No hay desperdicios. Las vacas entran por un extremo de la fábrica de perritos calientes Woozle Pup y por el otro extremo salen camiones cargados de perritos calientes. Nada de cubos de desperdicios ni cosas por el estilo.

A Stéphanie y Monique, como son europeas, les desconciertan las historias de vísceras.

—¿Ni siquiera queda algo para abrigos de piel?

—Nada de nada.

Stéphanie pide un perrito más. Pese a esta fama, los Woozle Pups son increíblemente sabrosos.

—Daisy trabajó una vez en un Woozle Pup —comento—. Pero la echaron enseguida, a los diez minutos. Vine a verla y había un montón de gente furiosa esperando a que les sirvieran. Daisy estaba sentada allí, junto al teléfono, dibujando telas de araña en los márgenes de su libro de poemas. Ahora es vegetariana.

—*Oui.*

Esto es el centro comercial Las Cumbres o, más bien, esto fue una vez el centro comercial Las Cumbres, en su apogeo él no va más de los centros comerciales, un mundo encantado reluciente y flotante de escaleras mecánicas y ascensores de cristal, con sus incontables paredes revestidas de espejos y pintadas con hirientes combinaciones de color. En el centro comercial Las Cumbres hubo una vez una pista de patinaje sobre hielo, además de un jardín con esculturas y dos surtidores, y todo ello envuelto por una música tranquilizadora que impulsaba a comprar. Había tiendas de teléfonos, tiendas de posters, una feria de la alimentación, zapaterías, tiendas de tarjetas postales, jugueterías y un centro de moda, todo ello confortablemente caliente y limpio.

El centro comercial Las Cumbres era donde mis amigos y yo, todos colocados de azúcar y de demasiados videojuegos, nos sentíamos gaseosos e irreales —como productos que no pueden existir sin que los anuncien— y andábamos sin rumbo en pandillas: locos del monopatín, hambrientos de galletas, tipos atléticos, euros, pijos, sintiéndonos como el hombre al que el mago del circo ha hipnotizado en el escenario y nunca puede despertar de su trance.

Pero en aquellos días yo era una rata del centro comercial, más joven. Ahora soy demasiado mayor para andar armando lío por el centro comercial y, para ser sincero, en el centro comercial no quedan muchas cosas con las que armar lío. Hoy vemos a nuestro alrededor zapaterías a punto de cerrar, pizzerias muertas, tiendas de teléfonos cerradas con contrachapado y almacenes de artículos deportivos en decadencia o cerrados. Las plantas tropicales del patio central cubierto están marchitas y en plan doctor Seuss. La boutique San Yuppie, donde he quedado citado con Anna-Louise a las cuatro, está cerrada con contrachapado, como la mayoría de las boutiques de Las Cumbres. Y encima, como muchas más de las tiendas de Las Cumbres, la San Yuppie se incendió, tal vez intencionadamente, y las señales del fuego asoman al exterior por entre las tablas de contrachapado de metro y medio por dos y medio; la corriente eléctrica está cortada en esta ala concreta del centro comercial. Desdeñada y a oscuras, en el extremo del ala está una de las dos anclas del centro comercial, una FoodLand.

Jóvenes desalentados vagan por aquí, tratando de conservar la semiolvidada sensación de escalofrío que producía la abundancia, pero les sirve de poco en este mundo postcompra de escaleras mecánicas inmóviles y nada que vender. Compruebo que las prendas de vestir negras vuelven a estar de moda.

Unas cuantas tiendas todavía gozan de buena salud, y su éxito comercial está en proporción directa a la inutilidad del producto que venden. Vídeo Chifladura está atestada. El LuvMart® es un punto caliente. El Planeta del Champú® está animado, hasta los topes. El Mundo del Software® se extiende por la librería difunta de al lado. El salón de juegos está tan abarrotado como siempre, con el suelo sembrado de envoltorios de Woozle Pup y cajas aplastadas de plástico transparente y palillos de La Gran Experiencia Teriyaki®, detritus de los dos puestos avanzados de intendencia que quedan en el centro comercial. Música de baile de moda de los últimos sencillos británicos atruena por el sistema de sonido. Uno quiere estar aquí. El aliciente del salón de juegos es irresistible, como el aliciente de hacer llamadas telefónicas de larga distancia a cargo de tus padres.

Adoro el centro comercial. Siempre lo he adorado. El estado de salud de tu centro comercial es importante. En el centro comercial a la gente sólo le interesa seguir siendo lo más moderna posible, olvidando continuamente el pasado mientras encara un futuro más brillante y fabuloso.

Sólo hay que pensar en todos los productos maravillosos que se pueden comprar... ¿Brillan esos productos? ¿Puedes ver reflejada tu cara en esos productos? ¿Están hechos esos productos de algún material maravilloso como Lucite o Kevlar que no existe en el

universo conocido si se exceptúa la Tierra? Somos afortunados por vivir en la época en que vivimos.

En los viejos tiempos, antes de los centros comerciales y antes de la historia, si uno quería ver una manzana, pongamos por caso, tenía que esperar hasta agosto. En el entretanto, ni siquiera había una foto de una manzana a la que poder mirar. En cambio hoy en día se tienen manzanas durante todo el año. Es maravilloso.

Creo que Stéphanie y Monique sienten las mismas cosas hacia los centros comerciales que yo, aunque hoy en Las Cumbres parezcan afligidas ante la escasez de productos que comprar. Pero esta falta de abundancia es buena, porque a lo mejor se aburren y se largan antes de la ciudad, y dejan de complicarme la vida.

—Casi no lo puedo creer —digo yo—. Ahora más que un centro comercial esto parece un basurero. Si hubierais estado aquí hace un año habríais encontrado seis zapaterías en las que elegir, sólo en el centro de la moda.

—No, no. Nos gusta el centro comercial Las Cumbres. Nos lo estamos pasando muy bien, ¿verdad, Monique?

—Oh, oui. Muy divegtido. Muy futuguista.

Un grupo andrajoso de locos de los monopatines aparece chillando por un pasillo de servicio lleno de ecos y choca contra una pared quemada frente a nosotros, golpeando la pared y la ventana de al lado con sus botas negras, gritando y agitando unos guantes de esquiar con pegatinas de la lucha contra el robo en las tiendas. Los locos sueltan alaridos y luego bajan una escalera mecánica inmóvil con sus monopatines, en dirección a la derretida y olvidada pista de patinaje, cuya superficie está salpicada de colillas y chapas de coca-cola lanzadas desde los niveles superiores de la galería de tiendas. La escena me recuerda aquella frase de que la tercera guerra mundial se librará con armas nucleares, y la cuarta con palos y piedras. ¿Pero cuándo tendrá lugar la tercera guerra mundial? Creo que se debió de producir una guerra invisible y ahora nos encontramos en la cuarta guerra mundial. Tiene que haber una explicación para lo que ha pasado en el centro comercial.

—¡Tyler! ¡Francesitas! —Nos damos la vuelta y vemos a Daisy y a Murray cargados de pegatinas antipieles y antitrampas para animales, audazmente impresas con láser, que proclaman: LAS MANOS FUERA —. Venid y ayudadnos a Daisy y a mí a establecer la paz entre las especies.

Pregunto a Murray si él cree que Lancaster es el sitio adecuado para protestar contra las pieles, mientras instintivamente derivamos hacia La Gran Experiencia Teriyaki®.

—Bueno, lo cierto es que aún no hemos encontrado ni una sola piel, pero vamos a seguir mirando. En cuanto encontremos una, la

vamos a empapelar con estas pegatinas. Les hemos dado un puñado a los locos del monopatín. También quieren colaborar.

Mientras Murray habla, ya estoy viendo a los chicos gritones empapelando las paredes con pegatinas de LAS MANOS FUERA, y también los oscuros escaparates de las tiendas, las tablas de contrachapado y las olvidadas esculturas modernas del jardín de las esculturas.

—Murray, te presento a Stéphanie y a Monique.

—Hola.

—Hola.

—Hola. Daisy habla mucho de vosotras, las francesitas. ¿Queréis una pegatina?

Las francesitas (un nuevo apodo admitido) las rechazan educadamente. Hablamos unos momentos sobre cocas light y pepinillos.

Monique se marcha pronto para verse con el millonario que conoció la noche anterior. Se llama Kirk. Stéphanie quiere ir a dar un paseo sola en La Car. Daisy y Murray se van al supermercado del centro de la ciudad a la caza de abrigos de pieles y a comprar «alimento para la piel» (sea lo que sea eso). Yo, como ya dije, me quedo para encontrarme con Anna— Louise a las cuatro.

—Daisy y yo hemos decidido declararnos naciones independientes —dice Murray, sólo para entablar conversación—. Total libertad y autonomía.

—Nos vamos a convertir en nuestros propios países. Nos declararemos zonas libres de armas nucleares.

Las francesitas, activados los instintos burocráticos de sus ancestros, se lanzan a la acción.

—¿Pero qué pasa con el gobierno? —preguntan.

—¿El gobierno? —pregunta Daisy—. Nos limitaremos a mantener un estado de ánimo abierto.

De repente las francesitas se ponen mortalmente serias.

—¿Cómo podéis ser tan frívolos con respecto a vuestra libertad? —pregunta Stéphanie—. ¿Cómo podéis ser tan elitistas con respecto a la democracia?

—Mira, princesa Stéphanie —la interrumpe Murray—. Siempre he observado que la palabra democracia normalmente se utiliza cuando alguien está pensando en abusar de tus derechos individuales.

—Me dijeron que había un centro comercial en la ciudad de Washington —añade Daisy—, pero resultó que no era de los que venden cosas.

Stéphanie y Monique abren mucho los ojos, mirando a los cielos. Se despiden rápidamente y se marchan de inmediato.

—Bueno, allá ellas —dice Daisy, de malhumor.

—Las chicas tienen una actitud un tanto arrogante, Tyler —añade Murray.

—Son francesas —digo yo, saliendo en su defensa, pero me fijo en que Daisy y Murray se abotonan los abrigos—. ¿También os marcháis? —pregunto.

—Nos reclaman el cuidado de la piel y la paz entre las especies —dice Daisy. Me besa en la mejilla y me dice que salude a Anna-Louise.

—Hasta luego, tío —dice Murray, y al poco rato han desaparecido de la vista, dejándome con demasiado tiempo para matar aquí, en el centro comercial.

32

LOS CIENTÍFICOS resultan muy pagados de sí cuando se refieren a las personas que van a los centros comerciales como si fueran hormigas en un hormiguero. Evidentemente, estos científicos no han estado jamás en un centro comercial pues de lo contrario sabrían lo emocionantes que son los centros comerciales y no pasarían tanto tiempo analizándolos.

Los centros comerciales son lo mejor que existe, aunque *el centro* comercial Las Cumbres no lo sea en la actualidad. De hecho voy a tener que reconocer que el centro comercial Las Cumbres ya sólo es la cáscara vacía de su antigua identidad. Tuvimos abundancia, y la malgastamos. Me parece que los seres humanos no estaban hechos para la abundancia. Bueno, la mayoría de los seres humanos. Estoy seguro de que yo sí, pero ¿adónde se ha ido la abundancia?

Me entretengo junto al arrasado jardín de esculturas escribiéndome A-M-O-R y O-D-I-O con un rotulador en los nudillos *de* la mano cuando de pronto mi amigo Harmony me da un golpecito en el hombro y pregunta:

—Noble señor, ¿os dignaríais venir conmigo y mis estúpidos colegas, sir Pony y sir Davidson, a El Mundo del Software?

¿Qué otra cosa podría hacer? Los sigo de cerca, cuidando de no ser golpeado por los montones de bienes de consumo adquiridos por el trío y metidos en bolsas de plástico de brillantes colores.

¿De dónde procede ese botín? Harmony, Pony y Davidson son ricos gracias a la piratería informática, y hoy han comprado un caja de compactos de Jimi Hendrix, jerseis de poliéster confeccionados con ordenador, objetos de escritorio electrónicos para ejecutivos y caramelos.

—¿Dónde habéis encontrado tiendas abiertas? —pregunto.

—Siempre hay algo abierto, Tyler —dice Davidson. Imagino que estos chicos están acostumbrados a comprar sin parar. ¿El nombre de la tienda de sus bolsas? DEMASIADAS COSAS, POCO TIEMPO®.

A los pocos minutos de estar en El Mundo del Software® me empiezo a morir de aburrimiento mientras los majaderos andan revoloteando como abejas en torno a los últimos chismes procedentes de las ciudades del futuro del Sillicon Valley, en California: Santa Clara, Sunnyvale, Walnut Creek, Menlo Park...

—¡Ty! Fíjate en este hardware —grita Harmony—. ¡Es virtual!

Ahora ya estoy definitivamente convencido de que mi fracaso en

la vida residirá en mi incapacidad para conseguir el nirvana cibernético como un auténtico pirata informático. Creo que esta carencia es la faceta menos moderna de mi personalidad, el equivalente a tener seis dedos o el vestigio del rabillo. Me explico. Me gustan los videojuegos como a cualquier hijo de vecino, pero... bueno...

Aletargado, me fijo en el centro del enjambre, un simulacro en una pantalla de la realidad en tres dimensiones en el que puedo participar utilizando un par de CiberGuantes®.

—Noble caballero, probaos los guantes —dice Harmony. Así que me los pongo, y tengo que admitir que lo que veo es digno de atención. En el monitor hay un simulacro en color de un sencillo rompecabezas de una rubia en biquini que puedo reunir en un ciberespacio tridimensional simulado moviendo simplemente las manos enguantadas, sin tocar nada, como si hablara por señas. Un par de manos simuladas de la pantalla terminan el rompecabezas de la rubia. Le comento a Harmony que utilizar el CiberGuante® es como manipular el cielo con un ratón de ordenador.

—Exactamente —dice Harmony, y los colgados de los ordenadores, siempre serviciales, asienten todos con la cabeza como monos.

Le paso los guantes a Pony, quien, como buen pirata informático que es, ya está ascendiendo varios planos en la complejidad del rompecabezas. Cuando empieza, sin embargo, se hace un silencio entre la multitud. Alzo la cabeza hacia la fuente del murmullo y oteo el centro comercial más allá del escaparate de El Mundo del Software®, veo la delgada figura de Eddie, el sidoso oficial de Lancaster, inclinado sobre una caja junto a las plantas del doctor Seuss.

Cuando éramos más pequeños, antes de que Jasmine se casara con Dan y nos trasladáramos a la nueva casa, Eddie Woodman vivía en la casa de al lado con su padre y sus dos hermanas. Eddie y sus hermanas nos caían bien, aunque nunca los veíamos mucho porque eran mayores que nosotros. Pero en Halloween, Eddie, Debbie y Joann solían ir disfrazados de vagabundos; el disfraz de Eddie era el mejor de todos. Un Halloween, Eddie se vistió de «Kitty, una borracha de Yukón con el corazón perfumado», echó en nuestros sacos un cargamento de caramelos y sacó monedas de veinticinco centavos de su liguero para introducirlas en nuestras huchas de UNICEF. Era un tipo estupendo. Las chicas lo adoraban; Jasmine también le quería mucho. Eddie nunca se cansaba de contribuir con ideas, por ejemplo qué hacer con las hierbas que Jasmine cultivaba en el jardín, ya que nuestra familia les llevaba al menos diez años de adelanto a todas las

demás del condado de Benton respecto al uso del cilandro «como ingrediente principal en lugar de guarnición».

Después, hace de eso unos cinco años, Eddie se marchó a Seattle, y Debbie y Joann se negaron a hablar de su marcha. Estuvieron muy tristes durante los meses siguientes, como Jasmine, quien aludió a un enfrentamiento que había tenido Eddie con su padre.

Y después..., bueno, Eddie reapareció de repente hace unos meses. La nueva versión a cámara lenta de Eddie, demacrado, consumido, de vuelta en Lancaster instalado en la vieja casa, al cuidado de Joann; el señor Woodman había muerto de un ataque al corazón tres años antes y Debbie se había casado con un dios del surf y vivía en Hood River, Oregón, junto a The Gorge. Ningún chismorreo es sagrado en una ciudad pequeña.

Total, que ahora Eddie aparece en el centro comercial y todos los que estamos dentro de El Mundo del Software® somos dolorosamente conscientes de la presencia de Eddie aunque, muy mundanos, hacemos como si continuáramos con nuestras cosas, como si nada hubiera pasado.

La semana pasada, Syke dijo:

—En estos tiempos no pensar en el sexo es como no pensar en lo que ponen dentro de los perritos calientes.

Supongo que ver a Eddie en cierto sentido es como ver el interior de una fábrica de perritos calientes. Por el consenso general parece que lo mejor es pensar en el sexo moderno como un tentempié abstracto, uniforme, y no fijarse con excesivo detenimiento en su manufactura.

—¡Bingo! —Pony da palmas y la rubia en biquini del Nivel Siete aparece completamente terminada en la pantalla. Los CiberGuantes® pasan a manos de otro tipo mientras fuera Eddie recoge su caja y arrastra lentamente los pies por el largo pasillo camino del aparcamiento. Yo me evaporo tranquilamente del grupo y le sigo al vestíbulo.

—Eddie... —le llamo.

Se detiene, gira en redondo y trata de recordarme.

—Oh. Tyler Johnson. Hola. —Tiene la piel cetrina, extrañamente arrugada, como la de un elefante, o como la capa superior de la pintura plástica cuando no se ha tapado el bote.

—Hola, Eddie. ¿Vas al aparcamiento? Oye, deja que te ayude a llevar la caja.

Eddie lanza una ojeada a la caja, recuerda que la lleva agarrada, se interrumpe, y luego me pasa la caja.

—Gracias.

La caja es sorprendentemente pesada.

—Oye, ¿qué hay dentro?

—Un humidificador —contesta Eddie.

—Oh.

Echamos a andar.

—¿Cómo le va a Debbie? —pregunto.

—Bien. Tiene dos hijos. Sigue viviendo en Hood River con El Dios del Surf.

—¿Y Joann?

—Todavía anda a la caza del macho. Deberías llamarla cualquier día de éstos. Le gustan los jovencitos.

—Eddie, te estás pasando.

Llegamos a las puertas de cristal ahumado, que yo mantengo abiertas con la caja mientras Eddie sale del edificio e inicia su lenta marcha a través del gélido aparcamiento, donde su Nissan amarillo forma parte con otros coches de un grupo aislado. Eddie me pregunta algunas cosas sobre mi familia, aunque no había dejado de enterarse de las cuestiones más vitales a través de los chismorrees de Lancaster. Abre el maletero y meto la caja. Cuando cierra el maletero, nos quedamos silenciosamente quietos, asustados, tímidos, y yo con una intensa conciencia de que hay una tarea inidentificable y crucial que está por hacer.

Cuando Eddie se mete en el coche, tengo la alucinante sensación de que realizo conscientemente una actividad por última vez, como cuando me fui a Europa, en este caso al ver vivo a Eddie Woodman. Imagino que esta sensación es una señal de que se aleja la juventud. Espero que la sensación sea eso.

—Gracias, Tyler —dice Eddie cuando se pone en marcha—. Saluda a Jasmine de mi parte. Nos volveremos a ver.

—Claro que sí, Eddie —digo yo—. Hasta la vista.

Eddie se aleja mientras yo me despido de él con la mano y regreso al centro comercial, abriendo las puertas ahumadas y notando la bocanada caliente del aire del centro comercial en la cara, como una bolsa de golosinas calientes de Halloween, con un zumbido de culpabilidad dentro de la cabeza.

Veo a Anna-Louise parada delante de la fachada carbonizada de San Yuppie. No se da cuenta de que me acerco y sigue allí con los brazos cruzados en el pecho. Me sitúo furtivamente a su lado, ligeramente más atrás, agarro su pequeño y cálido cuerpo y le doy un abrazo que tal vez hubiera debido darle a Eddie.

33

IMAGINA que la persona de quien estás enamorado te dice:

«Dentro de diez minutos te van a clavar un palo afilado. El dolor será insoportable y l no puedes hacer nada por evitarlo.»

Bueno, pues entonces los diez minutos siguientes serán prácticamente inaguantables, ¿o no? Puede que esté bien que no podamos ver el futuro.

—Anna-Louise, lo que haces por esos chicos es fantástico.

—No me hables en telecaridades, Tyler. Hoy no.

—*De* acuerdo. —Anna-Louise ha sido una perfecta diosa de hielo desde que hemos salido del centro comercial y nos hemos puesto a recorrer Lancaster en el interior del lujo mate *del Confortmóvil.*

Al este veo cables del tendido eléctrico que atraviesan un campo de cebada ya cosechado. Inexplicablemente, han cortado *los cables del otro* lado de una torre repetidora y cuelgan *de los* brazos triangulares de aluminio abiertos de par en par como los *de una* madre que llora porque han secuestrado a su *hijo* y adelanta hacia las cámaras de la CNN el pijama del niño desaparecido.

Anna-Louise tiene muy mala cara.

—Tienes muy mala cara, Anna-Louise, como si hubieras dormido sólo un par de horas. —Lleva calcetines de distinto color, el jersey está hecho una pena y le quedan restos de pasta de dientes en la comisura de los labios. Encima del regazo lleva una bolsa blanca de plástico de la compra, que cruje sin parar, con el uniforme del Ochoplex dentro.

—Me da igual.

—Ya veo.

—Supongo que hoy Miss Francia estará arrebatadora, ¿no?

Enmudezco tácticamente, subrayando por defecto que, de hecho, Stéphanie podría superar a Anna-Louise si se comparara el aspecto de ambas, detalle a detalle.

—Todo el mundo tiene días malos.

Anna-Louise dice:

—Hoy he almorzado panchitos y ginebra.

—¿Has ido a trabajar borracha?

Anna-Louise está en una postura rígida. Inserta en el salpicadero el encendedor, nunca usado hasta ahora, rebusca en la bolsa blanca de plástico, saca un pitillo y, ante mi sorpresa, lo enciende.

—Anna-Louise, ¿qué estás haciendo? Fumar es cosa de pobres.

—¿Qué?

—Es verdad. Nunca he visto fumar a los ricos, a la gente

auténticamente rica. Nunca. Ni fuman ni tienen fluorescentes en casa. Sólo bombillas. O velas.

—¿Cómo sabes esas cosas, Tyler?

¿Me arriesgo a sacar a relucir el saber de Frank E. Miller, tal y como lo expresa en su biografía épica, titulada *Vida en la cumbre*?

—Es algo evidente. Fuma, e inmediatamente te podrán llevar a un aparcamiento de camiones, y con un cartel colgado del cuello que diga: NO TENGO AMBICIONES.

—A lo mejor me gusta fumar, simplemente.

—Ése es tu problema.

Anna-Louise fuma desafiante. El coche apesta a bar y abro un poco la ventanilla. Las azules volutas de humo me rozan la cara al escaparse por la rendija, proporcionando cierta satisfacción a Anna-Louise.

—Hoy deseo ansiosamente tener fuerzas para estudiar —digo.

Una chupada tensa es la respuesta.

—Oye, ¿es un *New Yorker* eso de dentro de la bolsa? Deberías llevarlo fuera de la bolsa... Los desconocidos se darán cuenta de que no te preocupa el precio de las cosas.

—Gracias, Dan. Yo rezo a escondidas.

—Anna, ¿por qué estás tan enfadada conmigo? —pregunto—. ¿He hecho algo mal?

La respuesta es un resoplido.

Me acuerdo de ese gag tan frecuente en el que una mujer despierta una mañana y pega a su marido por algo que éste ha hecho mal en el sueño que ella ha tenido... y en el fondo eso nos indica que el marido probablemente ha hecho algo parecido en la vida real.

—Tyler, ¿qué sé yo de ti?

—¿Cómo?

—Cierra el pico. No creo que de hecho te conozca lo más mínimo. Quiero decir que te conozco hasta cierto nivel, pero no consigo profundizar más. Hay un punto en el que se interrumpe todo el conocimiento, un punto después del cual no me dejas seguir avanzando. Me siento insultada.

Me pregunto si los que te acusan de no abrirte lo suficiente a los demás son los que en realidad nunca se abren.

—Menuda paranoia, Anna-Louise.

—No digas tonterías, Tyler.

Debido a los cables cortados, el centro urbano de Lancaster está sin electricidad.

La circulación se interrumpe vacilante en los cruces sin semáforos, y el semiatasco amplifica el ambiente de tensión contenida del Confortmóvil.

—Esta mañana, antes de ir al trabajo, me pasé por tu casa —dice

Anna-Louise con voz inexpresiva, mientras su rostro mira sin interés la oficina de correos y mi lavandería habitual (camisas almidonadas y planchadas a 99 centavos la unidad)—, y ya te habías ido al centro comercial. Yo iba camino de mi clase de aeróbic y te llevaba una bufanda que te he tejido como una miserable. Tu madre y yo tomamos un café. Cuando me marchaba a casa para cambiarme, metieron una postal por debajo de la puerta. Era de Nueva Zelanda.

—Oh.

Mi credibilidad está por los suelos. Noto latidos en los oídos y se me llena la frente de zumbidos. No me puedo concentrar. Tengo la sensación de estar metido en una película donde uno ve una escena cotidiana, por ejemplo a una pareja desayunando, y de repente uno de los dos suelta burbujas y te percatas de que han rodado toda la escena bajo el agua.

—¿Creías sinceramente que no me iba a enterar, Tyler? ¿Es que me tomas por una idiota?

El tiempo se detiene.

Estamos delante del edificio donde vive Anna-Louise, en la calle Franklin. Incapaz de hablar, me quedo mirando el centro del volante.

—Sólo fue un ligue de verano, Anna-Louise. No sé por qué ha venido aquí...

—¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué no hiciste frente a la situación en lugar de contarme esa mierda de las amigas raras de Kiwi? Yo lo habría entendido.

Anne-Louise abre la puerta del coche y gira el torso, sacando las piernas fuera de la puerta y apagando el pitillo.

—Eres débil, Tyler. Débil débil débil. Y lo sabes. Me habían dicho que los chicos eran estúpidos, pero nunca pensé que tú también lo fueras. Ahora lo creo. —Sale—. Me tengo que ir. Gracias por el paseo. Perdón... *merci beaucoup.*

Sube el camino como una gacela, entra en la cámara de descomprensión y de repente todo termina, como cuando eres pequeño y tienes una bengala de Halloween encendida en la mano y crees que la bengala va a estar encendida siempre y no terminas de creerte que aquella agradable luz blanca se haya apagado bruscamente.

Paro el motor, bajo la ventanilla, me echo hacia delante y me empapo de lo que veo. Calle Franklin abajo, un drogadicto de la Clínica Gratuita traza círculos alrededor de un teléfono público como un perro alrededor de otro perro desconocido. El muchacho drogadicto se da la vuelta, ve que lo miro, y me hace la V.

Pienso en un 747 que se estrella, en un millar de máscaras de oxígeno que bajan del techo.

Le devuelvo el gesto de la V.

34

CIRCULO en coche sin propósito definido durante unas horas confiando inútilmente en ver a Stéphanie. Vuelvo a casa, envuelto por la oscuridad del apagón que todavía continúa. El camino de entrada y la calle inmediata están llenos de coches. ¿A qué se debe semejan-

te concurrencia? ¿Ha perforado el techo

un asteroide? ¿Sangran las paredes de la cocina? Y si así fuera, ¿dónde está exactamente el equipo de grabación del noticiario del Canal Seis? Al lado de la casa veo a Betty, la casa ambulante de mis abuelos, aparcada, desapercibida, contenta y basta como esa mujer que le suelta un sermón a la camarera de un restaurante, come como un cerdo y cuya presencia sólo se tolera porque técnicamente no está haciendo nada ilegal.

Una vez dentro, queda claro lo de los coches. La abuela y el abuelo están celebrando un congreso de ventas de KittyWhip® en el cuarto de estar, ahora un *tableau* escasamente iluminado a base de velas, con cuerpos extendidos sobre la alfombra y los mullidos sofás hippies. Los asistentes están dispuestos en semicírculo en torno al maestro de ceremonias y Señor del Trono, el abuelo, cuya silla está hecha de palos recogidos en los diques de los castores (¡aquellos hippies siempre tan imaginativos!). Delante de él hay un podio de terciopelo añil sobre el que aparece toda la gama de productos del KittyWhíp® Sistema de alimentación para mininos®.

Entre los cuerpos está el de Stéphanie, y los de Daisy, Murray, Skye, Mei-Lin, Pony, Davidson, la señora Dufresne, Eddie (de espaldas), Joann y puede que otros veinte más, con sus atentísimos globos oculares reemplazados por un signo $ de dólar propio de los dibujos animados.

Kittykat y su colega, Rice —un siamés bizco y capado de la casa vecina—, se deslizan alrededor del trono del abuelo a la inquieta espera del banquete que se avecina. ¿Dónde están ¡as cabras atadas? ¿Dónde está el opio? La escena es de lo más deprimente. Supongo que la falta de electricidad es eso —una edad de las tinieblas instantánea —, simplemente hay que desenchufar. Que me den metal, cápsulas de proteínas y radio todos los días de la semana. Nuestros inventos son los que nos mantienen lejos del lodo. Entro en la cocina seguido de Jasmine. Le pregunto bruscamente para qué llamaba Dan esta mañana cuando yo salía camino del centro comercial.

—Chis. Después —dice ella— Lo que quería decirte es que mamá y papá se han quedado sin casa, de modo que durante los próximos meses van a vivir en Betty. Sé agradable con ellos, ¿vale? Ven a ver lo

que pasa. Oye, ¿te encuentras bien?

—Estoy perfectamente.

—No, no lo estás. —Entrecierra los párpados—. Anna- Louise se ha enterado de lo que pasa, ¿no?

—Sí.

—Oh, cariño. Hablaremos de ello después de la reunión. —Me acaricia el hombro—. ¿Qué tal una galleta? Y hoy de chocolate, no de algarroba. ¿Es que me abandono a la decadencia o qué?

—¿Cómo te fue la cita con el señor Software?

—Espantosamente mal.

Vuelve al cuarto de estar justo cuando aplauden a Jim Jarvies y su mujer, Lorraine, que se dirigen al podio a por una muestra procedente de la KittyPump®. El acto es su adoctrinamiento ritual para el mundo ilimitado, hipnótico y autorreferencial de las fiestas para vender comida de animales de compañía. ¿Qué ha sido del trabajo?

35

JIM JARVIS es la quintaesencia del habítame de Lancaster perteneciente al Nuevo Orden. Antes del hundimiento de Las Instalaciones (y dé la consecuente falta de sentido de la carrera de Jim), Jim —un yuppie conciso, decidido y de hielo—y su yupesa, Lorraine, vivían en t una casa monumental de las afueras de la ciudad con un ventanal y la antena parabólica más grande del condado de Benton, no, del estado de Washington, empampirolada en el tejado como la sombrilla de un cóctel azotada por el viento. Ahora viven en un RV aparcado en la Route 666.

Jim *se* dedicaba a vender y comprar pecbknda y desarrollaba su trabajo recorriendo el globo —Gabon, Saskatchewan, Namibia, Queensland— para conseguir este exótico mineral. Ahora él y Lorraine venden KittyWhip* de puerta en puerta.

Además Jim era amigo de Dan, en la época en que Jim formaba parte de la empresa que vendía las viviendas de Dan. Ahora los dos son pobres y probablemente no se hablan. Sorpresa. Sorpresa.

En las fiestas de Dan y Jasmine, Jim nos hablaba a los chicos de la temperatura de su bodega particular. Yo veía a Jim como un tipo que probablemente tenía gélidas fantasías solitarias cuando formaba parte del pasaje de un avión, negándose a hablar con sus compañeros de asiento, asintiendo en silencio ante los artículos de opinión de una revista y siendo cortejado de modo muy masculino por los ayudantes de vuelo.

Pero ahora la vida de Jim y Lorraine es diferente, no tanto por la pobreza como por una cosa que les sucedió en África a finales de la pasada primavera.

Un fin de semana hicieron una excursión para ver un lago enorme, un lago tan extenso que se dilataba hasta el horizonte, y con la superficie cubierta de lirios de agua color rosa y nenúfares con hojas tamaño oreja de elefante. En una de esas hojas tamaño jumbo, Lorraine colocó a su hija de cinco meses, Kirsty, con intención de que posara para lo que Jim y Lorraine pensaban que sería un bonito vídeo. En cuestión de segundos, mientras la Sony zumbaba y Lorraine se mantenía muy quieta con un vestido sin duda adquirido en la tienda de regalos de un museo, un enorme pez escamoso marrón apareció desde debajo de los nenúfares. Agarró el rechoncho bracito de Kirsty y arrastró a la niña al barro del fondo del pantano, un mundo donde monstruos sin ojos que comen tubérculos se mudan de piel y reflejan nuestros más siniestros sueños, un mundo silencioso donde los niños muertos lloran al unísono.

Sucedió en tres segundos, como mucho. En VHS también. Y ahora Jim y Lorraine están destrozados, tienen dañado el cerebro, como un arrecife de coral de Florida destruido por un carguero, un arrecife que nunca se regenerará.

«Ty, ¿crees que la malvada pareja colocó a Kirsty en el nenúfar A PROPÓSITO? (un codazo implícito)» —me preguntaba Daisy en la carta que me mandó a Copenhague.

«Difícilmente sería un asesinato que pudiera llevarse a la escena —le contesté yo en la última postal que mandé—. Y además, Kirsty no era una mercancía defectuosa ni nada por el estilo. Ya sabes cómo son los yuppies. Cuando Kirsty sólo contaba tres meses, Lorraine le dijo a mamá que la niña tema talento para los instrumentos de cuerda. Así que supongo que invirtieron en ella algo de emoción, no sólo dinero. La gente te sorprende.»

Jim y Lorraine son personas calladas y nerviosas y, como la mayoría de la gente callada y nerviosa, dirigen su conducta a ver si también tú estás nervioso, por lo que cuentan las marcas de mordeduras de dientes en los extremos de tus lápices, tabulan interiormente las copas que consumes, y te señalan bromeando un tic en el que nunca habías reparado. Casi es lo suficiente para hacerme desear que Jim recupere su identidad insensible. Pero no.

—Tienes que apretar la palanca de la KittyPump® como si estuvieras sirviendo un helado a una estrella de cine —ordena el abuelo.

—Sí, señor —se limita a contestar Jim, enseñando los dientes pero sin sonreír con la mirada.

Esto no es ambición. Esto es desesperación.

36

STÉPHANIE deja el atento grupo y me sigue a la cocina iluminada por velas.

—¿Qué te pasa? —pregunta—. Ça *va*?

—Anna-Louise y yo hemos roto. —El rostro de Stéphanie resulta inexpresivo, diplomático—. O más bien, me ha dejado.

Silencio. Para llenar el silencio, le doy detalles sobre la postal de Kiwi («¿Dónde está esa postal?»), las tensiones recientes, mi fracaso en los estudios... Desde la cocina, por la ventana del cuarto de estar, vemos detenerse un taxi del que se apea Monique. Ésta se abalanza hacia la puerta de casa mientras le cuento mis penas a una comprensiva Stéphanie.

—¡Hemos hecho el amor en una antena parabólica! —grita Monique desde el vestíbulo—. Estaba muy caliente, la antena, hay un foco de luz. —Todas las cabezas del cuarto de estar, como un banco de peces que cambian de dirección, se vuelven hacia ella, que se dirige a la cocina.

Sintiéndome mojigato, o algo por el estilo, digo:

—Chiss...

Me refiero a que estoy a favor de la libertad de expresión, pero que mantenga esa expresión para sí. Las actitudes libertinas de Monique, aunque no son exactamente depravadas, tienen una especie de toque de suciedad, como un paquete de azúcar que ha reventado y derrama su contenido en un pasillo del supermercado.

En cambio, Stéphanie quiere enterarse de todos los detalles y hace ruidos para que me calme, posponiendo el relato de mi ruptura hasta que se sacien sus necesidades de publicación escandalosa. Las dos se lanzan a hablar de los jugueteos sexuales de Monique en un francés lleno de argot. Cuando se termina lo peor, cambian al inglés, y entonces también yo me entero de la intimidades de Kirk, el poderoso millonario. También están presentes Daisy y Murray, con la excusa de que se encuentran en su casa y que por tanto tienen derecho a enterarse de todos los detalles. Para ellos Kitty Whip® ha perdido casi todo el interés.

—Kirk tiene una manada de caballos —cuenta Monique—. Y tiene a su mujer en un... un... sistema de asistencia vital. Y tiene una casa con los últimos adelantos tecnológicos. Tiene...

—Pero ¿cómo es? —pregunto yo.

—¿Cómo?

—¿Qué tipo de persona es?

—*Mystérieux. Tres mystérieux*. Creo que trabaja para la CIA y es

posible que haya estado en Vietnam. Me hace pensar que es un prisionero de guerra, como decís vosotros.

Jasmine entra en la cocina y nos manda callar.

—Monique se ha ligado a un millonario —digo.

—¿En el despoblado Lancaster?

Veo la postal de Kiwi encima de la nevera y me pongo a leerla, desconectándome de la conversación en voz baja sobre las hazañas sexuales de Monique. La postal dice:

Hola, colega:

Aquí es primavera. Nueva Zelanda es mucho más pequeña que cuando me fui. Preferiría mucho más tomar tus cócteles en la terraza de S que contemplar a las ovejas con creciente afecto. (¡Es una broma!) Ah, oui, París. Parece que se halla a un millón de kilómetros, y también que está en la casa de al lado. Ni noticia de Monique desde que me fui, pero ella no es del

tipo de titis que escriben, ¿o sí? La próxima vez que te deshagas escribiéndole una carta a Steph, a ver si le dices a Su Alteza que le hable a M de mí. Sigo existiendo como puedo. Todo son molestias.

No hay modo de salir de aquí. ¿Esquiar el próximo julio?

Kiwi

Encima de la nevera hay un nuevo dibujo de Mark de una geisha japonesa con colmillos y un martini en la mano. El dibujo lleva la indicación: «la geisha japonesa camina completamente inclinada porque su obi de la cintura pesa 250 kilos porque lleva escondido uranio en el cinturón».

—Debería hacer el amor en una antena parabólica, señora Johnson —oigo que recomienda Monique cuando levanto la vista de la postal—. Es tonificante, y además, se pondrá morena.

—Sin duda —se ruboriza Jasmine.

El portateléfono princesa de Daisy suena desde debajo de un montón de cajas vacías de pizza.

—Será para mí —dice Monique, revolviendo entre las cajas.—. Le di a Kirk vuestro número de teléfono para que se pusiera en contacto conmigo enseguida. Fue a comprar un helicóptero.

—Aquí está mi teléfono, Monique —dice Daisy, descolgando el auricular—. Contestaré yo. —Daisy adopta un acento francés de dibujo animado—. *Oui, oui, oui*, guesidencia de Monique. ¿Quién llama? ¿Kigk? Hola, Kigk. —Daisy hace guiños a Monique y le sonríe enseñando los dientes, pero entonces su cara se queda sin expresión—. ¿Dan? ¿Eres tú, Dan? —Daisy tiene los ojos como platos. Una sensación—. ¡Es Dan! Pregunta por Monique... ¡Dan es Kirk!

Gritos.

Monique trata de conservar la poca dignidad que todavía le queda. Agarra el auricular y suelta muy enfadada:

—Eres un mentiroso. —Adopta una actitud seria, con la mano en la cadera—. No quiero hablar contigo. Adiós.

—Un momento —grita el abuelo—, ¿es que no podéis guardar silencio?

Jasmine, con una expresión de felicidad en la cara, algo raro en ella desde que volví de Europa, le arrebata el teléfono a Monique y dice:

—Hola, Dan. Será mejor que tengas cuidado con lo que haces, o tu póliza del seguro saldrá disparada.

—¿Póliza del seguro? —pregunta Stéphanie. Trato de explicarle que las primas cuestan una fortuna si te ocurre un accidente o tienes objetos de alto riesgo en tus propiedades, como piscinas para hacer submarinismo, pero dejo de esforzarme al cabo de unas cuantas frases. ¿No podría darse el caso de que Stéphanie no tuviera sentido del humor?

Mientras le explico a Stéphanie las complejidades del humor de los seguros, tiene lugar ante mí una escena poco habitual. Jasmine, con el culo apoyado en el mármol de la cocina, tiene la cara entre las manos y respira profundamente el anhídrido carbónico exhalado después de su ataque de risa. Monique, entre tanto, con otra marca en su maquillaje, apoya las manos en las caderas y hace gala de vaya vaya ante el engaño de Dan. En este momento las dos establecen contacto visual, y mi enfoque en la interrogante Stéphanie se desplaza mientras veo que mi madre se echa a llorar y Monique se le acerca y la abraza.

En el cuarto de estar, detrás de ellas, el abuelo flambea un cuenco de KittyWhip®. Las llamas bailan en la superficie como pequeños fantasmas azules borrachos.

37

EQUIPO del noticiario del Canal Seis, alerta: recientemente han pasado muchas cosas.

Harmony, Stéphanie y yo pedaleamos en las bicicletas estáticas del gimnasio Cuerpo— metálico.

—Hago ejercicio para que el cuerpo se me ponga fibroso —dice Harmony, que esta tarde se ha desconectado del inglés antiguo y está más en plan ciencia ficción—. Les resultará menos apetitoso a los alienígenas, cuando nos invadan.

—Por favor, explícate, Harm.

—Es pura lógica. ¿Qué carne de vaca es la que más te gusta? La de esas vacas Kobe de Japón, ¿no? Esas vacas que nunca hacen ejercicio y a las que dan masaje con cerveza. Tiernas, jugosas y deliciosas. Lo que quiero decir es: ¿quién come caballos de carreras?

—No creo que deba preocuparte que los alienígenas te coman, Harm.

—A ver, ¿por qué no?

—Porque ya eres demasiado mayor... tienes veinte años. *Los* adolescentes saben mucho mejor. Son más tiernos... menos cartilaginosos.

—En absoluto.

Ya lo creo.

—Tiene razón él —dice Stéphanie, secándose el sudor de la frente y pasando sin entusiasmo la página de un ejemplar de la revista *Vogue* destrozado por el sudor—. Cuando uno llega a los veinte años tiene el cuerpo lleno de humo, drogas y hormonas, y su sabor no es nada delicioso.

—Creo que en los locales donde se celebran las fiestas judías de iniciación a la edad adulta y las puestas de largo tienen que preocuparse más por las invasiones de los ovnis que los ordenadores de tu laboratorio, Harm.

—Pues es un gran alivio. Por fin el hacerse mayor es realmente una ventaja.

Stéphanie y yo aumentamos los medidores de tensión de nuestras bicis, pero Harmony no. Se está recuperando de un resfriado y tiene que ir aumentando el esfuerzo de modo gradual.

—Es como si tuvieras todos esos virus mortales alojados dentro de los músculos —dice—. Es lo mismo que la porquería en una esponja sucia. A la esponja hay que empaparla y apretarla varias veces para quitarle toda la porquería.

Agh.

La mejor hora para ir al gimnasio es a primera hora de la tarde, porque aún no se ha producido la invasión de los que acuden en masa después del trabajo, y por lo tanto aquí sólo están los parados, los semiparados y los trabajadores de actividades marginales, como gorilas de discotecas, camareras de bares elegantes y encargadas de los teléfonos eróticos. Como todos los que van al gimnasio, tienen los ojos fijos en las paredes de espejo, y su carne y sus pieles de Lycra resultan algo así como insuficientes. Extraño, desde luego, pero el desempleo masivo no ha aumentado el número de los que, aquí en Lancaster, van al gimnasio por las tardes, y los que andan en busca de trabajo la verdad es que deberían estar aquí porque hacer ejercicio les proporcionaría una sensación de fuerza y eso los ayudaría a encontrar trabajo. Cualquier manual sobre cómo desenvolverse bien en la vida te lo explicará.

—Es posible que esos parados estén tranquilamente en sus casas pasando el rato, tomando cerveza y tragando telebasura —dice Harmony.

—Una vergüenza de vida —digo yo.

La semana pasada —menuda semana— endorfinas, adrenalina, testosterona... un auténtico cóctel de hormonas.

Lo primero de todo fue que Monique y el coche de alquiler desaparecieron. Monique volvió a París vía Nueva Zelanda utilizando su tarifa aérea triangular para dar la vuelta al mundo, después de que quedara claro que incluso en plenas hazañas sexuales, aquí en el Nuevo Mundo, en realidad sentía nostalgia de casa. El humillante episodio de Kirk la desestabilizó, y cuando volvió al hostal Viejo Señuelo encontró que su solitaria madre le había mandado desde Francia, por un servicio urgente de puerta a puerta, un sobre lleno de costras de su moribunda gatita, Minuit.

—A los cuatro días de estar en el Nuevo Mundo —soltó Daisy—. Pues vaya plan.

—Y pensar que lo único que vio del Nuevo Mundo fue Lancaster y la biorregión circundante —dijo Murray—. Es surrealista.

Stéphanie no se siente desgraciada por el actual giro que han tomado las cosas de la vida. Ahora la vida puede llegar a ser más Stéphanie-céntrica. «El programa de Stéphanie, protagonizado por... ¡Stéphanie!»

Se ha instalado en el Modernario, y ahora tengo la habitación sembrada de joyas, perfumes y ligueros. Me gusta este desorden tan femenino. Quiero luchar contra el crimen a su lado a partir de este momento. Quiero acostarme con ella a plena luz del día. Además, llevo unos días que ni siquiera intento ir a clase, y nadie menciona mis

novillos, así que imagino que Jasmine le ha dicho a la familia que mantenga la boca callada. Qué vida ésta.

Brendan, el orgullo de Lancaster, anda por ahí con un traje de baño Speedo y una camiseta blanca sin mangas tan pequeña que podría ser perfectamente un sostén. El mes que viene, Brendan participará en el Campeonato Nacional de Culturismo, en Phoenix, sin ayuda de anabolizantes, y ha avivado una ascua de esperanza cívica en los habitantes de Lancaster. Stéphanie toma aire.

—Es una pena que Monique se haya ido tan rápidamente.

—Brendan se parece un poco a Bert Rockney, ¿no crees?

—le pregunto a Harmony, que asiente mostrando su acuerdo. —Sí, pero Bert Rockney no tiene un cuerpo de androide. Bert Rockney, como ya dije anteriormente, es mi estrella favorita de las películas de aventuras y acción, y un renombrado practicante del antiguo arte mongol del Chang-Ting. Sus músculos son de tungsteno sólido ondulados con gelignita; necesita esos músculos para enfrentarse a la interminable serie de ex mejores amigos y a los asesinos a sueldo del corrupto gobierno que asesina cruelmente a su mujer, a sus hijos y al resto de la familia en una película sí y en otra también. Menuda estrella.

—¿Te has fijado en esas antiguas estrellas masculinas de los años cuarenta o cincuenta cuando se quitan la camisa? —pregunta Harmony—. Coño, pero si tenían tetas. ¿Es que pretendían que fueran unas máquinas mortales? Los esteroides han hecho más divertidas las películas.

—Completamente de acuerdo —digo yo—. Pero ahora que la gente sabe que un cuerpo tratado con esteroides se parece tanto a un cuerpo de androide, ya no resultan interesantes. Los cuerpos de androide son el equivalente visual de un filete excesivamente tierno, que se puede cortar con un tenedor.

Brendan suelta gruñidos y gritos y levanta 500 millones de kilos de pesas por encima de la cabeza, y la cara se le pone morada y efervescente, como carne barata de buey, y el sonido es tan ensordecedor, tan absolutamente brutal, que se interrumpen todas las conversaciones del gimnasio mientras la gente hace como que no se fija en que Brendan se está suicidando en público.

—¿Costras de gato? —pregunta Harmony—. Qué asco.

—Las costras de gato también son documentos —digo yo—, exactamente como los meados y la mierda. Todo es un documento.

—Minuit es una gatita tan mona —dice suspirando Stéphanie—. Pero ya no va a estar mucho en este mundo. Leucemia. Monique tendrá que meter a Minuit en su cestita, y luego tirarla al Sena.

Pausa. (Un minuto de silencio por el muerto.)

—Monique se hubiera debido sentir menos tensa —digo—. El asunto de Dan fue divertido, pero la gente te quiere por cometer ese tipo de errores. Además, en Estados Unidos se te permite reiniciar la historia: borra las cintas y empieza de nuevo; provoca una primera impresión dos veces.

—Monique sólo sabe cómo son esas cosas en Europa —contesta Stéphanie—. A mí me gusta más cómo son esas cosas en Norteamérica. Monique debería haber dicho «Quiero empezar de nuevo», y a todos los norteamericanos como tú les habría gustado permitir que Monique empezara de nuevo. Tenéis un sentido muy moderno de la libertad.

La palabra «historia» parece disparar a Harmony, que se pone a contarnos su teoría sobre por qué en estos tiempos va tanta gente al gimnasio.

—La gente necesita ser perfecta en todos los sentidos, porque así sus almas no se tendrán que volver a reencarnar. Ahora hay mucha gente finalizando su ciclo. Por eso la Tierra está tan superpoblada. Es algo obvio. La gente está harta de tener que revivir la historia. Quieren que se termine.

—Vosotros sabéis muy poco de la historia —dice Stéphanie, aspirando por la nariz—. Es una tragedia.

Harmony contesta:

—Si en Hollywood hicieran una película de ambiente histórico y la ambientación no fuera correcta, por ejemplo los Peregrinos del *Mayflower* tomando kiwi o burritos, eso sí que sería una tragedia.

Stéphanie, horrorizada, se baja de la bici, recupera el sentido del equilibrio sobre sus tambaleantes piernas, y se dirige dando saltos al vestuario para des-Spandex.

—Picajosa, muy picajosa —dice Harmony-»—. Deprime a cualquiera.

—A los europeos les pegan como a animales cuando van al colegio —digo—. Sufren tanto en el proceso de aprendizaje que consideran que sus conocimientos son absolutos. No toleran que se los desafíe.

—Hablando de historia, tengo noticias frescas. ¿Conoces a ese tipo viejo que vive encima del apartamento de Anna— Louise?

—¿El hombre con 100 animales de compañía y sin tele?

—Justo, el hombre sin número de la seguridad social. Pues resulta que Lancaster se llama así por él.

—¿Por él?

—Bueno, por su familia. Se apellida Lancaster. Su familia inventó la ciudad. Me lo contó mi madre.

Me pregunto si Anna-Louise sabrá esto. Por desgracia es un pelín tarde para contárselo.

—Tiene unos treinta perros y gatos en el piso de arriba. Y pájaros y peces. Los vi a todos la semana pasada.

—Un tipo raro. Parece como si su idea de unas vacaciones divertidas consistiera en alquilar un detector de metales y peinar Peeble Beach en busca de anillos de boda perdidos.

—Sospecho que pasa de vacaciones.

—Deberías hablarle a tu madre de él. Ahora vende Kitty Whip®, ¿no?

¡Un puntazo!

—Harmony, tú eres un empresario casi nato.

—Gracias.

El Kitty Whip® causa furor.

Desde la ventana del Modernario veo a todo tipo de lancasterianos entrando y saliendo de Betty, que está aparcada fuera, como drogadictos en busca de metadona. Cuando estos futuros representantes de ventas —que babean ante la idea de ingresos sin trabajar— salen de Betty, tienen la cara mucho más animada que cuando entraron, con montones de trípticos de promoción y cajas con KittyPump® bajo el brazo. Jim y Lorraine Jarvis parecen revitalizados, como Eddie Woodman.

La propia Jasmine ha convertido la mesa del comedor en su punto de ventas. Entre su media jornada en Las Instalaciones y su preocupación con Kitty Whip®, probablemente no tenga tiempo para meterse en mi vida, algo que habría hecho en caso contrario, y eso está bien. Pero ahora Dan telefonea sin parar y Jasmine habla por teléfono con él con las puertas cerradas, y eso no está nada bien. Algo pasa.

Stéphanie sale del vestuario y viene a sentarse junto a mí en una bicicleta estática.

—Bájate de la bici y cámbiate de ropa —dice—. Vamos a tu Vertedero de Residuos Tóxicos. Tengo una idea.

38

EL VERTEDERO está bastante animado. Veo una flota de jeeps, furgonetas y 4 × 4 que llevan un vistoso espectáculo de luces halógenas, además del Carretamóvil de Skye (el oxidado AMC Matador de su madre lleno de dibujos chapuceros que incluyen margaritas, signos ' de la paz y pinos, y la placa de la matrícula VIVIDO B4), y el Célica PRV de Harmony, que nos ganó desde el gimnasio hasta aquí (el Vehículo para Rescatar Princesas, placa de la matrícula: POR MI HONOR).

—De modo que supongo que Harmony después de todo anda detrás de Skye —le digo a Stéphanie—. Porque si no, un día de tanto sol como hoy habría vuelto a casa a piratear códigos de acceso a Las Instalaciones militares desde su mazmorra, su sótano.

—El amor es un hermoso... —dice Stéphanie, suspirando.

Dentro del Vertedero veo a Harmony y Skye agachados debajo de una mesa, escribiendo con un rotulador en la madera de la parte de abajo llena de chicles pegados y de mocos secos.

—Todos andamos apostando en qué año se extinguirán los osos panda —explica Pony al dirigirse al teléfono público de la parte delantera para llamar a su contestador automático

y enterarse de los mensajes que le han dejado—. Cuando volvamos a reunirnos dentro de veinticinco años, veremos quién ganó. Yo dije que sería el 2011.

—Yo creo que será el 2013 —dice Gala, levantándose de la mesa.

—El 2007 —grita la voz de Harmony desde debajo.

Stéphanie y yo pasamos delante de unos cuantos videojuegos y el calor de nuestros cuerpos activa su «ciclo de atracción», bocas que se llenan de agua, juegos pirotécnicos en las pantallas que invitan a la diversión: rubias que explotan, Porsches que follan unos con otros; ovnis disparando rayos de dinero. Todo ello seguido de un vistoso vídeo de no te drogues, como colofón. Una nueva máquina que yo no había visto antes. Se llama Infección y parece tremendamente atractiva. Su ciclo de atracción incluye a la población de un asteroide rechazando el ataque de abejas asesinas, enredaderas venenosas, turistas y abogados.

—¡Intenso de verdad! —exclamo yo—. Stéphanie, ¿tienes monedas de veinticinco centavos?

—Ahora no, Tyler. Más tarde. —Vamos a sentarnos.

—Tendrían que instalar urinarios en el servicio de señoras —dice Gala, cuando llegamos a la mesa—. Así cuando una sigue la «purga uno-dos-tres» no siempre se le ensuciarían las rodillas de los pantys en

el suelo del váter.

Stéphanie mira fijamente.

—Hola, Steph. Y no me mires como si yo fuera un monstruo o algo así. No es que me purgue de modo profesional —confiesa Gaia—. Hoy sólo he tomado un poco de mermelada con sabor a rojo, y media tortita de naranja. Pero espera al Día de Acción de Gracias. Seré como un basurero ambulante. Ven conmigo. Vayamos al servicio. Te daré detalles.

Stéphanie sale disparada hacia el Planeta de las Purgas, el servicio de señoras, a intercambiar historias sobre la bulimia con Gaia, dejándonos a los demás de la mesa dentro de un cono de silencio.

—Sir Pony ha visto hoy a la asistente social que le corresponde —anuncia Harmony—. ¿No es encantador?

Pony ya ha vuelto del teléfono; en su contestador no había mensajes.

—Pero, Pony... —digo yo, confundido—. Eres rico. ¿Qué haces con una asistente social?

—Mi madre consiguió una especie de clasificación oficial que declaraba que nuestra familia padece una disfunción emocional. De modo que ahora tienen que entrevistarnos a todos. Puedo tener ayuda psiquiátrica gratuita hasta los veintiún años. Y mi madre una formación acelerada en ordenadores también gratuita. Está estudiando DOS. Ya era hora.

Unos punkies con monopatines irrumpen y se dispersan por el restaurante bailando sobre ruedas. Son guapos como los cachorros de rottweiler: la maldad está implícita en sus genes.

—Inventar un nuevo baile es como inventar un nuevo modo de hacer el amor —dice Skye; Harmony se ruboriza. Los dos se disparan miradas de «estamos enrollados». Skye se beneficiará al salir con chicos que no sean corredores de fincas, y Harmony se beneficiará por salir con alguien, y punto. Me preocupa que Harmony lea en su ordenador pornografía de mala calidad, con muchas faltas de ortografía, escrita por quinceañeros.

—Hoy dejo mi trabajo en la plantación electrónica —revela entonces Skye—. A la mierda con el telemárketing.

—Esa mujer va a tener el síndrome de falta de compañero de trabajo. La ayudaré durante la crisis.

Le pido a Mink unas patatas fritas espachurradas retorcidas y entomatadas para mí, y una soda club para Stéphanie.

—¿Cómo te va la vida sin Anna-Louise? —me pregunta Skye.

—¿La has visto? —pregunto yo—. No coge el teléfono y le he dejado unos cincuenta mensajes. La situación no habría tomado este rumbo si ella no hubiera sobreactuado.

—Nadie está acusando a nadie de nada, Ty —dice Harmony—.

Tranquilo.

—Yo creo que todavía la echas de menos —dice Skye. Le contesto enviándole a tomar por el culo.

—¿Cuándo se marcha de la ciudad esa francesita? —pregunta Pony.

—La semana que viene —contesto yo.

—¿La echarás en falta? —pregunta Harmony.

Considero la pregunta. No la puedo responder, de modo que murmuro que no sé, y hago rayas de cocaína *faux* con edulcorante en polvo sobre la mesa de formica. Me pregunto cuánto tiempo llevará reparar los daños que le he hecho a Anna-Louise, o si los daños llegarán a repararse alguna vez. A partir de la semana que viene no tendré una relación fija, ni clases, ni trabajo, ni perspectivas de hacer carrera. Ordenador para freír patatas, allá voy.

—¿Viste a Heather-Jo en *Escuadrón de diseñadores* ayer por la noche? —pregunta Skye, cambiando de tema. Heather— Jo Lockheed es nuestra estrella favorita de la tele. Heather-Jo salta de una serie a otra, siempre ofreciendo una agradable combinación de valentía, odio al delito, un pelo estupendo, además de un cuerpo sólido producto del aeróbic. En *Escuadrón de diseñadores*, la última serie de Heather-Jo, interpreta a una diseñadora de moda de día y campeona en la lucha contra el crimen de noche—. Heather-Jo es la más grande —dice Skye —. Nunca se le estropea la ropa.

Continuamos discutiendo sobre la carrera de Heather-Jo cuando Gala y Stéphanie vuelven a la mesa. Como nadie se siente cómodo con Stéphanie, hay un incómodo silencio.

—Muy bien... —maúlla Skye, con ganas de remover la mierda—. ¿Qué planes tenéis tú y Tyler para el inmediato futuro, Stéphanie?

—Vamos a ir a California —contesta Stéphanie, dejándome estupefacto, mientras cojo una de mis recién llegadas patatas fritas sanguinolentas—. Tyler va a desarrollar sus múltiples aptitudes y se convertirá en fotógrafo de moda, y yo voy a estudiar interpretación.

Silencio.

—¿Es verdad, Tyler? —pregunta Skye.

Asiento con la cabeza sin creer del todo que estoy asintiendo con la cabeza. A medida que me hago mayor, el acto de imaginar mi vida como un vídeo de rock se vuelve cada vez más difícil, pero los momentos como éste sin duda compensan la pérdida. Skye, por su parte, casi no puede resistir las ganas de correr al teléfono para llamar a Anna-Louise.

—¿Cuándo te marchas? —pregunta Gala.

—La semana que viene —contesta Stéphanie, como quien no quiere la cosa.

—Eso es tremendo —dice Pony—. ¿Qué vas a hacer cuando

conozcas a Heather-Jo en la playa de Malibú?

—Le pediré que escriba su nombre en la arena, y luego me revolcaré sobre las letras —respondo.

Establezco contacto visual con Stéphanie y los ojos de ésta dicen: «Anda ya... como si no supieras que vamos a ir a California.»

—Os convertiréis en estrellas —dice Syke, con una caritativa falta de malicia.

—Sí —contesto yo—, nos convertiremos en estrellas.

—Considera la idea, ¿vale? —dice Stéphanie mientras volvemos a casa en coche.

—Pero, ¿de qué vamos a vivir?

—Para personas jóvenes como tú y yo siempre hay trabajo.

—Pero de qué... No lo sé.

—¿Hay algo que te ate a Lancaster, Tyler?

—En realidad, no.

—¿Y te harás famoso o rico en Lancaster?

—No exactamente.

—Entonces no tienes nada que perder. Limítate a considerar la idea.

¿Qué hace el coche de Dan en el camino de entrada a nuestra casa?

39

LA VIDA quizá sea como pescar en las profundidades del mar. Nos despertamos por la mañana, lanzamos nuestras redes al agua y, si tenemos suerte, al terminar el día hemos cogido un pez pequeño, tal vez dos. Algunas veces atrapamos con la red un caballito de mar y otras un tiburón, o un salvavidas, un iceberg o un monstruo. En nuestros sueños nocturnos valoramos las capturas del día —los tesoros de este largo y lento proceso de acumulación—, y comemos nuestro pez, apartando las espinas y uniendo a nuestra alma el recuerdo de sus escamas que una vez fueron brillantes.

Sí, Dan está en la cocina, sentado entre unos joviales abuelos (debido al alcohol). Jasmine está en pie, apoyada en el fregadero. Los veo cuando atisbo desde fuera a través de la empañada ventana. Mis botas de baloncesto aplastan las secas y heladas caléndulas, como si fueran el cereal del desayuno.

Dan echa tragos de una botella de cerveza sin alcohol Especial Conductores® y disfruta picando de un conjunto de productos nutritivos que producen adicción: nueces liofilizadas, rollmops bañados en nitrato y nódulos de nacho. Noto el estómago como si fuera un globo deshinchado.

—Está Dan —informo a Stéphanie cuando vuelvo al Confortmóvil.

—Entonces llévame al Viejo Señuelo. No quiero quedarme aquí.

—Vamos dentro, Steph...

—No.

En el Viejo Señuelo, Stéphanie se apea del coche.

—Tráeme mis cosas, Tyler. Estaré en mi antigua habitación viendo las películas de la HBO. Ciao.

Menudo follón.

Entro en la cocina después de dejar a Stéphanie en el Viejo Señuelo y noto como una ráfaga de energía psíquica retorcida cuando el abuelo anuncia sin ironía:

—Hola, Tyler. ¡Tu padre ha vuelto!

Jasmine se aparta de mí, sin atreverse a mirarme a los ojos. A continuación se convierte en EsposaRobot, llena la bandeja de Dan con cosas para picar y se queda muy quieta en la zona del fregadero. Me gustaría que Jasmine me mirase sin la achispada y cordial expresión que tiene, pero no quiere. Por otra parte sospecho que mis esfuerzos por conseguir que me mire no servirán de nada, sería como

tratar de dar de comer a los pájaros después de la puesta del sol.

—He dejado la bebida, Tyler —me comunica Dan—, y quiero que volvamos a ser amigos —(¿volvamos?)—. Quiero que dejes atrás las cosas de nuestro pasado y que formemos una familia.

¿Habla en serio? La abuela y el abuelo siguen sentados esperando que me muestre de acuerdo, pero no quiero. La única respuesta es un tintineo neblinoso de Nueva Era que llega desde el estéreo del cuarto de estar. Dan se tira un pedo. Agarra un jacinto y lo agita tratando de disimular el olor, mientras la abuela y el abuelo se mueren de risa.

—Vamos a ver, Jaz —dice Dan, haciéndose el gracioso—. ¿Cómo llamarías a tu nuevo corte de pelo...? ¿Puerto del Día? —Más carcajadas de la abuela y del abuelo. Estoy empezando a sentirme como un huevo pasado por el microondas a punto de estallar si alguien le sopla en la superficie. Estar sentado junto a Dan en la cocina libera un torrente de recuerdos de cuando yo era más joven... mientras intentaba, sin conseguirlo jamás, adivinar lo que podría catalizar el enfado de Dan después de su quinto whisky escocés y tres bocados de cena. Ahora me acuerdo de que Daisy, Mark y yo nos limitábamos a dejar de dar opiniones o a demostrar cualquier rastro de emoción, negándonos a vender gatillos que completaran el plan de Dan de construir armas. Y ahora me acuerdo también de cómo nos convertíamos en robots sin emociones cuando estábamos cerca de él.

El tema de la conversación cambia a la economía de Lancaster.

—A lo mejor lo que pasa es que deberías conformarte con menos, Tyler —dice Dan, mientras el abuelo asiente aprobadoramente con la cabeza. Muy bien. ¿Es que no entienden que pedirme que me conforme con menos es como pedirme que me cambie el color de los ojos?

Pido disculpas y me largo a recoger las cosas de Stéphanie. Mark está en el vestíbulo con un batido de los que se pasan por el microondas, pero no quiere radiactivarlo porque le da miedo entrar en la cocina estando Dan allí. Llevo a Mark al piso de arriba. Se retuerce, suelta risitas y me grita «¡Confiesa!, ¡confiesa!»; luego mira cómo hago el equipaje.

—¿Puedo ir contigo al hotel a llevar las cosas a Stéphanie?

—Será mejor que no, Mark.

—¿Ya no se va a quedar más en tu habitación?

—Puede que sí y puede que no.

—¿Es porque Dan se ha instalado aquí?

—Eso creo.

—¿Me puedo quedar con ella?

—Tú, Daisy y yo, todos deberíamos quedarnos con ella.

—¿Has vuelto a ver a Anna-Louise? Me caía bien.

Mark me cuenta que los del gobierno están desenterrando un tren

de mercancías que sepultaron una vez junto a Las Instalaciones, un tren enterrado hacia los años cuarenta que era tan tóxico que no lo pudieron descontaminar. Y ahora el ejército va a desenterrar ese tren de mercancías porque no se había sepultado lo suficientemente hondo. El ejército va a dividirlo en trocitos con sopletes y los tirará en el agujero más hondo jamás excavado, y para siempre. Le deseo suerte al ejército.

—Oh, encantador —me dijo Jasmine la semana pasada, suspirando, mientras ordenaba la colección de cubiertos destrozados de la familia Johnson: cuchillos negros por haberlos calentado para cortar hachís; tenedores negros por culpa del microondas; cucharas retorcidas debido a los coqueteos de Daisy con lo paranormal y de sus esfuerzos por doblar las cucharas con la fuerza de su mente—. Es mucho más fácil vivir la vida de otra persona que la propia.

—No lo entiendo, Jasmine. ¿Cómo se puede vivir la vida de otra persona? —Mi pregunta interrumpe sus fantasías.

—Por supuesto. ¿Qué estoy diciendo? —Saca unas tijeras del cajón de los cubiertos y arregla la bandeja de Kittykat con hierba gatera no eufórica Sobriedad Asegurada®—. No te he puesto las cintas magnetofónicas apropiadas. Por supuesto que uno sólo puede llevar su propia vida, Tyler.

—Por supuesto.

Pero ahora me pregunto si Jasmine no me estaría telegrafiando alguna clave. Mandándose a sí misma una clave sobre el obús de esta noche. Jasmine, ¿por qué tienes que readmitir a Dan en tu vida? Échalo con cajas destempladas. ¿Que qué herramientas necesitas para quitártelo de encima? Yo te lo diré: te entrego toda mi fuerza, la meto dentro de un pequeño sobre verde y te la mando por correo con esperanza, paz y mucho, mucho amor. Coge toda la que necesites y no dudes ni un minuto.

40

EN LOS períodos de rápidos cambios personales pasamos por la vida como si estuviéramos embrujados. Pronunciamos frases que concluyen antes de acabar. Dormimos profundamente porque necesitamos hacer demasiadas preguntas cuando soñamos solos. Nos echamos encima de los demás y nos sentimos avergonzados al reconocer almas tan parecidas a la nuestra.

En el Viejo Señuelo, Stéphanie y yo hablamos como si los dos estuviéramos embrujados —como si nos hubieran echado mal de ojo—, interrumpiendo y volviendo a activar el embrujo cuando nos ponemos de acuerdo.

—Creo que éste es un buen momento para que decidas si quieres ir a California, Tyler.

—¿Éste?

—Sí, éste.

—Pero es demasiado rápido.

—La vida pasa rápidamente.

—Pero...

—¿Qué vamos a decirnos, Tyler? Llámame mañana... después de que hayas dormido, de que hayas soñado.

—¿No me puedo quedar contigo esta noche?

—No.

—Eres una perra.

—Tú no.

—Ladra.

—Lárgate en tu coche.

Daisy, Mark y yo dormimos esta noche en mi habitación —dormimos en el suelo dentro de una lasaña de sacos de dormir y de mantas—, a la luz de la luna mientras el débil olor agridulce de las mofetas penetra por la ventana. Dan está en la habitación de Jasmine.

Ya son más de las doce de la noche, y Daisy y Mark están sumidos en un sueño ligero; de vez en cuando me buscan a mí y se buscan entre ellos mientras soñamos juntos. Al otro lado de la ventana veo un brillo poco natural por debajo de las nubes procedentes del Pacífico que encapotan el cielo. El brillo de debajo de esas nubes es lunar, perlífero y cálido, vivo e incitador, como si la tierra, al otro lado de las montañas fuera fosforescente debido a la luz.

Como si hubiera una ciudad al otro lado.

TERCERA PARTE

41

VUELO.

Una gaviota planea junto a mí mientras estoy apoyado en la barandilla de la cubierta del transbordador. La gaviota vuela a la misma “‘ velocidad que el transbordador y parece inmóvil —se limita a estar ahí colgada—, como una buena idea.

El capitán del barco anuncia que acabamos de cruzar una línea invisible —una frontera— y estamos en Canadá. Stéphanie y yo echamos una ojeada a la estela que deja el barco, sin decir nada, esperando ver una línea de puntos. Vamos a bordo de un transbordador que se dirige desde Port Angeles, Washington, hacia la isla de Vancouver. Dejo mi pasado atrás como una hoguera de anclas y me siento liberado de las amarras de la identidad. Quiero más líneas invisibles que cruzar: husos horarios, el paralelo 49, la cordillera que divide el continente. Recuerdo haber leído que un reactor de combate F-16 tenía un defecto en el software del ordenador a causa del cual se ponía boca abajo cuando cruzaba el ecuador; quiero saber los secretos del software que llevo profundamente enraizado en mis células. Veo que el pañuelo de cuello Hermés de Stéphanie flamea al viento, y me siento impredecible y sorprendentemente nuevo.

Stéphanie y yo pasamos la noche anterior en un hotel barato de Port Angeles, pero me encontraba demasiado inquieto para dormir. Todavía sentía vértigo por haber hecho el equipaje y haberme largado de Lancaster a primera hora de la mañana. También estaba nervioso porque tenía pensado visitar mi lugar de nacimiento —la antigua casa de la comuna de las islas del golfo, en la Columbia Británica—, y después a Neil, a mi padre biológico, en el norte de California, cuando fuéramos en coche a Los Ángeles para iniciar una nueva vida.

La vida está llena de sorpresas mágicas.

En Canadá las monedas son de oro y llevan grabado un pájaro. Stéphanie utiliza estas viejas monedas para comprar bombones blancos, agua mineral y una cinta de country & western en una tienda junto a la carretera. Más tarde, durante el viaje en minitransbordador a una isla que se llama Galiano —el sitio donde nací—, unas águilas calvas que se hallan por encima de nuestras cabezas parecen colgadas de las corrientes de aire de arriba como niños amontonados en un salón de videojuegos. Un cisne aterriza junto al transbordador. Una pulsación de gansos canadienses patrulla las aguas a lo lejos. ¡Cuántos pájaros! El agua huele a sal y a elementos nutritivos, es de color verde.

En cuanto llegamos a la isla Galiano vamos en coche dando tumbos por una serie de carreteras pedregosas, bordeamos zanjas asfixiadas por la vegetación, pasamos junto a viejas señales de tráfico derribadas, hasta que llegamos a un sendero que yo recuerdo, un sendero casi imposible de encontrar, y aparco el coche.

Stéphanie me agarra de la mano y la conduzco por entre frondas de zarzamoras que se alargan y le acarician la cara como dedos de mendigos. Cruzamos un lugar con excrementos de mofeta y pasamos por debajo de una bóveda de cicuta oscura, seca, protectora. Emergemos a un pequeño claro iluminado por unos rayos de sol donde sigue en pie un pilar enano de piedra de lo que una vez fue una chimenea. Está rodeado por un pequeño rectángulo cubierto de musgo con laureles de san Antonio, hepáticas, arándanos, helechos y hongos mágicos de psilocibina. Casi no hay más rastros de la morada de humanos que una vez hubo aquí. Todo lo de metal está oxidado, todas las maderas podridas. El huerto está lleno de malas hierbas, y los pimpollos me doblan en altura.

—¿Es aquí donde naciste? —pregunta Stéphanie.

Asiento con la cabeza.

Stéphanie sonríe y me dice:

—Es un buen sitio para entrar en el mundo.

Estoy de acuerdo con ella: es un sitio estupendo estupendo. Me rozo la frente con una rama de cicuta. Me corono el rey de los árboles.

42

OTRO día.

Tendemos la nariz hacia humeantes autobuses cargados de gente mientras recorremos alegremente la carretera de la costa rumbo al sur, hacia Oregón. El estéreo del Confortmóvil atruena con mordaces canciones tecno interpretadas por adolescentes escoceses con la boca llena de dientes en mal estado y urgencia por cantar.

A la izquierda vemos un tren de mercancías con una cornamenta sujeta a la locomotora que arrastra vagones unidos como salchichas, cargados de balas de oxígeno y Hondas pintadas como polos de cereza derretidos. En los costados de los otros vagones hay más carteles: AZUFRE FUNDIDO, SIROPE LÍQUIDO DE MAÍZ e HIDRACINA ACUOSA. Stéphanie y yo realizamos nuestra lista particular de los productos químicos necesarios para ser una persona realmente moderna:

—Tetraciclina.

—Esferoides.

—Freón.

—Aspartame.

—Peróxido.

—*Silicona.*

—MTV.

Stéphanie hace como que se dispara un tiro en el paladar.

A nuestra derecha emerge un panorama espectacular del océano. Detengo bruscamente el coche, anuncio:

—Y ahora un descanso de treinta segundos para disfrutar de algo bello.

Pero Stéphanie quiere quedarse en el coche para desenredar una casete. Está de morros porque me pidió que me casara con ella y yo dije que de eso nada; si hubiera sido años antes, me habría casado con ella o con cualquier otra mujer.

Me dirijo a contemplar esta vista panorámica desde el acantilado —la vista del Pacífico—, y me estremezco ante lo distintas que son las vistas en Europa. Los paisajes de Europa, con toda la historia a cuestas, están llenos de polvo de carbón y adornados con barrancos inmóviles del más puro pulmón de fumador.

Mientras estoy parado allí, en el acantilado, mi instinto me induce a examinar atentamente el hermoso escenario, aunque no durante mucho tiempo. Siento la necesidad de darme la vuelta para asegurarme de que no me van a empujar. Giro en redondo y, naturalmente, lo único que veo es a Stéphanie dentro del coche

haciendo gestos con la mano de «¿nos vamos ya?».

Nuestra dieta es apestosa: tasajo de pavo, caramelos rellenos de anhídrido carbónico y cosas para la cena. Para comer tomamos el pollo sin piel de la cena.

—Dios mío —digo yo—, los mayores no quieren comer la piel del pollo, así que nadie come la piel del pollo. La abuela y el abuelo gobiernan el mundo. Y dime... ¿adónde van exactamente todas las pieles de pollo que no se comen?

Rumiamos un segundo el asunto y llegamos simultáneamente a la misma conclusión:

—¡Al Kitty Whip!

En la playa encontramos almejas. Unas bayas violeta inidentificables crecen en la maleza que hay junto a la playa. Resulta extraño encontrar cosas de comer sólo estando allí sentados —sin regular, sin enmaridar—, inútilmente. Miramos esas cosas y tenemos una acusada dificultad para relacionamos con ellas.

—Son de lo menos moderno —declaramos.

Allá abajo, hermosas y ligeras bandadas de lavanderas y aves marinas adolescentes, como adornos del árbol de Navidad, con forma de huevo y de canapé, chapuzan en la arena mojada que ha dejado la marea baja, picoteando para alimentarse con las naderías abandonadas por el mar.

—¡Oh, fíjate! —grito—. ¡Es perfecto!

Más tarde, en una cooperativa campesina respiramos el dulzón olor a malta de una tienda de comida. Sacos de semillas y ásperos remolinos de pesticida nos recuerdan que, a pesar del estado gaseoso de nuestras vidas, los alimentos continúan creciendo como siempre.

Cuando me abrí de Lancaster, desperté bruscamente hacia las seis de la mañana. Daisy y Mark todavía estaban fuera de combate en el suelo, pero comprendieron lo que yo estaba haciendo mientras llenaba la maleta hasta arriba con mis prendas de vestir más importantes y los champús.

—California... Oh. ¿Piensas llamar por teléfono? —preguntó Daisy.

—Llamaré dentro de un mes —dije yo—, cuando me haya instalado. Llamaré a tu teléfono de princesa.

—¿Qué le decimos a mamá?

—Que me he ido.

—¿En qué dirección podremos contactar contigo?

—Que me escriba a American Express si necesita hacerlo. Decidle que ahora no quiero hablar con ella.

—¿Puedo quedarme con tu habitación? —preguntó Mark.

—Dios santo, pero si el cuerpo todavía no está frío... Vale, podéis tomar mis cosas de prestado, todas las que queráis, aunque a lo mejor las necesito en algún momento.

El sol está en el otro extremo del cielo a la hora de cenar. Stéphanie y yo, con un chute de culpabilidad dietética, nos escurrimos en una tienda de alimentos para yuppies justo al otro lado de la frontera de Oregón.

Un dependiente de mi edad examina con láser nuestro trocito de salmón ahumado. Tararea el rock clásico que despide el sistema de música ambiental.

—Justo cuando uno piensa que ya ha echado el último puñado de tierra a las tumbas de esas antiguas estrellas del rock, ¡pataplaf! Sus ataúdes hacen explosión y vuelven con otro álbum más.

—Tyler... —semisusurra Stéphanie—. Mira... ¿no es alguien famoso?

Arriba las antenas:

—¿Dónde?

—Junto a las *baguettes*. Con su famoso pelo.

Stéphanie tiene razón: un pelo famoso.

El dependiente levanta la vista:

—Oh, Lee Simpson... Viene todos los días. La clínica Hazelford está en esta calle, algo más arriba.

—¿La clínica Hazelford está en esta calle?

—Sí, nada más cruzar la carretera en construcción.

—¿Qué es eso de Hazelford? —pregunta Stéphanie.

—La clínica de desintoxicación más famosa del mundo —dice el dependiente con orgullo—. Simplemente eso.

Yo reacciono:

—Vamos a explorar.

Con el salmón ahumado a cuestas, nos lanzamos zumbando al bulevar Arbutus dentro del Confortmóvil, pasamos las obras de la carretera, y más abajo, una furtiva construcción negro mate oculta sin duda a docenas de mis estrellas favoritas atadas a unas argollas en un sótano, con taparrabos y muy sucias, pidiendo opio a gritos. Stéphanie tripula el coche y yo tengo lista la máquina de fotografiar.

—A lo mejor vemos a Heather-Jo Lockheed —digo—. Siempre está entrando y saliendo de las clínicas. ¿Sabes lo que más me gustaría?

—¿Qué?

—Ver salir corriendo de la clínica a Heather-Jo, dando gritos, con los ojos rojos y desnuda debajo de una bata china azul, y arrojándose contra el capó del Confortmóvil, con las tetas arriba y abajo y llenas del polvo del coche, mendigando penosamente drogas y un viaje hacia

la libertad. Eso es lo que ahora queda de una estrella. «Heather-Jo —le diría—. Deja de estar tan condenadamente furiosa... No te preocupes, te encontraremos a una estrella bastante famosa para que te lo montes con ella. Y no tomes esas pastillas. Todavía no.»

Por desgracia no vemos a Heather-Jo ni a ninguna otra estrella. Un trío de matones a sueldo con gafas de aviador que guardaba la puerta ni siquiera nos dejó acercarnos a las instalaciones. Imagino por tanto que Hazelford es un buen santuario para famosos.

—Ya conoceré a los internos cuando me toque desintoxicarme.

—No tendrás tanta suerte.

—En un sitio como Hazelford no habrá nadie como Dan.

—Haz la reserva ahora.

El incidente de Heather-Jo, o más bien su ausencia, ha hecho que Stéphanie se muestre más curiosa con respecto a la tele de aquí. Nos retiramos a pasar la noche en el motel más motel del camino, el Mel s Anchor View, de Astoria, Oregón, y nos entran ganas de robar todo lo que hay en nuestra habitación: obras de arte falsificadas (rectangulitos metálicos soldados unos a otros), descoloridas cortinas de madrás con hilitos de oro de 1962, y las mesillas de noche en forma de meadas en el linóleo. Estamos esperando el último éxito televisivo de Heather-Jo, *Escuadrón de diseñadores*, y eso sólo para empezar, porque podemos coger treinta y siete cadenas por cable. La vida es un lujo.

—Esto es una maravilla —dice Stéphanie.

—La tele estará aquí durante cien mil años —digo yo—. Nunca se irá.

Esa noche, antes de irnos a dormir, comemos pan de la tienda de alimentación para yuppies. Huele ligeramente a rosas. Bebemos agua del grifo del motel. Sabe a nieve fundida.

43

¡NOCHE de Halloween y estamos presos en The Lariat ¡Motor Lodge, en Mount Shasta, California, el sitio donde nació Jasmine. Al Confortmóvil le están haciendo un escáner y poniéndole inyecciones de Thorazine en un garaje del pueblo. Mi pequeñín está enfermo; tosía, y hace justamente cinco horas se desmayó en una estación de servicio de Chevron, en la carretera interestatal.

Para estirar las piernas, Stéphanie y yo, con los jerseis puestos, damos un paseo por las acogedoras afueras y vemos niños pidiendo el aguinaldo de Halloween. Contemplamos a punks enanos, bailarinas, mendigas y supermanes mientras los petardos estallan en los sitios más impensables en los momentos más impensables, haciendo entrar en erupción a los árboles; confundo el vuelo de unos pájaros asustados con estrellas fugaces. En el suelo, entre las hojas secas del otoño, encuentro una señal luminosa de tráfico de una viscosidad verde marciano que resplandece en la oscuridad, y que movemos adelante y atrás mientras andamos.

—Mira detrás de ti —dice Stéphanie, y yo bajo la luz—. Qué disfraz tan complicado.

Detrás de nosotros hay un chico bajo con téjanos negros, jersey negro de cuello vuelto y una peluca blanca con los pelos disparados. Le acompaña una chiquita con una peluca blanca de pelos disparados, como los de él, y un vestidito negro. Los dos van cogidos de la mano y bajan por el centro de una tranquila calle, con los sacos medio llenos de caramelos y las mentes ansiosas ante la perspectiva de futuros caramelos.

—Son Andy y Edie —susurro yo, al ver a Andy Warhol y Edie Sedwick, al fin felices en el cielo.

Realmente, es como si los niños vivieran en un sueño.

El pasado Halloween, allá en Lancaster, hice que Anna— Louise jugara conmigo a «los planetas». Habíamos estado en El Vertedero de Residuos Tóxicos comiendo y leyendo nuestros manteles individuales. Anna-Louise tenía un mantel «Cócteles de América» («Tyler, cinco pavos si me dices lo que lleva un Rob Roy»). Mi mantel individual era «Los planetas», completos con mareantes columnas de números raros.

Después de eso salimos, y en la Route 666, compré una calabaza en el puesto de un campesino, además de unas cuantas vainas de guisantes. Luego conduje el coche hasta un campo abierto por Las Instalaciones, y después de hacer algunos cálculos con mi calculadora de pulsera, puse la calabaza en el suelo y le dije a Anna-Louise que

esperase junto a ella. Entonces me alejé, recorriendo la saludable distancia que cubría el sonido de la voz. Allí abrí una vaina de guisantes y coloqué un solitario guisante en el suelo, junto a mí.

—Tú eres el Sol —le grité a Anna-Louise—, y yo soy la Tierra. Las calabazas y los guisantes son del tamaño proporcional de los dos cuerpos. Y la distancia entre ellos es la distancia proporcional.

—Es un juego muy masculino —me respondió gritando Anna-Louise—. ¿Y ahora qué pasa?

—No lo sé. Brilla. Conviértete en supernova. Hazte agujero negro.

Anna-Louise agarró la calabaza, se la acercó al pecho y se lanzó como una locomotora hacia donde yo estaba, sentado en la seca tierra gris, con mi pequeño guisante verde. Después arrojó la calabaza encima del guisante, espachurrando el guisante y aplastando la calabaza.

—Tyler —me dijo, cogiendo pipas del interior de la calabaza y metiéndolas en los bolsillos de su chaleco para luego secarlas y plantarlas—, dime un modo posible de terminar este juego. Aunque sólo sea uno.

Sí, estoy pensando en Anna-Louise.

Le doy un meneo a Stéphanie.

—Tyler, ¿por qué me pegas? Estaba dormida.

—Sólo me quería asegurar de que no eres un muerto viviente. Sólo son las nueve.

—Ha sido un día duro. Quiero dormir.

—Sólo he salido cinco minutos para conseguir un refresco. ¿Cómo te puedes dormir tan deprisa? ¿Qué puedo hacer?

—Eres patético. Escribe una carta. Usa el bonito papel del motel. No veas la tele. No quiero ruidos. Déjame en paaaaz. —Me golpea con la almohada. Salgo de la habitación.

El viejo de recepción me pregunta, cuando le pido más papel, si me apetecería utilizar la zona empresarial del Lariat Motor Lodge.

—¿Zona empresarial?

—Ordenador personal con impresora por puntos. Fax. Fotocopiadora. Hay que atraer a esos yuppies. Es una noche larga. Sería agradable tener a alguien más aquí, en el despacho.

Yo digo:

—Bien, si no le importa... sí, tengo que escribir una carta muy importante en la que he estado pensando.

—Le acercaré la silla del despacho —dice, agarrando una silla con ruedecitas y señalando sensatamente un almohadón del respaldo de la silla: apoyo lumbar.

El ordenador personal es una hermosura: un Macintosh con Microsoft Word, teclado ampliado y ratón ergonómica— mente

correcto. Me sumerjo en la carta y el sonido del viejo televisor Zenith del recepcionista emite parásitos detrás de mí, caliente y chisporroteante, con crujidos como de creosota burbujeante y chisporroteos como de leño en el fuego. Algo así como el sonido de un puente ardiendo.

44

DISTINGUIDO FRANK E. Miller:

Quisiera hacerle saber ante todo lo mucho que he disfrutado con su autobiografía de tanto éxito, Vida en la cumbre, que he leído tres veces. Señalé sus mejores frases con un rotulador fosforescente amarillo y también les presté Vida en la cumbre a mis amigos (todos tenemos veinte años), que igualmente fueron inspirados por sus palabras. ¡Usted es nuestro modelo!

Bueno, al asunto, señor Miller: tengo una idea para Bechtol que podría proporcionar importantes beneficios a su empresa. Seré breve.

Creo que este país padece escasez de objetos históricos, no hay suficientes cosas viejas que la gente pueda poseer. Además tenemos demasiados vertederos, aparte de una creciente escasez de combustible. En consecuencia, yo digo, señor Miller: ¿por qué no combinar estos tres factores con la atracción de este país por los parques temáticos y sacar beneficio de ello?

Yo sugiero, señor Miller, que Bechtol construya a escala nacional una cadena de parques temáticos que podría llamarse Historia World®, en los que los visitantes (con máscaras protectoras y ropa adecuada que proporcione la sección militar de Bechtol) excaven en los vertederos abandonados hace décadas (y adquiridos por Bechtol por casi nada) en busca de objetos históricos como chapas de botellas, teléfonos antiguos y muebles. Cuanto más excaven los visitantes más viajarán los siguientes visitantes hacia el pasado y, en consecuencia, más pagarán.

El lema de HistoriaWorld® es: HISTORIA INSTANTÁNEA.

Por la noche los visitantes podrían alojarse en los hoteles de Bechtol levantados en HistoriaWorld®, entre los que habría un museo de HistoriaWorld®, que ofrecería en vitrinas la historia de la historia. («Mira, cariño... un estrato de guías de teléfonos... ha pasado otro año.» Y besos y más besos.)

Pero estas ideas son tan sólo el comienzo del potencial de posibles ganancias de HistoriaWorld®. Tenga en cuenta:

—Como atestiguaron las viudas de Londres, Inglaterra, en la Segunda guerra mundial, las antigüedades son un excelente combustible. Los vertederos están de combustible a reventar, debido a los periódicos y, especialmente, a la madera. Los visitantes de HistoriaWorld® no sólo harían excavaciones en busca de artefactos históricos interesantes sino que además ayudarían a obtener fuentes de energía alternativas. Bechtol podría vender fácilmente el combustible recuperado en los vertederos, tal vez incluso

diversificándose y creando una nueva sección de cromo-combustible. Al ser los primeros, Bechtol se convertiría instantáneamente en el líder de esa industria. ¡Menuda oportunidad!

—Serían necesarios irnos aparatos, Saltotemporal®, para separar y calibrar los desperdicios: los miles de cabezas de muñeca, tarros de mayonesa, basura, botas de esquí y cascotes de las obras que invaden los vertederos. Estos aparatos Saltotemporal® serían fabricados, claro está, por las secciones de material militar de Bechtol actualmente infrautilizadas, y se podrían vender tanto en el país como en el extranjero. ¡Beneficios a la vista!

—Se podría contratar a gente en el paro que separase los desperdicios en distintos tipos de materiales reciclables, y lo que obtuviera se podría revender para conseguir más beneficios, como podrá suponer. ¡Trabajo durante el verano para los jóvenes y puede que también para los sin techo!

—Magnetostemporales®, que podrían ser fabricados por la rama electrocriónica de Bechtol para separar los residuos ferromagnéticos de objetos tales como botes de judías sin oxidar, patas de camas y archivadores, de los restantes desperdicios. El metal así obtenido podría reciclarse después con beneficios.

Naturalmente, señor Miller, Historia World® necesita una mascota. ¿Podría recomendarle una gaviota? Tal vez Samuela la Gaviota, o un personaje semejante de dibujos animados. Samuela podría llevar una pequeña máscara protectora. Podría hacer buenas migas, además, con Beth la Excavadora. Pero esto es adelantarse mucho a los acontecimientos. Ahora el paso más importante es ponerse a organizar HistoriaWorld®. Si se hacen las cosas de modo correcto, HistoriaWorld® podría utilizar las diversas secciones de las empresas asociadas con Bechtol y originar una bonanza económica que, además, ayudaría al planeta.

Señor Miller, me encantaría contribuir al desarrollo de HistoriaWorld®. Además, dado que no vivo lejos de Seattle, estaría disponible para ser consultado siempre que fuera necesario. Ha llegado el momento de llevar a la práctica la idea de HistoriaWorld®, y me sentiría orgulloso de colaborar tanto en ese proyecto como con Bechtol.

Suyo con admiración y sinceramente,
Tyler Johnson
Dip. H/MM

PS: Tengo veinte años y estudio dirección de hoteles/ moteles en el Lancaster Community College, Lancaster, Washington.

45

TODAVÍA seguimos prisioneros en el Lariat Motor Lodge, Mount Shasta, California; al Confort— móvil no le dan de alta en la clínica hasta las cinco y media. Los del motel nos han permitido quedarnos en la habitación hasta las cinco, y estamos mortalmente aburridos, tan aburridos que nos sentimos colocados, como si cada uno hubiera tomado un frasco de jarabe para la tos. Estamos impacientes por viajar; queremos movernos.

Stephanie hace juegos de manos con pañuelos de encaje y dispara con su pistola de juguete al techo. Durante la comida matamos 3.600 segundos. Echo al correo la carta que ayer por la noche escribí a Frank E. Miller, Seattle, dirigida a «Biff» Miller, su apodo de la universidad, para que de ese modo se disparen las posibilidades de que el propio Frank E. Miller lea la carta.

Al volver de la estafeta de correos me detengo en una sucursal del Banco de América y retiro parte de mis ahorros, que desaparecen con rapidez. Con un fajo de billetes de pequeño valor, me siento como un camello de crack. Tengo una idea.

TU INCAPACIDAD PARA ESTAR SOLO TE PERMITE MANTENER RELACIONES SUBESTÁNDARDS

UNO NO CREE QUE SEA POSIBLE LA MAGIA EN VIDAS VIVIDAS DENTRO DE LOS LÍMITES TRADICIONALES

Estoy escribiendo con un rotulador en los billetes de dólar una lista de fallos trágicos del carácter. Pienso en las personas de mi universo y de cada una de esas personas destilo el fallo de su carácter que le llevará al fracaso, el fallo que será su perdición.

Jasmine, Anna-Louise, Daisy, Mark, Dan, Stéphanie, Monique, Kiwi, Harmony, Skye, Gaia, Mei-Lin, Davidson, Pony, la abuela y el abuelo, Eddie Woodman, Jim y Lorraine Jarvis, todos están aquí. Hasta yo. Y muchos más.

Lo que escribo no son pecados; yo escribo tragedias. Y escribo esas tragedias de un modo que los receptores las pueden absorber con facilidad. Y no quiero decir cuál es el fallo de cada cual. Prosigo. Sin seguir ningún orden concreto.

DISFRAZAS TU PEREZA COMO ORGULLO

TE PARALIZA EL HECHO DE QUE LA CRUELDAD A MENUDO SEA

DIVERTIDA

PRETENDES SER MÁS EXCÉNTRICO DE LO QUE
DE HECHO ERES
PORQUE TE PREOCUPA SER UN ELEMENTO INTERCAMBIABLE

CONFUNDES MOVIMIENTO CON CRECIMIENTO
Y ERES EL SEÑUELO DE SITUACIONES VEJATORIAS

DEFIENDES LAS IDEAS DE OTRAS PERSONAS A EXPENSAS DE LA TUYA

TODAVÍA NO SABES LO QUE HACES BIEN

ERES INCAPAZ DE VISUALIZARTE
A TI MISMO EN EL FUTURO

TU INCAPACIDAD PARA MANTENER INTERÉS SEXUAL
EN SÓLO UNA PERSONA SUPRIME DE TU
VIDA LA POSIBILIDAD DE INTIMIDAD

TU PROPIA HABILIDAD PARA RACIONALIZAR TUS MALAS ACCIONES
TE HACE CREER QUE EL UNIVERSO ENTERO ES TAN AMORAL COMO TÚ

IGNORAS VOLUNTARIAMENTE LOS PEQUEÑOS
Y AGRADABLES MOMENTOS DE LA VIDA, QUE SIN

DUDA SON LOS MÁS IMPORTANTES

Stéphanie también estropea los billetes, añadiendo a mis frases besos borrosos de lápiz de labios, mientras sacamos a un primer plano el lenguaje secreto del dinero; mordemos la mano invisible que nos da de comer.

TU MIEDO AL CAMBIO RESULTA DEMASIADO VISIBLE EN TUS OJOS

ESTÁS ARRUINANDO TU JUVENTUD, TU TIEMPO
Y TU DINERO PORQUE NO QUIERES RECONOCER TUS DEFECTOS

TU NEGATIVA A RECONOCER
EL ASPECTO OSCURO DE LA HUMANIDAD

TE HACE PRESA DE ESE ASPECTO OSCURO

TE PREOCUPA QUE SI BAJAS LA GUARDIA, AUNQUE SÓLO SEA UN SEGUNDO, TODO TU MUNDO SE DESINTEGRE EN EL CAOS

ESPERAS QUE EL DESTINO PROVOQUE

LOS CAMBIOS EN TU VIDA QUE DEBERÍAS PROVOCAR TÚ MISMO

TE ATURDE LA FACILIDAD CON LA QUE SE PUEDE CONSEGUIR EL OLVIDO

SIENTES QUE TIENES MÁS RECUERDOS QUE LA ENERGÍA QUE POSEES PARA PROCESAR ESOS RECUERDOS

ERES INCAPAZ DE DISTINGUIR ENTRE APARIENCIA Y SUSTANCIA

Horas después pagamos la factura del hospital del Con—fortmóvil con parte de nuestro «dinero trágico». En cuanto contó el dinero, al mecánico sólo le interesó que nos largáramos de su garaje lo antes posible.

Stéphanie y yo estamos listos para huir de Mount Shasta. Nuestro plan es ir en coche a una velocidad superior a la de la luz por la Intesestatal 5, luego tomar la desviación por la Route 299 hasta la Highway 101 en dirección al condado de Humboldt y la casa de mi padre. Podríamos haber pasado la noche en Mount Shasta, pero sentimos un impulso invencible de movernos. Tenemos la esperanza de atravesar en coche los condados de Trinity y Siskiyou antes de sufrir una sobredosis de coche y necesitar detenemos en un motel de mala muerte.

Nuestro viaje nocturno es en silencio y sin el menor contacto. El paisaje es llano, seco y lancasterístico. Stéphanie se queda dormida a mi lado y yo pienso en la familia y los amigos que he dejado atrás en mi tierra natal. Me detengo en una tienda de comestibles Circle-K a comprar una nostálgica bolsa de Cheezie Nuggies y una ginger ale, sintiendo un toque de orgullo por pertenecer a una sociedad que puede mantener un haz de luz y tecnología como este Circle-K en mitad de ninguna parte. Tiendas a disposición de uno: el motor económico del Nuevo Orden.

El interior de la tienda es un almacén espacioso de patatas fritas, tabletas de chocolate, refrescos, revistas de coches y muy poco más.

Cada vez menos cantidad de especies fuera; cada vez menos cantidad de productos dentro. Es el nuevo equilibrio de la Naturaleza.

Además la tienda está iluminada por un techo con más fluorescentes que la zona de aterrizaje de una nave nodriza. Me protejo con la mano los ojos doloridos, elijo lo que quiero comprar y luego me dirijo a la caja, donde el empleado lleva gafas de sol. Pago la cuenta con un billete de cinco dólares en el que he escrito con rotulador:

ME DA MIEDO LA EDAD DE LAS TINIEBLAS

46

¿HAS estudiado atentamente alguna vez tu árbol genealógico? ¿Has intentado alguna vez entrar en contacto con un pariente al que no conoces, simplemente porque sois de la misma sangre? ¿Has telefoneado a un desconocido porque sí? ¿Has llamado a la puerta de ese desconocido porque sabes que al otro lado de ella laten unos cromosomas como los tuyos?

A lo mejor habrías quedado agradablemente sorprendido, aunque también puede ser que lamentaras haberlo hecho. A lo *mejor* comprenderías que es preferible que algunas personas permanezcan como un nombre y una fecha en un trozo de papel amarillento de un bloc de anillas del fondo de un cajón de la *cocina, junto el* número de teléfono del tipo más interesante que sale con tu hermana garabateado en una esquina (MURRAY ES DIVINO: 684-1975), y un juego a medio terminar de un acertijo de palabras en la otra esquina (H AT RI CIH D).

Si vieras a esos desconocidos a lo mejor te dirías: «No son yo», pero te equivocarías. Ellos son tú; tú eres ellos. Tú eres todo un bosque.

Mi padre biológico, Neil, vive en una casa de tablones de cedro estilo hobbit pintada de púrpura, en lo más profundo de un bosque de secoyas. En el techo cubierto de paja, encima del lucernario de plexiglás y los paneles solares, hace tiempo estropeados, hay un aparato para medir la fuerza del viento hecho de tela arco iris; una camioneta azul cielo de los años cuarenta con dibujos de nubes pintadas con látex a los lados está aparcada delante, entre un bancal de altramuces, margaritas Shasta, retama y amapolas californianas. Stéphanie y yo hemos tenido que abrir dos cancelas y pasar junto a tres carteles de NO ENTRAR para acceder a esta casa. Con ayuda de un plano muy poco claro dibujado por Jasmine hace años hemos localizado las llaves de las dos cancelas, sujetas con cinta adhesiva en la parte de abajo. Valiente búsqueda del tesoro.

Para la visita por sorpresa de hoy llevo puestas camisa y corbata. Hace diez años que no he visto a Neil, así que quiero tener pinta de adulto. Espero que este viaje me sirva para aclararme las ideas respecto a por qué soy como soy. Me tiemblan las rodillas al ver la casa.

Los hijos de Neil, como unos diez, rubios y con ojos azul claro de lobo, se azotan unos a otros con cortezas de cedro mientras Stéphanie y yo avanzamos en coche. Dos niñas tienen en los brazos muñecas

Barbie Superstar con el tercer ojo pintado en la frente. Todos los niños van quedando en silencio a medida que descubren el Confortmóvil, luego se dejan caer al suelo, como en una alerta nuclear de los años cincuenta.

—Dios santo.

—*Sacré bien.*

Los niños empiezan a gritar, reptando por los lados del coche. Dos mujeres con vestido blanco de pionera corren al porche, cada una de ellas secándose las manos en un mandil. Una de las mujeres grita algo hacia el interior, y Neil, con una barba blanca como la de Dios, vestido únicamente con un pantalón con peto y unas botas de vaquero, sale rápidamente al porche apuntando con una escopeta del calibre 12 cuando Stéphanie y yo interrumpimos nuestra marcha hacia la casa, paralizados, petrificados.

—¿Qué quieren? —ladra.

—¿Neil?

—¿Qué pasa?

—Soy Tyler.

Neil frunce el ceño, ladea la cabeza, y luego dice:

—No conozco a ningún Tyler... Oh... Tyler. ¿Tyler? —Baja el arma, suelta un silbido de ah claro. Baja pesadamente los escalones para abrazarme y su nevada barba se pega como si fuera Velero a mi pelo crespo a causa del gel. Desaparece el miedo inicial—. Y ésta es... —dice, volviéndose hacia Stéphanie—... Es... vaya... Daisy. —Avanza para abrazarla y Stéphanie retrocede.

—No, Neil. Ésta es Stéphanie. Una buena amiga. Daisy está en Lancaster.

Neil la abraza, sin importarle.

Los niños pululan a nuestro alrededor, tocándome la corbata y tratando de agarrar los pendientes de aro de Stéphanie. En su cara veo rasgos de mi propia cara —no me daba cuenta de que tenía tantos hermanastros, y experimento un extraño placer mientras los miro—, es como comer una pera que sabes que ha crecido en una rama injertada a un manzano. Los niños llevan camisetas con moléculas serigrafiadas: LSD, chocolate, testosterona, valium, THC, y otros productos químicos que modifican el estado de ánimo.

—Pasad —dice Neil—. Vamos a comer. Quedaos con nosotros.

—Papá vende estas camisetas en los festivales —explica una de las niñas. Lleva una camiseta sucia.

—Mi tapadera —dice Neil, y luego me susurra al oído—: Por los federales.

—¿Tiene molécula la MTV? —pregunto.

—¿Qué es la MTV? —replica Neil—. No me gustan las drogas de diseño.

El aspecto que más asusta de la cocina es que en ella no hay cajas ni botes ni ninguno de los símbolos del poderoso sistema de distribución de alimentos de esta nación, ninguna marca reconocible. Nada de alimentos precocinados. Nada de microondas. Nada de electricidad. Nada de nada. Botes llenos con trozos de plantas y semillas que no reconozco, ni siquiera gracias a lo que me enseñó Jasmine. Hay abalorios de cristal colgados en todas las esquinas del techo, y un pestazo a incienso penetra todas las superficies porosas. Los cacharros son lisos y tallados en secoya: accesorios hippies para el Edén. Esta cocina convierte la de Lancaster en una lanzadera espacial.

Y estas dos mujeres, Laurel y Jolene —ojos de drogadas, y descalzas—, no hablan. Nada. Sonríen mucho, eso sí, pero con las horripilantes sonrisas de hippie, como la sonrisa amistosa que te lanza la gente en un pueblo cuando se te avería el coche y te van cebando y cebando y piensas que es estupendo, para terminar descubriendo que vas a ser su cena del Día de Acción de Gracias. Con todo, Laurel y Jolene han preparado sin duda una nutritiva comida: una cacerola llena de legumbres insípidas.

Durante la comida, mientras estamos sentados en torno a una gran mesa de secoya, Neil no muestra la menor curiosidad por mi visita. Ni siquiera me hace una sola pregunta. No me pregunta absolutamente nada, ni siquiera: «¿Cuánto te ha llevado venir?» o «¿Por qué has venido?» Tiene la mirada perdida, de muy colocado. Creo que las mujeres también se han chutado y están viajando. Los niños, sin embargo, no están drogados. Son unos animales y alternan entre ser abyectos como un saco lleno de gatos o estar apagados como un saco lleno de sacos. Chico, necesitan disciplina.

—Jasmine se encuentra bien y animada —manifiesto. Neil asiente con la cabeza, diciendo que es estupendo, pero Laurel y Jolene no responden a la mención de su en otro tiempo rival. Cuando la comida no da miedo, resulta aburrida. Proporciono unos cuantos detalles dispersos sobre la vida en Lancaster.

Stéphanie no deja de echar ojeadas, tratando de verme la cara por debajo de la barba de Neil.

—Oh, señorita, deberías de dejar de mirar de ese modo —dice Neil—. Me estás sacando de quicio.

—Lo lamento —dice Stéphanie.

Renuncio a mantener una conversación con estos colgados y hablo con Stéphanie como si sólo estuviéramos presentes los dos. Esta estrategia parece funcionar bien porque los libera de tener que poner en práctica procesos de pensamiento.

—Jasmine conoció a Neil en un festival Arco iris de Redwood City. Neil era guía.

—¿Guía?

—Guiaba a la gente en los viajes de ácido. Sudaba con ellos dentro de bañeras. Los tranquilizaba hablándoles. Él y Jasmine vivían en un ambiente total: moteros, colgados de las anfetas, suicidas... había gente con problemas tumbada por todas partes. Neil sirvió de guía a Jasmine, que se había metido una dosis excesiva de algo muy fuerte. Vivieron un tiempo en los bosques de las afueras de Mount Shasta, y luego se trasladaron a la nueva comuna de la Columbia Británica.

—Muy pasotas. —Neil se ríe ahogadamente para sí mismo como un gnomo.

—Jasmine dice que gracias al ácido y a Neil es perfectamente consciente de las grandes posibilidades de la vida. Dice que el ácido le abrió puertas que desconocía. Pero también dice que cuando empezó a tenerle miedo al ácido, nunca pudo volver a tomarlo.

—El Miedo —dice Neil con autoridad, y luego añade bruscamente —: Coyote, llévale la comida a Norman.

—Sí, papá —dice uno de mis hermanastros, supongo que Coyote, agarrando un plato de legumbres y dirigiéndose a una puerta del fondo.

—¿Quién es Norman?

—¿No te lo contó Jasmine?

—No.

—Norman es tu padrino.

—¡Fabuloso! —Éste es precisamente el tipo de cosa divertida que esperaba encontrar aquí—. ¿De verdad? Imagínate... conocer al ser humano elegido específicamente para proporcionarme una formación religiosa.

—Pero Norman está lejos de las cosas, o algo así. No habla mucho —añade Neil.

Silencio. Sé lo que eso significa.

—¿Una baja? —pregunto.

Neil, Laurel y Jolene asienten.

47

DESPUÉS de la comida, Neil me conduce a un tipi que parece una sauna y está en un bosquecillo detrás de la casa. Stéphanie nos fulmina con la mirada porque Neil le ha ordenado que se quede en la cocina para ayudar a fregar los platos. —Tenemos que intercambiar energías y conocimientos de hombres.

Cuando Neil y yo salimos, vestidos únicamente con unas destrozadas toallas amarillentas sujetas a la cintura —unas toallas robadas dos décadas atrás en el hotel Fairmont de San Francisco—, veo la cara de Stéphanie por la ventana oval de la cocina, con las manos metidas en el fregadero, lavando los platos. Está tan furiosa como una avispa que zumba amenazadora tras haber sido abandonada en pleno siglo XIII.

Los niños pululan a nuestro alrededor y sus movimientos sin sentido y la agitación de su largo pelo rubio platino semeja el idiotizado mundo líquido de los peces debajo del agua. En la mano tienen tiras de plástico y cuentas de barro, con las que comercian unos con otros como si fuera material genético. A los niños no se les permite entrar en la sauna con nosotros.

El humo sale por un agujero del techo. En el interior, el aire es pegajoso, salobre y ardiente. El gel que llevo en el pelo es un imán para los olores y voy a salir de esta experiencia oliendo a salmón ahumado. Las tablas de secoya del suelo me queman los muslos mientras Neil enciende un canuto y me lo ofrece.

—No, gracias. Tengo que conducir.

Arquea las cejas sorprendido.

—Los jóvenes no tenéis recuerdos. Sois incapaces de lamentar el pasado.

—Vaya. —Estos hippies...

Nos sentamos y evitamos los roces, mientras Neil fuma el canuto.

—¿Te contó Jasmine la historia de Norman y la bicicleta? —pregunta Neil.

—Nunca.

—Después de que Norman se quedara colgado en Santa Cruz tuvimos que cuidarle. Nos lo llevamos en secreto a la Columbia Británica con nosotros, a la isla Galiano.

—Acabo de estar allí, en Galiano.

Neil se queda un momento pensativo.

—¿Sí? ¿Viste algo?

—Nada. No queda más rastro de la comuna que un montón de piedras de una chimenea... y hay urbanizaciones a un kilómetro de

distancia.

—El acto de la desaparición. ¿Todavía está el sendero entre las zarzamoras?

—Apenas.

Neil da una calada al canuto, aguanta la respiración y luego suelta una nube de estiércol.

—El sendero era algo así como una carretera... es por donde iba Jasmine cuando pasó la historia de la bicicleta. Estaba embarazada. De ti. Iba a la tienda para telefonear a Vancouver. Norman venía en la otra dirección, corriendo y gritándole a un atacante invisible... el Papa o el director de un banco de las islas del Canal. Creo que gritaba algo sobre los *deutschemarks*... y cargó directamente contra Jasmine. Los dos salieron por los aires.

Otra larga y pomposa calada. Noto como si el pelo se me disolviera.

—Quedaron los dos tumbados en el suelo, aturdidos, recobrando la respiración... mirándose a los ojos como si acabaran de hacer el amor. Entonces Norman estiró la mano y la puso en el estómago de Jasmine... en ti... sonrió, empezó a temblar, y luego se alejó tranquilamente. Después del choque, los del banco dejaron de perseguirle. Se le fue la paranoia... aunque todavía era una baja en otros sentidos. Pero debido a la transformación, la pérdida de la paranoia, Jasmine pensó que tú eras una bendición del cielo. Algo especial. ¿Nunca te ha dicho que cree que tienes el poder de curar?

—No.

Neil terminó lo que quedaba del canuto.

—Lo cree. Todavía le manda a Norman regalos por su cumpleaños y fotos tuyas. Por eso te reconocí. —Una calada final—. ¿Haces fotos?

—Espero hacerlas profesionalmente. Ahora nos trasladamos a Los Ángeles.

—Sácale una foto a Norman para Jasmine. Hace años que aquí no tenemos cámaras.

—¿Habla Norman? Hace..., —Pero Neil no responde. Está frito. El vapor ardiente me resulta insoportable. Permanezco sentado unos pocos minutos con mi catatónico padre, e inmediatamente salgo de la sauna y me escabullo hacia la casa aireándome la sudorosa piel. Stéphanie está junto al jardín. Al verme, suplica:

—¿Cuándo nos vamos a ir? Me quiero ir.

—Un momento. Tengo que lavarme el pelo para eliminar el olor del humo. ¿Tienen ducha, o esperan a que llueva? Además tengo que sacar una foto.

—Por favor, date prisa.

En la parte delantera de la casa, los niños están reunidos junto al Confortmóvil, chillando y aullando como maniáticos de los

monopatines en el centro comercial Las Cumbres.

—¿Qué pasa, Coyote? —le pregunto a Coyote, mi único hermanastro que soy capaz de identificar. Coyote señala con el pulgar a un hombre esquelético, vestido con harapos y con una barba de campesino, sentado con las piernas cruzadas al lado del coche, que lame su reflejo en la pintura negra.

—Es Norman —dice Coyote.

Sáquenme de aquí.

California, me recupero de la visita a casa de mi padre.

Los relojes con virutas como tupés al estilo Elvis, las hileras de tartas rellenas de algo viscoso, tartas de limón confeccionadas con productos químicos, y las edelweiss todavía vivas pintadas en hojas de serrucho afirman positivamente la vida después del descenso a la locura de esta mañana.

No comemos los suficientes productos químicos.

—Cafeína... cafeína... cafeína—salmodio a la camarera.

—¡Sacarina! —añade Stéphanie.

—¡Productos comestibles derivados del petróleo!

—¡Azúcar blanco!

—¡Ya!

Una vez alcanzada la carretera, pasamos los cinco primeros kilómetros gritando como posesos —como si nos hubiéramos librado de que nos asaran vivos—, mareados por la sensación de estar escapando. Bastaba simplemente con lavarse el pelo, cambiarse de ropas y salir pitando por las cancelas.

Ahora sólo queremos ver el futuro. Cualquier tipo de futuro.

48

OTRO día: San Francisco y casas de madera pintadas del color de pensamientos de niños. Stephanie y yo es— tamos perdidos entre una ondulante niebla, olfateando el toque de amianto de las alfombrillas del suelo del Confortmóvil.

La niebla desaparece y nos quedamos sin respiración.

—Fíjate en la vista, Stéphanie... que hablen de encanto... un paisaje del auténtico futuro: el Banco de América, Intel, TransAmérica... y al otro lado de la bahía, portaaviones nucleares en Oakland; todo esto, más el terremoto que amenaza con producirse en cualquier momento. Es una ciudad tan moderna...

Más tarde hacemos un alto para tomar un cappuccino cerca de la calle Ciclotrón, al lado de las instalaciones nucleares de Lawrence, en una calle de pasotas de protuberancia liberal de Berkeley. Stéphanie telefonea a Francia; la gatita de Monique, Minuit, todavía sigue al borde de la muerte.

Siguiente parada: un peregrinaje a los cuarteles generales de Apple, luego a Silicon Valley: Los Altos, Sunnyvale, Palo Alto, doce carriles de tráfico zumbando entre eucaliptos en llamas. Calor, calor y más calor.

Al cruzar el Puente de la Bahía, el sol brilla en los trozos de autopista destrozada por el terremoto que tienden al cielo gracias a los pilares que no se han hundido, como el jardín de esculturas del centro comercial Las Cimas.

—Stéphanie, lo único que necesito es aire de repuesto.

El tráfico se colapsa bruscamente. Estar colgado aquí en este glorioso Oeste me hace pensar en las fotos de esas ciudades con fábricas abandonadas hace tiempo en otras zonas del mundo, esas zonas de tecnologías muertas hace mucho, oxidadas, como las fábricas de rodamientos y naftalina, plomo tetra— etílico, PVC y papel de copia negro, que funcionan con carbón bituminoso e ideas que ya no sirven, ciudades tan grandes y tan muertas como para tener sus propias cosmologías completas del más allá. Siento pena por esos sitios. ¿Ejemplos? Entreveo a momias de amas de casa con perlas nadando estilo perro en lagos de coque fundido del anti-Pittsburg. Imagino fantasmas sin ojos de ingenieros inclinados sobre proyectos de aparatos de acero que comerán el cielo a cámara lenta. Imagino esqueletos de pasajeros de un vuelo de la BOAC en un avión con hélice que nunca aterrizará, con sus huesos cubiertos por elegantes trajes de lana, alzando sus copas de cóctel a calaveras sonrientes, armando jaleo y gritando de rabia ante su condenación eterna,

entrechocando alegremente los peronés y brindando por los paisajes industriales en blanco y negro de abajo —el anti-Bremen, el anti-Portsmouth, el anti-Hamilton, el anti-Yokohama y el anti-Gdansk—, el avión atraviesa las esponjosas nubes de las chimeneas, cruza penachos grises de dióxidos y tiempo quemado.

Bueno, pues contrástese esa visión con los brillantes edificios color turquesa del Oeste: trabajadores en pantalones vaqueros jugando a los dados en la hora de la comida; bebés de los trabajadores aprendiendo japonés en las guarderías de la empresa, autopistas rebosantes de historias del éxito del Nuevo Orden: software, reactores y submarinos; papel blanco oficial, vacunas y películas de violencia. Afortunadamente he encontrado el antídoto para la casa de mi padre.

—Stéphanie —digo—, en Los Ángeles nos vamos a hacer ricos.

—Eso espero, Tyler. La vida es rica.

—Me lees el pensamiento.

El Silicon Valley es un rosario de ciudades del futuro. ¿Qué es una ciudad del futuro?

Las ciudades del futuro están situadas en las afueras de la ciudad en la que vives, lo suficientemente alejadas para quedar fuera del alcance de las bandas de tipos cabreados y piró— manos procedentes del propio centro de la ciudad.

En principio uno no se fija en las ciudades del futuro porque son técnicamente invisibles: edificios bajos que parece como si acabaran de salir de una impresora láser; un paisaje fetichista; coches nuevos en los aparcamientos sólo para empleados; pequeños tótems de plexiglás iluminados desde atrás que destacan tranquilamente los extraños nombres en cualquier idioma de las empresas que se alojan dentro: Cray, Hoechst, Dow, Unilever, Rand, Pfizer, Sandoz, Ciba-Geigy, NEC. Las ciudades del futuro son las mismas en Europa que en California. Me imagino que son las mismas en todo el planeta. Las ciudades del futuro son como su propio país superpuesto a otros países.

Stéphanie y yo pasamos en coche por estas ciudades del futuro del Silicon Valley con la radio a toda marcha.

—¿Qué música podríamos poner? —pregunto.

—¡Sonidos industriales británicos! —decide inteligentemente Stéphanie. Buscamos entre las cintas del asiento de atrás, que ha degenerado en un revuelto de calzones de ciclista, casetes, planos y envolturas de fiambre de pavo.

Luego volvemos a contemplar las ciudades del futuro, unas cajas hechas de espejo, que nos rodean; las tendencias básicas de nuestra cultura donde la tribu humana hace carne de sus necesidades y miedos: enseñar a pensar a las máquinas; acelerar el ritmo de la obsolescencia; diseñar animales nuevos para reemplazar a los que borramos de la faz de la tierra; aumentar el valor añadido; reconstruir

el futuro.

No rodamos nuestros programas de televisión en las ciudades del futuro, y no cantamos canciones sobre ellas. No discutimos de las ciudades del futuro en nuestras conversaciones y ni siquiera tenemos un nombre de verdad para ellas. ¿Parques industriales? Creo que no. Son términos contradictorios.

Las ciudades del futuro no son sitios, son documentos. Son los cimientos de nuestros deseos más profundos en cuanto especie. Ponerlas en duda es ponerlo todo en duda.

Nos detenemos a repostar gasolina en Santa Clara. Stéphanie va a una cabina telefónica para llamar otra vez a Francia. Desde el coche veo la numeración digital del surtidor de gasolina lanzado hacia delante a toda velocidad, como el tiempo; hasta el año 2000 sólo 2.549 días en los que se puede comprar. Escribo con rotulador más palabras en un fajo de billetes de dólar:

LIMITÉMONOS A ESPERAR
QUE CONSTRUYAMOS
ACCIDENTALMENTE A DIOS.

49

ESTA mañana, para desayunar, pedimos zumo de naranja en un parador de lo más Marge junto a la carretera, en el condado de Kern, California. Había una plancha enmarcada con polaroids de gente gorda, una cesta de acero inoxidable llena de huevos, sándwiches de mantequilla de cacahuete en el menú, y raciones enormes, rebosando del plato, auténticamente terroríficas. Fuera, detrás de los rugientes camiones de dieciocho ruedas cargados de productos frescos, había naranjos hasta donde alcanzaba la vista, la capital de los naranjos de la Tierra. Sin embargo, los zumos de naranja que nos trajeron eran de los tratados con conservantes.

—Zumo de naranja de Florida —observó Stephanie, perpleja.

—Mira, Stéphanie... Imagina que quieres mandar por una empresa *de servicios* urgentes una carta muy importante a una oficina que está en el piso de arriba del mismo edificio. Esa carta tiene que ser enviada antes a Memphis por avión. El zumo de naranja de Florida, de aquí, del condado de Kern, se somete a un proceso de distribución semejante.

—¿No es un derroche de combustibles fósiles y energía? —No. Considera el «momento de los cítricos» de esta mañana como un tributo al poderoso sistema de distribución de este país. Los cocineros modernos plantean preguntas modernas sobre la vida en conserva y la capacidad de un producto para resistir el transporte en camiones. Nada fresco.

—Comprendo. Estaba equivocada.

El último día de nuestro viaje; esta noche llegaremos a Los Ángeles. Nuestra conversación se desarrolla en torno a la mecánica de vivir en Los Ángeles: alquileres, buscar trabajo y dar con las estrellas.

Atravesamos Tehachapi en coche.

—Buscar una aguja en un pajar —nos dice Kerry, la camarera que nos atiende en esta bonita ciudad prisión; a la hora de la comida observamos a los visitantes vestidos de punta en blanco, que marean el café de después de comer esperando su turno para visitar a los que quieren.

Comemos hamburguesas que saben cómo si hubieran caído de un camión, toda una comida que le debe más a Teamsters, Du Pont y a la ingeniería química de lo que debe a la tierra, el abono o a los grandes chefs europeos.

Damos un rodeo al pasar por la base aérea de Edwards. Luego atravesamos Palmdale, la urbanización de la base aérea, con casas

parecidas a las de las afueras, que parecen caídas en un desierto como el de Marte. Una hora más tarde cruzamos las montañas, bajamos a San Bernardino, llegamos a la depresión de Los Ángeles y tomamos la Interestatal 10 camino de la ciudad.

Sí, en mi vida han empezado a producirse acontecimientos importantes; estoy viviendo una época importante. Delante del Confortmóvil va un camión soltando humo y tirando de un remolque cargado de cebollas como perlas crecidas en la zona de Indio. Este camión funciona con propano y vamos dentro de su estela caliente, pegajosa y dulzona, como si nadáramos en un gimlet todo el camino hasta Los' Ángeles.

Los viajes por carretera son como avanzar deprisa por la vida, haciendo zapping, satisfaciendo mis necesidades masculinas de magia, según dijo Anna-Louise las Navidades pasadas mientras cambiaba constantemente de canal. Pero mientras inhalo la suavidad cebollil de hoy, recuerdo el consejo que me dio Jasmine —nunca una buena conductora;— a los dieciséis años: «Haz lo que te digo, Tyler, y no lo que yo hago. Si uno va conduciendo un coche demasiado cómodo y demasiado silencioso durante demasiado tiempo, se puede distraer, relajarse excesivamente y olvidar que de hecho es responsable del coche que conduce. Y cuando pasa eso, hay muchas más posibilidades de que uno se estrelle. Sé buen chico, Tyler. Haz que me sienta orgullosa de ti. Mantente atento. Resístete.»

Me pongo las gafas de sol, y ante mí aparece una ciudad enorme y nueva.

50

TODAS las cosas que hoy llevo en el carro de la compra son rosas o moradas: jamón, mosto, galletas de frambuesa, lonchas de beicon, barras de regaliz y judías pintas. Tengo que preguntar qué elación existe entre estos colores y mi estado mental de estas últimas semanas.

Hoy Stéphanie está en el otro extremo de la ciudad haciendo una prueba para un infoanuncio por televisión mientras yo callejeo por West Hollywood. Stéphanie debería hacerse con el papel aunque esté con un ejército de elementos como ella; formaría el telón de fondo de chicas en biquini de detrás de una estrella en decadencia de la tele que en la actualidad da seminarios sobre cómo hacerse con bienes raíces y enriquecerse rápidamente, que emiten todas las noches las emisoras de televisión basura hacia las doce y media.

—Mi gran oportunidad, Tyler. Este programa lo repetirán todas las noches durante semanas y semanas. Me verá mucha gente.

Stéphanie llamó por teléfono desde el coche Infiniti de su agente que se encontraba en un atasco cerca de Hawthorne.

—A sólo un tiro de piedra de la fábrica de juguetes Mattel —la informé. Me respondió diciéndome que esta noche no la esperara levantado, que tenía que acudir a otra prueba después de aquélla.

—Algo realmente importante. Una película de violencia. Es un papel sin diálogo, pero sería capaz de ponerme a gritar.

—Buena chance.

—*Excusez-moi*!

—He dicho que buena suerte.

—Lo has dicho de otra manera. Oh... me tengo que ir. Están llamando a Jasper. Jasper dice que tu rechazo de la tortura es burgués. Ciao.

—Ciao. —Comunicación cortada.

Jasper es el agente de Stéphanie. Bueno, una especie de agente pues ninguno de sus clientes tiene permiso de residencia ni carnet de los sindicatos. Simbiosis.

Jasper es de Londres y tiene una piel pálida que parece sudar, como la de un pavo envuelto en plástico el Día de Acción de Gracias, descongelándose sobre el mármol de la cocina. Jasper evita a todos sus compatriotas ingleses, sospecho que porque imita su acento y no quiere que le cojan. Todo el rato suelta: «A ver, a ver... ¿quién juega al tenis?» y «Recibido». Se pasa un pelín. En Los Ángeles hay Jaspers por doquier y, aunque no me atreva a decirlo en voz alta, también hay Stéphanies por todas partes. Pero Jasper y Stéphanie se toman la cosa como un desafío; cuanto más absurda es la posibilidad de ganar, con

mayor frenesí se compran los billetes de lotería. Antes nunca me había fijado en este aspecto competitivo de Stéphanie.

Pago la compra y arrastro los artículos hasta el Confortmóvil. Después de luchar contra el tráfico con la emisora KROQ a toda potencia en el sintonizador de FM del Confortmóvil, llego a nuestro apartamento con las bolsas de productos alimenticios —un acto habitual, tranquilizante—, llaves en la cerradura, juegos malabares con las bolsas, lo que hace que me sienta instalado por primera vez desde que salí pitando de Lancaster hace un mes. Y comprendo, mientras dejo la carga en el mármol de la cocina, que últimamente la vida ha ido demasiado deprisa; no ha habido tiempo para establecer ningún ritmo cotidiano de vida. No ha habido tiempo para sentir: «Ah, éste es mi ritmo». Así que por primera vez siento tranquilamente mi ritmo. Percibo la luz piloto del fogón, oigo el zumbido del frigorífico y el traqueteo del ventilador del vestíbulo. Ahora que me siento instalado puedo llamar a Daisy. Ya ha transcurrido el mes prometido. Parece que ha sido un año.

En el rincón veo mi máquina de fotografiar, que ni siquiera he tenido ocasión de sacar de la funda porque me he visto empujado lejos de la fotografía de moda y tiranizado por Stéphanie para que cogiera un trabajillo con el que pagar el alquiler. ¿El trabajo? Me ocupo del infernal ordenador aleteante de Ala World, un concesionario que vende lo que queda del pollo después de haber utilizado la carne blanca para hacer bocaditos y haber triturado los trozos espantosos para el Kitty Whip®.

Consigo salvarme de la absoluta desesperación de ese trabajo infernal gracias a la posibilidad de un empleo atendiendo las mesas del Hard Rock Cafe, la cumbre del glamour de las cadenas de comida, a finales de mes. Jesús, que trabaja conmigo en AlaWorld, tiene un amigo que tiene un amigo que tiene un amigo que tiene una hermana que trabaja en el guardarropa del Hard Rock.

California es estupenda.

Me tengo que poner el uniforme de trabajo.

No pasamos mucho tiempo juntos en nuestro microapartamento de West Hollywood, me refiero a Stéphanie y a mí. Ninguno de los dos, por ejemplo, hace la comida. Stéphanie puede ser estupenda embotellando vinagre, pero su talento para la cocina es limitado. El mío es inexistente. Su único intento de preparar unos mariscos a la plancha terminó tan invadido por los trozos de las conchas que resultó mortalmente peligroso, como aquellos trocitos de aguja de inyecciones que descubrieron con rayos X en el cadáver de Howard Hughes. Nuestro congelador está técnicamente sin comida, lleno únicamente

de cortes de helado, que me gusta comer después de pasarme el día sudando junto al aceite y alas que se fríen, y de docenas de cucharas congeladas, que Stéphanie se pone sobre los ojos para reducir la hinchazón antes de dirigirse a su interminable desfile de pruebas espúreas.

Encontramos este moderno y pequeño apartamento el día en que llegamos a Los Ángeles gracias a un periódico de la ciudad. Está en el bajo de un edificio de estuco azul vaina de guisante levantado en los años veinte para que pareciese una desproporcionada hacienda de Barcelona. En conjunto es un estilo arquitectónico que Jasper ha bautizado «Señor de las drogas». El nuestro es uno de los seis elementos unipersonales rodeados de nísperos, áloes y el ruido de los helicópteros del Departamento de Policía de Los Ángeles que invariablemente vuelan por encima.

Nuestro casero es el señor Moore, un viejo horripilante. En los años cuarenta y cincuenta trabajó de extra, y le han hecho tantas operaciones para estirarle la piel de la cara que ahora tiene las cejas técnicamente en la coronilla, hace mucho electrolizada, y con sólo dos pequeñas manchas de pelo visibles en la bóveda craneal cuando la luz las ilumina de un determinado modo. En nuestro porche trasero, el señor Moore, harto de vagabundos borrachos y de camellos, ha escrito graciosamente con spray:

PROHIBIDAS LAS DROGAS
PROHIBIDO MEAR

En el estudio contiguo al nuestro vive Lawrence, un modelo masculino con una colección aparentemente inagotable de camisetas con EXXON A TOMAR POR EL CULO que dejó un inquilino anterior. Lawrence y el señor Moore andan siempre a la greña por culpa del recibo del agua.

—Al parecer mister Decorado, el del número seis, cree que el agua es gratis, que sale de un grifo o algo así —soltó el señor Moore entre chupadas de uno de esos cigarrillos largos y marrones que sólo fuman los viejos. Nos visitaba a la semana de instalarnos—. Oye... me gusta lo que le habéis hecho a este sitio —dijo cuándo vio cómo lo habíamos decorado—. Superior. Con clase.

A nuestro semiamueblado apartamento sólo le añadimos unos pocos detalles, tales como el asiento trasero de un Chrysler, que encontramos abandonado en un callejón, aparte de una pila de facturas sin pagar que utilizamos de posa— vasos. En las paredes están sujetos con chinchetas trozos desgarrados de carteles a todo color que encontramos amontonados detrás de un árbol de la avenida Normandie. Hay tres elementos: los torsos de levantadores de pesas de

un hombre y una mujer, un Porsche y unas enormes letras retorcidas que no llegan a formar las palabras CAINA ES PELIG. Estos trozos son muy modernos, ¿por qué no los vende nadie al por menor? Redimen nuestro, por otra parte, escuálido apartamento. Debo recordarle a Stéphanie que me recuerde que escriba una carta a la «Sección de ideas» de la revista *Joven empresario*.

A pesar de lo moderno que pueda resultar nuestro cubil, es indudable que añoro las comodidades del Modernario que dejé en Lancaster. Puede que cuando me haya establecido mejor vuele al norte, alquile una furgoneta y luego vuelva al sur con mis queridos artículos de consumidor. Pero teniendo en cuenta el actual ritmo de crecimiento de mis ahorros, esto no será posible hasta dentro de doscientos años.

Camino de Ala World realizo mi llamada telefónica a Daisy desde la cabina telefónica de la esquina utilizando la tarjeta de crédito con el número «sólo para emergencias» de Harmony. Buen amigo. Ni siquiera me permito el teléfono; la vida es demasiado cara. ¿Por qué no nos lo enseñaron en el colegio?

Mientras espero a que el teléfono de princesa de Daisy suene en Lancaster —protegido en su nido de cajas de pizza y libros de cocina vegetariana— examino el garaje en venta del descampado del otro lado de la calle. Es el refugio de la fantasmal Familia Heroína: yonquis, pálidos, blancos y solemnes. Dios santo, qué deprimente. Prozac gratis con cada compra.

Un clic.

—¿Diga?

51

—DAISY, soy Tyler.

—¡Has vuelto del reino de los muertos!

Grititos de placer se encadenan con un popurrí de saludos de una chisporreante recepción; Daisy está tumbada en el suelo de su dormitorio utilizando el supletorio. Imagino sus manos llenas de pulseras cogiendo distraídamente trozos de lentejuelas y de esmalte de uñas del yute de su alfombra Quiéreme Pink.

—Oh, Tyler... parece que te va estupendamente. Perdona, hoy tengo el cerebro como el Canal Uno. Estoy a zumo de limón, pimienta de cayena y sirope de arce. Hace cuatro días. ¿Dónde estás? ¿En Hollywood?

Noto que mis circunstancias inmediatas —mi viaje por carretera, mi estudio, Stephanie, mi mundo actual— se desprenden de mí al oír una voz de Lancaster, como si durante el mes anterior no hubiera pasado nada. Apoyado en la cabina telefónica de aluminio cocida por el sol que me abrasa los músculos de la espalda, noto como si estuviera cayendo en un agujero, hundiéndome en el auricular —como un quásar colapsando sobre sí mismo— camino del planeta Hogar.

—Estoy en West Hollywood.

Chillidos.

—¿De verdad? Bueno, Tyler, sólo estaba bromeando. ¿Ya eres una estrella? ¿Has visto a alguna estrella?

—Hollywood no es como tú crees —digo, examinando atentamente a la Familia Heroína, que ahora comparte a cámara lenta una chorreante nectarina, y contemplando las ganancias que consiguen vendiendo las revistas que mangan en las salas de espera de los traficantes clandestinos de la avenida La Brea—. De hecho, ahora vivo aquí. Stéphanie y yo tenemos un estudio. ¿Estás fumando, Daisy? Oigo como pequeñas caladas.

—Los pitillos de la abuela. Los de papel marrón.

—¿Mientras estás en ayunas? Muy inteligente, desde luego. Mmm... una colilla. Sabrosa de verdad. Daisy, ¿cuántas veces te habré dicho que fumar es de pobres? Apágalo.

—Oh, no me des la lata. ¿Has visto a alguna estrella?

—Vi a un doble de Bert Rockney aparcando un coche para asistir a una reunión de alcohólicos anónimos en el bulevar Wilshire.

—Es la noticia más encantadora que he oído jamás.

—Daisy, ¿cómo están todos? —El sonido de la voz de Daisy me está provocando la misma sensación de ahogo y esperanza que siento cuando se descubre que una encantadora criaturita de los pantanos,

que se creía extinguida, en realidad está viva y lozana. Me siento mareado de nostalgia.

—Todos están bien. Mamá. Mark. Mamá está en su reunión de mujeres. Mark en la calle dedicado al Kitty Whip, con la abuela y el abuelo. Le hacen llevar un disfraz de gatito. Está muy mono. Da pasos de baile.

—¿Y Murray?

—Todavía sin trabajo. Tyler, tú tienes ambiciones. ¿Cómo podría encontrar Murray un buen trabajo? Le tienes que ayudar.

—¿Murray? ¿Buscando trabajo? —Me deja de piedra, como cuando me enteré, al cabo de tropecientos años, que Harmony sabe tocar la flauta.

—Bueno, le damos vueltas a la idea. Quiero decir que tenemos que ganarnos la vida. Nos queremos casar.

—Daisy, ¿estás embarazada?

—No. Nos queremos casar, simplemente.

—¿Qué habilidades tiene Murray?

—Tiene unas aprensiones terribles.

—Bueno, eso es algo requetesabido.

—No lo entiendes, Tyler. Durante el mes que has estado fuera, sus aprensiones se han hinchado..., han adquirido un radio de acción mayor. Son tremendamente intensas. Debería ser famoso, Tyler. Oye, ¿dónde trabajas tú? ¿A qué te dedicas? ¿Ya eres una de las grandes promesas de la tele?

—Se podría decir que me dedico al negocio del aceite. Es complicado... difícil de explicar.

—Te conozco bien, Tyler. La semana que viene serás vicepresidente de mercadotecnia. ¿Vas a venir a Lancaster? Di que sí. Hemos mantenido el Modernario como una patena para cuando vuelvas. Ya nunca estás aquí. Primero Europa y ahora Los Ángeles. Te echo de menos. ¿Cómo está la francesita?

—Está bien.

—¿Sólo bien?

—Sí. Hace doce pruebas al día. Nunca está en casa. Ahora mismo está haciendo una prueba para un papel en *Hotel de la muerte Parte VIL*

—¿Va a trabajar en una continuación de *Hotel de la muerte*? Tío, tienes la vida resuelta.

—Eso parece.

—¿Cómo van las cosas entre tú y ella?

Daisy advierte cierta indecisión.

—Tyler, has vacilado. Algo va mal. Lo sé. ¿Qué? Suéltalo. —Oigo que Daisy aplasta el pitillo y suelta la bocanada final—. Mira, Tyler, mamá y yo estamos mosqueadas contigo porque no nos has dado detalles de tu vida amorosa, pero todavía nos queda mucho espacio en

el corazón para perdonarte.

Prefiero no deprimir a Daisy contándole que mi relación con Stéphanie es como una recién nacida moribunda a la que todavía no le han puesto nombre, de modo que nadie está seguro de que la recién nacida haya empezado a ser real, así que digo:

—Stéphanie ha engordado un poco.

—A Anna-Louise le encantará saberlo. Te echa de menos. ¿Oyes lo que digo, Tyler? Me tropecé con ella en el Ochoplex. Murray y yo íbamos a ver *Demasiado joven para conducir*. (A propósito, una película tremenda. Corre, no camines.) Pero Anna-Louise antes moriría que admitir que no te quita de la cabeza... y el perdón es más de lo que mereces.

—Si Anna-Louise no quiere hablar de mí, ¿cómo sabes que me echa de menos?

—Porque resulta evidente que no te menciona a propósito. Y porque ahora sigue un régimen intensivo. Es la que me hizo seguir La Purga. Si te hubiera olvidado, estaría en la barra de las ensaladas poniéndose morada.

—Daisy, no me hagas sentir culpable. Ahora no. Ya me siento bastante mal.

—¿De verdad?

—*Sí.*

—Dan se ha ido.

—¿Qué? -

—Que se ha ido. No estuvo en casa ni una semana. Mamá le puso de patitas en la calle. Trata de conseguir una orden judicial para mantenerlo lejos.

—Eso es rarísimo... eso es irreal. ¿Por qué?

—Bebía.

—Oh.

—El habitual «sólo una cerveza después de un duro día de trabajo». Se volvía violento cuando le contradecías. Estaba en el jardín quemando hojas y de repente mamá le cerró la puerta con llave. El empezó a gritarle que era una bollera y a arrojar los muebles del jardín contra las puertas. La señora Dufresne llamó a la poli. De modo que ha vuelto a su palacio de James Bond del Onion Canyon.

—Increíble.

—¿Por qué estás en California? Vuelve a casa.

Intercambiamos más noticias, tontas y tristes. Skye padece una escasez crónica de prendas de vestir. Ella y Harmony todavía salen juntos. Eddie está en el hospital con neumonía. Hace un tiempo despejado y frío. Le doy mi dirección.

—Daisy, ¿qué dijo Jasmine cuando se enteró de que me había

ido?

—Se puso de lo más hippie—dijo que te habías ido de viaje y que tu marcha era comprensible, por no decir saludable. Pero la semana que estuvo aquí Dan fue una locura. Mamá era un robot. Hiciste bien en largarte. Creo que tu marcha le proporcionó fuerzas para echar a Dan mucho antes. De modo que Mark y yo tenemos una deuda contigo.

—Oye, todavía me debes algo de aquella vez del verano pasado, cuando hiciste sopa vietnamita el día más caluroso del año.

—Déjalo estar, Tyler. Oye, ¿cuál es tu número de teléfono?

—No tenemos teléfono. —Un yonqui de la Familia Heroína se acerca a la cabina jugueteando con una moneda de veinticinco centavos, sin duda para llamar al anuncio en broma de una banda de rock que había pegado en los postes del teléfono y que decía: «¡Gane muchos dólares revendiendo los medicamentos que le sobran!»

—¿No tienes teléfono? ¿Te has vuelto comunista? Todo el mundo tiene teléfono. No hay nadie sin teléfono. ¿Cómo te las arreglas para funcionar? No tener teléfono es como no tener pulmones.

—Lo tendremos pronto.

—¿Desde dónde llamas? ¿Desde una cabina telefónica de La Habana?

—Desde la esquina. A cargo de la tarjeta de Harmony. Por cierto, hay alguien esperando para llamar. Deberíamos colgar.

—Pero ¿qué pasará después? ¿Te vas a quedar en Hollywood? ¿Qué va a pasar con tus productos no perecederos, con tu minifrigorífico? ¿Qué va a ser de nosotros? Te echamos de menos.

—Te llamaré pronto. Necesito ordenar mis ideas. Dame un par de semanas. Entonces lo tendré más claro. Dile a Jasmine que la vida es estupenda.

—Eres el favorito de mamá, Tyler. Ya lo sabes.

—Te echo de menos, Daisy. Y a Mark, a mamá, a todos. Este viaje es diferente a mi viaje por Europa. Siento como si me faltara algo y a pesar de eso no estoy solo.

—Ánimo, hermanito querido.

Termina la llamada y el heroinómano me quita el auricular, cuidando de no pisar mi sombra.

52

LOS FONTANEROS que reparaban las cañerías del apartamento de Lawrence, junto al nuestro, encontraron huesos empotrados en la pared: fémures, clavículas, vértebras... Unos huesos de los I que las autoridades aún no teman conocimiento. De modo que Stephanie y yo aprovechamos lo que el Departamento de Policía de Los Ángeles convirtió en una exhumación, como estúpida excusa para largarnos del edificio e ir a la playa de Venice, donde pasaremos un día entero juntos por primera vez desde hace semanas. Stéphanie prometió no hacer pruebas ni tener plan con Jasper ni con los otros miembros de su «cuadra», LaShanna, Tanya y Korri.

Playa de Venice: prueba de la imposibilidad biológica de imaginar a una persona simultáneamente guapa y pobre. Téjanos cortados; calcetines negros; clientes de cafés cabreados; caramelos con anabolizantes; tecnología automovilística; modernísimos Mustang; 4 × 4 DeathStar; beatíficos quinceañeros de los Santa Barbara Jesus con riñonera de neón cerrada con velero; microbuses Volkswagen con LED ZEP y ZOSO pintado con látex en los costados; Golfs descapotables pintados al temple con las palabras SHANNON LINDA DENISE DIDI y PATTY; protectores de fibra de cristal contra el viento; pectorales Kevlar; monopatines del color de terrones de azúcar de la vacuna de la polio. Décadas de ejercicios con pesas, tetraciclina, ortodoncia, MTV y sacarina que sientan estupendamente, glorioso spray. Un Porsche 911 color piscina pasa cerca, y el conductor nos sonríe con unos dientes de platino a Stéphanie y a mí y dice:

—El 911 de la radio, pequeños.

—¡Toda esta gente es tan moderna! —exclamo ante una Stéphanie totalmente desinteresada y vestida de negro para proteger su piel de los rayos del sol, una piel que casi es opalescente debido a las cremas que impiden el paso de los rayos ultravioleta. No penetra en el espíritu de la playa, así de fácil.

En cambio yo penetro en el espíritu de la región, aunque me pregunto si toda la juventud de hoy en día, por espectacular que sea, no se estará echando a perder, como fuegos artificiales en pleno día. Luego la escena otra vez resulta muy sexy —tan sexy que quiero explotar y bañar a esos coches tan estupendos y a esos cuerpos tan estupendos con mi interior hirviente y pegajoso—, como una criatura de las profundidades del mar que explota cuando la suben a las presiones mucho menores de las aguas poco profundas. Me paso los dedos por el pelo, hoy peinado hacia atrás, con una loción, no un gel,

para que ofrezca un aspecto relajadamente natural, como de mojado por la lluvia.

—Tyler, quiero sentarme a la sombra —dice Stéphanie, que luego suelta un taco en francés cuando le disparan con una pistola de agua AK-47—. ¿Por qué disparan contra mí? Soy extranjera. Es tan cabreante...

—Considera un cumplido esos chorritos de agua. Si los niños piensan que eres guapa, te mojarán con sus Kalashnikov. Al final del día el mayor símbolo de tu categoría social corresponderá a lo mojada que estés.

Me paro junto a los turistas a la sombra, al lado de un puesto de comida mexicana. Stéphanie vuelve de unos servicios cercanos desde los que llegaba bastante jaleo.

—¿Qué era ese ruido? —pregunto.

—Cuatro chicas cogieron a su amiga y le mojaron la falda con agua. Anda que no se habrá sentido guapa.

Detrás de sus gafas de sol, Stéphanie empieza a hundirse en un mundo propio, o como quiera que sea, en el que no se me permite entrar. Yo busco en el bolsillo trasero, y luego prosigo con mi hábito ya convulsivo de escribir con rotulador en los billetes.

IMAGÍNATE
QUE ERES AMIGO DE UN MONSTRUO

UNO NUNCA ESTÁ LEJOS DEL RUIDO DE UN MOTOR

DÉJATE COLETA

TODOS SOMOS
PARQUES TEMÁTICOS

LA TECNOLOGÍA
FAVORECE
A LAS PERSONAS HORRIBLES

Me siento contento de haber ayudado a Stéphanie a participar de la exuberancia y el abandono del Nuevo Mundo, pero en el proceso he visto emerger un defecto, algo así como una enfermedad genética que afecta su ADN, y que inevitablemente ha salido a la luz en los últimos tiempos. El defecto es sencillo: como Stéphanie no ha nacido aquí, nunca puede entender este sitio.

—En California la gente se encuentra con otra gente a la que lleva dos años sin ver —dice, mientras volvemos al estudio desde Venice—, y preguntan: «¿Cómo eres ahora? ¿Qué nueva religión practicas? ¿Qué

clase de ropa llevas en estos últimos tiempos? ¿Qué dieta sigues? ¿Con quién estás casado? ¿Qué tipo de casa tienes ahora? ¿En qué ciudad vives?

¿En qué nuevas ideas crees?» Si no eres una persona completamente nueva, tus amigos se decepcionan.

—¿Y qué?

—¿No te parece que algo va mal en este cambio constante?

—¿Por qué ha de parecerme mal? Creo que es estupendo que se me permita reinventarme todas las semanas. —Después observo que en una manzana de casas delante de la que pasamos hay tres jugueterías con animales de peluche en los escaparates, y se las señalo a Stéphanie. —Debe de haber un hospital de cancerosos cerca —añado.

—¿Y eso por qué?

Anna-Louise lo habría entendido, creo. Echo de menos hablar con ella en telecaridades.

Nos detenemos en el complejo de apartamentos justo cuando se marcha la furgoneta de Noticias a las seis. La poli se ha ido. El señor Moore, con pañuelo al cuello y esmoquin, que ha hecho su primera aparición en una película después de décadas, corre aturdido hacia el coche y nos informa de que los huesos de la pared eran de perros y gatos y que datan de la época del cine mudo, cuando construyeron el apartamento.

—Encontraron collares de perro. Queda resuelto un caso que llevaba medio siglo en los archivos, cuando desaparecieron la mitad de los perros y gatos de Bel Air. Nadie supo nunca adónde fueron. Imaginaos, ahora tengo un edificio de tipo histórico. —El señor Moore se aleja, murmurando más para sí que para Stéphanie o para mí, que a lo mejor consigue una placa histórica en el ayuntamiento.

Stéphanie y yo nos arrastramos lentamente hacia nuestro apartamento, hiperconscientes de los ladridos y maullidos empotrados en nuestras paredes, incapaces de sentirnos inocentemente acogidos por más tiempo dentro de estas habitaciones. Stéphanie se lanza entonces al cuarto de baño para quitarse la crema protectora de rayos ultravioleta. Seguidamente se dirige a la cabina telefónica de la esquina para llamar a LaShanna y a Jasper. Al volver me informa que esta noche me llevará a cenar fuera de casa.

—Qué sorpresa tan agradable—digo yo.

—Sí —contesta ella—. Una auténtica delicia.

—¿Adónde?

—A Morton’s.

—¿A Morton’s? ¿Has hecho una prueba para Dios?

—Un amigo de Jasper me ha reservado mesa.

Las horas siguientes pasan ideando el código de la ropa para la cena: un arreglo intensivo, la Industria. El pelo debe estar ligeramente húmedo, como el de Cory Bestwick, la estrella favorita de Daisy de la nueva película para adolescentes de tanto éxito, *Demasiado joven para conducir*. Prendas de vestir: una sencilla chaqueta cruzada con una corbata italiana, muy Century City. ¿Calzado? Clones de Bally.

Stéphanie, en un hasta entonces nunca visto estallido de orgullo doméstico, recoge cuidadosamente sus prendas de vestir y demás artilugios, que hasta el momento habían estado desparramados por el microapartamento como cagadas de pájaro. Imagino que al fin se siente instalada.

Cuando horas más tarde salimos del apartamento, Stéphanie me tiene esperando en el coche mientras corre a asegurarse de que el apartamento queda adecuadamente cerrado. Me alegra ver que parece adaptarse a nuestro espacio. A lo mejor las cosas no son lo que parecen.

53

ENTRE las almidonadas mantelerías, los cuadros, los espejos en ángulo y las *fleurs* de Morton's, maniobramos hacia nuestra mesa como peces atrapados en el mar, peces espada y peces vela a los que han disparado con láser ¿quiénes sois? miradas fijas de la Industria. Mucha mujer. A las ocho en punto nos sentamos a una mesa que no sabemos con total seguridad que sea Siberia, «cripto-Siberia», la llamo. Stephanie (por una vez) estaba decidida a ser puntual.

Le cuento a Stephanie que los ricos siempre pueden mandar espías para ver qué hacen los pobres, pero que los pobres nunca pueden mandar espías para ver qué hacen los ricos.

—De modo que los ricos siempre ganan —digo, y una señora mayor de la mesa de al lado, con el pelo color platino formando un moño, me guiña el ojo al oírme. Vuelve a ocuparse de su grupo de amigos y enemigos, que dan sorbitos a unas bebidas blancas; un grupo de monos aburridos tomando leche de las ubres debajo de las dóciles vacas que están junto a la carretera en Nueva Delhi.

Nos ofrecen vino.

—Dan siempre decía que si mantienen la botella de vino tumbada, doblan el precio mentalmente. —Stéphanie asiente con la cabeza y pide un Montrachet-algo. Estos franceses...

Casi me desmayo al enterarme de lo que cuesta el vino—. ¿Lo podremos pagar? Con lo que cuesta la botella, hubiéramos podido tener teléfono durante tres meses.

—Yo la puedo pagar.

—¿Tienes nuevas noticias que darme?

Una pausa.

—Sí. Pero más tarde.

—Apuesto a que sé lo que es.

—Podrías saberlo pero no lo sabes.

—Vaya vaya vaya.

Stéphanie mira fijamente por encima de mi hombro a la mujer que me guiñó el ojo. La mirada de Stéphanie es descarada, y se lo señalo.

—Se parece a mi madre, ¿verdad?

Sólo he visto a la madre de Stéphanie en fotos.

—Un poco.

Descorchan el vino. Stéphanie murmura algo elogioso, ofrece una leve sonrisa agradable y luego suspira.

—Mi madre nunca estuvo enamorada, ¿lo sabías?

—¿Nunca?

—No. —Pone los codos en la mesa y apoya la barbilla en las manos—. Mi padre, Alphonse, no era la gran pasión de su vida. Él lo sabía; ella lo sabía. Pero de todos modos les fue bien. —Toma un sorbo de vino y noto lo bien que queda Stéphanie en este mundo de velas, joyas y plata del restaurante, con la oscuridad al otro lado de las ventanas, y las comodidades y el calor que sólo se pueden conseguir dentro. Esta noche Stéphanie ha hecho erupción en mi cerebro pasando a un mundo más lujuriante físicamente que cualquier mundo que yo pudiera ofrecer jamás. Empiezo a entender adónde va cuando se le va el santo al cielo.

»Mi madre ha vivido con comodidades —sigue Stéphanie—, pero nunca ha tenido una gran pasión. Puede que ahora se pregunte si las comodidades y la seguridad de estar con mi padre merecían carecer de eso. —Otro sorbo—. Y ahora pienso que es como una onza del zoológico, que ha llevado una vida de comodidades pero que nunca ha podido correr, tal y como la naturaleza había previsto para ella. De acuerdo, la onza está viva, pero ¿y qué?

Ahora Stéphanie no me mira. Está sacándole brillo al esmalte de uñas con las yemas de los dedos, un gesto nervioso característico de ella.

—Pero es una estupidez, ¿no? Te asombrarías de la cantidad de personas que nunca se han enamorado. ¿Quién dice que la vida es fácil?

—Es lo mismo que yo digo siempre que Harmony se pone a añorar la Edad de las Tinieblas con sus interpretaciones teatrales en inglés antiguo. Le recuerdo que la vida es esencialmente los vikingos haciendo tiras a tu familia y luego prendiendo fuego a la cosecha.

—La naturaleza no es democrática, desde luego.

Así inspirado, unos minutos después, mientras Stéphanie se dirige contoneándose al cuarto de baño para añadirse una tonelada de maquillaje, yo escribo con un rotulador en un billete de cinco dólares, atrayendo no pocas miradas entrometidas de los que cenan cerca:

SÓLO
LA DEMOCRACIA NOS PROTEGE
DE LA BRUTALIDAD
DE
SER ANIMALES

Stéphanie vuelve, y durante unos minutos reina un estado de ánimo ligeramente más alegre.

—Me gustaban tus amigos de Lancaster —dice ella—. Tu Harmony. Tu Skye. Tu Gaia. Tu Anna-Louise. —De hecho, hasta ahora Stéphanie nunca había pronunciado el nombre de Anna-Louise. Me

encanta oírlo en sus labios.

—Me alegra que te gusten. Son muy buena gente. Podrían ser un pelín más ambiciosos pero...

—Tyler —interrumpe Stéphanie—. Con respecto a la ambición... —Termina el vino—. Me lo preguntaste en Francia, y nunca te contesté. Me preguntaste por qué los «adolescentes» franceses —Stéphanie forma unas comillas con los dedos— son tan poco ambiciosos. No es que sean poco ambiciosos, Tyler, pero debo confesarte que estoy harta de tus conversaciones sobre la ambición. Voy a preguntarte una cosa: ¿qué es preferible?, ¿prometerles la luna a tus hijos y luego no darles nada, o prometerles sólo un poco, ser realista, de modo que cuando tus hijos se hagan funcionarios del Estado o conduzcan un camión no *se* sientan desgraciados? Creo que tu ambición es cruel. Sírveme más vino, *s'il vous plait.*

Pedimos la cena y comemos en un silencio relativo. Yo como cangrejo y Stéphanie cordero. Oteo el panorama en busca de estrellas, pero no distingo ninguna. Stéphanie controla la hora en su reloj, como ha venido haciendo toda la urde.

—¿Por qué pones el cangrejo en un lado del plato? —pregunta Stéphanie, mirando el plato.

—Lo estoy reservando como premio por terminar el resto de la comida. Como una memoria oculta de 32K.

Una breve mueca de burla.

—¿Sabes cuál es el rasgo más característico de la clase media, Tyler? La capacidad para posponer el placer.

Suelto el tenedor.

—Stéphanie, ¿por qué no coges tus extraños odios de clase, tus fobias, y te los llevas de vuelta a tu pequeño país, tan abarrotado de gente y tan sin futuro? No los queremos aquí. —Ella continúa comiendo como si yo no hubiera dicho nada—. Lo siento —añado desmayadamente.

Se me quitan las ganas de comer. Si uno de los miembros de una relación tiene malas vibraciones, garantizado que el otro también tiene malas vibraciones.

—Lo que sucede es que toda vuestra historia de Europa es muy seductora. Toda vuestra ropa, todos los edificios, toda la música antigua y las latitas perfectas de galletas. La historia te engaña no estimando el valor que tienes en el presente. La historia está muerta, pero el ahora mismo está vivo. La historia tiene celos del ahora mismo... tiene celos de esta vida.

—Lo entiendo, Tyler.

El resto de la cena es glacial. Llega el postre, una pequeña tarta borracha en llamas, a la que prende fuego con un discreto ademán el camarero, que desaparece enseguida. Miramos las gélidas cualidades

azuladas de la llama y me siento tan solo que noto el estómago paralizado. A lo mejor Stéphanie se siente igual.

Y justo en el interior de este triste silencio Stéphanie me sorprende. Mientras los de las mesas cercanas miran, ella da unas palmadas a las llamas de ron de la tarta borracha, y sus dedos y el *faux* diamante de su pulsera tocan las pequeñas lenguas azules, apagándolas en el proceso. Stéphanie levanta la vista hacia mí con los ojos increíblemente indefensos.

—Claro, Tyler —dice, con gesto resuelto y la mano cubierta de pringue dulce, alcohol y carbón—. Hay llamas, pero lo que está debajo... la tarta... de hecho no arde. —Baja la vista a su mano quemada—. ¿No?

No.

54

EN LA prensa diaria de aquí, la Tierra, recogemos los sucesos de la vida: nacimientos, muertes, matrimonios, ascensos y descensos. Pero yo creo que existe otra Tierra en paralelo con la nuestra, una Tierra donde se publica una prensa paralela que destaca los invisibles sucesos que se producen en nuestra vida cotidiana, acontecimientos pequeños y delicados; encantadores y eternos. A saber:

Datos curiosos: Hoy se enamoraron 4.560.110 terrícolas; 4.560.007 dejaron de estar enamorados.

Pie de foto en color: Paulo María Bispó, un apicultor de Olavarría, Argentina, encontró ayer por la tarde un meteorito de oro en sus tierras mientras las estaba arando. El señor Bispó, padre de tres hijos, convertirá el meteorito en dos dientes de oro que reemplazarán su dentadura actual de madera de manzano para que su sonrisa sea «como el sol donde nació esta piedra celestial».

Pie de foto en blanco y negro: Hoy los niños de la zona se calentaron las manos mientras el cielo del desierto de Carson City, Nevada, EE.UU., estaba negro a causa del humo de cientos de ruletas que fueron quemadas cuando la Comisión para el Juego del estado de Nevada las declaró trucadas. Los meteorólogos declaran que el humo no afectará el clima de la zona.

Datos curiosos: Ayer 3.089.240 mujeres se percataron de que estaban atrapadas en un matrimonio sin amor; 3.002.783 hombres.

Foto en color: En Pretoria, Suráfrica, hay enormes cantidades de lavanda en flor; en Turujhansk, Siberia, la zona de turba siberiana —la biomasa terrestre mayor— está poniéndose marrón con mucha dignidad y se prepara para dormir su mil millonésimo invierno.

Deportes: La semana pasada tuvo lugar un importante acontecimiento deportivo en Tokio. El 11% de los conductores de la ciudad dejó voluntariamente de conducir sus coches para que los atletas que competían pudieran respirar aire limpio. Esta noche, una de estas personas que habían dejado de conducir voluntariamente, Reiko Fukusawa, de 24 años, una funcionaría de la prefectura Saitama, en los alrededores de Tokio —una mujer que se considera algo gorda—, se quedó dormida y soñó con los atletas y sus cuerpos, y

en su sueño volaba, caía y se reunía con una parte de sí misma que creía que había perdido hacía muchos años, cuando era joven.

Inciso: La noche pasada 2.499.055 personas fueron incapaces de dormir, a la espera de los resultados de unos análisis médicos; 130.224 con motivo.

Foto con breve texto: Los astronautas a bordo de la lanzadera espacial que hoy realizaron pruebas en órbita soltaron a Kippy, un pequeño pájaro azul nacido en el espacio exterior, en la atmósfera de su cápsula. Los científicos rodaron los primeros e ingrávidos zigzaguees confusos de Kippy. Sin referencias de memoria genética relativa a la ingravidez, Kippy y sus alitas recientemente formadas tuvieron que reinventar desde cero todo el proceso del vuelo en caída libre.

—Le dimos a Kitty un premio por su valor —dijo el capitán de vuelo Don Montgomery—. Fue valiente. Kippy no tenía que volar, pero voló. Toda la tripulación nos sentimos muy orgullosos.

55

PÉRDIDA.

Stéphanie me dejó hace una semana, después de la cena en Morton's. Durante toda la cena le había preguntado repetidamente cuál era la gran sorpresa; ella no lo quería decir. Después, cuando nos paramos junto a la puerta de salida, Stéphanie, sorprendentemente, no trató de ponerse la chaqueta, y cuando le pregunté por qué, empezó a retorcer de modo visible sus rasgos faciales como si fuera a hacer una especie de confesión. En este momento se le acercó un hombre desde otro de los salones del restaurante, un tipo siniestro y evidentemente forrado, con pinta de señor de la coca, cuello de mono, pelo peinado hacia atrás con fijador y una bruma de colonia casi visible. El tipo se detuvo detrás de Stéphanie, poniéndole las manos en los hombros con aire de intimidad.

Stéphanie parecía molesta; supuse que el tipo no hubiera debido aparecer hasta que yo me fuese.

—Bien, Tyler —dijo ella—, te presento a Firooz.

Firooz y yo casi no dimos muestras de advertir la presencia del otro, y nuestro contacto retina a retina fue un simple barrido cuando la boca de Firooz se puso a coquetear con el cuello de Stéphanie. Mi propia reacción fue inesperada, como si me marease durante un terremoto. Me ardían las orejas. La cabeza empezó a darme vueltas. La verdad y la realidad se entremezclaron, un fax de un fax de un fax de un fax de una foto.

Fue algo muy rápido. Otro tipo, supongo que un amigo de Firooz, con la pistolera visible debajo de la chaqueta, abrió la puerta y me preguntó si ya me iba. Stéphanie me tendió un trocito de papel con un número de teléfono escrito y susurró:

—Lo siento, Tyler. Lo hemos pasado bien, pero se acabó. Los amigos de Firooz se llevaron mis cosas esta noche mientras cenábamos. Adiós.

Éste fue el final; sin posibilidades de negociar. Quedé desnoviado.

—Stéphanie... —Pataplúm. Un hábil puño de asesino a sueldo incidió en mi cuello... (técnicas de ataque del Departamento de Policía de Los Ángeles) y percibí el brillo de una pistola cuando se cerraba la puerta; con mi visión periférica distinguí el espectáculo de unos ricos cenando. En los oídos se produjo un silencio airado y las voces de los camareros curiosos preguntándose si yo estaba lo suficientemente abajo en la cadena alimenticia para burlarse de mí en voz alta.

Momentos después estaba en la calle, caminando por la acera del Santa Mónica Boulevard, sintiéndome como una de esas casas donde

la familia ha desaparecido misteriosamente para siempre dejando la comida servida encima de la mesa del comedor. Demasiado rápido. Demasiado rápido. Así como las hojas parecen más verdes al ponerse el sol, también mi percepción de la luz se agudizó: mi piel rosa era más rosa; los Toyotas blancos más blancos; mis zapatos negros más negros. Las flores eran lujuriantes. Me invadió una oleada de gran lucidez y el mundo tomó el aspecto que adquiere antes de una crisis de fiebre, el momento anterior al colapso de la percepción, como un edificio que se hunde sobre sí mismo y uno se marea mucho, mucho.

56

VOY ANDANDO por Hollywood Boulevard. Sí, andando. Vendí el Confortmóvil para hacer frente a los gastos diarios. Ese coche era una burbuja que contenía los años más felices de mi vida y quedé en silencio cuando vi que su nuevo dueño se alejaba con él la semana pasada. El nuevo propietario era un estudiante de

la Universidad de California llamado Bernie, quien llamó «Becky» a mi querido cochecito mientras yo parpadeaba. Después entré violentamente en el apartamento, bufando de cólera; estos días siento cosas raras. ¿Qué le ha pasado a la agradable sensación de independencia que sentía en otro tiempo?

Llevo una temporada viviendo solo aquí, en West Hollywood, en el microapartamento. Estoy decidido a recuperar la independencia. Pero ser independiente es más difícil de lo que yo pensaba. Y muy caro.

Además, en estos últimos días me siento distinto, porque nunca había estado completamente solo. En Europa estaba Kiwi, o por lo menos la posibilidad de un euroamigo pasajero. Aquí, en Los Ángeles, no tengo a nadie con quien hablar. La gente con la que me encuentro está pirada y no me decido a entablar conversación. No me quiero convertir en un imán para los psicópatas.

¿Qué puedo hacer? Trato de atenerme a un programa: me aseguro de que voy bien vestido en todas las ocasiones; me cercioro de que siempre llevo el pelo adecuadamente arreglado —en cuanto uno descuida el pelo, sigue todo lo demás—, no puedo permitirme ningún día descabellado; me aseguro de que el microapartamento esté ordenado. Además, he descubierto los programas de debate en onda media. He descubierto una emisora de «Todo es una conspiración» que emite desde el Valle. Les tengo que telefonear.

Tengo quehaceres domésticos. Esta mañana, antes de pasear por el bulevar, utilicé parte del dinero de la venta del Confortmóvil en comprar un aparato antirruidos. Tengo problemas de sueño porque estoy demasiado preocupado por la pobreza. El dormitorio tiene eco. De pronto me sobresaltan pequeños ruidos. Tintineos, sonidos metálicos y ruidos sordos. Uno se da cuenta de que es pobre cuando oye los ruidos que hacen otras personas al otro lado de los tabiques. La semana pasada, en mi búsqueda del sueño, le cambié a Lawrence mis trozos de cartel por válium.

—Esto no es fuerte —dijo Lawrence, tendiéndome un frasco de plástico cuando saqueábamos la farmacopea de su botiquín. La mitad

de los frascos no llevaban etiqueta.

—¿Cómo es que no tienen etiqueta? —pregunté.

—Contienen cosas vergonzosas. Toma... Empezaremos con válium. De momento te bastará. No quiero que te produzca demasiada reacción y que se me echen encima los federales.

—¿Qué es esto? —pregunté, agarrando un frasquito transparente, sin duda muy valioso pues ocupaba un solo estante.

—Zopiclone. No lo puedes conseguir sólo con esos trozos de cartel. No circula en Estados Unidos. Necesitarías el marcador del estadio de los Dodger para comprarlo. Te dejan tieso sin interrumpir el ciclo natural del REM. Caviar cerebral.

Hoy tengo un motivo para caminar por el Hollywood Boulevard. Ayer dejé mi trabajo en AlaWorld. Decidí que no iba a seguir friendo alas cada día simplemente para ganar lo suficiente para seguir trabajando en AlaWorld para ganar lo suficiente para seguir trabajando en AlaWorld para... Un círculo infernal. ¿Quién habrá inventado estos trabajos en serie? Son trabajos, desde luego, pero no una forma de vivir.

Pero ahora AlaWorld forma parte de mi pasado. Esta tarde, aquí en el bulevar, experimento con una idea empresarial que se me ocurrió la semana pasada, una idea que me dio seguridad para dejar el trabajo. Imagino que aunque tuviera que vivir dentro de una alfombra enrollada en una calleja de detrás de la casa de la Familia Heroína, preferiría ser un perdedor desde mi punto de vista a pasar un nanosegundo más tras los pegajosos botes de salsa Cocodrilo Cajun, Barbacoa Picante y Mister Mostaza oyendo a Jesus mentir (como en realidad hizo) sobre míticos trabajos en los clubs nocturnos.

El primer paso de mi idea empresarial implica apropiarme de unos cuantos productos, de ahí mi actual misión por el bulevar, un sitio encantador, un puré de concesionarios y artículos de mala calidad: Hamburguesería Hamlet, Taco Bell y El Big Fucky. La acera tiene una costra de hamburguesas aplastadas, agujas hipodérmicas y planos olvidados: Disneylandia con lesiones. Veo los rostros confusos de los turistas alemanes con una expresión que todavía no se ha convertido en decepción. Para contribuir al tono surrealista, hay gran abundancia de tarjetas de Navidad, sin duda pedidas por teléfono al 900 RELOJ DE DALÍ.

Paso por delante de Graumann's, que como la mayor parte de los negocios de la calle es un simulacro de versión de su propia historia, una estructura nueva que pretende ser una estructura vieja. Como dijo Lawrence la semana pasada: «Ninguno de esos viejos que proyectaron estos edificios se acordó de poner un espacio para las tiendas de camisetas.»

En Fairfax encuentro por fin lo que ando buscando —la materia

prima de mi aventura empresarial—, un bloc tamaño gigante de papel de dibujo más una caja de 64 lápices de cera en una tienda de material para diseño gráfico. Realizo la adquisición y me marcho, conservando la factura. Ahora me dedico a los negocios.

Justo cuando salgo de la tienda se produce un pequeño terremoto, no excesivo pero suficiente para disparar todas las alarmas de los coches de Los Ángeles. Desde el Wilshire Boulevard a Compton, la ciudad está incendiada de ruido. Me siento en los escalones al calor del sol y oigo cómo se van extinguiendo una tras otra todas esas alarmas de coche hasta que sólo se oye de nuevo el rugido sordo de la ciudad, y la ciudad, bañada por el sol, recobra una vez más el sueño, el sueño colectivo.

Circulan coches por las calles de la ciudad, crecen plantas en la tierra, se genera riqueza en sus casas, brota, se pierde y vuelve a brotar esperanza en las mentes y las almas de sus habitantes, y la ciudad continúa con su sueño y busca las ideas que la harán fuerte.

57

SOY UNA estrella que hace estrellas de las estrellas. Dongo el papel encima de las estrellas más famosas incrustadas en bronce en las aceras del Hollywood Boulevard, y froto repetidamente con los lápices por encima. Tardo unos treinta segundos en hacer una, y las puedo confeccionar con cualquier color. Tengo que realizar pocas inversiones; ni siquiera necesito un puesto. Me limito a Elvis y Marilyn, y oferta y demanda son simultáneas cuando inquietos grupos de turistas aflojan la pasta. ¿Instalaciones? Lo único que necesito es una goma *elástica* para sujetar los ingresos.

Estoy arrodillado en el suelo para conseguir mis nuevas ganancias. Recuerdo los desfiles de cuando era pequeño, allí en Lancaster, *desfiles en* los que mujeres muy guapas con disfraces *de* reactor nuclear hecho con papel maché le tiraban caramelos a un yo más joven, que gateaba alegremente por la acera, de rodillas, como ahora, recogiendo la rica generosidad de la *vida.*

Días después, escribo con rotulador en mi camiseta:

EstrelladeStrellas®
5 dólares

—Oiga, señor —pregunta una anciana con el pelo granate—, ¿sabe dónde está la estrella de Lucy?

Todo el mundo supone que soy un pirado por hacer lo que hago, y eso que voy vestido inofensivamente con téjanos y camiseta. Un perro de ciego me lame la cara. El aire es asqueroso; respiro a fondo y me salen nódulos pegajosos de la nariz como a esos ratones grises que andaban arriba y abajo por las conducciones del agua en el metro de París.

Me he convertido en un imán para los chiflados callejeros, y la gran riqueza de vida callejera del bulevar gravita hacia mí, no tanto con el fin de incluirme en su vida, sino para que les proporcione un agarradero geográfico para su propia vida y evitar que se sientan como árboles de Navidad sin vender, ensuciando las calles de la ciudad el 26 de diciembre. De vez en cuando los pirados callejeros me preguntan la hora o si quiero una naranjada o una calada de lo que están fumando, con la cara contraída, como si acabaran de tomar un puñado de píldoras para adelgazar y de recibir malas noticias. No piden nada. Ahora constituyen la única compañía con la que cuento. Tienen el pelo largo; su paraíso es The Whisky a Go-Go; su música el trash-metal espídico. De vez en cuando les doy el dibujo de una

estrella, de James Dean o de Liz Taylor, y se ponen contentos, proporcionándome entretenidos fragmentos de diálogo durante las horas siguientes, mientras japoneses, alemanes y nativos de Ohio adquieren recuerdos de Lucy y Marlon Brando. Un ejemplo:

—Pues bueno, esta mañana Danny se mancha los pantalones con la grasa del beicon y luego esta tarde va a Benedict Canyon a hacer un trapicheo y unos doberman saltan sobre él y le muerden los muslos.

—Todo eso procede de Tolkien, tío.

58

¡ÉXITO! OTRA tarde más que vuelvo a casa con los bolsillos rebosando dinero. (Perfil del *Joven Empresario* del mes: «Tyler Johnson arrasa en Hollywood».) En mi buzón hay dos cartas esperando mi llegada. Una es de Jasmine y la otra de Daisy. Con un estado de ánimo exuberante, abro primero la de Jasmine.

Dice lo siguiente:

5 de diciembre

Querido Tyler:

Creo que, al nacer, a todos nos dan velos para que no veamos cómo era nuestras madres de jóvenes... llenas *de* ginebra y bailando en los brazos de un hombre que no es nuestro padre. Sé que tengo problemas para captar una versión más joven de mi propia madre debido al velo que tengo, y creo que tú llevas un velo delante que te impide verme con claridad.

¿Por dónde empezar? Primero por los pequeños detalles: esta tarde Mark ha ido al colegio. Daisy y Murray han salido a buscar trabajo. (Espero que tú no hayas tenido que hacerlo.) Tienen un pelo horroroso, *Tyler*, y no *sé* cómo conseguir que hagan algo con él. Esto suena como si tuviese ochenta años. Será mejor que no siga por ahí.

Estoy sola en la cocina. El sol entra a raudales y tomo «mi infusión» (hoy manzanilla). Puedes imaginar perfectamente la escena... y el lugar está inmóvil si se exceptúa a una gorda Kittykat que duerme encima del frigorífico, mientras digiere su Kitty Whip®. (Últimamente come demasiado. Tu abuelo no deja de traer muestras de nuevas líneas de productos a nuestra peluda miembro de la familia. Oh... Kittykat me acaba de mirar. Supongo que quiere saludarte. «Miau.» [Perdona, Tyler, creo que estoy diciendo demasiadas tonterías.])

Bueno, da lo mismo. Aquí, en esta paz de la cocina, recuerdo un sueño repetido que tengo (ya sé que no te gusta que te cuenten sueños, pero lo siento por ti, guapo, porque ahí va). Me veo en una casa desconocida, y la voy recorriendo; inspecciono las habitaciones, confiada y sin miedo porque sé que soy la única persona de la casa. Entro en una habitación; veo un cepillo del pelo, un frasco de perfume y una pequeña foto enmarcada de un barco. Entonces me doy cuenta de que voy hacia atrás en el tiempo, de que se trata de la habitación de mi madre y de que ahora yo soy ella. No esperaba envejecer, Tyler.

No puedo seguir esperando. Lo abordaré directamente: no, Tyler, no estoy enfadada contigo por no telefonear, escribir ni comunicarte

durante estas semanas que has andado por ahí haciendo Dios sabe qué y dejándome en plena oscuridad. Pero en cierto sentido me merezco este silencio tuyo. Podría haber dedicado más tiempo a prestar atención a tu vida en lugar de estar tan encerrada en la mía, justo antes de que te fueras. Pero lo mismo se podría decir de ti, cariño. La falta de atención es mutua.

Tyler, crees que me conoces, pero no me conoces en absoluto. No digo esto como un desafío o para rebajarte. Nadie conoce realmente a los demás, creo.

Pero te has creado una imagen de mí que no se corresponde con lo que yo soy. Cariño, te quiero mucho, pero no me juzgues, ¿vale?

Lo que hice con Dan es una estupidez, pero fue una estupidez mía, no tuya. En cierto sentido estoy diciendo: no te metas donde no te llaman, pero en otro sentido también digo: tengo la suficiente confianza en ti como para dejar que hagas lo que quieras. No te preocupes demasiado por lo que hacen los demás. Lo digo con cariño. No refunfuñes todavía.

Pero al releer esto, veo que no estoy siendo lo suficientemente clara...

Vale... Recuerdo que hace como dos meses te dije que llegaría un momento en que descubrirías una cosa que se llama soledad. Entonces no quisiste escucharme —¿hay algún joven que escuche alguna vez? —, pero imagino que ahora, en Los Ángeles, habrás descubierto qué es. No es que haya llegado a esta suposición por arte de magia; más bien lo he deducido. Stéphanie telefoneó hace un par de días desde el lago Tahoe preguntando por un broche que había olvidado aquí, en Lancaster. Me sorprendió, por decirlo con pocas palabras, que tú no estuvieras con ella. Te dejó, ¿verdad?

Resultó ser una putita mercenaria, ¿a qué sí? (No sigas por ahí, Jaz, guapa, será mejor que me esté quietecita porque no conozco tus verdaderos sentimientos hacia Steph. Un consejo sabio, hijo: nunca hagas comentarios negativos sobre un amante que dejó al otro hace poco [miau, miau, miau].)

Lo siento. Estoy cabreada porque creo que Stéphanie sólo te utilizó para no aburrirse mientras intentaba conseguir la carta verde. Si te parece que he sido desagradable, perdóname; pero respeta mi sinceridad. Nunca me gustó ni un pelo.

Pero ¿te sientes solo? Recuerda: cuando te sientes solo es cuando más necesitas estar cerca de ti mismo. La más cruel ironía de la vida. La cuestión a la que trataba de llegar con todo esto es que hasta que no hayas estado solo, intenta diplomáticamente no hablar de la vida de quienes lo han estado. Como yo.

Oh, Tyler, mírame... ¿Es culpa mía no estar casada? ¿Voy a pasar mis mejores años como una solterona soviética, horneando el pan a las

cuatro de la madrugada?

Hay muchas cosas de la vida que no podemos evitar hacer. Oportunidades perdidas. Ahora lo acepto. No me lamento y debo limitarme a aceptar mis errores y seguir viviendo. No quiero terminar siendo una «vieja gruñona» como incisivamente describiste a la pobre señora Dufresne, que, por cierto, esta semana ha repintado su santuario Disney de la pradera. Resulta muy vistoso.

Llaman a la puerta. Voy a abrir.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS: ¡Un pedido de Kitty— Whip®! Tendrías que estar orgulloso de mí. Era la señora Dufresne (hablando del rey de Roma...), que quería una KittyPump, de modo que en el futuro procuraremos no burlarnos de los adornos de su jardín porque ahora es una valiosa cliente. Mira, Tyler, también puedo aprender esas cosas. No soy una vieja que fue moderna y que se ha echado a perder.

Hablando de KittyWhip®, mi joven empresario, seguí tu consejo y esta mañana le hice una fría llamada al señor Lancaster, el hombre al que llamas El hombre con 100 animales de compañía y sin tele. ¡Es un encanto! ¿Y sabes una cosa? ¡Tiene cien animales de compañía de verdad! Su apartamento era como un zoológico, y había convertido el comedor en un maravilloso estanque de carpas. Precioso. Tomamos una cerveza juntos (creo que el señor Lancaster [se llama Albert] es lo que tú llamarías «un entusiasta de las copas», aunque quizá sólo se trate de que está solo. Por maravillosos que puedan ser los animalitos de Albert—sus perritos, gatitos y pajaritos—, los humanos son las únicas criaturas con las que uno puede hablar y, por lo que parece, Albert no habla con mucha gente, o al revés).

Es un hombre muy amable. Me regaló un gatito cuando me fui —Norman—, el nuevo hermanastro de Kittykat, que en la actualidad mea en las alfombras y tarda en aprender a usar su caja. Te gustaría Norman. A Kittykat no. Por eso se ha subido a la nevera. A veces se pelean.

Después de visitar a Albert, llamé (ya eres mayor y puedes soportarlo) a la puerta de Anna-Louise, que abrió sin aliento porque estaba haciendo aeróbic. Esta juventud... Total, Tyler, que le conté a Anna-Louise lo de la llamada desde el lago Tahoe (ahora la culpabilidad me pesa sobre los hombros) y tomamos té, y fue ella quien sugirió que te escribiese enseguida. Yo me resistía porque pensaba que necesitabas más tiempo para enterarte de qué va la vida. Puede que ella pensara que yo era una irresponsable por no ponerme antes en contacto contigo, pero ¿quién soy yo para ponerme en ese plan cuando me escapé con Neil a los diecisiete años? ¡Pobre madre! Eso de largarse por ahí debe de ser cosa de familia. Será mejor que espose a Daisy al radiador.

Así que me parece que a Anna-Louise aún le sigues interesando. Te conoce mejor de lo que crees. Ya he dicho bastante. ¡Ahora suena el teléfono! No cuelgues.

UNA HORA DESPUÉS: Era una mujer preguntando cuándo fue la última vez que nos limpiaron la chimenea. Jodidos telencuestadores (y perdona la expresión [¿todavía se dedica Skye a eso?]). Luego salí al jardín para recoger los muebles. Después Norman hizo sus cosas en la caja adecuada y necesitaba un premio. Me distraje con todo eso.

Ahora mi estado de ánimo ha cambiado, y el sol se ha escondido tras las nubes. A veces me encuentro en este estado de ánimo... ese estado de ánimo en el que noto que hay un buen amigo cerca al que debería telefonear. Si al menos pudiera contactar con ese amigo y hablar, entonces todo iría bien. El dilema es, claro está, que no sé quién es ese amigo. Pero en el fondo sé que mi estado de ánimo se debe sencillamente a que me siento sin relación con mi auténtico e último yo.

Escúchame bien, Tyler... Balbuceo como una madre tierra. Dios santo, he estado llamando a mi teléfono interior desde hace tanto tiempo que si en el otro extremo hubieran contestado, probablemente habría perdido el sentido y habría olvidado a quién llamaba. ¿Nunca has sentido algo así?

Aggh. Hay tantos secretos encerrados dentro de todo el mundo, tanta oscuridad. Puede que ya lo hayas notado. Por la dirección que le diste por teléfono a Daisy, veo que estás en West Hollywood. Si no me falla la memoria, en los viejos tiempos del microbús Volkswagen, West Hollywood era un sitio bonito, pero no el refugio de la moralidad. Puede que hayas empezado a notar más el lado oscuro de la naturaleza humana ahora que vives ahí.

Ah. Mi juventud... Tyler, me gusta pensar que «mi viaje alrededor de la manzana de casas» de estos últimos años no ha sido completamente inútil. De modo que en este punto creo que te haré saber cómo soy yo, lo que pudiera ahorrarte un poco de tiempo.

Lo que te quiero decir, hijo mío, es lo siguiente: muy pronto comenzarás a ser consciente de la oscuridad que todos tenemos en el interior. Guardarás negros secretos y cometerás acciones negras. Te sorprenderás ante la insensibilidad y las transgresiones de que eres capaz, y sin embargo no serás capaz de evitarlas. Y para cuando tengas treinta años, todos tus amigos tendrán también negros secretos, pero pasarán años antes de que sepas exactamente cuáles son sus negros secretos.

Más tarde, cuando llegues a mi edad, verás que tus amigos empiezan a morir, a perder la memoria, que se les arruga la piel. Verás que los negros secretos se manifiestan por sí mismos —a través

de sus mentes y sus cuerpos, y a través de las historias de tus amigos —. Sí, Harmony, Gaia, Mei-Lin, Davidson y los demás empezarán a decirte a las tres y media de la mañana que les eches yodo en las heridas, que les consigas la vacuna del tétano, que llames al 093; y los oirás llorar. Lo único que obtendrás a cambio de todo esto —dado que sus corazones antes jóvenes se han convertido en alquitrán— será que todavía querrás más a tus amigos, aunque te hayan hecho ver el universo como un sitio más vacío y terrible, y ellos también te querrán más a ti. Balance cero (un término del manual de Kitty Whip®).

Nuestros logros pueden hacernos interesantes, Tyler, pero nuestra oscuridad nos hace dignos de ser queridos. Tendrás secretos oscuros, Tyler, y yo te seguiré queriendo. Dan tiene sus secretos oscuros (bueno, en él no son secretos de verdad, ¿o sí?) y yo le sigo queriendo a mi modo. Sí, Tyler, yo también tengo mis secretos oscuros. Y espero que me seguirás queriendo. La belleza y la tristeza vienen juntas; hasta Frankenstein se siente solo. De modo, Tyler, que deberías perdonar a Dan. No tenemos más elección que perdonar, o de lo contrario sólo somos animales. Animales oscuros. Y eso es demasiado para poder soportarlo. A Dios no le gusta que uno se quede en casa sin hacer nada. Prefiere que salga y a lo mejor se meta en problemas. Arriésgate a perdonar a Dan, y luego olvídate de él.

Ya está bien, ¿no? Lo último que necesitas es que tu madre, tan hippie ella, resulte una pesada. Eres hijo mío, Tyler, y espero que te haya educado bien. Nuestra casa no era como las de la tele pero sabes que siempre te hemos querido y que nada que hagas impedirá que te siga queriendo. Haz lo que quieras, pero después de hacerlo, vuelve a casa. Y que sea pronto.. Te echamos de menos, te queremos, y a lo mejor hasta Norman será capaz de decirte por qué Kittykat golpea con sus patas tu tejado.

De nuevo otra tontería. Sólo soy una vieja hippie. No abandones la luz, querido mío, fruto de mi corazón.

Tu madre,
Jasmine

59

LA CARTA siguiente es de Daisy, que contiene otra carta doblada, una carta que me mandaron de (¡no!) Betchol, en Seattle.

4 de diciembre

Querido e ingrato HERMANO: Esa carta llegó ayer. ¿No es Betchol la empresa que dirige ese tipo que te trae a mal traer, Frank Miller o algo así? Sin duda, alguna interesante oferta de trabajo. Si resulta que es un puesto de directivo, a ver si le puedes conseguir algo a Murray. Por desgracia, MI QUERIDO MURRAY sigue buscando trabajo. Pudo haber conseguido uno para atender la barra de ensaladas del asador de Daley, pero tenía que llevar UNA REDECILLA EN EL PELO. Qué degradante.

No es necesario decir que aquí hay MUCHOS CHISMES RECIENTES, pero no te contaré nada de nada. ¿Es cosa de mal gusto por mi parte desear que VUELVAS A CASA, o por lo menos que vuelvas a TELEFONEAR? *¿Por qué ese* silencio?

Besos y abrazos.
Daisy.

PS: Recuerdos incluidos en este sobre: 1) auriculares de deprimentes "Walkman que no suenan. 2) Unas hojas de colores muy bonitos encontradas en el jardín. 3) Restos de palomitas de maíz del Ochoplex, sitio donde trabaja... ANNA-LOUISE.

Empresas Bechtol
Seattle, Washington
12 de noviembre

Estimado señor Johnson:

El señor Frank Miller leyó su carta del pasado 31 de octubre con gran placer. Me pidió que le indicara a usted que concertase una cita para visitarnos aquí, en Seattle, cuando mejor le convenga. Tenga la bondad de telefonear para concertar dicha cita en el momento que prefiera. Tanto el señor Miller como yo deseamos conocerle pronto.

Cordialmente,

Donald B.Kepke,
director de personal
de Bechtol

60

LLAMO por teléfono a Bechtol desde el apartamento de Lawrence para evitar que se oigan los desagradables ruidos de la circulación que rodean «mi oficina», es decir, la cabina de la esquina. El señor Donald Kepke, del departamento de personal de Bechtol, en Seattle, responde a mi llamada telefónica sin dudarlo; un buen augurio.

—El señor Miller irá a inspeccionar el viernes una fábrica de coches, en Tennessee —dice el señor Kepke—. ¿Podría visitarnos el jueves? Si viniera el jueves, le facilitaría mucho las cosas al señor Miller.

—Naturalmente, señor Kepke —digo yo, halagado por su interés —. Sólo tendré que modificar un poco mis planes de vuelta. —(Pero bueno, ¿es que le voy a decir a Frank que viajo en autobús?) Conversamos educadamente sobre otros pequeños detalles.

—Muy bien, señor Johnson. Estaremos encantados de recibirle el jueves a las diez de la mañana.

No suelta prenda sobre por qué en Bechtol quieren entrevistarse conmigo. Simplemente quieren «hablar». Evidentemente, les interesa HistoriaWorld®. Ejem.

Repaso mentalmente la llamada telefónica. ¿El resultado? Creo que llamar por teléfono desde California ha causado buena impresión. Además, debido a que la carta de Bechtol me la mandaron con tanto retraso, por ausencia yo he salido vencedor en eso de demostrar indiferencia.

Miro por la ventana a la Familia Heroína y sus interminables ventas en la acera.

—¿Sabes una cosa, Lawrence? —digo, colgando el auricular—. Llevo cinco semanas en Los Ángeles. Y en esas cinco semanas, ninguno de mis sueños ha tenido a Los Ángeles como lugar de emplazamiento. ¿Los tuyos tienen lugar en Los Ángeles? De noche, ¿dónde sueñas que estás?

—Yo no sueño.

—Es una pena, Lawrence. Todo el mundo sueña.

—¡No es cierto! —Lawrence está ordenando sus camisas polo por colores—. Creo que la mayoría de la gente sueña con las casas en las que se crió. Aunque uno se traslade a Nueva York, al fondo del mar o a un sitio elegante, sus sueños siempre se sitúan donde se ha criado. La casa en la que uno vivió cuando era pequeño es lo que dirige la vida.

—¿Entonces por qué no sueñas?

—Soy hijo de militar. Cuando era pequeño, nos cambiábamos

muy a menudo de sitio. No sé dónde está mi casa.

El día siguiente.

Antes de largarme de Los Ángeles esta tarde, necesito unos recuerdos para la pandilla de Lancaster. He ido hasta Vine Avenue, donde se localiza a las estrellas más famosas y donde el ambiente está relativamente libre de sonados. Detrás de mí se levanta el montón de tortitas del edificio de discos Capitol, redondo y totalmente de los años sesenta con su arquitectura de «el futuro es hoy». A mis pies se encuentra la estrella de John Lennon. Saco de la mochila unos cuantos trochos de ceras de colores que me quedan de la compra mágica de ayer: ciruela, fresa silvestre, mandarina, limón, selva y cielo. Luego me pongo a frotar, trazando amplias franjas de color arco iris en el rectángulo de papel y dibujando debajo la estrella de Lennon.

Tengo los brazos cansados; me fallan la fuerzas. La última noche no pude dormir debido a todas las noticias y a los cambios de mi vida. Es curioso pero en esta ciudad no tengo a nadie con quien compartir mi éxito empresarial. Aquí, en Los Angeles, no conozco a nadie salvo a unas pocas personas con las que comparto solamente unas cuantas semanas de recuerdos alucinatorios y desgraciados, y la noche anterior hasta esas personas habían salido: Lawrence a ver si encuentra un catálogo de Esprit, y el señor Moore a su reunión de alcohólicos anónimos. De modo que hablé con mi radio.

Sigo frotando con las ceras de colores. La sirena de un coche empieza a sonar allá abajo, en la miserable laguna de anhídrido carbónico del Hollywood Boulevard, en el brillante atasco. Entre los coches atascados me parece ver a Stéphanie —puede que lo sea o puede que no—, una Stéphanie clon o segunda edición —dentro de un Ferrari rojo—, aunque quizá es otra que anda a la caza de una carta verde.

Bien.

Stéphanie hizo lo que tenía que hacer. Naturalmente, ella dice que la ambición puede con uno, pero ¿quién fue la persona que tenía ambiciones? ¿Desde cuánto tiempo llevaba planeando el viaje hasta donde quiera que ahora esté? ¿Cómo funciona su mente? Sencillamente, no lo sé. En el mejor de los casos, para mí sus pensamientos son como una película proyectada en una pared negra: las imágenes son claras, pero nunca hay nada realmente blanco. ¿Tenía en mente andar por el bulevar en un Ferrari cuando me llevó a su casa aquella primera noche en París, la noche en que casi me cambia por un cartón de Marlboro? ¿Cómo lo podría saber yo? Debo admitir no obstante su capacidad para hacer planes a largo plazo. A lo mejor en los negocios existe un principio que conviene aprender cuanto antes: con los limones, haz limonada, muchacho.

Respiro a fondo y me interrumpo, colocando un arco iris ya terminado en el pequeño montón. Un hombre me pregunta si puede comprar uno de mis dibujos, y le digo que claro: con eso pagaré el viaje de vuelta en taxi hasta el microapartamento, y recogeré mis cosas.

Al guardar el dinero del hombre en el bolsillo, bajo distraídamente la mano a la estrella de Lennon, que lleva toda la mañana al sol, y su bronce calentado por los rayos solares es como un elemento de un fogón. Me quema la palma de la mano y siento como un pinchazo de dolor.

Levanto la mano al cielo, agitándola estúpidamente al viento. Los desconocidos de los coches que pasan me devuelven el saludo con la mano. Luego me llevo rápidamente la palma quemada a la lengua, cierro los ojos, lamo la herida y me arrodillo bajo el sol del mediodía. Suena un rumor en mis oídos y ese rumor es el del sonido del color del sol.

61

EL DÍA siguiente.

Esta mañana, les han puesto pimienta a los andares de los empleados de Bechtol. Los puños invisibles de unos reactores militares en maniobras llevan desgarrando y haciendo trizas los cielos de Seattle desde las nueve de la mañana y crean un techo invisible de seguridad tribal por encima de la ciudad mientras van y vuelven aullando entre este punto y Tacoma. Los empleados de Bechtol han ido entrando por las puertas giratorias negro carbón de la Torre Bechtol para volver a salir a toda velocidad y atravesar la plaza donde he estado sentado mirando las cosas durante casi una hora; no llegan a ver los reactores, que son más rápidos que el sonido.

Cuando se acercan las diez, entro en el ascensor y subo hasta el piso 73 mientras disimuladamente me doy los últimos toques en unos espejos muy elegantes de tono marrón. Pero me parece que lo que hago es demasiado evidente porque una mujer que baja en el piso 54 dice:

—Espera. —Sonríe y me esconde la corbata bajo la parte de atrás del cuello—. Buena suerte —dice, y se despide con la mano. Adoro a los desconocidos.

Se abren las puertas. Las oficinas de Bechtol están llenas de bronceado solar, de impresoras láser y de expectación, y los empleados tienen un aspecto fabuloso, de intelectuales asesinos que sin duda han desayunado tarta de chocolate y martini. En el vestíbulo me fijo en que han recortado cuidadosamente los extremos secos de las hojas de las plantas, siempre una señal reveladora de una firma próspera.

Cuando le digo a la recepcionista con quién estoy citado, me dice que el señor Donald Kepke llegará dentro de un momento. ¿Me importaría sentarme? A la espera de emprender la larga arremetida, miro sin verlo el periódico de la mañana y no me entero de nada. Estoy demasiado nervioso ante mi encuentro con Frank E. Miller.

El señor Kepke llega a las diez en punto, vestido adecuada e imponentemente con un traje azul marino.

—No llevará esperando mucho, ¿verdad? —dice.

—No. Nada en absoluto.

—Donald Kepke.

—Tyler Johnson.

Miro los zapatos del señor Kepke. En mi vida he visto unos zapatos atados como éstos. Oh, Dios santo, probablemente los ricos tengan un modo de atarse los zapatos del que nunca he sabido nada.

Nos estrechamos la mano. Sin duda me evalúa con la mirada. Una oleada de pánico, a lo mejor esta mañana tendría que haberme rizado el pelo, pero mi secador murió y en el hotel no tenían.

—Venga conmigo, señor Johnson —dice—. Le presentaré a Frank.

La cosa va rápido.

Atravesamos un laberinto de despachos: pintura y moqueta de tonos gris y esmeralda para que no se canse la vista; bañes afelpados para el sonido; paredes de cristal rodeando salas de microconferencias; un panel digital transmitiendo el cambio de Bechtol en la Bolsa de Nueva York; ordenadores soñando con los datos que tienen almacenados; amplio espacio de pasillos para que fluya cómodamente el tráfico; múltiples barreras de identificación con tarjeta y el sonido de la voz. Las oficinas me hacen flipar. Siento como si estuviera tomando una de esas cenas medievales en las que el camarero mete un pichón dentro de una cabra dentro de un cerdo dentro de una oveja dentro de una vaca, todo eso dando vueltas pinchado en un asador.

Doblamos una esquina y entonces voila!, ahí está Frank E. Miller sentado detrás de una mesa de madera oscura, como en la foto de la contracubierta del libro. Habla de unas alfombras de oso polar por un teléfono con auriculares. Nos indica por señas que nos sentemos y señala una cafetera. A su derecha hay un telescopio de bronce. A su izquierda, un mapamundi. Detrás de él está el volcán dormido del monte Rainier.

El señor Kepke me sirve un café. Frank grita un «adiós» a los auriculares (unos auriculares no muy distintos a los auriculares del ordenador de freír patatas que llevaba yo puestos en Ala World), se los quita y luego nos mira resplandeciente. Parece de buen humor.

—Johnson —dice, haciéndome un gesto—, ¿qué piensa usted del futuro?

Menudo comienzo...

—Verá... señor —tartamudeo—. Creo que para ser feliz... para hacer frente al futuro de un modo positivo y adecuado... uno no debería pensar que la vida ya no es tan buena como antes. La vida debe ser mejor ahora de lo que lo era antes, y la vida va a ir mejor y mejor en el futuro.

—Exacto. Exacto. Un amigo mío se quejaba por teléfono porque los esquimales ya no curan sus pieles de oso con orina. Usan otra cosa. Nunca me gustaron las pieles curadas con pis. Muy bien por los esquimales.

Frank se levanta y nos estrechamos la mano.

—Usted es el que escribió la carta sobre los basureros. Gran idea. Gran idea.

—Gracias, señor.

El señor Kepke añade:

—Su carta se ha convertido en un clásico de Bechtol. Espero que no le importe, pero la carta ha sido fotocopiada y mandada por fax unas cuantas veces. Es usted famoso en el piso 73.

—Creo que debería trabajar para nosotros, Johnson —interviene Frank E. Miller—. No le puedo ofrecer un cargo importante, pero ascenderá dentro de muy poco. Necesitamos gente con ideas. Necesitamos gente con sueños. No tendremos productos nuevos sin ideas, y no se pueden tener ideas sin sueños. Donald le encontrará un puesto. Donald, encuéntrale un trabajo a Johnson. Espera... no le he preguntado qué le parece trabajar en Bechtol.

—Me gustaría muchísimo trabajar en Bechtol, señor Miller.

—Frank. Frank.

—Frank.

—Si viene conmigo, señor Johnson, le encontraré un puesto inmediatamente.

—Esto va muy rápido, Johnson —dice Frank—. Pero haz bien tu trabajo y enseguida nos volveremos a ver.

—Sí, señor.

—Frank.

—Sí, Frank.

—Haz que me sienta orgulloso, Johnson... orgulloso.

Nos estrechamos la mano de nuevo, entonces Frank vuelve a ponerse los auriculares y Donald Kepke me precede fuera. Me siento mareado, mientras mentalmente vuelvo a pasar la cinta de mi miniconversación con Frank. El señor Kepke me lleva a otra parte del edificio. Y llego a su despacho que da al océano.

Una hora más tarde voy en autobús de vuelta a Lancaster. Stéphanie tenía razón sobre una cosa: la vida va deprisa. Dentro de quince días me instalaré en Seattle para unirme a la división de control de calidad de la Región del Noroeste del Pacífico de Bechtol. Tendré coche de la empresa, recibiré atención médico/dental y fianzas por productividad. Si consigo situarme entre los de cabeza de mi región, seré elegible para un viaje a Cabo San Lucas, México. Como mínimo.

El autobús cambia de velocidad. Coronamos las Cascades y empezamos el largo descenso hacia las fértiles y secas llanuras del centro del estado de Washington, atravesando viñedos, ganado que muge y amplios cielos y recuerdos.

Pasada Yakima, la vieja que va sentada al otro lado de mi pasillo se duerme y la dentadura le cae al regazo y luego al suelo. La recojo y se la pongo en la mano, apretándole los dedos alrededor para que no se le vuelva a caer. Luego regreso a mi asiento y me pasa algo. Algo dentro de mí está agotado y gastado y *deja de* girar y yo rompo a

llorar.

Lloro porque el futuro ha recuperado de nuevo su brillo y se ha hecho un millón de veces mayor. Y lloro porque estoy avergonzado de lo mal que he tratado a las personas que quiero, de lo mal que me he comportado durante mi personal Era de las Tinieblas. Antes yo tenía un futuro y alguien que se ocupaba de mí desde arriba. Es como si hoy el cielo se hubiera abierto y sólo ahora se me permitiera la entrada.

62

—DÍMELO.

—¿Qué te diga qué?

—Dime qué fue lo primero que hizo que te fijaras en mí. ¿Por qué te sentiste atraído por mí entre todas las demás chicas? Lo quiero saber. ¿Qué es lo que te atrajo en primer lugar, Tyler?

—¿Con sinceridad?'

—Con sinceridad. Todavía no estás ni en libertad condicional. Así que sé sincero, o ahora o nunca.

Esta llamada telefónica es mi primer esfuerzo en mi campaña por conseguir que Anna-Louise cambie de idea con respecto a mí y me permita volver a formar parte de su vida. Acordamos que a lo mejor nos veíamos para comer, un buen comienzo. Ni siquiera sé qué aspecto tendrá la ahora superdelgada Anna-Louise. Me resulta difícil imaginármela en su apartamento. Daisy me dice que lleva el pelo sujeto con una cinta.

—Una chica toda poesía y huesos, querido hermanito.

Mientras hablamos, utilizo el teléfono inalámbrico de Daisy. Ahora estoy en mi vieja habitación; ya no sólo es mi «habitación». Estoy sentado encima de mi minifrigorífico, que Jasmine, Daisy y Mark mantuvieron tan bien provisto como el minibar de un hotel a la espera de mi vuelta, justo como a mí me gusta: varias cervezas y refrescos, prismas de chocolate Toblerone, anacardos en lata, nueces australianas, whisky escocés y cecina. Nada deprimente ni de la vida real, como verduras.

—Compramos cosas de marcas conocidas —anunció orgullosamente Mark cuando abrí la puerta lleno de placer—. Todas las anuncian sin parar.

—Dímelo, Tyler —dice Anna-Louise al otro extremo de la línea.

De vuelta a la llamada telefónica. De vuelta a su petición de que le diga por qué la elegí a ella entre todas las demás.

—Estupendo —digo—. Me he prometido decirles la verdad hasta donde pueda a las personas que me importan. ¿Has coleccionado sellos alguna vez?

—¿Cómo? No. ¿Y qué tienen que ver los sellos con lo que te estoy preguntando?

—Todo. Son algo importante, Anna-Louise. Ésa es la verdad.

—A ver, dime.

—En el planeta hay como un centenar de minúsculos países que obtienen algo así como el ochenta y siete por ciento de su producto nacional bruto vendiendo sellos de correos a niños de las naciones

civilizadas. Todas las estratagemas son buenas para hacerse con el mercado infantil... sellos con hologramas de personajes de los dibujos animados en pliegos dorados laserizados que cantan cuando los frotas. Sellos del siglo pasado. Cualquier cosa que se te ocurra.

»Así que yo, claro, coleccioné sellos y los pegué cuidadosamente en mi álbum, buscando equilibrar mi economía mientras aprendía geografía y hechos curiosos, como qué países exportan feldespato y cebada. Pero lo divertido de coleccionar sellos era viajar a otros sitios mentalmente. Consideraba que mi colección era un catálogo de todos los sitios que me gustaría visitar, aunque probablemente nunca tendría la oportunidad de hacerlo... sitios muy lejanos, demasiado caros... lo que fuera... sitios que sólo visitaría con mi álbum de sellos.

»Sucedió que un país, un infortunado emirato árabe sin petróleo, sacó una serie de sellos perfumados. Los compré a una casa filatélica de Boston, H.E. Harris, por sesenta y nueve centavos. Y el perfume de esos sellos pronto llenó todo el álbum, proporcionándole un elemento olfativo del que antes carecía... un olor absolutamente propio, como el salmón de río tiene su propio y único olor; lo mismo que tu casa tiene su olor característico.

»Y el quid de esta historia es que cuando te conocí en la fotocopiadora, claro, hablamos como en un programa de telecaridades y todo eso, pero el perfume que entonces llevabas... ese perfume era el del álbum de sellos, el olor de los países que siempre quise visitar pero que nunca creí que fuera capaz de hacerlo. Era como si llevaras el mundo en tu interior.

Silencio en el otro extremo.

—¿Anna-Louise?

—Sí, sí, te oigo. —Respira a fondo—. ¿En qué has soñado esta última noche?

—Muy fácil. He soñado que llovía durante semanas y semanas, que había una inundación y se formaba un lago delante de tu casa. Y una mañana llegaba un cisne a tu lago.

—Los cisnes son oraciones, Tyler.

—¿Oraciones?

—Sí. Y dime... ¿qué te preocupaba estos últimos días? —Sonaba a niño que pide vasos de agua porque quiere retrasar el momento de irse a la cama.

Pienso.

—Me preocupaba que mi cuerpo estuviera envejeciendo con demasiada rapidez. Los pelos de las cejas se me están poniendo espesos y tiesos, como los pelos que ahora me crecen en la nariz. ¿Por qué no nos enseñan cosas sobre esta decadencia en el instituto?

—¿Todavía usas esa colonia horrenda?

—No. Estoy probando una nueva. Quiero oler a moderno, como

un ejemplar de *Vanity Fair*. Y tengo el pelo liso, sin peinar, como si lo dejara a su aire. Trato de cambiar.

—¿Cómo?

Contengo la respiración.

—Haciéndome vulnerable, admitiendo que necesito a alguien.

—¿Tratas de jugar conmigo, Tyler?

—Anna-Louise, no puedo deshacer lo que hice. Cometí un error. Déjame que lo admita. Afloja un poco.

—Vas a tener que darme tiempo, Tyler. Para mí estabas muerto. No sé lo que opino de ti, Tyler. Solo sé lo que siento. De modo que estoy dividida. —Anna-Louise adopta su tono de voz de voy a colgar— Muy bien, estás en libertad condicional. Eso es todo. Todavía no me he decidido sobre lo de comer juntos. Déjame que lo piense.

—Me marcho a Seattle dentro de doce días, después de Navidades.

—No me presiones, Tyler.

—¿Volveremos a hablar?

—Estás en libertad condicional.

63

MARK y yo estamos en el cuarto de estar afeitando con cortauñas las bolitas que se forman en las fundas de orlón negro que recubren los altavoces estéreo cuadrafónicos del año setenta en forma de burbuja. Jasmine se desliza de vez en cuando desde la cocina para mirarnos resplandeciente, contenta de tenerme de nuevo en casa. Desde que me recogió en la estación de autobuses Greyhound, hace tres días, no ha mencionado para nada mi partida. Quiere que mis quince días en casa no se vean afectados por la historia reciente, que disfrute de mis quince días de vacaciones de Navidad antes de que me traslade a Seattle y entre a formar parte del equipo Bechtol.

Cuando Mark y yo llegamos casi al final de nuestra tarea, él me enseña el tebeo que está dibujando para su clase de inglés del instituto.

—Se titula *Los tierlings*. Y va de esto: todos los animales del mundo están muy inquietos. Actúan clandestinamente porque intentan recuperar un tesoro secreto que tiempo atrás les robaron los humanos. Se visten con ropa de seres humanos y se llaman a sí mismos los tierlings.

Mark me enseña los dibujos mientras yo continúo recortando las bolitas. Los tierlings que ha diseñado llevan una ropa ridícula: rabos y alitas asoman por debajo de unos trajes mal cortados; aparecen picos por las colgantes narices de látex, y orejas triangulares a los lados de las pelucas que llevan torcidas en la cabeza; chicas muy guapas en biquini tienen las patas peludas.

—Pero lo que pasa es que los animales, los tierlings, mientras van en busca de su tesoro, no pueden evitar formar parte de la vida de los humanos. No pueden evitarlo, simplemente. Los zorros empiezan a trabajar en Wall Street. Los perros entran en los bares para tomar copas y ver la tele. Las tranquilas jirafas se convierten en pilotos de líneas aéreas. Las ovejas hacen de todo.

»Entre tanto, los seres humanos tratan de evitar por todos los medios el caos originado por los tierlings que viven entre ellos. Esto supone contratar a más policías, crear comedores gratuitos, acelerar la formación de los asistentes sociales e inventar continuamente programas piloto de la tele, emocionantes y llenos de acción.

—¿Y qué pasa después?

—Los humanos se dan cuenta de que los tierlings están entre ellos, y a su vez deciden actuar clandestinamente para saber más cosas sobre lo que se proponen los animales. De modo que los humanos empiezan a disfrazarse de animales.

—¿Y? —Recorte recorte.

—La historia se repite. Una vez disfrazados, los humanos, en lugar de convertirse en animales, se convierten en más humanos todavía. Se ponen a organizar a los otros animales en grupos y en partidos políticos. Empiezan a levantar cercas alrededor de parcelas de terreno, plantan semillas, ponen nombre a todos los animales y organizan programas de doce pasos para contribuir a que las pequeñas criaturas salgan de sus escondrijos.

—¿Y cómo termina la cosa?

—Al final, los humanos y los animales olvidan lo que se proponían inicialmente... por qué llevan esos disfraces. Pero a pesar de eso siguen llevándolos. Por último, sólo una pequeña sociedad secreta de humanos y animales recuerda la búsqueda del tesoro que habían robado mucho tiempo atrás.

—Gran potencial para que tenga continuación, Mark.

—Gracias.

Cuando terminamos de recortar las bolitas de los altavoces del año setenta, les pasamos mi cepillo mágico y las colocamos en los rincones del cuarto de estar, encima de los objetos que utiliza el abuelo para las reuniones de Kitty-Whip®. Les quito el polvo a los altavoces con un trapo húmedo y parecen casi nuevos.

—Ahora quedan muy bien, ¿no te parece, Mark?

—Sí —dice él—, pero siguen sonando igual. Es mejor la tele.

Hoy Anna-Louise ha cancelado la comida. Mala señal. Me marcho a Seattle dentro de una semana y aún tengo que verla. El único que responde a mis llamadas telefónicas es su contestador. Y mientras recojo los objetos de mi dormitorio y los meto en cajas, me pregunto si Anna-Louise escuchará su contestador automático y no responderá a propósito cuando oye mi voz. No quiero empezar a hacer suposiciones. Me estoy defendiendo. Ayer por la tarde cuando me enteré de que ella estaba en el *college* le dejé una bolsa de caramelos de Halloween en el umbral de su puerta. También fui a donde había plantado los bulbos de azafrán que debían decir ÁMAME cuando crecieran en primavera y borré la palabra «ME», de modo que ahora los bulbos sólo dirán «AMA». Creo que la partícula «ME» podría percibirse como egoísta. Hay que cuidarse con cuidado.

Cajas, cajas, cajas. Empaquetar cosas no cansa físicamente pero agota emocionalmente. Ya es de noche cerrada y tengo el cerebro destrozado de realizar tantas elecciones bang bang bang, una detrás de otra. Y tengo la piel hecha una pena por tomar demasiadas cosas del minibar; la mayoría hubieran debido consumirse antes de mi marcha anterior. Y en cuanto a mis globos terráqueos, la Granja de las Esferas, sé que la conservaré. Ya está metida en una caja a la espera de volver

a nacer en mi nueva casa, que en principio va a ser un estudio del piso superior de una casa que pertenece a una tía de Harmony. Es de madera estilo abuelita, en una calle tranquila, y al otro lado de las ventanas habrá lluvia, hojas y pájaros, y tomaré café, respiraré un aire agradable y miraré las nubes. Una vida nueva.

Estos últimos días, mientras hacía las maletas y empaquetaba cosas, también he leído atentamente los anuncios del *Post Intelligencer*, de Seattle, para conseguir un coche, que sería el Confortmóvil II: El Eliminador, con lector de discos compactos, teléfono celular, minifrigorífico y servicio para el café deluxe. Gracias a mi posición en Bechtol, seguramente conseguiré con facilidad un préstamo para adquirir el coche. Es estupendo tener trabajo.

—¡Tyler, al teléfono! —grita Jasmine desde el piso de abajo.

—Lo cogeré en la habitación de Daisy. —La abuela y el abuelo se han apropiado de mi teléfono inalámbrico. Tendré que liberarlo del interior de Betty cuando mañana vuelvan los dos de su misión en busca de concesionarios de Kitty Whip® en las ciudades de Pasco y Benton.

—¿Diga?

—¿Tyler Johnson? Soy Ray... del Cowboy Bar.

¿Ray? ¿Cowboy Bar?

—Dime.

—Trabajamos juntos en la estación de servicio de Chevron, ¿recuerdas?

—Claro. Cuando íbamos al instituto. Hola. ¿Cómo te va? —Qué raro tener a Ray al teléfono— ¿Pasa algo?

—La vida es un pañuelo, realmente, Ty. Pero creo que una chica que salía contigo se dejó una joya aquí, en el bar. Por lo menos eso es lo que dice Ronnie. Ya conoces a Ronnie... el amigo de Dan.

—Conozco a Ronnie.

—Deberías venir a por ella antes de que Lillian la agarre con su pico y la esconda en su nido. Es una especie de cleptómana. En cualquier caso, se trata de un prendedor o algo así. Está en la caja registradora, debajo de los billetes.

—Muy bien. Gracias, Ray. —Pausa—. Me pasaré por ahí dentro de media hora.

—No hace falta que te des prisa, tío.

El broche que perdió Stéphanie. Debería ser un buen samaritano y recogerlo.

—Voy al Cowboy Bar —le digo a Jasmine, que está en la cocina.

—¿Al Cowboy Bar?

—Han encontrado el broche de Stéphanie.

—Ah, es eso.

—Sí, es eso. Además necesito tomarme un descanso mientras

empaqueto las cosas. ¿Estarás levantada?

—No. Voy a acostarme. Mañana tenemos un desayuno el grupo de mujeres. Mark pasa la noche con Weirdo y Dougje. Daisy se ha ido fuera a pasar el fin de semana con Murray. De modo que sólo quedamos tú y yo.

—Si quieres, podemos ver juntos *Creature Feature* en la televisión por cable.

—Paso. No me gusta nada. ¿Quieres el coche?

Le doy un beso en la mejilla y cojo las llaves del gancho de la entrada.

—Que tengas suene mañana.

—Que te diviertas en el Cowboy Bar.

—Gracias.

64

CUANDO llego al bar, Ronnie, el «amigo asociado» de Dan en la época de los negocios inmobiliarios, asegura no reconocer mi cara a primera vista. Luego supone que me reconoce, basándose en la relación con Dan:

—Te conozco. Comías una hamburguesa en el Jaguar nuevo de Dan y nunca me olvidaré de ti porque el coche nunca volvió a oler a nuevo.

—Sí, era yo.

—Dan es un buen tipo.

—Naturalmente.

Lillian, la encargada, que tiene la llave de la caja registradora donde está el broche de Stéphanie, ha salido un momento y me veo obligado a esperar a que vuelva.

—Pégame.

Ronnie me pide que le golpee a la altura del corazón de su Kevlar, un chaleco hecho de un material a prueba de balas. Estamos de pie junto a la barra del Cowboy Bar, situado al borde de la Route 666, pasadas las granjas de Onion Canyon. Encima de nosotros en la gran pantalla se proyectan cintas piratas de la última guerra, sin censurar: cuerpos negros abrasados asoman, como una repugnante masa de repostería, de Chrevrolets destrozados; trozos de tela blanca cuelgan de cables atados a reactores de combate estrellados, cubiertos con pintadas de contenido político; cadáveres decapitados, pintados con spray, cuelgan de las paredes de los dormitorios de Hiltons saqueados.

Pego en el escuálido pecho de Ronnie, a la altura del corazón, aunque no muy fuerte porque sé que tiene un cuerpo a prueba de balas. Con todo, se le cae la gorra de béisbol al suelo.

—No he notado nada, tío. Fíjate en estos materiales. —De un maletín de aluminio, Ronnie saca muestras de los maravillosos materiales utilizados por el fabricante del chaleco protector que ahora representa—. Lleva todo esto: Nomex, PLZT, Tirolite, termoplásticos, resinas de policarbono... —Como si fuesen piedras preciosas, me enseña cuadrados de materiales que no han existido en nuestro universo hasta fecha reciente..., la singularidad del hombre hecha realidad.

Sopeso los materiales de seguridad de Ronnie con extrema reverencia como si se tratara de recién nacidos famosos. Las paredes del Cowboy Bar que me rodean parecen etéreas e inexistentes en comparación con aquellos materiales. Las paredes del bar parecen

bloques de Styrofoam pegados unos a otros y recubiertos de Outsulation, esperando a que la primera lluvia o el primer viento los arrasen, incapaces de protegerme de las fuerzas del mal como estos materiales que tengo en la mano.

—Se cuenta —dice Ronnie— que Las Instalaciones harán grandes pedidos debido a la nueva legislación sobre la limpieza de tóxicos. En la camioneta tengo toda una línea de trajes anti-isótopos. ¿La quieres ver?

—Paso, Ronnie. —Mis pies aplastan algo pequeño. Me agacho y arranco un objeto punzante clavado en la suela de mis botas de baloncesto (es un diente). Lo tiro con desagrado a un rincón, hacia los conejitos polvorientos y otros dientes barridos hacia allí. Doy un trago a mi botella de cerveza EspecialConductores®.

Curiosamente, cuando estaba en Europa echaba de menos el ambiente del Cowboy Bar —su chisporroteo del Nuevo Mundo—, los bares del tamaño de centros comerciales; los centros comerciales del tamaño de reinos, la sexualidad a todo volumen del Cowboy Bar y la brutalidad country-and-western que a veces parece libertad, y a veces infierno.

—Deberías venir a visitarnos a Renée y a mí —propone Ronnie—. Vivimos en los altos de Onion, no lejos de Dan. Un sitio muy interesante. Pero ahora mismo no se vende.

—Claro, Ronnie, gracias. —Sólo estuve una vez en casa de Ronnie, hace años, a dejar unos planos para Dan. Renée, la mujer de Ronnie, abrió la puerta mientras se frotaba con lanolina de salvia las durezas de sus espinillas y codos.

—Rozaduras por culpa de las alfombras —dijo, en respuesta a mi mirada. Mientras esperaba a Dan para entregarle otros papeles, Renée permaneció sentada en el sofá de enfrente, jugueteando con una costra de la comisura de la boca. Para no tener que mirarla de nuevo, toqueteé distraídamente las manchas amarillas de la tela de la butaca marrón—. Esas manchas son de nitrito de amilo —se me informó entonces.

Ronnie está tomando la más reciente creación del bar: huevos fertilizados, pasados por agua.

—Son estupendos —recomienda—. Saben a huevo y a pollo a la vez.

—Un sabor que sin duda causará sensación.

En la gran pantalla de arriba, la cámara muestra un primer plano de unas oficinas bombardeadas con gelignita, que estuvieron ocupadas por los rebeldes; han estrellado huesos de cordero y trozos de mesa contra las pantallas de los vídeos; utilizaron un banco de superordenadores Cray para realizar prácticas de puntería.

—Dan ha estado por aquí —me dice Ronnie.

—¿Ha estado? —contesto, muy contento de no habérmelo encontrado.

—Parece que va a tener un trabajo.

—¿Sí?

—Puede que de agente independiente para recaudar los puntos por kilómetros recorridos que dan por volar con frecuencia en una compañía aérea. Vamos, que si llevas volados 150.000 kilómetros con la compañía Delta, puedes cambiarlos por un viaje a Tailandia, o adónde sea.

—¿Eso es legal?

—¿Importa mucho?

Ronnie toma otro huevo.

—Pero Dan no parecía estar en su mejor forma. Estaba claramente borracho. Tampoco decía demasiadas cosas agradables de tu madre. —La cara de Ronnie adopta un gesto vagamente desafiante. Como otros muchos borrachos sabe que ha revelado un pequeño secreto que sólo puede llevar a contar otro secreto mayor, y el alivio por no tenerlo que ocultar es tan grande que se le nota en la cara. Mantengo la tranquilidad—. Sí—dijo que hoy le fue a ver un sheriff. Con un interdicto para que se mantenga lejos de la casa.

—Oh.

—No le gustó demasiado. Bueno, en realidad no le gustó nada. —Ronnie disfruta viendo mi reacción. Yo adopto el talante unidimensional—. Dice que tu madre ha sido un pelín arrogante últimamente. Trataba de dominarle—dijo que se había dejado el pelo muy corto, como si ahora le tirara los tejos a otro.

—Oh.

—Dijo que a lo mejor necesitaba una lección.

—¿Una lección?

—Sí, y un recuerdo. Ya te digo que estaba borracho.

—¿Un recuerdo?

—Pregúntaselo a él. Has estado a punto de encontrártelo. Se marchó hace una hora. A lo mejor fue a ver a tu madre. O a lo mejor no. Pensaba hacerlo. Pero luego —tono sarcástico—, le llegó ese interdicto, ¿o no? Él nunca querrá violar ese interdicto. Podrían darle un cachete en la mano.

Corro al aparcamiento.

65

EN EL fondo del paladar noto un sabor a hierro y casi no puedo hilar los pensamientos mientras conduzco de vuelta a casa. Mi respiración es pesada y regular, tan marcada y fácil de oír como cuando respiro por un tubo debajo del agua.

Lancaster está desierto y frío. Nuestra casa, cuando enfilo el camino de entrada, tiene muchas luces encendidas, pero las luces no parecen capaces de generar calor. El coche de Dan está aparcado en el camino de entrada.

Me apeo resueltamente del vehículo y cierro la puerta a mis espaldas, con una sorprendente sensación de calma. En la hierba hay hojas cubiertas de escarcha que se rompen como si fueran de cristal bajo mis zapatos cuando avanzo hacia la casa. Abro la puerta.

La tele no está funcionando. Los gatos se han esfumado y todas las luces de la cocina están encendidas. Oigo el zumbido del frigorífico mientras recorro el vestíbulo. Luego me dirijo escaleras arriba cuando oigo un ruido sordo. Las cuentas de la puerta del dormitorio de Jasmine tintinean; paso a través de esas tiras de cuentas y allí está Dan. Sujeta el brazo de Jasmine a la espalda de ésta y trata de cortarle el pelo con unas tijeras negras.

—Sólo un mechón —dice, sin verme—. Para mí camafeo,

¿de acuerdo, pequeña? —Jasmine guarda silencio y forcejea con el pelo enmarañado, que le cae sobre la cara. No muestro ninguna indecisión. Estos músculos que llevo años ejercitando intensamente en el gimnasio han encontrado por fin su objetivo. Y este objetivo es matar a Dan.

—¡Oye, tú! —suelto violentamente, corriendo hacia la cama—. ¡Apártate... de... mi... madre! —Le agarro del pelo y tiro de su cabeza hacia atrás, clavándole simultáneamente la rodilla en la espalda para inmovilizarle.

—Tyler... —grita Jasmine, mientras se arrastra apartándose de debajo del cuerpo de Dan, quien intenta darse la vuelta, con las tijeras aún en la mano. Le aferro la mano derecha y la estampo contra el vaso de agua de al lado de la cama, haciendo brotar la sangre como de un aspersor de riego, aunque todavía tiene asidas las tijeras. El impulso da ventaja a Dan, que me hace rodar de espaldas tirando al suelo un joyero y botes de cosméticos. Dan levanta las tijeras y luego me las clava una vez, dos veces, al lado del pecho, en los músculos.

—Dan, ¿qué estás haciendo? ¡No lo hagas! —grita Jasmine, ovillándose dentro de su camisón, la cara púrpura y contraída, encendida y húmeda como la de un recién nacido. Jasmine agarra la

silla de su tocador y trata de golpear a Dan, pero éste desvía la silla, lo que le hace perder el equilibrio. Yo lo hago rodar por el suelo y las tijeras se le caen de las manos con estruendo y se deslizan abiertas hasta el otro extremo de la habitación, como las tijeras que dejamos Anna-Louise y yo en aquel valle pulmotomizado de la Columbia Británica.

—¿Quién te crees que eres? —digo, sollozando, mientras mantengo a Dan debajo de mí y mis puños le golpean rítmicamente la cara, que pronto queda magullada como si la hubieran machacado con un martillo. El cuerpo se le contrae, los dientes le rechinan y salen despedidos en una espuma roja—. ¿Quién te da derecho a hacer... lo... que... has... hecho?

En un cierto momento Dan deja de oponer resistencia, pero no me puedo contener y sigo, con ganas de terminar con él.

—Tyler —dice mi madre—. Para. —Pero yo no puedo parar. Me encuentro bloqueado en la actividad de destrozar el cuerpo de Dan. Ya no me impulsa ninguna claridad. Me impulsan unas erupciones de recuerdos. Recuerdos de la locomotora tóxica de Las Instalaciones que no se puede enterrar sencillamente sino que debe hacerse pedazos y debe sepultarse en el centro de la tierra. Y me impulsa la conciencia de toda la maldad de este mundo, una maldad que he tolerado porque nunca decidí verla como era. Y me impulsa mi confusión por mi creencia profundamente equivocada de que la continuidad de la libertad quedaba garantizada con sólo vivir en libertad.

El cuerpo de Dan emite un susurro ahogado. El pulso se me desacelera.

—Tyler, cariño... será mejor que pares —dice Jasmine con precaución.

—Mamá... —digo llorando—. Fui tan amable con él durante tanto tiempo y nunca....

—Lo sé, cariño, lo sé.

Mis brazos terminan por detenerse. Me noto febril... alucinógeno.

—Mamá, hay unas flores en el desierto... —pero no puedo continuar. Mañana, en otro mundo, le hablaré a mi madre de esas flores que crecen en el desierto de Nevada, a las que hizo florecer el falso sol de unas explosiones nucleares nocturnas. Ellas buscaban la luz de buena fe, y en lugar de eso polinizaron las tierras estériles, destruyendo el futuro de todas las flores que podrían seguirlas.

—Lo sé, cariño, lo sé. —Jasmine se me acerca por detrás y me abraza mientras yo me siento a horcajadas encima del ahora silencioso Dan. Jasmine apoya la cabeza en mi hombro.

—Dijiste que necesitabas mi ayuda, mamá. Yo debería haber sido tus brazos, tus ojos y tus piernas.

—Ya sé que dije eso, cariño, ya lo sé.

—Soy tu sistema inmunológico, mamá.
—Lo sé, cariño, lo sé.

66

ÚLTIMAMENTE ha habido muchos cambios. Para empezar, Daisy y Murray se casaron esta mañana en una pequeña ciudad del océano Pacífico.

¡Sorpresa! Como regalo de boda se tatuaron mutuamente, se prendieron flores en el pelo e intercambiaron «regalos sin valor material». De viaje de novios van a encadenarse a los árboles de la península Olympic con un grupo de jóvenes antiexplotaciones forestales.

—Oh, Tyler —me dijo Daisy, romántica a tope, esta mañana por teléfono—, ¿no te parece un sueño? De verdad, soy la chica más feliz de la tierra.

Es innecesario decir que todos le deseamos mucha suerte a la pareja de enamorados y les mandamos nuestro cariño y nuestros besos. Si fuera rey, les colmaría de tierras.

Cuando vuelvan los recién casados, trabajarán para el año 3000 en una empresa de eliminación de residuos tóxicos a la que el gobierno ha encargado limpiar el terreno que rodea Las Instalaciones.

—Estarás completamente de acuerdo, Tyler —dijo Murray—. Recibiremos atención médica, incluida la dental, no nos tendremos que cortar los tirabuzones de rasta, y además no regalarán monos blancos semidesechables confeccionados con ese material irrompible que se llama Tyvek.

—Es tan maravilloso —campanilleó Daisy—. Nos sentimos como paquetes enviados urgentemente.

Otras noticias importantes: Heather-Jo Lockheed y Bert Rockney se van a casar. Sí, es verdad. El mes que viene. Todo un edificio lleno de abogados de Los Ángeles ya se está ocupando de los derechos de la película y del vídeo de la ceremonia, que sin duda reunirá a millones de televidentes de todo el globo. En algunos estados podría declararse fiesta oficial; el *Star Enquirer* anuncia un eclipse de sol.

Otras noticias: tristes, porque Eddie Woodman murió hace un par de días de neumonía en el hospital General del condado de Benton. Dice el abuelo:

—Una auténtica pena. Con lo buen representante de Kitty Whip que era.

Joann y Debbie todavía no han decidido cuándo van a dispersar sus cenizas en el río Columbia como él había pedido, y espero que estaré en la ciudad cuando eso suceda.

Hablando del abuelo y de la abuela: se las arreglaron para volver a comprar su vieja casa de Onion Canyon, justo en el preciso momento

en que aparecieron los federales y pusieron fin a la empresa Kitty Whip®.

—¡Pero tenemos liquidez! —le dijo muy contenta la abuela a mi madre por el teléfono inalámbrico que me había robado, mientras bailaba en círculo por su nueva/antigua casa, ahora sin los muebles, que han sido reemplazados por innumerables cajas de comida enlatada para gatos. Los viejos siempre ganan. El sistema hace trampas a su favor.

Oh, sí, Skye y Harmony están viviendo juntos. El suyo puede que no sea exactamente el amor juguetón de los anuncios de bebidas refrescantes, pero como dice Skye:

—Por lo menos no hay nada en Harmony que me dé miedo, y espero que él tampoco vea nada en mí que le dé miedo. Es como si volviéramos al colegio. Nos conocemos bien. La gente que no conozco sólo me saca de mis casillas. Prefiero la historia al misterio.

Extraña el pensar que Skye se haga tan vieja y perezosa en lo de conocer a personas nuevas a su edad. La gente te sorprende.

Dice Harmony:

—La encantadora damisela sabe preparar pizza en el microondas de muchas maneras.

Me gustaría poder decir que Anna-Louise y yo, lo mismo que Harmony y Skye, elegimos la historia frente al misterio, pero a lo mejor es que no me apetece hacerlo.

Después de la pelea con Dan, enseguida se corrió la voz por Lancaster de que me habían apuñalado y que Dan tuvo que ser cuidado con respiración asistida—los coches patrulla de la policía; la retirada de denuncias; los vendajes—, todo eso. Las preocupaciones que pudiera tener Anna-Louise sobre nuestra falta de futuro en común fueron superadas por su preocupación por mí en cuanto organismo físico herido. De ahí la llamada que me hizo esta tarde, y de ahí mi viaje hasta aquí, su apartamento, horas más tarde, después de asistir al banquete de bodas en el Jardín del Río y de dejar a Mark y Jasmine en casa mientras seguía hasta aquí en el coche de Jasmine (el cinturón de seguridad aumenta las molestias).

—Tienes un aspecto maravilloso —le dije a Anna-Louise en cuanto abrió la puerta como una versión más enjuta, despojada, energética de Anna-Louise, reducida y más eficiente, como una nueva generación de microchips. Ni una gota de grasa, toda envuelta en Lycra.

—Gracias. —Besito platónico en la mejilla—. A propósito, no he probado los caramelos de Halloween que me regalaste. Pero fue una bonita idea.

—Pese a todo, los caramelos de Halloween huelen bien, ¿no

crees?

—Desde luego. Me gustaría que fueran un perfume.

Justo entonces crujieron las paredes de su apartamento.

—Las paredes han estado haciendo esos ruidos todo el día. Imagino que se adaptan al invierno. Entra, Tyler. Vamos a tomar té. ¿Tienes hambre?

—Hemos comido en el Jardín del Río.

—Entonces te prepararé un sándwich.

Pronto nos encontramos sentados y tomando el té en el cuarto de estar, ahora un espacio distinto al de los viejos tiempos, lleno de aparatos de gimnasia y gráficas de los progresos realizados. Afuera el cielo ya estaba negro y los cristales se empezaban a cubrir de escarcha. Los dos nos sentimos contentos de estar resguardados, no ahí fuera donde el frío y la luna llena incitan a las almas menos afortunadas a la locura y a la muerte. Encima de nosotros cruje el techo que nos separa de El hombre con 100 animales de compañía y sin tele —pido excusas, Albert Lancaster—, el techo que nos separa de Albert Lancaster. Está encendido el fuego en la chimenea de Anna-Louise. Trato de conectar mentalmente a esta nueva Anna-Louise impecable con la versión de antes.

Y durante las horas siguientes Anna-Louise y yo tenemos mucho de qué hablar —la boda de Daisy y Murray, Eddie, la abuela, el abuelo, Kittykat y Norman (todavía no se llevan bien), aparte de nuestros amigos. Además le enseñé el entramado de nailon azul que formaban los puntos de sutura de «mis divinos músculos», pestañeando ante el molesto dolor del esparadrapo cuando ella apartó un poco la gasa para mirar mejor.

Todo eso estaba muy bien, pero nos callamos muchas cosas.

No hicimos referencia a Los Ángeles. No hicimos referencia al bosque que una vez pensamos plantar si ganábamos la lotería. Y no hablamos como en «telecaridades» ni una sola vez en todo el tiempo. Y cuando llegó la hora de irse, me despidió con un alegre «hasta la vista», un «a ver si nos vemos pronto», y otro besito en la mejilla que supuso el final de aquella experiencia.

Una vez en la acera tuve la clara sensación de que habíamos dejado atrás el punto de no retorno, el punto después del cual tal vez nunca volvería a tener la oportunidad de decirle ciertas cosas a Anna-Louise con cierta intensidad. Tenía la sensación de que había perdido algo, pero también notaba cierto alivio, el alivio de haber evitado mencionar algo molesto y, me avergüenza decirlo, ese alivio superaba con creces la sensación de haber perdido algo, y, ¿sabe?, creo que a Anna— Louise le pasaba lo mismo. De modo que supongo que rompí algo valioso. O que me libré de ello.

El coche de Jasmine no quiso arrancar, y era ya muy tarde. Anna-

Louise me dejó volver a entrar en su apartamento y enseguida nos enteramos de que las grúas de Lancaster iban a estar ocupadas durante las tres horas siguientes con los problemas propios de la Navidad. Y lo mismo los taxis.

Anna-Louise suspiró.

—Quédate aquí a pasar la noche, Tyler.

La miré.

—En el suelo, Tyler. En el suelo. —Se sentó en el taburete que había en el hueco entre la cocina y el cuarto de estar y se puso a arañar la escarcha del interior de una ventana que quedaba lejos del radiador—. Tyler, yo no quiero caramelos, te quiero a ti. Y tú hieres mis sentimientos. Sobreviviré, claro. Y te perdonaré, desde luego. Pero descansemos un poco de lo nuestro. Seré tu amiga de por vida, Tyler, y podrás decirme absolutamente todo lo que quieras y siempre te tendré en mi corazón. Pero dormirás en el suelo. Te traeré unas almohadas y unas mantas.

67

DE MODO que estoy en el suelo.

Y Anna-Louise está dormida en la cama, con su delgada cara ya de adulta hundida en un almohadón de pana. Y parece tan joven y tan vieja, soñando como sin duda hace con cálculos en el riñón y amigos muertos, árboles y flores, y con su huida algún día, como huí yo, a la gran ciudad, un sitio donde a más de un hombre le será fácil encontrarla tan adorable como la encuentro yo ahora.

Sí. Estoy en el suelo. Éste es el Nuevo Orden. Y está bien. Pese a ello no puedo dormir mientras oigo la pesada respiración de Anna-Louise, entregada a sus sueños en el lugar de su mente —una habitación pequeña, llena pero no agobiada de flores—, soñando sueños de flores con todas sus flores.

—¿En qué —susurro al codo que asoma de la ropa de cama por encima de mi cabeza— estás soñando, Anna— Louise?

Tumbado allí en el suelo, dando sorbos a una Coca-cola, mirando al techo, hago una cuenta mental, hago una suma —deudas e ingresos —, un balance. ¿Qué secretos he intercambiado yo durante estos últimos meses por otros secretos? ¿Qué dulzura por corrupción, luz por oscuridad, mentiras por verdades, curiosidades satisfechas por ansiedades? Global mente parece que hay una clara pérdida. Noto que todavía me espera una revelación mucho más importante, porque creo que hay algo que se me escapa. ¿O quizás esta sensación de pasar cosas por alto será simplemente lo que ocurre cuando uno se hace mayor? Termino la Coca-cola.

Dejo descansar la cabeza y ahora me siento adormilado; Tal vez dentro de unos meses Anna-Louise venga a Seattle a vivir conmigo y pueda dormir en el suelo de mi casa y los dos podamos compartir una casa durante un tiempo, y hacer amigos nuevos y comer en restaurantes buenos. Luego nos separaremos y perderemos contacto durante largos años, olvidaremos mandarnos felicitaciones de Navidad y no nos telefonearemos. Y después nuestros recuerdos perderán fuerza, como los elementos más pesados del transuranio, y nos encontraremos separados de las demás personas y viviendo en grandes casas con suelo de piedra, perfumadores ambientales y grifos de oro de diez quilates. Y luego seremos todavía mayores y casi ya no recordaremos nada. Pero no importa lo que pase, no importa lo profundo que se vuelva el abismo entre nosotros; cada uno de nosotros será la última persona de la que el otro se olvide, porque cada uno de nosotros fue el primero en estar allí.

Me despierta, extrañamente, un agua que corre por debajo de mis pies. Abro los ojos y aparece la clara y fría luz de la luna iluminando el suelo. Encima de la cabeza oigo una vibración, y mientras estoy atontado, veo formas que se mueven delante de mí. La geometría de la habitación está cambiada, pero me lleva un segundo imaginar exactamente cómo. Un cachorro de perro de aguas me lame la cara.

Lo que antes era el techo se ha convertido en un puente. El techo que nos cubre a Anna-Louise y a mí se ha hundido por el peso del agua del estanque del dormitorio de arriba, convirtiéndose en una pasarela para los numerosos animales de la casa de fieras del señor Lancaster.

Observo la habitación. Periquitos y canarios revolotean por el dormitorio. Unos gatos brincan persiguiendo a la carpa que se retuerce, contrae y da saltos en el suelo, junto a mis pies. El encantador cachorro lame la Coca-cola que queda en el fondo de mi vaso y se estremece de placer mientras le acaricio la cabeza. Los animales, uno a uno, van ocupando todas las superficies de la habitación, mientras otros más siguen cayendo en nuestras vidas, unos empujados por la gravedad, otros por la curiosidad, resbalando por la tabla que forma el techo hundido y que vibra ligeramente.

El sistema estéreo de Anna-Louise está completamente destrozado, empapado de agua y ahora alberga un trío de pájaros color rosa. No es que eso importe. Todos los elementos tecnológicos de la habitación están destrozados, pero eso parece irrelevante.

Miro hacia arriba y distingo a Albert Lancaster, cuyas piernas cuelgan por el borde del techo. Más allá de esas piernas se encuentra su identidad en sombra. Está bebiendo cerveza mientras nos mira a nosotros y observa los cambios ocurridos en nuestro mundo, el que tiene debajo. Recojo mi vaso, le limpio los lametazos del cachorro y lo alzo para brindar con Albert.

—*Skaal* —digo.

—Mmmm... ¿Qué dices, Tyler? —murmura Anna-Louise desde la cama.

Me pongo de pie y un manso pájaro azul aterriza en mi hombro y trata de mordisquearme la oreja. Lo aparto suavemente. Sacudo suavemente a Anna-Louise para que despierte del todo.

—Anna-Louise, despierta —digo—. Despierta... el mundo está vivo.